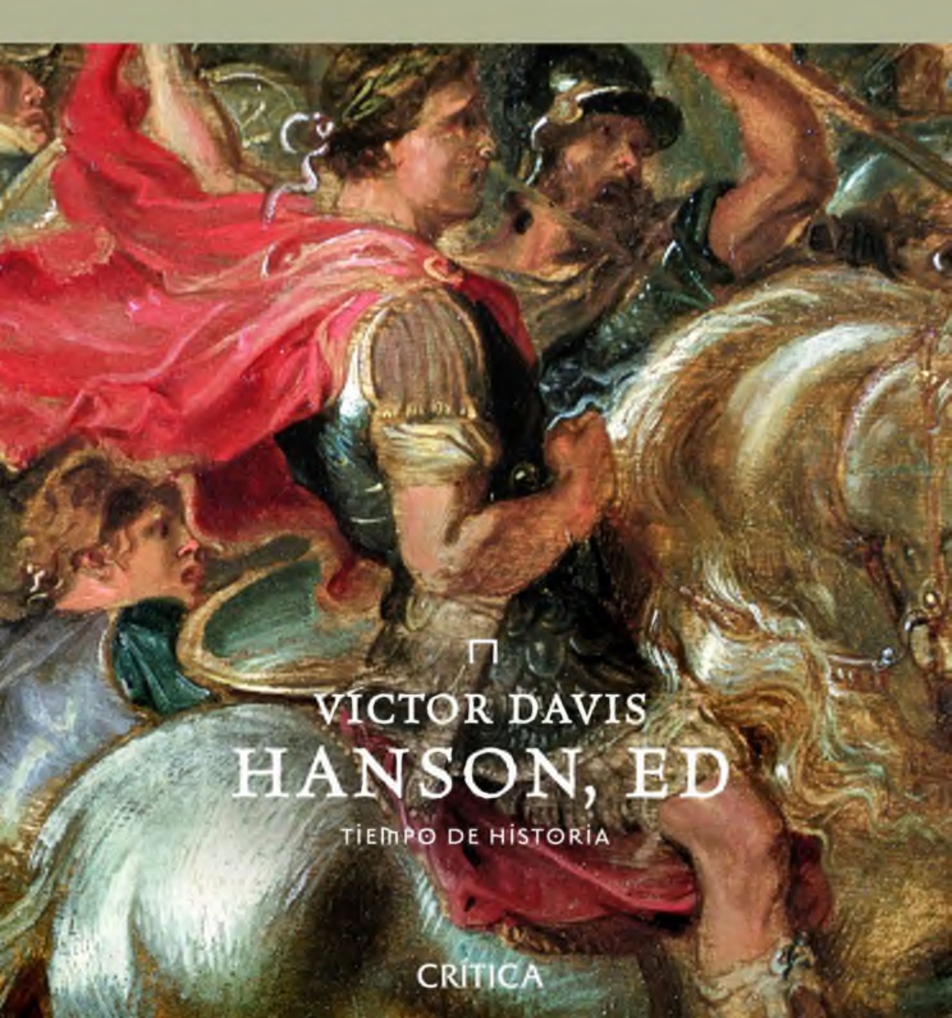
El ARTE de la GUERRA en el MUNDO ANTIGUO

De las guerras persas a la caída de Roma



VÍCTOR DAVIS HANSON, ED

TIEMPO DE HISTORIA

CRITICA

El profesor Hanson, uno de los mayores expertos en historia militar, ha reunido en este volumen a investigadores de la talla de Donald Kagan, Barry Strauss o Peter J. Heather para ofrecernos una visión del papel de la guerra en el mundo antiguo, desde el enfrentamiento de los griegos contra el Imperio persa hasta la caída del Imperio romano, mil años más tarde. Este es un libro con protagonistas como Epaminondas, Pericles, Alejandro, Espartaco o César, que nos habla de las grandes batallas del pasado y nos ayuda a entender mejor los triunfos y la gloria de Atenas o de Roma. Pero es también una reflexión acerca de lo que hay de lección permanente en esta historia: de cuestiones como el choque de civilizaciones, las guerras preventivas, las luchas urbanas y el terrorismo o el agotamiento y colapso de los imperios. Como ha dicho Robert Kaplan, «aunque la tecnología haya cambiado, la naturaleza de la guerra sigue siendo igual. Este libro dará que pensar a los estudiosos y fascinará a los lectores comunes».

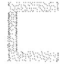
VICTOR DAVIS HANSON es *Martin and Illie Anderson Senior Fellow* de Clásicas e Historia militar en la Hoover Institution (Universidad de Stanford), donde codirige el grupo de Historia militar y conflictos contemporáneos. Galardonado con la National Humanities Medal, es columnista de *Tribune Media Services* y autor de una larga lista de títulos entre los que se incluyen *A War Like No Other* (2005) y *Between War and peace: Lessons from Afghanistan to Iraq* (2004).

Ilustración de cubierta:
Batalla de Constantino y Majencio (detalle),
de Pedro Pablo Rubens (1622).

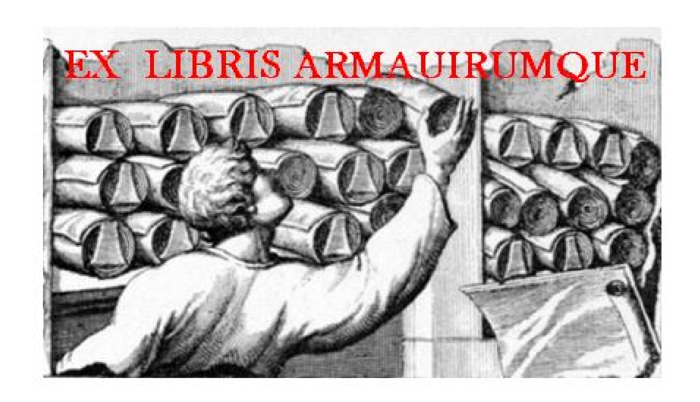
Victor Davis Hanson (ed.)

El arte de la guerra en el mundo antiguo

De las guerras persas a la caída de Roma



Traducción castellana de
Silvia Furió




CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2012

Título original: *Makes of Ancient Strategy*

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de cubierta: © Corbis

Fotocomposición: David Pablo

CRÍTICA, S.L., Diagonal 662-664, 08034 Barcelona
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
www.espacioculturalyacademico.com

ISBN: 978-84-9892-296-7
Depósito legal: B. 41.463-2011
2012. Impreso y encuadernado en España por Cayfosa

Introducción

El arte de la guerra en el mundo antiguo

De las guerras persas a la caída de Roma

Victor Davis Hanson

Creadores de estrategia

*Makers of Modern Strategy: From Machiavelli to the Nuclear Age,** editado por Peter Paret, apareció en un volumen de 941 páginas compuesto por veintiocho ensayos, con temas que abarcaban desde el siglo XVI hasta la década de 1980. La obra fue publicada por Princeton University Press en 1986, cuando la guerra fría se acercaba a su fin. La ingente antología de Paret era una actualización y ampliación del volumen clásico inicial de veinte ensayos *Makers of Modern Strategy: From Machiavelli to Hitler*, editado por Edward M. Earle. El primer libro, más reducido, se había publicado más de cuarenta años antes que el segundo, en 1943, en plena segunda guerra mundial. Hacía hincapié en los generales y teóricos militares individuales, de ahí el título personalizado de «creadores».

Aunque la temática de ambos libros seguía siendo la importancia del pasado en las amenazas militares del presente, la secuela de 1986 se centraba en las inquietudes norteamericanas. Los capítulos no estaban estructurados en torno a personas sino a temas de estrategia más

* Hay trad. cast.: *Creadores de la estrategia moderna desde Maquiavelo a la era nuclear,* Ministerio de Defensa, Madrid, 1992. (*N. de la t.*)

amplios y a períodos históricos. A pesar de que, intencionadamente, los editores y los autores de estos dos libros no relacionaban siempre de manera explícita sus colaboraciones con la penosa experiencia de los tiempos que estaban viviendo, la segunda guerra mundial y la guerra fría constituían dos presencias inevitables en el trasfondo de su obra. Ambos libros alertaban contra la suposición de que los cambios radicales en el arte de la guerra de sus respectivas eras indicaban que la naturaleza del conflicto también había cambiado.

Por el contrario, las dos obras servían de recordatorio de que la historia tanto del pasado inmediato como del más distante aborda las mismas inquietudes y peligros que existen en el tumultuoso presente. El estudio de la historia militar nos instruye en temas que se ajustan sorprendentemente a dilemas contemporáneos, aunque estén en buena parte olvidados o ignorados, sobre todo cuando la evolución radical de la tecnología induce a muchos a pensar que la guerra en sí misma se reinventa con las nuevas herramientas de cada era.

¿Por qué el mundo antiguo?

En lo que podría considerarse una precuela de estas dos obras, *El arte de la guerra en el mundo antiguo* se parece en su enfoque (por no mencionar su menor tamaño) al primer volumen de 1943 editado por Earle. Los diez ensayos que componen *El arte de la guerra en el mundo antiguo* se centran con frecuencia en líderes individuales, estrategas y generales, entre ellos Jerjes, Pericles, Epaminondas, Alejandro Magno, Espartaco y César. No obstante, los parámetros históricos se han extendido en dirección opuesta para abarcar un milenio de historia (aproximadamente desde 500 a. C. a 500 d. C.) en el cual, incluso el período más reciente, la última etapa del imperio romano, se encuentra como mínimo a 1.500 años del presente. Como punto de partida moderno, esta tercera obra sobre los creadores de estrategia no aparece simplemente en la segunda generación de la guerra industrial, como ocurrió con la publicación de 1943, ni en una tercera fase de armas de precisión de alta tecnología de la era nuclear,

como en 1986, sino durante la denominada «guerra de cuarta generación». El final del siglo xx marcó el comienzo de una época desconcertante, caracterizada por comunicaciones globalizadas instantáneas, tácticas asimétricas y nuevas manifestaciones de terrorismo, con tecnología bélica en forma de vehículos aéreos no tripulados, gafas de visión nocturna, mejoras en la protección corporal y sistemas de armas teledirigidas por ordenador almacenadas bajo tierra o en el espacio exterior. Sin embargo, el tema de los tres volúmenes sigue siendo el mismo: el estudio de la historia, y no la reciente comprensión de la innovación tecnológica, es la mejor guía para entender la naturaleza de la guerra contemporánea.

Dado que las líneas entre guerra convencional y terrorismo se desdibujan, y que la alta tecnología acelera el paso y los peligros del conflicto, se ha extendido la idea de que la guerra se ha transformado en algo nunca visto antes por las antiguas generaciones. Como ninguna era anterior tuvo que lidiar con comunicados terroristas emitidos por Internet y accesibles al instante a cientos de millones de espectadores, hemos de concebir, por consiguiente, doctrinas y paradigmas totalmente nuevos para contrarrestar semejantes tácticas. Pero tal como muestran los diez ensayos que componen este libro, la naturaleza humana, que conduce al conflicto, es inmutable. Puesto que la guerra está y estará siempre dirigida por hombres y mujeres, que razonan, o reaccionan emocionalmente, de maneras un tanto previsibles, hay una cierta predictibilidad respecto a ella.

El arte de la guerra en el mundo antiguo no sólo nos recuerda que cuanto más cambian las cosas, más permanecen iguales, sino que también argumenta que los mundos clásicos de Grecia y Roma ofrecen un servicio único para la comprensión de la guerra en cualquier era histórica. Los antiguos historiadores y observadores eran empíricos. A menudo escribían sobre lo que veían y pensaban, sin preocuparse de la opinión popular contemporánea y sin inquietarse demasiado por si sus observaciones estaban en desacuerdo con las teorías o tendencias intelectuales predominantes. Por consiguiente, había una honestidad de pensamiento y una claridad de expresión que difícilmente pueden encontrarse hoy día en debates militares.

Sabemos también mucho sobre la guerra en el mundo occidental antiguo. Los escritores griegos y romanos que crearon la disciplina de la historia la definieron en gran medida como el estudio de las guerras, como bien atestiguan las obras de Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Polibio y Livio. Y a pesar de que se ha perdido mucho de la historia antigua, aún se conserva lo suficiente como para tener una noción bastante completa de mil años de enfrentamientos en los mundos griego y romano. En efecto, sabemos mucho más acerca de la batalla de Delion (424 a. C.) o Adrianópolis (378 d. C.) que sobre Poitiers (732) o Ashdown (871). La experiencia de Grecia y Roma constituye también la herencia común de la Europa moderna y de Estados Unidos, y en cierto modo, aunque menos, de las venerables tradiciones de la antigua África, de las Américas y de Asia. En este sentido, los problemas occidentales de los siglos XIX y XX de unificación, de guerra civil, de expansión hacia el exterior, de colonización, de construcción de naciones y de contrainsurgencia tienen todos claros y bien documentados precedentes tanto en la cultura griega como en la romana.

El arte de la guerra en el mundo antiguo explora los ejemplos más lejanos de nuestra herencia para enmarcar aspectos de las manifestaciones más recientes de guerra en Occidente. Los griegos fueron los primeros en argumentar que la naturaleza humana estaba determinada y, como el historiador Tucídides vaticinó, estaban convencidos de que la historia de sus propias experiencias seguiría siendo importante para las generaciones venideras, incluso para nuestra propia generación posmoderna del nuevo milenio.

Los ensayos

Se alentó a los colaboradores a que desarrollasen un tema que estuviese en el ámbito de sus intereses en vez de adaptar un determinado material a una plantilla temática. No obstante, en general los lectores encontrarán en cada capítulo una introducción que presenta el paisaje histórico particular junto con sus protagonistas, seguida de

un análisis del correspondiente antiguo «creador» (estadista, general o teórico) o estrategia y una valoración de su éxito o fracaso. El debate se amplía entonces a la consideración de la vigencia de la estrategia para posteriores contiendas, especialmente para los conflictos de nuestros tiempos.

Los ensayos, dispuestos más o menos en orden cronológico, avanzan desde las guerras médicas de comienzos del siglo v (490, 480-479 a. C.) hasta la defensa final de las fronteras del imperio romano (*c.* 450-500 d. C.). Cabe destacar que se trata de una era de imperios. La extensión del poder militar al extranjero, y con él a menudo el control político de los estados más débiles, suele ir acompañado de autojustificaciones oficiales. Para introducirnos en imperios y justificaciones, en el capítulo 1 Tom Holland se centra en el primer gran enfrentamiento de civilizaciones entre Oriente y Occidente, en los esfuerzos persas a comienzos del siglo v a. C. por conquistar las ciudades-estado griegas y absorberlas dentro de un imperio expandido que se extendería por el Egeo hasta Europa. Las potencias imperiales, como muestra Holland, crean una completa mitología acerca de la moralidad, necesidad o inevitabilidad de la conquista. Sus narraciones son tan importantes para la planificación militar como los hombres y los pertrechos lo son en el campo. Semejante instinto imperial, esgrime, es innato a la condición humana y no está culturalmente determinado. La propaganda imperial no se introdujo en el posterior ADN occidental simplemente a través del auge del imperio ateniense o de la absorción del Mediterráneo por parte de Roma. Muy al contrario, el imperialismo y sus contradicciones estaban presentes incluso en tiempos anteriores, como aprendieron los alumnos griegos de las ambiciones imperiales de sus potenciales amos y maestros persas.

La derrota del imperio persa a comienzos del siglo v a. C. allanó el camino para el surgimiento del imperio ateniense. Hoy en día asumimos que la idea de imperio es un concepto totalmente negativo. Lo asociamos a coacción y a la reciente explotación del siglo XIX, y lo consideramos, en última instancia, insostenible por la propia potencia gobernante. No obstante, como Donald Kagan demuestra en el

capítulo 2, unos pocos individuos en ocasiones marcan la verdadera diferencia, y aquí se centra en los treinta años de preponderancia de Pericles en la política ateniense y en el reconocimiento de su singularidad por parte del historiador contemporáneo Tucídides. El imperio, especialmente el de la marca ateniense, no estaba condenado al fracaso, si dirigentes serios y moderados como Pericles entendían su función y utilidad. Durante unas breves décadas bajo su liderazgo, Atenas protegió a las ciudades-estado griegas de las represalias persas. Trató de mantener la paz general, resistió a la megalomanía imperial y fomentó el crecimiento económico a través de un sistema de comercio ateniense unificado e integrado. El éxito de Pericles y el fracaso de los que le siguieron son oportunos recordatorios de que las potencias imperiales son sostenibles siempre que puedan favorecer al interés común de general acuerdo. Cuando se transforman en un instrumento únicamente de autoengrandecimiento, implosionan sin remisión.

La defensa física proporcionada por las fortificaciones contribuyó a que el imperio ateniense conservase su supremacía militar durante tantísimo tiempo. En nuestra era de sofisticadas comunicaciones y municiones aéreas suponemos que las anticuadas fortificaciones son reliquias de un pasado militar, o incluso de cuestionable utilidad militar. Pero vemos constantemente su creciente reaparición, aunque a menudo equipadas con mejoras electrónicas, en Oriente Medio, en Iraq, y a lo largo de la frontera entre México y Estados Unidos. Las murallas y los fuertes recientes han mejorado a menudo la defensa interior en ejemplos en los que aparentemente suelen fracasar tácticas más sofisticadas. En el capítulo 3 David Berkey recorre la evolución de las murallas de Atenas a lo largo de un siglo, desde el circuito inicial de fortificaciones alrededor de la ciudad propiamente dicha, hasta la Muralla Larga que va de Atenas hasta su ciudad portuaria de El Pireo, a 6,5 kilómetros de distancia, y hasta los intentos del siglo IV de proteger el campo del Ática mediante una red de fuertes fronterizos. Esta serie de proyectos refleja los diferentes intereses económicos, políticos y militares de las agendas a lo largo de cien años de política defensiva ateniense. Sin embargo, como señala Berkey, te-

nían en común una utilidad que mantuvo Atenas prácticamente a salvo de sus enemigos a la vez que ofrecían un apoyo adicional manifiesto e ideológico a la noción tanto de imperio como de democracia. Los estadistas, las políticas y la tecnología cambian; las fortificaciones de cualquier tipo parecen ser un rasgo constante en el antiguo ciclo de desafíos y respuestas ofensivas y defensivas.

Conceptos como prevención, democratización coercitiva y unilateralismo en el mundo posterior a la invasión de Iraq son percibidos como singularmente americanos o, por su misma naturaleza, como conceptos perniciosos que ofrecen recetas para el fracaso y la aflicción de todos los implicados. De hecho, estas ideas han estado en circulación desde el inicio de la civilización occidental y se han revelado a la vez efectivas y de dudosa utilidad. Así pues, en el capítulo hago hincapié en la más bien turbia invasión preventiva del Peloponeso por parte del general tebano Epaminondas (370-369 a. C.), que era considerado por los propios antiguos el líder más impresionante que Grecia y Roma habían producido, un general de catadura moral muy diferente a la de un Alejandro o un Julio César. A su muerte en 362, Epaminondas había debilitado la hegemonía oligárquica espartana y había conducido a la ciudad-estado de Tebas a una nueva posición de prominencia. Fundó nuevas ciudadelas, liberó a decenas de miles de ilotas mesenios y cambió la cultura política de Grecia fomentando la difusión de gobiernos democráticos entre las ciudades-estado. Cómo y por qué, a través de éxitos y fracasos, consiguió llevar a cabo todo esto nos recuerda que lo que vemos en el Oriente Medio contemporáneo apenas puede ser calificado de excepcional. Afganistán e Iraq no son los primeros ni los últimos ejemplos que veremos de idealismo mesiánico emparejado con la fuerza militar, percibido como parte de una mayor preocupación por la seguridad nacional de una nación y de intereses a largo plazo.

Los grandes generales del mundo antiguo a menudo se convirtieron en grandes figuras públicas que cambiaron enérgicamente el amplio panorama político antes y después de sus operaciones militares. Sobre Alejandro Magno se ha escrito más que sobre cualquier otra figura de la Antigüedad clásica. Ian Worthington, en el capítulo 5,

estudia su creación de un imperio asiático y la dificultad que supone la administración de las tierras persas conquistadas con los recursos macedonios cada vez más mermados. Ofrece un cuento, si no oportuno, con moraleja, del pasado acerca de la desconcertante facilidad de la inicial conquista militar de Occidente sobre fuerzas convencionales enemigas inferiores, que pronto se transforman por completo o son reemplazadas por centros de resistencia más amorfos y rebeldes. Incluso los genios militares se encuentran con que la consolidación y pacificación de lo que ha sido brillantemente conquistado en el campo de batalla resulta mucho más difícil que su adquisición original. Alejandro descubrió que era necesaria una sensibilidad cultural para ganarse los corazones y las mentes de la Persia ocupada. No obstante, como declarado emisario del helenismo, los propósitos de Alejandro de introducir lo que él consideraba una cultura superior que podría unificar e ilustrar a los pueblos conquistados se revelaron antitéticos en relación con sus esfuerzos pragmáticos de convencer a la población.

El siglo XX fue testigo de la preeminencia de gran parte de los ejércitos convencionales occidentalizados. Su superioridad tecnológica, abastecimiento industrializado y disciplina institucionalizada les dotaron de ventajas innatas sobre el resto de fuerzas. Pero cuando el combate quedaba limitado al congestionado terreno de los centros urbanos, cuando implicaba ideologías y afinidades tribales más que intereses de estados-nación, y cuando empujaba a los civiles al combate, el resultado, en el mejor de los casos, era incierto. John Lee, en el capítulo 6, muestra también que no hay nada nuevo en las contemporáneas luchas urbanas y en los problemas que plantean para las fuerzas de infantería convencionales. Los mismos desafíos por conseguir una inteligencia local precisa, por ganarse los corazones y las mentes de los civiles y por encontrar las tácticas adecuadas para utilizar entre las densas poblaciones urbanas eran de gran interés para los pensadores militares griegos y para los generales, puesto que el combate se trasladaba a menudo del campo de batalla al interior de las polis. Las tácticas urbanas de éxito en el antiguo mundo griego a menudo requerían un cambio tan radical en el pensamiento militar

convencional ampliamente aceptado como requieren hoy en día los desafíos del terrorismo, la insurgencia y la violencia sectaria desde Gaza a Faluya.

Tampoco hay nada realmente nuevo en las distintas maneras en que los poderosos estados imperiales mantienen la paz entre los diversos pueblos sometidos y las diferentes provincias. Susan Mattern, en el capítulo 7, analiza los diversos modos en que Roma mantenía unido su imperio multicultural y racialmente diverso y manejaba los constantes estallidos de insurrección, terrorismo y revueltas nacionales. Lo que hacía que estos acontecimientos fueran relativamente esporádicos durante el medio milenio de vida del imperio, y que normalmente fueran sofocados, no dependía sólo de la superioridad del ejército romano ni de su dominio de las tácticas de contrainsurgencia. De igual importancia era la variedad de mecanismos insidiosos de «corazones y mentes» que convencieron a las poblaciones locales. La generosa ayuda material, la concesión de la ciudadanía, educación, un código legal uniforme aplicado con igualdad y la integración y asimilación indígena a la cultura y a la vida romanas convencieron a la mayoría de las tribus de que tenían más que ganar uniéndose a Roma que oponiéndose a ella.

El terrorismo, las insurrecciones y las revueltas étnicas o religiosas a menudo desconciertan a los modernos estados-nación. Sus fuerzas tradicionales sin duda parecen mal pertrechadas para luchar en terreno desigual o para erradicar a los combatientes no tradicionales de entre la población simpatizante. Pero el dilema es a menudo de doble dirección. En el capítulo 8 Barry Strauss analiza las revueltas de esclavos en la Antigüedad, especialmente el conocido caso de la rebelión de Espartaco en el siglo I a. C. contra el estado romano, para mostrar que los problemas pueden ser aún peores para aquellos que desafían la autoridad estatal. Si los objetivos de los insurrectos evolucionan más allá del terror y el tumulto para incluir el tránsito de masas a través de la llanura o ganarse los corazones y las mentes de la población local, o incluso creando extensas franjas de territorio permanentemente ocupado o asegurado, entonces en algún momento llegarán a equiparase a las fuerzas estatales en términos de guerra

convencional. A pesar del romanticismo que asociamos a Espartaco, su revuelta de esclavos fue superada por la logística, la disciplina y el generalato de las legiones romanas. Su llamamiento por la liberación en masa de los esclavos no tuvo verdadera resonancia política entre los itálicos para poder competir contra el llamamiento del estado romano. Puede que vivamos en una era de incomprensible terror e insurrección, pero olvidamos demasiado a menudo que las bazas militares todavía están del lado del estado-nación, especialmente cuando estalla la guerra en el interior de sus fronteras.

Las repúblicas y democracias occidentales no se fían del proverbial jinete blanco. ¿Y por qué no, dados los conocidos precedentes de lo que Alejandro Magno, Julio César y Napoleón hicieron a sus respectivas sociedades consensuales? Adrian Goldsworthy, en el capítulo 9, muestra meticulosamente cómo el advenedizo César, a través de su conquista de la Galia, fue más astuto y fuerte que sus muy experimentados y mejor relacionados rivales romanos. La lección que Goldsworthy extrae es que el uso de la fuerza en el extranjero tiene inevitablemente repercusiones políticas domésticas, y puede resultar tan peligroso para las sociedades republicanas que alinean ejércitos superiores como para los enemigos que caen ante ellos. En cualquier caso, la ciudadanía asocia la victoria en el extranjero al genio singular de un líder carismático, por lo tanto, incluso en estados constitucionales, es muy probable que haya repercusiones internas cuando esta popularidad se traduce en capital político.

El imperio romano, es decir, su formación, su mantenimiento frente a los ataques del exterior y revueltas internas y sus generales, se usa a menudo como palabra clave histórica para el pensamiento estratégico del milenio debatido en el presente volumen. ¿Por qué, desde el punto de vista militar, cayó Roma a finales del siglo v? Muchos discuten sobre si sus defensas fronterizas eran estacionarias o activamente agresivas, y si estas políticas eran acertadas o equivocadas. Peter Heather, en el capítulo 10, plantea que las fuerzas de la Roma imperial, en épocas en que a veces pensamos que estaban cómodamente parapetadas detrás de las murallas, en fortificaciones y en obstáculos naturales, se aventuraban, a modo de entrenamiento,

en territorio enemigo para prevenir posibles invasiones. También nos recuerda que los denominados bárbaros de las fronteras de Roma, a finales del imperio, se estaban sofisticando, estaban más unidos y observaban atentamente los métodos por los que los ejércitos romanos eran reclutados y financiados, para así poder sortearlos. El resultado es que no sólo aprendemos acerca de la sofisticada naturaleza de la protección de las fronteras romanas, sino, lo que es más importante, lo expertos que en realidad eran los ejércitos menos civilizados. En pocas palabras, la sofisticación militar no ha de ser siempre minuciosamente calibrada según nuestras normas culturales, y los estados occidentales pueden perder tanto a causa de diestros ejércitos como por sus propios errores y actual decadencia.

Como historiadores de la Antigüedad, los colaboradores podrían sentirse consternados por lo poco que han aprendido del pasado clásico los actuales creadores de la moderna estrategia y del arte de la guerra y lo mucho que ignoran de sus lecciones. Sin embargo, en consonancia con el espíritu de los dos *creadores* anteriores, evitamos manifiestas caracterizaciones ideológicas de naturaleza política contemporánea.

Las cargas del pasado

Pocas doctrinas estratégicas formales han sobrevivido desde la Antigüedad. Ninguna escuela de historiadores militares ha escrito tratados teóricos sistemáticos sobre el correcto uso de la fuerza militar para alcanzar objetivos políticos. Aunque existen tratados tácticos sobre cómo defender ciudades bajo asedio, el correcto papel de un comandante de caballería, y cómo organizar y desplegar una falange macedonia o una legión romana, no hay ninguna obra explícita sobre las diferentes maneras de aprovechar la potencia nacional con fines estratégicos. Los grandes capitanes no escribieron memorias esbozando una doctrina estratégica o teoría militar en abstracto.

Es el historiador Tucídides quien nos informa del pensamiento estratégico de Pericles, no el propio Pericles. Sabemos del ataque pre-

ventivo de Epaminondas contra el Peloponeso por lo que otros dijeron que hizo más que por lo que él o sus socios más cercanos dijeron que hizo. Los comentarios del propio César versaban sobre *cómo* conquistó gran parte de la Europa occidental, no sobre *por qué* su conquista era beneficiosa para Roma, ni de los costes y beneficios, y futuros desafíos, de su anexión. Los antiguos historiadores glosaron sobre la excelencia de Alejandro en la toma de Persia y sobre los posteriores desafíos que planteaba semejante ocupación. Sin embargo, estos dilemas no fueron abordados en abstracto por Alejandro ni por sus comandantes. Tenemos buena idea, no por los capitanes griegos, sino por los historiadores clásicos, por antiguas inscripciones y testimonios arqueológicos, de cómo los comandantes griegos y romanos lidiaban con las insurrecciones, la guerra urbana y la defensa de las fronteras. En otras palabras, a diferencia de los creadores de la estrategia moderna, los creadores de la estrategia en la Antigüedad no eran pensadores abstractos como Maquiavelo, Clausewitz o Delbrück, ni siquiera generales que escribían sobre lo que hacían y querían hacer, como Napoleón o Schlieffen.

El resultado tiene dos caras. Primera, la estrategia en el mundo antiguo suele ser más implícita que explícita. El historiador militar clásico tiene mucha más dificultad a la hora de recuperar el pensamiento estratégico que su homólogo moderno y, sin duda, las consiguientes conclusiones son más susceptibles de ser cuestionadas y discutidas.

Segunda, a consecuencia de esta dificultad de la erudición clásica y su frecuente dejadez, las conclusiones son a menudo mucho más originales. Tenemos miles de libros sobre la estrategia de Napoleón o de Hitler, pero tan sólo unas pocas docenas acerca del pensamiento estratégico de Alejandro y de César. Y si existen docenas de voluminosos estudios sobre la espléndida estrategia de George Marshall o de Charles de Gaulle, no hay casi ninguno sobre la de Epaminondas. Si los lectores encuentran en estos capítulos abundante suposición, una abrumadora necesidad de conjetura y, a veces, citas extranjeras, también descubrirán abundante material totalmente nuevo, o por lo menos nuevos indicios de cosas familiares que ahora se ha descubier-

to que de hecho son bastante antiguas. A veces se piensa que el mundo antiguo carece de relevancia porque es muy distante. Pero en una era de teorías confusas, de tecnologías rápidamente cambiantes y de una cacofonía de comunicaciones instantáneas, los griegos y los romanos, precisamente por su distancia y claridad, aparecen más relevantes que nunca. Estos ensayos se plantean con la esperanza de que la próxima vez que un estadista o un general ofrezca una solución totalmente nueva a lo que según él es un problema totalmente nuevo, alguien pueda objetar que no es necesariamente así. Más que ofrecer valoraciones políticas acerca de los procedimientos de los líderes militares modernos, esperamos, por el contrario, que el conocimiento del mundo antiguo nos recuerde a todos nosotros los parámetros de elecciones disponibles, y sus consecuencias.

1

Desde Persia con amor

Propaganda y excesos imperiales en las guerras médicas

TOM HOLLAND

La invasión de Iraq, cuando finalmente se produjo, fue simplemente el clímax de un período en curso de crisis y agitación en el orden internacional. El estancamiento entre ambos bandos había sido durante años un rasgo geopolítico constante. Ambos, sin duda, sospechaban desde hacía tiempo que el conflicto abierto era inevitable. Al penetrar los invasores en territorio iraquí, deberían haber sabido que se enfrentaban a un régimen bien preparado para la guerra. Había almacenado asiduamente reservas de armamento y provisiones; sus tropas, concentradas a lo largo de las fronteras, bloqueaban todas las carreteras que conducían a la capital; se rumoreaba veladamente que la propia capital, una amedrentadora mezcla de grandiosos y prestigiosos proyectos y desolados barrios marginales, era capaz de tragarse a un ejército entero. No obstante, todas las defensas del régimen, a la hora de la verdad, lo mismo habrían podido ser de arena. El adversario al que se enfrentaban era nada menos que una superpotencia, la más formidable del planeta. El destacamento especial desplegado por los invasores realizó una devastadora exhibición de asombro y desconcierto. Aquellos defensores que no quedaron reducidos a cadáveres en el primer impacto mortal del ataque enemigo simplemente se desvanecieron. Incluso en la misma capital, la población se reveló manifiestamente reacia a morir por su asediado líder. Sólo unas pocas semanas

después del inicio de las hostilidades, la guerra había terminado por completo. Lo mismo ocurrió el 12 de octubre de 539 a. C., cuando las puertas de Babilonia se abrieron de par en par «sin presentar batalla»,[1] y la mayor ciudad del mundo cayó a manos de Ciro, rey de Persia.

Para los babilonios, la captura de su metrópoli por un caudillo extranjero sólo se podía explicar como obra de Marduk, el rey de sus dioses. A lo largo de los siglos, el incomparable esplendor y linaje de Babilonia había servido para bruñir la presunción de sus habitantes hasta alcanzar un brillo verdaderamente lustroso. Aunque sometida desde hacía tiempo al dominio de Asiria, un reino rival del norte, a Babilonia siempre le había irritado su subordinación, y en 612 a. C., cuando sus ejércitos tomaron el mando en el saqueo de la capital asiria, Nínive, la ciudad llevó a cabo una espléndida y sangrienta venganza. A partir de aquel momento, se encontró en posición de desempeñar el papel que su pueblo siempre había considerado justo: el de fulcro de los asuntos mundiales. Aunque la caída del imperio asirio había dejado dividido el Oriente Próximo entre la propia Babilonia y otros tres reinos, Media en el norte de Irán, Lidia en Anatolia, y Egipto, no cabía duda de cuál de estas cuatro potencias destacaba como *primus inter pares*. Los reyes de Babilonia no tardaron en levantar y extender su propio dominio sobre las ruinas del poder asirio. Impusieron «un férreo yugo de servidumbre»[2] sobre sus vecinos inferiores. Típico del destino reservado a aquellos que alardeaban de mantenerse independientes fue la derrota, en 586, del valiente pero imprudente reino de Judá. Dos años después de orquestar una revuelta contra el dominio babilónico, los judíos tuvieron que lamentar su temeridad en medio de los escombros de todo aquello que anteriormente les había definido. Jerusalén y su templo quedaron reducidos a un montón de ruinas ennegrecidas, su rey fue obligado a presenciar el asesinato de sus hijos antes de ser cegado, y la élite judea fue desterrada al exilio. Allí, llorando junto a los ríos de Babilonia, a uno de aquéllos, un profeta de nombre Ezequiel, le pareció que las sombras del Sheol se cernían sobre el todo orden global. No era una gran potencia, pero había sido despachada al inframundo por el rey de Babilonia: «todos asesinados, caídos por la espada, que sembró el terror en la tierra de los vivos».[3]

Pero ahora la supremacía babilónica estaba muerta. La caída de la gran ciudad fue para los contemporáneos un verdadero terremoto. No obstante, lo que todavía lo hizo más sísmico fue la identidad de su conquistador: si Babilonia podía vanagloriarse de una historia que se remontaba a los mismos comienzos de los tiempos, cuando los dioses empezaron a construir ciudades a partir del barro primigenio del mundo, entonces los persas, por oposición, parecía que hubiesen salido de la nada. Dos décadas antes, cuando Ciro ascendió al trono, su reino no sólo era intrascendente, sino que estaba políticamente subordinado, puesto que tenía el rango de vasallo del rey de Media. En un mundo dominado por cuatro grandes potencias, podría pensarse que había pocas posibilidades de que un forastero se abriese camino. Sin embargo, Ciro, en el curso de su reinado había demostrado justo lo contrario. El vigoroso carácter que revestía el orden global que se oponía a él fue sabiamente utilizado en su beneficio. Había demostrado que decapitar un imperio y a todas sus provincias podía ser un efecto colateral. El primero en caer había sido su antiguo señor, el rey de Media: derrocado en 550. Cuatro años después fue el turno de Lidia. En 539, cuando también Babilonia fue añadida a su botín, Ciro era dueño de un dominio que se extendía desde el Egeo hasta Hindu Kush, la mayor concentración de territorio que el mundo había visto jamás. Ciro bien podría haber descrito su propio gobierno en términos totalizadores, puramente cósmicos: era Rey de Reyes, el Gran Rey, «el Rey del Universo».[4]

¿Cómo lo había logrado? Evidentemente, no hace falta decir que la construcción de un imperio raramente se consigue sin grandes derramamientos de sangre. Los persas, tan rudos e implacables como las montañas de su tierra natal y criados desde niños con un asombroso nivel de eficiencia militar, eran guerreros formidables. Igual que los asirios y los babilonios antes que ellos, habían aportado al Oriente Próximo «el derrumbe de murallas, el tumulto de cargas de caballería y el derrocamiento de ciudades».[5] Durante la invasión de Babilonia, por ejemplo, todas las características del generalato de Ciro se mostraron de manera devastadora: la capacidad de organizar a «números tan inconmensurables como las aguas de un río»,[6] para aplastar a to-

dos aquellos que tenían intención de oponerse a él, y de moverse con una rapidez absolutamente desconcertante. Sin duda, la espada de semejante conquistador no descansaba fácilmente en su vaina. Una década después de su triunfal entrada en la capital del mundo, el por entonces anciano Ciro seguía aún sobre su silla de montar, dirigiendo a su caballería siempre hacia adelante. Se cuentan varios relatos sobre su final, pero la mayoría coincide en que murió en Asia central, lejos de los límites de cualquier imperio anterior del Oriente Próximo. A pesar de que es evidente que su cadáver fue trasladado de nuevo a Persia con todos los honores para ser enterrado en una espléndida tumba, numerosas historias espeluznantes daban versiones distintas. Según una de ellas, por ejemplo, la reina de la tribu que había matado a Ciro ordenó que su cadáver fuera decapitado y que la cabeza cortada fuera introducida en un odre lleno de sangre para que por fin quedase saciada su sed de matanza.[7] Este relato muestra con todo su vigor el terror que el gran conquistador era capaz de inspirar en sus adversarios, pues vampiros y demonios hambrientos de carne humana poblaban desde hacía tiempo las pesadillas de los pueblos del Oriente Próximo.

Sin embargo, otra tradición harto diferente sirvió para mantener viva la memoria de Ciro el Grande. No sólo había conquistado a sus enemigos, sino que también los atraía diligentemente. A pesar de la brutalidad que mostraba a la hora de asegurarse la rápida rendición de un enemigo, su preferencia, con mucho, era la de estar a la altura de las pretensiones conciliadoras de su propia propaganda brillantemente elaborada. Una vez establecido su dominio sobre los cadáveres de los ejércitos aplastados, el derramamiento de sangre tendía a limitarse al mínimo necesario. Si los babilonios eligieron atribuir la conquista de su ciudad a la voluntad de Marduk, entonces Ciro estaba totalmente dispuesto a seguirles la corriente. Al invadir Iraq se había proclamado favorito de la más grande divinidad de sus enemigos, al derrocar a su dinastía nativa, se había erigido como heredero de sus tradiciones más venerables. Se había presentado a sí mismo, no sólo en Babilonia, sino también en las ciudades y reinos de todo su vasto imperio, como un modelo de rectitud, y su gobier-

no, como una retribución por parte de los dioses de sus distintos súbditos. Los mismos pueblos que había conquistado habían rebuscado debidamente para aceptarlo de acuerdo con la valoración del propio Ciro y para aclamarlo de acuerdo con la suya. Con una inteligente y calculada sutileza, Ciro había conseguido demostrar a sus herederos que la crueldad y la represión, las claves de todos los imperialismos anteriores de la región, podían mezclarse con una no menos imperiosa muestra de misericordia, emancipación y mecenazgo. La guerra por sí misma, según parecía demostrar la carrera de Ciro, podía sólo agrandar un imperio. Sin embargo, el límite estaba en garantizar la paz y el orden a los que se sometían diligentemente y al propio mundo.

Y así fue como Ciro, por ejemplo, mientras halagaba a los babilonios con las atenciones que dedicaba a Marduk, no ignoraba los anhelos de los deportados de la ciudad, de exiliados como los judíos. El alto mando persa reconocía en estos cautivos nostálgicos una fuente de gran potencial. Judea era el eje entre el Creciente Fértil y el reino de Egipto todavía por conquistar; una tierra de tanta importancia estratégica sin duda merecía una pequeña inversión. No sólo permitió que los judíos regresaran a los escombros cubiertos de maleza de su tierra natal, sino que proporcionó fondos para la reconstrucción en Jerusalén de su templo arrasado. Los propios exiliados respondieron con inmenso entusiasmo y gratitud. Mientras que Ezequiel había descrito a Babilonia como un mero agente de Jehová, el Dios quisquilloso y jactancioso de los judíos, el profeta que escribió tras el nombre de Isaías presentó al rey persa bajo una luz en general más brillante. «Así habla el Señor a Ciro, su ungido, al cual tomé yo por su mano derecha, para sujetar naciones delante de él y desatar lomos de reyes; para abrir delante de él puertas, y las puertas no se cerrarán: "Yo iré delante de ti, y enderezaré los lugares torcidos; quebrantaré puertas de bronce, y cerrojos de hierro haré pedazos; y te daré los tesoros escondidos, y los secretos muy guardados, para que sepas que yo soy el Señor, el Dios de Israel, el que te llama por tu nombre"».[8]

El propio Ciro, si hubiera sabido de este extraordinario alarde, seguramente lo habría destacado como lo que en realidad era: una

señal de triunfo de su política de gobernar a través de colaboradores dispuestos. Mientras que la tolerancia de los persas hacia los extranjeros y sus peculiares costumbres no implicaba de ningún modo respeto, su genio como conquistadores del mundo consistía en satisfacer el anhelo instintivo de cualquier esclavo de creerse el favorito de su amo, y utilizarlo en beneficio propio. ¿Qué mayor fuente de autosatisfacción para un pueblo sometido periférico e insignificante como el de los judíos, después de todo, que imaginarse favorecidos por una relación especial con el remoto Rey de Reyes? Ciro y sus sucesores habían comprendido una cruda pero estratégicamente trascendental verdad: las tradiciones que definen a una comunidad, que le proporcionan un sentido de autoestima y un anhelo de independencia pueden también, si se explotan con sensatez por parte de un conquistador, servir para reconciliar esta comunidad con su propia subordinación. Esta máxima, aplicada por los persas en el vasto territorio de todas sus provincias, era la que apuntalaba su filosofía de imperio. Les gustaba pensar que ninguna clase dirigente de ningún lugar podía de alguna manera evitar ser seducida hasta la sumisión.

Ciertamente, esto presuponía que se podía confiar en todas las clases dirigentes para mantenerse en el poder. Por fortuna, en regímenes como los que había en gran parte de Oriente Próximo, con su clero, sus burocracias y sus cuadros de los extremadamente ricos, hacía falta algo más que un cambio de gobernante para alterar el plácido funcionamiento de las élites. Incluso en los mismos límites del imperio, donde la fuerza gravitatoria del centro era más débil, había a menudo un considerable entusiasmo por los indudables frutos de la *pax persica.* En Sardis, por ejemplo, la capital de Lidia, tan distante de Persia que estaba tan sólo a unos pocos días de viaje desde el «mar Amargo», como los persas denominaban al Egeo, los problemas iniciales no evitaron que la colaboración se reconociese enseguida como un modo de vida aceptable. Los funcionarios lidios seguían recorriendo diligentemente la provincia para sus amos, igual como lo habían hecho bajo el gobierno de sus reyes nativos. Se les toleraba todo de forma escrupulosa, su lengua, sus costumbres y sus dioses. Incluso sus impuestos, aunque sin duda elevados, no lo eran tanto como para

sangrarlos hasta dejarlos secos. De hecho, había un lidio llamado Pitio, propietario de una mina, al que sólo el Gran Rey le superaba en la lista de los más ricos del imperio. Es evidente que hombres como éste, a quienes el gobierno persa había proporcionado oportunidades sin precedentes, no tenían el más mínimo interés en levantarse por la libertad.

Sin embargo, no todo estaba calmado en el frente occidental. Más allá de Sardis, diseminadas a lo largo de la costa del Egeo, se encontraban las resplandecientes ciudades de un pueblo conocido por los persas como los yauna. Originarios de Grecia, los jonios, como ellos mismos se denominaban, permanecieron tan decidida y desafiantemente griegos como cualquiera de sus compatriotas en la madre patria al otro lado del Egeo, lo cual significaba que, para sus amos, representaban un enigma y a la vez un desafío. Lo único que los yauna hacían, según los persas, era pelear. Incluso cuando las distintas ciudades no reñían unas con otras, era muy probable que estuviesen involucradas en una contienda civil. Esta interminable disputa, que había contribuido enormemente a la facilidad con que fueron conquistadas en tiempos de Ciro, hacía también de los jonios un pueblo excepcionalmente pesado de gobernar. Allí donde los pueblos civilizados, es decir, los babilonios, los lidios e incluso los judíos, tenían sus funcionarios y sus sacerdotes, los griegos parecían tener solamente facciones traicioneras que estallaban constantemente.

En consecuencia, a pesar de su genio en trazar perfiles psicológicos, los persas consideraron que lograr el control de sus súbditos jonios constituía un desafío. Mientras que en Babilonia o Sardis podían levantar su administración sobre los sólidos cimientos proporcionados por una diligente y eficiente burocracia, en Jonia tuvieron que basarse en su propio talento para la intriga y el espionaje. Para cualquier gobernador persa el desafío consistía en elegir a los ganadores entre los distintos y poderosos jugadores jonios, respaldarlos hasta agotar su rendimiento, y después deshacerse de ellos con el menor alboroto. No obstante, esta política era traicionera y poco podía beneficiar. Al favorecer a una acción sobre otra, los persas fueron inevitablemente absorbidos en el torbellino de lucha de clases y de apuña-

lamientos por la espalda que constituía la política jonia. Una experiencia frustrante y desconcertante, y que al parecer daba crédito a una teoría de la que eran partidarios ciertos jonios, hombres sabios conocidos como «filósofos», a quienes les parecía un hecho observable de la naturaleza que todo lo que había en el universo fuera conflicto, tensión y cambio. «Todas las cosas están constituidas a partir del fuego —tal como lo formuló uno de ellos—, y todas las cosas se derretirán de nuevo en el fuego.»[9]

Ésta, para los amos de los jonios, era una idea verdaderamente estrafalaria. El fuego, en opinión de los persas, era la manifestación no de un flujo incesante, sino más bien de todo lo contrario, de la inmanencia de un principio inmutable de rectitud y justicia. Por más promiscuos que pudieran ser en el patrocino de los dioses extranjeros, en sus corazones sabían, cosa que ignoraban los pueblos inferiores, que sin semejante principio el universo se desharía y se perdería en la noche perpetua. Por esta razón, así lo creían, cuando Ahura Mazda, el más grande de todos los dioses, dio vida a la creación al comienzo de los tiempos, engendró a Arta, que era la Verdad, para que diera forma y orden al cosmos. Sin embargo, el caos nunca cesó de amenazar al mundo con la destrucción, porque igual que el fuego no puede arder sin el acompañamiento del humo, los persas sabían que también Arta estaba inevitablemente acosado por Drauga, la Mentira. Estos dos principios, uno encarnando la perfección y el otro la falsedad, estaban enzarzados, según creían los persas, en un conflicto que era tan antiguo como el tiempo. ¿Qué deberían hacer entonces los mortales responsables sino tomar partido por Arta en contra de Drauga, la Verdad contra la Mentira, la Luz contra la Oscuridad, para que el propio universo no se tambalease y cayese?

Ésta era una cuestión que, en 522, mostraría tener implicaciones que iban más allá de las dimensiones del sacerdocio o de la teodicea, puesto que llegó a afectar al futuro de la propia monarquía persa. Primero Cambises, el hijo mayor y heredero de Ciro y el rey que finalmente consiguió conquistar Egipto, murió en extrañas circunstancias en el camino de regreso del Nilo. A continuación, a comienzos de otoño, su hermano, el nuevo rey, Bardiya, cayó en una emboscada y

fue hecho pedazos en las montañas del oeste de Irán. Ocupando su puesto, sentado en el trono salpicado de sangre, su asesino, un hombre ostensiblemente culpable de usurpación, Darío I, con una exhibición de aplomo tan impresionante que lo destacó como un político de espectacular creatividad y crueldad, proclamó que el impostor, el falso, el embustero había sido Bardiya, no él.[10] Todo lo que él había hecho, aseguraba, todo lo que había logrado se debía al favor de Ahura Mazda. «Él me prestó ayuda, y también los otros dioses, porque yo no fui infiel, ni seguidor de la Mentira, ni falso en mis acciones.»[11] Darío insistía demasiado, pero en última instancia lo hacía porque, como regicida, no tenía mucha elección. Por ello se apresuró a reivindicar una íntima relación de parentesco con la casa de Ciro y a vincular a las hermanas de Cambises y de Bardiya a su lecho matrimonial, puesto que su pretensión dinástica al trono en realidad era tan endeble que apenas podía basarse en ella para justificar su golpe de estado. Había que urdir otra legitimación, y rápido. Por esta razón Darío sintió la necesidad, mucho más acuciante que para Ciro y sus hijos, de insistir en su papel como elegido de Ahura Mazda: como el portaestandarte de la Verdad.

Esta perfecta identificación de su propio mandato con la de un dios universal resultaría un acontecimiento trascendente para el futuro. Los usurpadores han reivindicado la sanción divina de sus acciones desde tiempos inmemoriales, pero nunca una tan poderosa como la que Ahura Mazda podía procurar. Al pisotear a sus enemigos, Darío no sólo aseguraba su propio gobierno, sino que también, y con consecuencias funestas, situaba su imperio en un potente y nuevo equilibrio. En Behistún, una montaña que se alzaba a unas pocas millas del escenario del asesinato de Bardiya, el nuevo rey ordenó que se inscribiesen sus hazañas en las rocas de un acantilado que daba directamente sobre el camino principal; la inscripción resultante representaría una desviación de la norma radical y reveladora en cuanto a la autopropaganda en Oriente Próximo. Cuando los reyes asirios se representaban sometiendo a sus enemigos, lo hacían de la forma más extravagante y plagada de detalles sangrientos, mostrando la carga de las tropas de choque, el avance de las máquinas de asedio, y la penosa

marcha hacia el exilio de los derrotados. En Behistún no se representó ninguno de estos detalles. Lo que le importaba a Darío no era la batalla, sino que la batalla se había ganado; no el derramamiento de sangre, sino que la sangre se había secado y que una nueva era universal de paz había amanecido. La historia, en efecto, como proclamaba Darío, había tocado a su fin. El imperio persa era ambas cosas, su fin y su suma, pues ¿qué más podía ser un imperio que contenía en su interior todos los límites del horizonte, sino el bastión de un orden verdaderamente cósmico? Semejante monarquía, ahora que el nuevo rey había conseguido redimirla de la Mentira, podía esperarse que durase toda la eternidad: infinita, inamovible, la atalaya de la Verdad.

Aquí, en la visión de imperio que tenía Darío como una fusión de orden cósmico, moral y político, había una formulación que estaba destinada a ser sorprendentemente fructífera. Para el nuevo rey, tan importantes eran los detalles sangrientos del gobierno imperial como su sombra, la visión sacra de un estado universal, un estado en el que todo su vasto dominio había sido sometido por el bien de los conquistados. A partir de entonces, la alianza encarnada por el gobierno persa tenía que quedar patente en toda manifestación de poder real, tanto en los palacios como en los avances o planes de guerra: armonía a cambio de humildad, protección a cambio de sometimiento, las bendiciones de un nuevo orden mundial a cambio de obediencia. Ésta era, en comparación con la propaganda de Asiria, una receta especialmente carente de gusto por la matanza, pero servía de manera harto efectiva para justificar una conquista global sin límites. Después de todo, si era el destino del Rey de Reyes llevar la paz a un mundo sangrante, entonces ¿cómo había que calificar a aquellos que le desafiaban, sino como agentes de la anarquía y de las tinieblas, de un eje del mal? Como instrumentos de Drauga, no sólo amenazaban al poder persa sino también al orden cósmico que éste reflejaba.

No es de sorprender, pues, que por parte de los propagandistas imperiales se instalase la invencible convicción de que no había baluarte de Drauga lo bastante remoto para no ser finalmente purgado y redimido. El mundo tenía que ser un lugar seguro para la Verdad. Tal era la misión persa. En 518, mirando hacia el este, Darío envió

diligentemente a todo un escuadrón naval para llevar a cabo un reconocimiento de las misteriosas tierras a lo largo del Indo. La invasión no se hizo esperar, el Punyab fue sometido y se impuso un tributo de polvo de oro, elefantes y maravillas similares. Entretanto, en el extremo opuesto del imperio, en el lejano oeste, una flota de combate persa surcaba las aguas del Egeo. En 517, Samos fue conquistada y anexionada.[12] Las islas vecinas, ansiosas por anticiparse a la flota persa, empezaron a contemplar la posibilidad de someterse formalmente a los embajadores del Gran Rey. Tanto al este como al oeste, parecía que los procedimientos del imperio seguían su curso.

Sin embargo, por más insospechado que pudiera parecer en el centro de mando del poder persa, se estaban gestando disturbios en la región, y no sólo en Jonia, sino también más allá del Egeo, en Grecia. Aquí, en una tierra que para los sofisticados agentes de la monarquía global no podía por menos que parecer atrasada y empobrecida, el carácter combativo y chauvinista de la vida pública jonia se vio reflejado en una multitud de políticas quisquillosas y caóticas. La propia Grecia no era más que una expresión geográfica: no era un país, sino un conglomerado de ciudades-estado. Cierto es que los griegos se consideraban un único país, unidos por la lengua, la religión y las costumbres; pero lo que ocurría en Jonia, también sucedía en la madre patria: lo que parecía que tenían en común las distintas ciudades era su adicción a luchar las unas contra las otras. No obstante, la misma incansable propensión a agrandar las fronteras que en Jonia estaba alimentando una importante revolución intelectual tenía también efecto en los estados del continente. A diferencia de los pueblos del Oriente Próximo, los griegos carecían de modelos viables de burocracia o centralización en los que inspirarse. En su búsqueda de *eunomia*, «buen gobierno», estaban, en cierto sentido, solos. A pesar de sufrir tensiones sociales crónicas, no eran del todo ajenos a la libertad que esto les proporcionaba: experimentar, innovar, forjar sus propios caminos distintivos. «Mejor una pequeña ciudad posada sobre una roca —podía esgrimirse—, siempre que esté bien gobernada, que todos los esplendores de la extravagante Nínive».[13] Indudablemente, por más ridícula que esta afirmación pudiera

parecer a los persas, aquellos amos del imperio global, había muchos griegos que se sentían muy orgullosos de sus excentricidades de ciudad pequeña. A lo largo de los años, las repetidas agitaciones sociales y políticas habían servido para situar a muchas ciudades en caminos que les eran característicamente propios. Hasta un extremo poco valorado por los persas, que despreciaban por naturaleza a las razas inferiores como sólo los representantes de una superpotencia pueden hacer, los griegos representaban un impedimento potencial de mal augurio en su camino hacia la constante expansión, puesto que no eran un pueblo que pudiera ser fácilmente doblegado ante la fórmula de conquista del Gran Rey. Eran más bien, de acuerdo con los parámetros de la norma del Oriente Próximo, un pueblo inquietantemente diferente.

Y unos eran más diferentes que otros. En Esparta, por ejemplo, la ciudad dominante del Peloponeso, un pueblo que había sido notorio por la calidad tóxica de sus odios de clase se había metamorfoseado en *homoioi*: aquellos que eran iguales. Una disciplina despiadada y universal había servido para enseñar a todo espartano, desde el momento de su nacimiento, que la conformidad lo era todo. El ciudadano crecería y asumiría su puesto en la sociedad, el guerrero asumiría su puesto en la línea de batalla. Allí tendría que permanecer de modo obligatorio durante toda su vida, «con sus pies firmemente apuntalados, mordiéndose el labio, defendiendo su posición ante el enemigo»,[14] y sólo la muerte le exoneraría de su deber. Ahora los espartanos ya no eran depredadores, como antaño lo habían sido, de su propia especie, ricos sobre pobres; al contrario, se habían convertido en una única horda mortífera. Para sus vecinos en particular, las consecuencias de esta transformación habían sido devastadoras. Los ciudadanos de un estado, Mesenia, quedaron reducidos a la condición de embrutecedora servidumbre, mientras que otros estados del Peloponeso fueron sometidos a la subordinación política. En todo el mundo griego, los espartanos se habían ganado la reputación de ser los mejores guerreros del mundo. Se decía que algunos griegos, antes que enfrentarse a los lobos del Peloponeso en el campo de batalla, habían salido huyendo de puro terror.

Y ahora, en una ciudad antaño famosa por ser pueblerina y atrasada, se gestaba una revolución de gran alcance. Atenas era potencialmente el único rival de Esparta como poder dominante en Grecia, pues la ciudad controlaba un territorio interior, el Ática, que según los parámetros griegos era inmensa y que, a diferencia de Esparta, no había sido usurpada a otros griegos. Sin embargo, a lo largo de la historia de Atenas, la ciudad se había hundido sistemáticamente bajo su peso, y a mediados del siglo VI el pueblo ateniense estaba cada vez más resentido de su propia impotencia. La crisis había alimentado la reforma; la reforma había alimentado la crisis. Eran los dolores de parto, como después se revelaría, de un nuevo orden radical y extraordinario. La aristocracia, a pesar de que continuaba gestionando la espiral de sus propias e interminables rivalidades, cada vez era más consciente de una nueva e inquietante contracorriente, a medida que poderosos jugadores empezaban a mover ficha con el apoyo del *demos*, «el pueblo». En 546, uno de dichos jugadores, un general de éxito de nombre Pisístrato, había conseguido imponerse como hombre fuerte indiscutido de la ciudad: un «tirano». El término, para los griegos, no tenía ni por asomo las sangrantes connotaciones que tiene para nosotros, porque un *tyrannos*, casi por definición, había de tener sintonía con el pueblo. Sin ella, no podía pretender mantenerse en el poder demasiado tiempo; por consiguiente, Pisístrato y sus herederos esperaban deslumbrar al *demos* sistemáticamente con arrogantes e imponentes obras públicas. Sin embargo, los atenienses querían cada vez más, y había ciertos aristócratas, rivales de los pisistrátidas, que estaban tan resentidos por su exclusión del gobierno de su ciudad que se dispusieron a adoptar la máxima sanción y entregar el poder al pueblo. En 507 estalló la revolución. Hipias, el hijo de Pisístrato, fue enviado al exilio. La *isonomia*, es decir, la «igualdad», igualdad ante la ley, igualdad de participación en el gobierno del estado, se instaló como el ideal ateniense. Emprendieron un grande y noble experimento: un estado en el que, por primera vez en la historia del Ática, un ciudadano podía sentirse comprometido y tener el control; un estado, quizá, por el que podría valer la pena luchar.

Y ésta era precisamente la cuestión para los patrocinadores de clase alta de la revolución de su ciudad. Estos hombres no eran embriagados visionarios sino, más bien, pragmáticos inflexibles cuyo objetivo era, simplemente, aprovecharse como aristócratas atenienses haciendo fuerte a su ciudad. Habían calculado que un pueblo no dividido entre sí podía por fin presentar a sus vecinos un frente unido, ocupando su puesto no como séquito de algún gran señor de un clan sino como defensores de un ideal, de la *isonomia*, de la propia Atenas. El primer año de lo que posteriores generaciones denominarían *dêmokratia* sirvió para demostrar que estas expectativas no eran inverosímiles. Tal como sucedería milenios más tarde, en respuesta a las revoluciones francesa, rusa e iraní, los intentos de las potencias rivales por sofocar al alarmante nuevo usurpador eran total y triunfalmente rechazados. Las famosas palabras de Goethe sobre la batalla de Valmy podrían haberse aplicado con toda justicia a las primeras grandes victorias del primer gran estado democrático: «Aquí, y en el día de hoy, comienza una nueva época de la historia universal».[15]

Como en Persia, lo mismo ocurrió en el Ática: algo inquieto, peligroso y original había nacido. Entre una monarquía global y una pequeña ciudad que se enorgullecía de la autoctonía de su pueblo pocas correspondencias podrían haber surgido y, sin embargo, como demostrarían los acontecimientos, ambas estaban ahora dominadas por una ideología que la otra no podía tolerar. Quizá, si la democracia hubiera permanecido confinada en Atenas, podría haberse evitado una confrontación, pero las revoluciones se han revelado invariablemente exportables. En 499, una serie de insurrecciones en toda Jonia consiguió derrocar a los tiranos que durante décadas habían servido a los persas en calidad de colaboracionistas, y en su lugar se establecieron democracias. Un año después un destacamento ateniense se unió a los rebeldes y prendieron fuego a Sardis. No obstante, los propios atenienses, desanimados por el fracaso en la toma de la acrópolis de la ciudad y el incendio accidental de un famoso templo, tan pronto como hubieron arrasado la capital, Lidia, regresaron corriendo al Ática, atenazados por los nervios y el remordimiento. Aunque aterrorizados sin duda por la idea de que el acechante y des-

piadado ojo del Rey de Reyes pronto se posaría sobre ellos, todavía se habrían asustado más si hubieran conocido la naturaleza exacta de la bestia cuya cola tan caballerosamente habían osado pellizcar, pues nada peor podría haberse maquinado para suscitar la furia del hombre más poderoso del planeta. Por supuesto, para Darío era evidente que la insurgencia de los jonios había de ser urgentemente sofocada, y que el estado terrorista más allá del Egeo había de ser neutralizado si el flanco noroccidental del imperio quería mantenerse totalmente seguro. Cuando más se aplazase el castigo de Atenas, mayor era el riesgo de que focos de rebeldes similares proliferasen por las remotas tierras montañosas e inaccesibles de Grecia: una pesadilla para cualquier estratega persa. No obstante, la geopolítica dificultaba la respuesta inmediata que el Gran Rey tenía en mente. Atenas podía ser un baluarte de terroristas, pero se había revelado también como un baluarte especialmente viperino de la Mentira. Entonces, por el bien del cosmos y también por la futura estabilidad de Jonia, Darío empezó a contemplar la ejecución de su misión encomendada por la divinidad, su guerra contra el terror, contra el Ática. El incendio de Atenas prometía ser ambas cosas: una escala en una nueva y necesaria fase de expansión imperial y un ataque asestado contra los demoníacos enemigos de Ahura Mazda.

Sin embargo, si los atenienses tenían poca noción de los motivos e ideales de la superpotencia que ahora se alineaba contra ellos, los persas a su vez ignoraban fatalmente a qué se enfrentaban en la democracia. Para los estrategas a quienes les fue confiada la supresión de la revuelta jonia, no había nada de excepcional en la nueva forma de gobierno; y si algo había era que parecía haber intensificado el faccionalismo que durante tanto tiempo había hecho que combatir a los yauna fuera como pescar en un barril. En 494, en una culminante confrontación a la altura de la pequeña isla de Lade, tanto los jefes de los espías de Persia como sus almirantes, sus sobrecargos y sus barcos de guerra, provocaron la desintegración final de la insurgencia jonia. Cuatro años después, los preparativos para una expedición contra Atenas reflejaban la misma arrogancia: que las facciones rivales sin duda terminarían destruyendo la resistencia de la ciudad. Por

ejemplo, no fue ninguna casualidad que Datis, el comandante del destacamento persa, fuera un veterano de la revuelta jonia, un general con una visión tan especializada de cómo funcionaban los yauna que en realidad podía hablar algunas palabras en griego. También en la expedición, y susurrando almibaradas palabras tranquilizadoras a los oídos de Darío acerca del recibimiento que sin duda le esperaba, estaba Hipias, el derrocado pisistrátida, muestra de la constante obsesión de los persas por asegurarse la colaboración de las élites nativas. Sin embargo, en esta ocasión, como atestiguarían los acontecimientos, habían calculado mal, y fatalmente. Su inteligencia resultó peor que inútil, estaba anticuada.

El ejército ateniense que se enfrentó a los invasores en la llanura de Maratón, bloqueando el camino que conducía a su ciudad unos treinta y dos kilómetros al sur, no se desintegró como había ocurrido con la flota jonia en Lade. Cierto es que Atenas durante mucho tiempo había estado invadida por rumores de quintacolumnistas y especuladores del oro del Gran Rey, pero fue precisamente la conciencia de los atenienses del inminente peligro lo que, en primera instancia, les hizo salir de los muros de su ciudad. Después de todo, durante un asedio, no habrían faltado ocasiones a los traidores para abrir las puertas al enemigo, pero fuera, en el campo de batalla, donde el estilo griego de combate, guerreros avanzando codo con codo en una falange, significaba que todos tenían que luchar como uno solo o ser aniquilados, el que quisiera vivir, incluso un potencial traidor, no tenía más opción que empuñar su lanza y sostener su escudo por el bien de todos. Resumiendo, la línea de batalla en Maratón no se podía comprar. En honor a la verdad, Datis acabó reconociéndolo, pero aun así no pudo abandonar su convicción de que toda ciudad griega tenía, en última instancia, un precio. A su debido tiempo, después de un punto muerto de varios días en el combate, decidió ponerlo a prueba. Dividió su ejército, embarcó a un numeroso destacamento, que con toda seguridad incluía a la caballería, y lo envió a rodear la costa ática para ver si su aparición en el puerto a la altura de Atenas ayudaba a desatrancar las puertas de la ciudad. Sin embargo, fue precisamente esta misma maniobra la que brindó una oportuni-

dad a la resistencia ateniense. Contra todo pronóstico, avanzando contra un enemigo considerado por todos invencible, cruzando lo que muchos atenienses debieron de temer que se convertiría en una llanura de muerte, cargaron contra un enemigo que jamás ningún ejército griego había derrotado en batalla a campo abierto. La recompensa por su coraje fue una victoria gloriosa e inmortal. No obstante, todavía temerosos de una traición, los exhaustos y ensangrentados vencedores no tuvieron tiempo de saborear su triunfo. En lugar de ello, en plena calor del día regresaron directamente a Atenas, «tan rápido como sus piernas se lo permitieron».[16] Llegaron justo a tiempo, porque poco después los barcos persas de transporte empezaron a desfilar hacia el puerto de la ciudad. Durante unas pocas horas permanecieron apostados más allá de la entrada; después, cuando por fin se puso el sol, levaron anclas, dieron la vuelta y se alejaron. La amenaza de invasión había pasado, por lo menos de momento.

No había duda de que lo que había salvado a Atenas en el campo de batalla de Maratón fue ante todo el valor de sus ciudadanos: no simplemente su coraje, sino también el puro impacto pulverizador de su carga, el pesado crujir de sus lanzas y escudos ante sus oponentes, que, a lo sumo, llevaban jubones acolchados a guisa de protección e iban armados, muchos de ellos, sólo con arcos y hondas. No obstante, había algo más en liza aquel funesto día que la carne y el metal: Maratón había puesto a prueba también los estereotipos que ambos bandos tenían el uno del otro. Los atenienses, al negarse a desempeñar el papel que los espías persas les habían adjudicado, se habían convencido a sí mismos de una vez de que las contraseñas de la democracia, como camaradería, igualdad y libertad, podían ser mucho más que consignas. Al mismo tiempo, la superpotencia que durante tanto tiempo había parecido invencible había demostrado tener pies de barro. Después de todo, los persas podían ser derrotados. «Bárbaros», les habían llamado siempre los jonios, un pueblo cuya lengua era un galimatías y sonaba «bah, bah, bah»; y ahora, tras lo sucedido en Maratón, los atenienses empezaron a hacer lo mismo. Era una palabra que evocaba perfectamente su temor a lo que se habían visto obligados a afrontar el día de su gran victoria, una incontable horda extranjera amenazante

que farfullaba en busca de su destrucción. Sin embargo, «bárbaro», después de semejante batalla, podía también sugerir algo más: una burla, una expresión de desprecio. En pocas palabras, una muestra de confianza en sí mismos más que apropiada para medirse frente a frente con aquella superpotencia.

Había aquí una medida del carácter decisivo de Maratón: que ayudó a los atenienses a eliminar el profundamente arraigado complejo de inferioridad que los griegos habían sentido siempre cuando se comparaban con las grandes potencias del Oriente Próximo. Por otro lado, como los atenienses nunca se cansaron de señalar, la victoria no se había alcanzado sólo en nombre de su ciudad. Después del triunfo, incluso aquellos griegos que odiaban la democracia podían caminar un poco más erguidos, seguros de que las cualidades que les distinguían de los extranjeros podrían, quizá, ser la marca de su superioridad. Evidentemente, no cabía pensar que un revés temporal en una frontera distante de su imperio contribuyese a disminuir el propio engreimiento y sentido de derecho de los persas; y así fue, diez años después de Maratón, cuando Jerjes, hijo y heredero de Darío, emprendió una invasión de Grecia a gran escala cuyo conflicto resultante sirvió para proporcionar un auténtico choque de ideales. En efecto, en el bando de los persas, la determinación de Jerjes de dar forma a su sentido de misión global fue tal que prevaleció por encima de las consideraciones puramente militares. Por consiguiente, en lugar de dirigir una fuerza de ataque como la que Ciro hubiera organizado, capaz de arrojarse sobre la torpe infantería del enemigo con una rapidez mortífera que siempre se había revelado letal para los griegos de Jonia, optó por reunir un tributo de contingentes procedentes de los distintos pueblos sometidos de su imperio, una coalición si no de voluntarios, por lo menos de los obedientes y sumisos. Naturalmente, este ejército henchido con una inmensa babel de levas mal armadas resultó un terrible dolor de cabeza para su hostigado comisariado, pero Jerjes lo consideraba necesario para el correcto mantenimiento de su dignidad. Después de todo, ¿de qué era gloriosa manifestación la presencia en su séquito de aquella sorprendente diversidad de tributarios sino de su rango como lugarteniente de

Ahura Mazda en la tierra? Pero eso tampoco era todo. El rumor de su llegada, diligentemente difundido por los agentes persas, pretendía con toda claridad angustiar a los griegos de puro terror, o bien, ante el pensamiento de la potencial cosecha que se les brindaba, de avaricia. Jerjes debió de pensar, mientras emprendía su gran expedición, que Grecia entera acabaría cayendo como una fruta madura sobre su regazo.

Pero no fue así. En realidad, a pesar de la brillantez de los jefes de propaganda de los invasores, se encontraron en el curso de la invasión superados de modo reiterado por los griegos. Lo que hizo que todo aquello fuera un revés todavía más impresionante fue que los persas, en los primeros asaltos de la campaña, tenían efectivamente genuinos triunfos de los que vanagloriarse. En el desfiladero de las Termópilas, por ejemplo, su victoria al conseguir desplazar una fuerza de cinco mil soldados de infantería pesada de una posición casi inexpugnable, al aniquilar a centenares de espartanos supuestamente invencibles y matar a uno de sus reyes fue verdaderamente aplastante. No es de extrañar que Jerjes invitase a marinos de su flota a hacer un recorrido por las Puertas Calientes, «para que pudieran ver cómo trata el Gran Rey a aquellos lunáticos que osan enfrentarse a él».[17] Tampoco es de extrañar que las fuerzas terrestres del Peloponeso, recibida la noticia de las Termópilas, de inmediato se escabullesen detrás de la línea del istmo de Corinto y durante casi un año se negasen a salir de su escondite. Así pues, para los griegos resueltos a seguir luchando, era necesario transmutar el desastre de Puertas Calientes en una exhibición de heroísmo lo suficientemente gloriosa como para inspirar a toda Grecia a perseverar en su resistencia. En efecto, ahora, después de las Termópilas, con su ciudad indefensa ante la fuerza devastadora de los persas, los atenienses tenían un interés mayor, si cabe, que los espartanos por convertir a su rey muerto y a su guardia personal en mártires por la libertad. Quizá una de las claves de su éxito fuera que los peloponesios, tras la captura de Atenas y el incendio de los templos de la Acrópolis, no se retirasen con sus flotas como habían hecho sus fuerzas terrestres, sino que se unieran a los barcos atenienses para defender su posición en el estrecho

de Salamina. Actuando de este modo demostraron que el efecto de los propagandistas griegos era algo más que un efecto: que la sangrienta derrota de las Termópilas había sido, tal como ellos habían proclamado, una especie de victoria.

Y resultó ser también una victoria decisiva. En Salamina y en Platea, por mar y después por tierra, los aliados griegos rechazaron de forma aplastante al destacamento anfibio que se había alineado contra ellos y se aseguraron de que la *pax persica* no se extendiera a Grecia. El fracaso del intento, sin lugar a dudas, no se debió a la debilidad, o suavidad, o falta de coraje de los persas, «porque en valentía y fuerza», como los propios griegos reconocieron, «ambos bandos estaban muy igualados».[18] No obstante, indiscutiblemente, en el combate cuerpo a cuerpo, el equipamiento y el adiestramiento de los griegos resultó ser muy superior, pues Platea había confirmado la lección de Maratón, que en batalla campal la infantería persa no podía resistir el impacto de una falange. Sin embargo, lo más lacerante de todo para el Rey de Reyes fue sin duda el modo en que sus propias fuerzas habían sido utilizadas contra él: su hasta entonces incontestado dominio del espionaje y autopropaganda. En Salamina, por ejemplo, el almirante ateniense, exhibiendo un conocimiento de la psicología casi persa, había atraído a la flota imperial a una emboscada asegurando a Jerjes que deseaba pasarse a su bando, un embuste que el Gran Rey y sus consejeros, recordando Lade, estaban predispuestos a creer. Entonces, poco antes de emprender la campaña que les conduciría a Platea, los aliados griegos habían hecho un terrible juramento, que todos los templos incendiados por los bárbaros permanecerían para siempre como ruinas ennegrecidas, «como testigos para las generaciones venideras».[19] Esto, sin duda, socavaría irremediablemente la autoestima de Jerjes, convirtiéndolo no en defensor del orden sino en su gran enemigo y haciendo de su imperio no el agente de la verdad y la luz sino más bien de un impío despotismo humillado en la misma medida por los dioses. Éste sería un hito que nunca cesaría de inspirar a los griegos. Serviría de inspiración a incomparables tragedias, inspiraría a la historia y a la arquitectura. Por consiguiente, mientras Esquilo siga siendo contemplado, Heródoto leído o el Par-

tenón admirado, nunca caerá en el olvido. Dos mil quinientos años después, los hombres que combatieron en Maratón y en las Termópilas, en Salamina y en Platea, continúan gozando de su victoria.

Sin embargo, el fracaso de la primera superpotencia del mundo al pretender llevar lo que consideraba seguridad y orden a un territorio montañoso y tranquilo en la periferia de sus intereses no significa necesariamente que los persas y su imperio no tengan nada valioso que enseñar al mundo actual, muy al contrario, de hecho. Si es cierto que en materia de combate y estrategia, como en muchas otras cosas, Occidente se ha considerado siempre heredero de los griegos, ello no ha impedido que «la forma de combate persa» proyectase su alargada sombra a lo largo de los siglos. Desde esa perspectiva, es muy probable que los futuros conflictos humanos resulten tan persas como griegos.

2

Pericles, Tucídides y la defensa del imperio

DONALD KAGAN

A mediados del siglo v, cuando Pericles se convirtió en una figura influyente de Atenas, la defensa del imperio era de vital importancia, porque el imperio era la clave de la defensa de la propia Atenas. Representaba la seguridad contra un renovado ataque de la amenaza persa, y proporcionaba los medios para prevenir cualquier futuro desafío de Esparta. Aparte de esto, los ingresos que proporcionaba eran esenciales para los planes de Pericles de convertir Atenas en la ciudad civilizada más próspera y hermosa jamás conocida. La gloria que esto reflejaba era una parte esencial de su visión de Atenas.

Pericles y sus atenienses consideraban que el imperio era necesario, pero al mismo tiempo suscitaba serios interrogantes. ¿Podía un imperio limitar su crecimiento y ambición y mantenerse seguro? ¿Acaso el gobierno sobre otros inducía de modo necesario al poder imperial a cometer excesos acarreando su propia ruina? ¿Era el imperio, en particular el de los griegos sobre los griegos, moralmente legítimo? ¿O era una muestra de engreimiento, de violenta arrogancia, que sin duda provocaría la destrucción justificada de aquellos que osaron gobernar sobre los otros como si fueran dioses?

Recayó en Pericles, como líder del pueblo ateniense, la tarea de guiar su política por canales seguros y de justificar el imperio a ojos de los demás griegos y de los suyos propios. En ambos aspectos abrió Pericles una nueva vía. Puso fin a la expansión imperial y moderó las

ambiciones atenienses. Planteó asimismo poderosos argumentos, mediante la palabra y también con los hechos, para demostrar que el imperio era legítimo y del interés común de *todos* los griegos.

Es importante recordar que los atenienses no se lanzaron a la conquista de un imperio y que la existencia de la Liga de Delos, que fue su precursora, se debió sólo a la pérdida de hegemonía de Esparta, pero los atenienses tenían buenas razones para aceptar su liderazgo. En primer lugar estaban el temor y la expectación de que los persas regresaran para conquistar a los griegos. Los persas les habían atacado tres veces en dos décadas, y no había razón para suponer que iban a aceptar permanentemente la última derrota. En segundo lugar, los atenienses apenas habían empezado a reparar los daños causados por el último ataque persa, y sabían que Atenas sería sin duda el blanco de otra ofensiva. Además, el mar Egeo y las tierras que se encontraban al este eran importantes para el comercio ateniense. Su dependencia del grano importado de Ucrania, que tenía que viajar desde el mar Negro, significaba que incluso una limitada campaña persa que consiguiese controlar el Bósforo o los Dardanelos podía cortar su línea de sustento. Por último, los atenienses tenían vínculos de ascendencia comunes, de religión y de tradiciones con los griegos jonios, que componían gran parte de las ciudades en peligro. La seguridad de Atenas, su prosperidad y su sentir apuntaban todos a la necesidad de alejar a los persas de todas las costas e islas del Egeo, de los Dardanelos, del mar de Mármara, del Bósforo y del mar Negro.

La nueva alianza era una de las tres organizaciones interestatales del mundo griego, junto a la Liga del Peloponeso y la Liga Helénica alineadas contra Persia, que en absoluto se habían disuelto cuando los espartanos se retiraron del Egeo. Tras la fundación de la Liga de Delos, la existencia de la Liga Helénica fue cada vez más confusa hasta que se desmoronó ante la primera prueba real. Las alianzas importantes, efectivas y activas eran la Liga del Peloponeso, dirigida por Esparta, en el continente, y la Liga de Delos, dirigida por Atenas, en el Egeo.

Desde el inicio, la Liga de Delos fue muy efectiva porque era totalmente voluntaria y entusiasta, sus objetivos eran esenciales para sus miembros y su organización era clara y simple. Atenas la lidera-

ba: todos los componentes, unos 140 al principio, prestaron juramento perpetuo de tener los mismos amigos y enemigos que Atenas, formando así una alianza permanente ofensiva y defensiva bajo el liderazgo ateniense. No obstante, hegemonía no significaba dominio. En los primeros años de la liga, los atenienses fueron «líderes de aliados autónomos que participaban en sínodos comunes».[1] En aquellos años, los sínodos determinaban la política y tomaban decisiones en las reuniones de Delos, en las que Atenas únicamente tenía un voto. En teoría, Atenas era tan sólo un miembro más del sínodo, con el mismo voto único que Samos, Lesbos, Quíos o incluso la diminuta Serifos. De hecho, el sistema obraba en beneficio de Atenas. La potencia militar y naval ateniense, el enorme tamaño relativo de la contribución de Atenas y el inmenso prestigio de la ciudad como *hegemon* hacían que los numerosos estados pequeños y carentes de poder estuvieran bajo su influencia, mientras que los votos de los estados más grandes que podían desafiar a Atenas constituían una minoría. Muchos años después, los resentidos y rebeldes mitilenos dirán: «Los aliados no eran capaces de unirse y defenderse debido al gran número de votantes».[2] No obstante, durante los primeros años parece que hubo armonía y acuerdo entre los miembros, grandes y pequeños, y el grado de influencia de Atenas era proporcionado a su contribución. Desde el principio, pues, Atenas estuvo en la feliz posición de controlar la Liga de Delos sin apariencia de ilegalidad o de tiranía.

Las primeras acciones de la liga debieron de contar con un apoyo unánime y entusiasta: los aliados expulsaron a los persas de sus restantes baluartes en Europa e hicieron que las vías marítimas del Egeo fueran seguras eliminando un nido de piratas de la isla de Sciros. Como las victorias se sucedían y la amenaza persa parecía más remota, algunos aliados pensaron que la liga y sus gravosas obligaciones ya no eran necesarias. Sin embargo, los atenienses consideraban, con razón, que la amenaza persa no había desaparecido y que aumentaría en la medida en que la vigilancia griega disminuyese. Tucídides deja claro que las causas principales de las posteriores rebeliones fueron la negativa de los aliados a proporcionar los barcos o el dinero acordado

y a realizar el obligatorio servicio militar. Los atenienses fueron estrictos a la hora de exigir responsabilidades y

> como líderes ya no eran tan amables. Ya no se comportaban como iguales en las campañas, y les resultaba fácil reducir a los estados rebeldes. La culpa de todo ello era de los propios aliados: pues la mayoría pagaba su cupo en dinero en lugar de hacerlo con barcos, evitando así el servicio militar para no tener que estar fuera de casa. En consecuencia, la flota ateniense aumentó gracias al dinero que aportaban, y cuando los aliados intentaron rebelarse, fueron a la guerra sin medios ni experiencia.[3]

Menos de una década después de su formación, quizá en 469, las fuerzas de la Liga de Delos obtuvieron aplastantes victorias sobre la flota y el ejército persas en la desembocadura del río Eurimedón, en Asia Menor. Esta decisiva derrota persa intensificó la inquietud de los aliados y la severidad e impopularidad de los atenienses. La rebelión y el asedio de Tasos desde 465 hasta 463, que surgió a raíz de una pelea entre atenienses y tasianos y que no tenía relación evidente con los propósitos de la liga, debió de tener un efecto similar.

La primera guerra del Peloponeso (*c.* 460-445) diezmó los recursos atenienses hasta el límite y favoreció la deserción. La destrucción de la expedición ateniense a Egipto a mediados de la década de 450 fue el golpe que desencadenó la transformación de la liga en imperio. A muchos debió de parecerles el comienzo del desmoronamiento del poder ateniense, hecho que provocó nuevas rebeliones. Los atenienses respondieron con rapidez y efectividad para sofocarlas y, a continuación, adoptaron medidas para asegurarse de que no se repitieran. En algunos lugares instalaron gobiernos democráticos amigos y dependientes de ellos. Unas veces apostaban guarniciones militares, otras asignaban funcionarios atenienses para supervisar la conducta del estado que se había rebelado, y otras empleaban una combinación de tácticas. Todas eran violaciones de la autonomía del estado sometido.

Los atenienses endurecieron aún más el control del imperio en la década de 440. Impusieron el uso de los pesos, medidas y monedas atenienses cerrando las casas de moneda locales y privando con ello a

los aliados de un símbolo visible de su soberanía y autonomía. Endurecieron las leyes de recaudación y entrega del pago de tributos y exigieron que los juicios de los acusados de incumplimiento se llevasen a cabo en Atenas. Utilizaron la fuerza militar contra los estados que se sublevaban o se negaban a pagar tributo. A veces los atenienses confiscaban territorio de los estados infractores y lo entregaban en calidad de colonia a aliados leales o a ciudadanos atenienses. Cuando una de estas colonias estaba formada por atenienses recibía el nombre de «cleruquía». Sus colonos no formaban una nueva ciudad independiente, sino que seguían siendo ciudadanos atenienses. Cuando los atenienses sofocaban una insurrección, normalmente instalaban un régimen democrático y obligaban a los nativos a prestar juramento de lealtad. El fragmento que sigue es un juramento impuesto al pueblo de Colofón:

> Haré y diré y planificaré todo lo bueno que sea posible con respecto al pueblo ateniense y a sus aliados, y no me rebelaré contra el pueblo ateniense de palabra ni de hecho, ni yo mismo ni por obediencia a otro. Y amaré al pueblo ateniense y no desertaré. Y no destruiré la democracia de Colofón, ni yo mismo ni por obediencia a otro, ni marchándome a otra ciudad ni intrigando allí. Llevaré a cabo estas cosas fielmente de acuerdo con el juramento, sin engaño ni perjuicio, por Zeus, Apolo y Deméter. Y si transgredo mi juramento, que yo y mis descendientes seamos destruidos para siempre, pero si lo mantengo, que una gran prosperidad me favorezca.[4]

Poco después impusieron un juramento similar a los calcidianos, pero este juramento de lealtad no fue prestado a la alianza, sino solamente al pueblo ateniense.

Esta asociación alcanzó un punto crítico en la transición de la liga al imperio en el año 454-453, cuando el tesoro se trasladó desde Delos a la Acrópolis de Atenas. La explicación formal fue la amenaza de que los persas enviaran una flota al Egeo a consecuencia de la catastrófica derrota ateniense en Egipto y se enfrentasen en una guerra contra Esparta. No sabemos si aquel temor era real o un simple pretexto, pero los atenienses no perdieron el tiempo y utilizaron este

traslado en su propio provecho. A partir de aquel año hasta finales de la guerra del Peloponeso, los atenienses se apoderaron de una sexagésima parte del tributo pagado por los aliados como primicias para la diosa Atenea Polias, patrona de la ciudad y ahora de la reconstituida liga. Los atenienses eran libres de usar la parte de la diosa a su antojo, no necesariamente para fines de la liga.

Cambios tan importantes y tan radicales que transformaron una liga voluntaria en un imperio mayoritariamente involuntario gobernado por los atenienses exigían una justificación en el mundo antiguo de los griegos. En muchos aspectos los griegos se parecían a otros pueblos antiguos en cuanto a su actitud con el poder, la conquista, el imperio y los beneficios que de ellos se desprendían. Consideraban que el mundo era un lugar de rabiosa competencia en el que la victoria y el dominio, que aportaban fama y gloria, eran los máximos objetivos, mientras que la derrota y la subordinación llenaban de vergüenza e ignominia. Siempre honraron el credo propugnado por Aquiles, el héroe más grande de la leyenda griega: «Ser siempre el mejor y destacar por encima de todos los demás». Cuando el legendario mundo de héroes aristocráticos dio paso al mundo de las ciudades-estado, la esfera de la competencia ascendió de pugnas entre individuos, familias y clanes a pugnas y guerras entre estados. En 416, más de una década después de la muerte de Pericles, los portavoces atenienses explicaron a unos funcionarios melios su punto de vista acerca de las relaciones internacionales: «De los dioses lo creemos y de los hombres lo sabemos, que por necesidad de su naturaleza siempre gobiernan allí donde tienen poder».[5]

Sin embargo, el «Diálogo de los melios», como se dio a conocer este famoso fragmento de Tucídides sobre la *realpolitik* internacional en el mundo clásico, era una presentación dramatizada del moralmente problemático estatus del imperio ateniense. La rigurosa declaración de los atenienses es provocada por la afirmación de los melios de que los dioses estarán de su parte, porque los atenienses se están comportando de manera injusta con un estado neutral. Es posible que la queja de los melios haga referencia a acciones concretas adoptadas o contempladas por las atenienses, pero debió de tocar alguna profun-

da vena de comprensión entre los griegos. Estos últimos carecían del moderno prejuicio contra el poder, la seguridad y la gloria que éste pudiera aportar, pero su propia experiencia histórica era distinta de la de otras naciones antiguas. Su cultura la habían determinado no grandes imperios sino pequeñas polis autónomas e independientes, por lo tanto pensaban que la libertad era la condición natural para los hombres educados en semejante entorno. Los ciudadanos habían de ser libres en su persona y libres para mantener sus propias constituciones, leyes y costumbres, y sus ciudades habían de ser libres para dirigir sus propias relaciones exteriores y para competir con otros por el poder y la gloria. Los griegos también creían que la libertad hecha realidad gracias a la vida de la polis conformaba una especie superior de ciudadanos y creaba un poder especial. Una polis libre y autónoma, pensaban, era más grande que las potencias más poderosas del mundo. El poeta del siglo VI Focílides estaba dispuesto a compararla con el gran imperio asirio: «Una pequeña polis viviendo disciplinadamente en lo alto de un monte es más fuerte que una Nínive insensata».[6]

Cuando las *poleis* luchaban entre sí, la vencedora solía hacerse con el control de la tierra fronteriza que normalmente constituía el motivo de la disputa. El enemigo derrotado no solía ser esclavizado ni su tierra anexionada u ocupada. En estos asuntos, como en muchos otros, los griegos empleaban un doble rasero por el cual se distinguían a sí mismos de los pueblos extranjeros que no hablaban griego y que no se habían formado en la tradición cultural griega. Puesto que no se habían educado como hombres libres en comunidades libres, sino que vivían como súbditos de un gobernante, eran a todas luces esclavos por naturaleza; por consiguiente, era perfectamente lícito dominarlos y esclavizarlos en la realidad. Por otro lado, los griegos eran libres por naturaleza, como bien demostraron al crear y vivir en las instituciones liberales de las *poleis*. Gobernar sobre este pueblo, negarles su libertad y autonomía, sería indudablemente un error.

Esto era lo que los griegos pensaban, pero no siempre actuaban en consecuencia. En época muy temprana, los espartanos habían conquistado a los griegos que residían en su propia región de Laconia y en la vecina Mesenia y los hicieron esclavos del estado. En el siglo VI

formaron la Liga del Peloponeso, una alianza que dio a los espartanos un control considerable sobre la política exterior de sus aliados. Pero los espartanos generalmente no interferían en los acuerdos internos de las ciudades aliadas, que seguían teniendo la apariencia de autonomía. En las dos décadas posteriores a la guerra persa, los argivos parecían haber eliminado algunas ciudades de la Argólida anexionándose su territorio, sin embargo, tales desviaciones de la norma eran insólitas y no empañaban la expectativa general de que los griegos habían de vivir como hombres libres en *poleis* autónomas, no como súbditos de grandes imperios.

Los griegos compartían también otra creencia que interfería con el cómodo disfrute del gran poder y del imperio. Pensaban que cualquier cosa buena acumulada por los hombres en exceso conducía, a través de una serie de etapas, a lo que ellos denominaban *hubris*. Se creía que estos hombres habían sobrepasado los límites establecidos por los seres humanos y por consiguiente habían provocado la *nemesis*, la ira y el castigo divino. Éstas eran las principales ideas que emergían del oráculo del santuario de Apolo en Delfos, donde podían encontrarse las dos advertencias divinas a los hombres para evitar el *hubris*: «conócete a ti mismo» y «nada en exceso». Para los griegos del siglo v, el gran ejemplo de *hubris* y *nemesis* fue el destino de Jerjes, Gran Rey del imperio persa. Su poder lo hinchó de una ciega arrogancia que le condujo a intentar extender su dominio sobre el territorio griego precipitando el desastre para él y para su pueblo.

Por consiguiente, cuando los atenienses asumieron el liderazgo de una alianza griega tras la guerra persa, y este liderazgo aportó riqueza y poder y se convirtió en lo que, con toda franqueza, se reconocía como un imperio, las tradicionales formas de pensamiento no proporcionaron directriz alguna. Para los atenienses, las ventajas del imperio, tangibles e intangibles, eran muchas. La más evidente era la económica. Los ingresos pagados directamente por los aliados en forma de tributo, las indemnizaciones y otros pagos no especificados ascendían a 600 talentos anuales al comienzo de la guerra del Peloponeso. De los 400 talentos complementarios de ingresos nacionales que se recaudaban cada año, gran parte provenía del imperio, por

importación y otros impuestos portuarios de El Pireo y costas judiciales pagadas por los ciudadanos aliados cuyos casos se tramitaban en Atenas. Los atenienses también obtenían beneficios en el ámbito privado por proporcionar servicios a los numerosos visitantes que acudían a El Pireo y a Atenas por asuntos judiciales o imperiales y por la propia grandeza de Atenas, que el imperio hacía posible.

Se suele pensar que los ingresos imperiales eran necesarios para el mantenimiento de la democracia, puesto que proporcionaban el dinero para sufragar la realización de las funciones públicas. Sin embargo, la evidencia muestra lo contrario. El pago fue introducido, después de todo, antes de que los atenienses empezasen a adjudicarse para sí la sexagésima parte del tributo. Más elocuente todavía es el hecho de que los atenienses continuasen pagando por estos servicios incluso después de la desaparición del imperio y de sus ingresos; llegaron incluso a introducir una retribución por la asistencia a la Asamblea a comienzos del siglo IV. Por otro lado, no deja de ser significativo que estos pagos se estableciesen cuando el éxito del imperio había aportado gran riqueza a Atenas en forma de botín y del incremento del comercio, y que se extendieran más allá de la paga por servicios de jurado en los años que rodearon la introducción del diezmo de Atenea. En todo caso, es harto probable que en tiempos de Pericles el pueblo de Atenas relacionase el crecimiento y florecimiento de la democracia con los beneficios del imperio.

Aparte de las ganancias económicas directas y, como bien creían, del apoyo económico a su democracia, el pueblo de Atenas recibía también beneficios en lo que hoy se ha dado en llamar calidad de vida. El imperio, según el «Viejo Oligarca», permitía a los atenienses mezclarse con gentes de diversos lugares, descubriendo así

> variados lujos gastronómicos; especialidades de Sicilia, Italia, Chipre, Egipto, Lidia, Ponto, del Peloponeso o de cualquier otra zona pasaban todas por Atenas a causa de su control del mar. Oyen toda clase de dialectos y cogen una cosa de uno, otra de otro; los demás griegos tienden a aferrarse a su propio dialecto, a su vestimenta y a su forma de vida, pero los atenienses mezclan elementos de todos los griegos y extranjeros.[7]

Un poeta cómico contemporáneo nos proporciona una lista más detallada de las exóticas exquisiteces y artículos de utilidad que el imperio ponía a disposición de los atenienses:

> De Cirene *silphium* y piel de buey, del Helesponto caballa y toda clase de pescado en salazón, de Italia sal y costillas de buey ... de Egipto velas y cuerda, de Siria incienso, de Creta cipreses para los dioses; Libia suministra abundante marfil para comprar, Rodas uvas e higos dulces, y de Euboea peras y manzanas dulces. Esclavos de Frigia ... Pagasas proporciona esclavos tatuados, Paflagonia dátiles y almendras oleosas, Fenicia dátiles y harina fina de trigo, Cartago alfombras y cojines de todos los colores.[8]

Como señala el Viejo Oligarca, éstas son «cuestiones menos importantes», pero ayudaron a aportar a los atenienses las ventajas del imperio y del dominio del mar que las hacían posibles.

Quizá el mayor atractivo del imperio era menos tangible que cualquiera de estas cosas y apelaba a un aspecto de la naturaleza humana común a muchas culturas a lo largo de los siglos. En su mayoría, los pueblos prefieren considerarse líderes antes que seguidores, gobernantes antes que gobernados. Todo ateniense se sentía orgulloso de la grandeza de su estado. El Viejo Oligarca, un escritor anónimo que adoptó un punto de vista cáustico sobre el enaltecimiento ateniense, al explicar cómo se beneficiaron los atenienses de que los ciudadanos aliados acudieran a los tribunales de Atenas en busca de justicia muestra cómo los ciudadanos corrientes disfrutaban con estos sentimientos:

> Si los aliados no vinieran por los juicios, sólo respetarían a los atenienses que van al extranjero: a los generales, trierarcas y embajadores; pero al no ser así, todo aliado está obligado a adular a la gente corriente de Atenas, pues se dan cuenta de que, al haber acudido a Atenas, el castigo o la satisfacción que reciben de la ley dependen únicamente de la gente corriente; tal es la ley de Atenas. Por consiguiente, se ve forzado a suplicar humildemente en los tribunales y a agarrar a modo de súplica las manos de la gente cuando entran. Esta situación ha incrementado el sometimiento de los aliados al pueblo de Atenas.[9]

A pesar de todos los beneficios que aportaba a los atenienses, el libro de contabilidad imperial no estaba del todo desequilibrado, puesto que los aliados también recibían valiosos beneficios por su participación. Las más importantes de estas ventajas fueron la liberación del dominio persa, el objetivo principal por el que se había creado la liga, y la paz que el ateniense Calias, hijo de Hipónico, había negociado con el imperio persa. Las ciudades jonias habían estado bajo el yugo bárbaro o bien luchando para liberarse de él durante más de un siglo; por lo tanto, estos logros no eran insignificantes. El éxito de la liga y del imperio había aportado también una libertad sin precedentes para navegar por las aguas del Egeo. Además, las campañas contra Persia habían proporcionado un porcentaje de botín a los aliados que habían participado en ellas, y el auge comercial que enriqueció a Atenas también aportó riqueza a muchos de sus aliados. En pocas palabras, los atenienses habían liberado del yugo persa a todos los griegos y aportado paz y prosperidad a todo el mar Egeo.

Para muchos, la intervención también trajo la democracia, aunque éste no era su objetivo. Pericles y los atenienses, cuando podían, mantenían en su lugar al régimen existente, aunque fuera oligárquico o tiránico. Solamente imponían la democracia cuando las insurrecciones les obligaban a intervenir, e incluso en este caso no siempre lo hacían. La política imperial de Pericles era prudente y pragmática, no ideológica. Sin embargo, a lo largo de los años los atenienses instituyeron y respaldaron a muchas democracias contra adversarios oligárquicos o tiránicos en todo el imperio. Desde una perspectiva del siglo XX, esto podría parecer un genuino beneficio del imperio, pero en tiempos de Pericles no todo el mundo lo veía así. Los aristócratas y miembros de las clases altas en general consideraban que la democracia era una nueva forma de gobierno no natural, injusta, incompetente y vulgar, y no eran los únicos a quienes disgustaba el papel que Atenas ejercía en su apoyo. En muchas ciudades, probablemente en la mayoría, incluso los miembros de las clases más bajas consideraban que la intervención ateniense en sus asuntos políticos y constitucionales era una restricción a su libertad y autonomía, y preferían una

constitución no democrática sin la intervención ateniense a un gobierno democrático con su intervención.

Los modernos estudiosos han intentado argumentar que este respaldo de los atenienses a la democracia hizo popular el imperio entre las masas de las ciudades aliadas, y que la hostilidad con la que, según informaciones, se les recibía era el resultado de las distorsiones provocadas por la tendencia aristocrática de los antiguos escritores. No obstante, el consenso general continúa subrayando, y con razón, la impopularidad fundamental del imperio con todas las clases excepto los pequeños grupos de políticos demócratas que se beneficiaban directamente del apoyo ateniense. No hay motivo para dudar de la antigua opinión de que los griegos de fuera del imperio ateniense, y especialmente los de dentro, eran hostiles a él. Algunos atenienses se oponían incluso a lo que ellos consideraban la inmoralidad de la conducta de Atenas respecto a los aliados imperiales.

Pericles se dispuso a justificar en todas las circunscripciones el gobierno ateniense y la permanente recaudación de tributos por parte de Atenas. Ante las ciudades del imperio se justificó alegando un cambio en el concepto de liga. Desde el inicio, algunos miembros de la liga eran colonias que habían sido fundadas por Atenas. Entre los griegos, el estatus colonial implicaba una orgullosa relación familiar, no de inferioridad. Además, los atenienses hacía tiempo que afirmaban ser los fundadores de las ciudades jonias; los jonios no sólo aceptaban esta declaración sino que la habían utilizado para convencer a los atenienses de que aceptasen su liderazgo desde el principio. El momento de la transferencia del tesoro fue el año en que se había programado la celebración cuatrienal de la Gran Fiesta Panatenaica de Atenas; los vínculos entre la colonia y la ciudad madre solían ser afectuosos y se festejaban a través de estas observancias religiosas. Era habitual que los aliados de Atenas aportasen una vaca y una armadura completa a la fiesta, más como símbolo de lealtad que como una carga. Esto concedía a la colonia el honor de participar en la gran procesión al sagrado santuario de Atenea en la Acrópolis. A partir de entonces todos los aliados de Atenas compartirían el honor.

No hay que creer que todos estuviesen agradecidos por el honor ni que encontrasen en los embelecos de una relación colonial una razón satisfactoria para continuar con sus aportaciones en circunstancias tan distintas de lo que al principio habían sido. Sus dudas se habían acrecentado seguramente por los términos del tratado de paz con el imperio persa negociado por Calias en 449: «Todas las ciudades griegas de Asia han de ser autónomas; ningún sátrapa persa puede acercarse a menos de tres días de viaje desde el mar; ningún barco de guerra puede navegar en las aguas entre Faselis y las rocas de Cianeas; si el rey y sus generales respetan estos términos, los atenienses no enviarán ninguna expedición contra el país sobre el que gobierna el rey.»[10] Con este acuerdo, los persas dejaron de reivindicar su derecho sobre los estados griegos del Egeo y sus costas, y también sobre la vital línea de sustento de los atenienses a través de los Dardanelos hasta el mar Negro. Las guerras persas habían terminado para siempre y los atenienses podían presumir de haber completado la victoria que los espartanos dejaron inacabada.

Fue un gran momento, pero suscitó importantes preguntas. Aunque Cimón, el infatigable perseguidor de la guerra contra Persia, había muerto, su ejemplo, su memoria y sus amigos permanecían para desatar dudas acerca de una paz con el que se había convertido en el tradicional enemigo. Además, ¿significaría la paz con Persia el fin de las contribuciones aliadas, de la liga, de la hegemonía ateniense?

Al primer problema, una cuestión de política ateniense, Pericles aplicó un toque ingenioso. La elección de Calias como negociador ateniense fue significativa. Era cuñado de Cimón y marido de Elpinice. Su papel fundamental era una muestra de que la reciente amistad entre Pericles y Cimón perduraba después de la muerte de este último, y fue decisivo para conseguir el apoyo de la facción cimoniana a la nueva política. Mediante otras relaciones diversas Pericles se había asociado a los cimonianos y continuó haciéndolo a lo largo de los años. Como bien dice un estudioso moderno: «Detrás de la política pública del estado ateniense estaba la política familiar de las grandes casas; en esto Pericles fue un experto».[11]

Al parecer, las operaciones políticas de Pericles tenían también un aspecto público, si la reconstrucción de los acontecimientos por parte de un gran historiador moderno es correcta. Tras su victoria en Chipre, los atenienses dedicaron una quinta parte del botín a una acción de gracias y encargaron al poeta Simónides que conmemorase la derrota persa. «Elogiaba los combates de Chipre como las hazañas más gloriosas que el mundo había visto jamás. Al mismo tiempo, era un monumento a toda la guerra persa, cuyo respaldo estaba encarnado en la persona de Cimón.»[12] Es de suponer que Pericles estaba detrás de esta propaganda, que implicaba que la guerra se había ganado por una gloriosa victoria ateniense en lugar de haberse negociado la paz, y que vinculaba a Cimón con la nueva política de Pericles. Al mismo tiempo, el recuerdo a Cimón era un gesto que pretendía atraer y conciliar a sus amigos.

Pericles necesitaba reconciliación y unidad en Atenas porque, a pesar de la paz, no tenía intención alguna de abandonar la liga que se había convertido en un imperio. Tampoco deseaba sacrificar la gloria, el poder político y militar, y el dinero que ésta generaba. Atenas necesitaba el imperio para mantener su propia seguridad y respaldar la creación y el mantenimiento de la gran sociedad democrática que Pericles tenía en mente. Parte de aquella grandeza implicaba un extenso programa de construcción que tendría que echar mano del tesoro imperial para propósitos no militares y puramente atenienses. Por consiguiente, Pericles y los atenienses tenían que justificar el mantenimiento de los pagos aliados así como su desvío hacia nuevos fines.

Pero ya había conflictos en el imperio. En 454-453, 208 ciudades aparecen en la lista de tributos con un valor asignado de más de 498 talentos. Cuatro años más tarde, sólo 163 ciudades están gravadas con 432 talentos, aunque algunas de ellas únicamente realizaban pagos parciales, otras pagaban tarde y otras ni siquiera pagaban. La duda, la incertidumbre y la resistencia ponían en peligro la continuidad del imperio. Al mismo tiempo, la amenaza de Esparta se avecinaba. La tregua negociada por Cimón se extinguiría en pocos años, pero él ya no estaba allí para apaciguar los temores de los espartanos.

Persistían grandes diferencias entre las dos potencias, y no había certeza de que pudieran superarse sin una guerra. No obstante, los planes de Pericles requerían paz.

Poco después de que concluyese la paz de Calias, Pericles trató de resolver sus problemas con una propuesta harto imaginativa. Introdujo un proyecto de ley

> invitando a todos los griegos, dondequiera que viviesen, ya en Europa o en Asia, ya en ciudades pequeñas o grandes, a enviar representantes a un congreso en Atenas, para deliberar sobre los lugares sagrados que los bárbaros habían destruido y sobre los sacrificios que ellos [los griegos] les debían, puesto que se los habían prometido a los dioses cuando lucharon contra los bárbaros, y sobre el mar, para que todos pudieran navegar por él sin temor y mantener la paz.[13]

Se enviaron mensajeros a todos los rincones del mundo griego para entregar una invitación a «participar en los planes para la paz e intereses comunes de Grecia». Pericles, tal como lo expresa un estudioso, estaba «apelando al mundo griego para establecer otra organización con el fin de llevar a cabo lo que la alianza griega de 480 liderada por los espartanos debía haber hecho pero no lo consiguió, y para sufragar las necesidades, en tiempos de paz, que la Liga de Delos había satisfecho hasta entonces».[14]

Además de esto, la invitación presentaba la pretensión ateniense al liderazgo griego sobre una nueva base. Mientras que al principio la guerra había mantenido unidos a los griegos, el mantenimiento de la paz y seguridad reforzaría dicha unión a partir de entonces. La devoción religiosa, el panhelenismo y el bien común habían de justificar una constante lealtad y sacrificio.

¿Era sincero Pericles? Los templos incendiados por los persas estaban casi todos en el Ática, y la flota encargada de mantener la paz sería básicamente ateniense. Por lo tanto, Pericles debía de esperar el rechazo de los espartanos y de sus aliados a su propuesta proporcionándole con ello una nueva justificación para consolidar el imperio. Por otro lado, es posible que mediante esta estratagema Pericles in-

tentase sinceramente alcanzar la libertad, la seguridad y la unidad de los griegos. El punto de vista cínico ignora el recuerdo y el acercamiento de Pericles a Cimón, y la tregua con Esparta, destinados simplemente a ser el preludio de una nueva política de paz duradera. No obstante, el retrato de Pericles como un desinteresado partidario de la cooperación panhelénica olvida las grandes ventajas que obtendría Atenas si el congreso se reunía y aprobaba sus propuestas. Probablemente Pericles pensó que cabía la posibilidad de que los espartanos aceptasen la invitación. La política de su facción militante había llevado el desastre a Esparta y elevado a Atenas a nuevas cimas. La aceptación de Esparta de la paz de Cinco Años de 451 muestra que esta facción estaba desacreditada. Por lo tanto, no era descabellado esperar que la facción pacífica que marcó la inesperada alianza de Pericles con Cimón y su aparente conversión a una nueva política exterior se aprovechase de los problemas del imperio marítimo de Atenas para negociar una paz duradera, como en tiempos de Cimón. Este acontecimiento favorecería los objetivos de Pericles y representaría una victoria diplomática para su nueva política de imperialismo pacífico.

Si Esparta se negaba, nada se habría perdido y mucho se habría ganado. Atenas habría mostrado su espíritu panhelénico, su devoción religiosa y su voluntad de liderar a los griegos en beneficio de todos; de este modo, habría obtenido una clara base moral para perseguir sus propios objetivos sin impedimentos ni quejas por parte de los demás.

Los espartanos declinaron la invitación a participar en el nuevo plan de cooperación internacional, y el congreso no prosperó. Este episodio anunció al mundo griego que Atenas estaba dispuesta a tomar las riendas para llevar a cabo una responsabilidad sagrada. Al mismo tiempo proporcionó a Atenas una excusa para reconstruir sus propios templos. Ahora Pericles tenía libertad para restaurar el orden en el imperio, para continuar recaudando tributos con un nuevo propósito, y para utilizar los ingresos para los proyectos que tenía en mente.

Un papiro mutilado hoy ubicado en Estrasburgo proporciona una buena idea de estos planes. Al parecer el papiro informa de un

decreto que Pericles propuso en el verano de 449, poco después del fracaso del congreso. Cinco mil talentos del tesoro se iban a destinar inmediatamente a la construcción de nuevos templos en la Acrópolis, y durante los quince años siguientes se transferirían anualmente otros doscientos para completar las obras. No obstante, el programa de construcciones no interferiría con el mantenimiento de la flota, que justificaba el pago del tributo. El consejo se ocuparía de que las viejas embarcaciones fuesen debidamente reparadas y de que se añadiesen cada año diez nuevos barcos. Si antes había algún problema, ahora no podía haber ninguno: la Liga de Delos, la alianza (*symmachia*) de estados autónomos, se había convertido en lo que los propios atenienses estaban cada vez más dispuestos a considerar un imperio (*archê*), una organización que todavía producía beneficios comunes, pero que estaba dominada por los atenienses y les aportaba excepcionales ventajas.

Pocos años después de que se iniciase el nuevo programa, Pericles se vio desafiado por una formidable facción política dirigida por Tucídides, hijo de Melesias, un brillante orador y organizador político. Utilizó los habituales ataques personales para obtener apoyo, alegando que Pericles estaba intentando establecerse como tirano. Combinó astutamente estas alegaciones con una crítica acerca del uso de los fondos imperiales para el programa de construcciones de Pericles. Plutarco da cuenta de la esencia de las quejas que se presentaron en la Asamblea:

> El pueblo sufre deshonra y tiene mala reputación porque ha utilizado el dinero común de los helenos de Delos para Atenas. Pericles la ha privado de la excusa más adecuada que se podía ofrecer a sus acusadores, que utilizó los fondos comunes para este lugar por temor a los bárbaros y para protegerla. Hellas sin duda se siente indignada por una terrible arrogancia [*hubris*] y manifiestamente tiranizada cuando ve que estamos dorando y adornando nuestra ciudad como una mujer lasciva, ataviándola con piedras caras y estatuas y templos que valen millones, con el dinero que ellos habían entregado para librar una guerra.[15]

El ataque fue taimado, sutil y de amplio alcance. No era contra el imperio ni contra los tributos obtenidos de él, cosa que habría distanciado a la mayoría de atenienses. Al contrario, se lamentaba, por un lado, de la malversación de fondos hacia el programa doméstico de Pericles. Esto recordó a los amigos de Cimón, que ahora eran parte de la coalición pericleana, que la política original cimoniana había sido abandonada y pervertida. Por otro lado, el ataque alcanzaba a un mayor número de potenciales electores al adoptar un elevado tono moral. Empleando el lenguaje de la religión tradicional y moralidad trasnochada ponía de manifiesto la ambigüedad que muchos atenienses sentían respecto al gobierno que ejercían sobre sus socios griegos.

Los ataques de Tucídides obligaron a Pericles a defender el imperio y su nueva política imperial ante los propios atenienses. En respuesta a la principal acusación no ofreció disculpa alguna. Los atenienses, dijo, no tienen que rendir cuentas del dinero que reciben de sus aliados mientras los protejan de los bárbaros:

> No proporcionan ningún caballo, ningún barco, ningún hoplita, sólo dinero que no pertenece al dador sino al receptor si éste cumple su parte del trato. Pero ahora que la ciudad se ha preparado suficientemente con todo lo necesario para la guerra, es justo emplear sus recursos para obras tales que le aportarán fama eterna cuando estén acabadas, y mientras están en curso mantendrán su prosperidad, pues surgirán todo tipo de industrias y una variedad de demandas que despertarán todas las artes, pondrán en marcha todas las manos, proporcionarán un salario para casi toda la ciudad con el que ésta al mismo tiempo se embellecerá y se alimentará.[16]

La primera parte de esta refutación respondía al ataque moral. El uso de fondos imperiales para propósitos atenienses no equivalía a tiranía, declaró Pericles, sino al uso sin restricciones de salarios o beneficios por parte de un hombre que ha firmado un contrato. Si había algún incumplimiento moral, era sin duda por parte de los aliados que redujeron el pago del tributo mientras los atenienses continuaban proporcionándoles protección. La segunda parte iba dirigida

especialmente a las clases bajas, que se beneficiaban directamente del imperio, y les recordaba en los términos más sencillos lo que significaba para ellos.

Los atenienses comprendieron perfectamente a Pericles, y en 443 exigió un ostracismo que sirvió a la vez de voto de confianza de su liderazgo y de referéndum de su política. Tucídides fue expulsado y Pericles alcanzó nuevas cotas de influencia política. El pueblo le apoyó, en particular por la poderosa baza que tenían en el imperio.

Hoy en día el concepto de imperio no goza del favor del mundo contemporáneo, y la palabra «imperialismo» derivada del mismo lleva consigo un significado fuertemente peyorativo desde el mismo momento de su invención en el siglo XIX. Ambos términos implican un dominio impuesto mediante la fuerza o la amenaza sobre un pueblo extranjero en un sistema que explota a los gobernados en beneficio de los gobernantes. A pesar de los intentos tendenciosos por aplicar el término «imperialismo» a cualquier nación grande y poderosa capaz de influir en las más débiles, una definición más neutral basada en la experiencia histórica requiere el control político y militar para justificar su aplicación.

Con tales criterios, la gente de nuestro tiempo constituye una excepción entre todos aquellos pueblos que han vivido desde el nacimiento de la civilización. No obstante, si queremos comprender el imperio gobernado por los atenienses de la época de Pericles y sus actitudes respecto al mismo, hemos de ser conscientes de la enorme distancia que separa sus opiniones de las opiniones de nuestro tiempo. Aquellos acontecimientos eran una fuente de orgullo y gratificación, pero en algunos aspectos provocaban cierto bochorno y, por lo menos en algunos atenienses, vergüenza. El propio Pericles se enfrentó a este problema más de una vez y lo abordó con extraordinaria honestidad y franqueza, aunque ni él ni los atenienses fueron capaces de resolver sus ambigüedades.

Los atenienses reconocieron repetidamente la impopularidad de su gobierno, y el historiador Tucídides, un contemporáneo de destacada lucidez, lo aborda con su propia voz. Al comienzo de la guerra, nos dice:

> La buena voluntad estaba perfectamente instalada en el bando de los espartanos, especialmente porque proclamaron que estaban liberando a Grecia. Todos los individuos y todos los estados profundamente emocionados se dispusieron a ayudarles de palabra o de hecho de todas las formas posibles ... El enojo de la mayoría contra los atenienses era tan grande que algunos querían ser liberados de su dominio, y otros temían sucumbir a él.[17]

Pericles era completamente consciente de estos sentimientos, y comprendía tanto los problemas éticos como los peligros prácticos que planteaban. Aun así, nunca vaciló en su defensa del imperio.

En 432, cuando la amenaza de guerra era inminente, llegó a Esparta una embajada ateniense, aparentemente «por otros asuntos», pero en realidad para presentar la posición de Atenas a los espartanos y a sus aliados reunidos. Sus argumentos estaban en total consonancia con los de Pericles. Los embajadores esgrimieron que los atenienses obtuvieron su imperio a consecuencia de unas circunstancias que ellos no habían provocado y del funcionamiento habitual de la naturaleza humana. Por otro, señalaron:

> No conseguimos este imperio por la fuerza, sino sólo después de que vosotros [espartanos] os negaseis a defender vuestra posición contra lo que quedaba de los bárbaros, y los aliados acudieron a nosotros y nos rogaron que fuéramos sus líderes. El curso de los acontecimientos nos forzó a desarrollar nuestro imperio hasta su estado actual, movidos principalmente por el temor, luego por el honor y después por el beneficio. Entonces, cuando la mayoría de los aliados nos odiaba y algunos de ellos se habían rebelado y habían sido sometidos, y vosotros ya no erais tan cordiales con nosotros como antes lo habíais sido, sino que sospechabais de nosotros y estabais en desacuerdo, ya no era seguro soltarlo, puesto que todos los rebeldes se pasarían a vuestro bando. Y nadie puede ser culpado de buscar su propio beneficio frente a los mayores peligros.[18]

Por otro, continuaron diciendo, los atenienses sólo habían hecho lo que los espartanos habrían tenido que hacer si hubieran manteni-

do su liderazgo. En este caso, habrían sido igualmente odiados. «Por lo tanto, no hemos hecho nada excepcional ni contrario a la naturaleza humana al aceptar el imperio cuando nos fue ofrecido y negarnos después a cederlo, habiéndolo conquistado con grandes razones, honor, temor y beneficio.»[19]

Sin duda Pericles pensaba que las circunstancias habían hecho inevitable el imperio, y el motivo principal de la acción ateniense tras Platea y Micale había sido el temor de que los persas regresasen. Cuando la liga logró la victoria y el compromiso de los aliados disminuyó, los atenienses temían la disolución de la liga y el retorno de los persas. Cuando los espartanos se hicieron hostiles, los atenienses temieron deserciones aliadas a favor del nuevo enemigo. La coerción necesaria para lidiar con estos problemas creó un nivel de odio que hacía peligroso ceder el control, tal como Pericles explicaría más tarde a los atenienses:

> No penséis que estamos luchando sólo por la cuestión de libertad o esclavitud; al contrario, también está en juego la pérdida de nuestro imperio y el peligro que suponen aquellos del imperio que nos odian. Ya no es posible ceder, si alguno de vosotros, resuelto por el pánico del momento al abandono de la acción responsable, quiere ponerse los adornos de la virtud. Porque hasta el momento mantenéis este imperio como una tiranía, que posiblemente fue un error adquirir, pero que ahora es demasiado peligroso soltar.[20]

Pericles veía claramente los peligros que suponía el mantenimiento del imperio, pero también actuaba movido por las pretensiones del honor y los beneficios. En la «Oración fúnebre» de 431 atrajo la atención hacia las ventajas tangibles aportadas por el imperio y sus ingresos:

> Hemos proporcionado al espíritu muchas distracciones del trabajo con juegos y fiestas frecuentes a lo largo del año, y nuestros hogares están amueblados con belleza y buen gusto, y nuestro disfrute aleja las preocupaciones. Todas las cosas buenas de la tierra fluyen a nuestra ciudad a causa de su grandeza, y estamos bendecidos con la oportuni-

dad de gozar de los productos del resto del mundo del mismo modo que gozamos de los que cultivamos aquí en casa.[21]

Pero estos placeres y ventajas eran menos importantes para Pericles que el honor y la gloria que los atenienses obtenían del imperio, recompensas que justificaban el riesgo de sus vidas. Les pedía a sus conciudadanos: «considerad cada día el poder de nuestra ciudad y convertíos en sus amantes [*erastai*], y cuando hayáis apreciado su grandeza pensad que todo esto ha sido creado por hombres valientes que conocían su deber y que estaban destinados a grandes hazañas por un sentido del honor».[22] En un momento más sombrío al año siguiente, cuando la posibilidad de una derrota final no podía ser ignorada, Pericles volvió a reclamar la atención de los atenienses al poder y la gloria de sus logros imperiales y de su valor duradero:

> Sin duda, el hombre al que no le gusten nuestras actividades encontrará fallos en todo esto, pero el hombre que, como nosotros, quiere conseguir algo hará de ello su objetivo, y aquellos que no lo logren se sentirán celosos de nosotros. Ser odiado e impopular en el momento presente ha sido siempre el destino de aquellos que han asumido el gobierno de los otros, pero aquel que aspira a grandes objetivos ha de aceptar la mala voluntad y es justo que así sea. Pues el odio no dura demasiado, pero la brillantez del momento presente es también la gloria del futuro legada en la memoria eterna. Con este conocimiento previo de la gloria futura habéis de comportaros con honor en estos momentos y con el celo de vuestros esfuerzos obtenerlas ambas ahora.[23]

Estos argumentos no eran mera retórica. Pericles hablaba en momentos críticos de la historia de Atenas, alcanzando los valores más hondos y más importantes que sus conciudadanos apreciaban, y todo lo que de él sabemos indica que también él los apreciaba. Valoraba también el imperio por razones que no eran tan importantes ni tan atractivas para el ateniense medio. Quería crear un nuevo tipo de estado, un lugar para el desarrollo de la grandeza estética e intelectual inherente al ser humano y especialmente a la cultura griega. Atenas había de ser la «cultura de Grecia», y para este fin la ciudad tenía que

atraer a los más grandes poetas, pintores, escultores, filósofos, artistas y maestros de toda índole. El poder y la riqueza aportados por el imperio eran necesarios para alcanzar este propósito, y también para pagar la puesta en escena y representación de los grandes poemas y obras teatrales que escribirían, los lujosos edificios que erigirían, y las hermosas pinturas y esculturas con las que enriquecerían la ciudad.

Ésta era una visión que requería un imperio, pero un imperio diferente de todos los que habían existido, incluso del creado por Cimón. Este nuevo tipo de imperio necesitaba la seguridad y los ingresos para propósitos no militares que tan sólo podían obtenerse en tiempos de paz. Sin embargo, el imperio ateniense, como todos los anteriores, se había conseguido mediante una guerra, y mucha gente no podía concebir el uno sin la otra. El problema se intensificó por el carácter del imperio ateniense, un poder basado no en un gran ejército que dominaba vastas extensiones de tierra, sino en una armada que dominaba el mar. Este insólito imperio deslumbraba a los lúcidos contemporáneos. El Viejo Oligarca señaló algunas de sus especiales ventajas:

> En el continente es posible que pequeñas ciudades súbditas se unan y formen un único ejército, pero en un imperio marítimo no es posible que los isleños combinen sus fuerzas, porque el mar los divide, y sus gobernantes controlan el mar. Aunque los isleños pudieran reunirse inadvertidamente en una isla, morirían de inanición. De las ciudades continentales que controla Atenas, las más grandes están gobernadas por el temor, las pequeñas por pura necesidad; no hay ninguna ciudad que no necesite importar o exportar algo, pero esto no será posible a menos que se sometan a quienes controlan el mar.[24]

Además, las potencias navales pueden realizar incursiones relámpago sobre territorio enemigo, causando daños sin demasiadas bajas; pueden viajar distancias imposibles para los ejércitos; pueden navegar sin problemas por territorio enemigo, mientras que los ejércitos tienen que abrirse camino luchando; y no han de temer malas cosechas, puesto que pueden importar lo que necesitan. Por otro lado, en el mundo griego, todos sus enemigos eran vulnerables: «todo estado continental tiene o bien cabos salientes o bien una isla a cierta distan-

cia de la costa o un angosto estrecho por donde pueden entrar quienes controlan el mar y causar daños a los que viven allí».[25]

Tucídides no admiraba menos el dominio del mar y describió su importancia de modo más profundo. Su reconstrucción de la historia griega temprana, relatando la escalada de la civilización, hace de la potencia naval un elemento vital y dinámico. Primero aparece la marina, después la supresión de la piratería y por último la seguridad en el comercio. Esta seguridad resultante favorece la acumulación de riqueza, que permite la emergencia de ciudades amuralladas. Esto a su vez permite la adquisición de mayor riqueza y el crecimiento del imperio, a medida que las ciudades más débiles intercambian su independencia por la seguridad y la prosperidad. La riqueza y el poder así obtenidos permiten la expansión del poder de la ciudad imperial. Este paradigma describe perfectamente el auge del imperio ateniense. Sin embargo, Tucídides lo presenta como una consecuencia natural, inherente al carácter de potencia naval y desarrollado por primera vez en la Atenas de su tiempo.[26]

El propio Pericles comprendió perfectamente el carácter excepcional del imperio naval como instrumento de la grandeza de Atenas, y en vísperas de la gran guerra del Peloponeso animó a los atenienses con un análisis de sus ventajas. La guerra se ganaría mediante las reservas de dinero y el control del mar, donde el imperio dotaba a Atenas de una incuestionable superioridad:

> Si avanzan contra nuestro territorio con un ejército, navegaremos contra el suyo; y el daño que causemos en el Peloponeso será algo muy distinto de su devastación del Ática. Pues no pueden obtener ninguna otra tierra sin combatir, mientras que nosotros tenemos tierras de sobra en las islas y en el continente; sí, el dominio del mar es una gran cosa.[27]

En el segundo año de guerra, Pericles reforzó todavía más este argumento, mientras trataba de restablecer el espíritu combativo de los desmoralizados atenienses:

> Quiero explicaros esta cuestión, sobre la que creo que todavía no habéis reflexionado: se trata de la grandeza de vuestro imperio. No la

> he mencionado en mis anteriores discursos, ni hablaría de ella ahora, puesto que suena más bien como un alarde, si no viera que estáis desmoralizados más allá de toda razón. Pensáis que gobernáis sólo sobre vuestros aliados, pero yo afirmo que de las dos esferas que están abiertas al uso del hombre, la tierra y el mar, vosotros sois los absolutos amos de una de ellas, no sólo de lo que ahora efectivamente controláis sino de cuanto queráis controlar. Y no hay nadie que pueda evitar que naveguéis por donde queráis con la fuerza naval que ahora tenéis, ni siquiera el Gran Rey, ni ninguna otra nación sobre la tierra.[28]

Sin embargo, este poder sin precedentes podía ser amenazado por dos debilidades. La primera era consecuencia de un factor geográfico insoluble: el hogar de este gran imperio naval era una ciudad asentada en el continente y sujeta a los ataques de ejércitos terrestres. Al no ser isleños, su ubicación constituía un punto de vulnerabilidad, puesto que las clases con tierras en propiedad son reacias a ver cómo se destruyen sus casas y sus fincas.

Pericles insistió en el mismo argumento: «El dominio del mar es una gran cosa», aseveró. «Pensad: si fuéramos isleños, ¿quién podría estar menos expuesto a la conquista?»[29] Pero Pericles no iba a permitir que los problemas planteados por la naturaleza se interpusiesen en su camino. Puesto que los atenienses serían invulnerables si fueran isleños, entonces tendrían que ser isleños. Por lo tanto, pidió a los atenienses que abandonasen sus tierras de labranza y sus casas en el campo y que se trasladasen a la ciudad. En el espacio existente entre las Murallas Largas podían ser alimentados y aprovisionados por el imperio, negándole un campo de batalla al enemigo. En un discurso especialmente conmovedor, Pericles dijo: «No debemos llorar por nuestros hogares y campos, sino por las vidas humanas, porque aquéllos no hacen a los hombres, sino que los hombres los hacen a ellos. Y si pensara que podía persuadiros os pediría que salieseis y los arrasaseis para demostrar a los peloponesios que no os rendiréis a ellos a causa de estas cosas».[30]

Pero ni siquiera Pericles pudo persuadir a los atenienses de que hicieran tal cosa a mediados de siglo. El uso de semejante estrategia basado en la fría razón e inteligencia, desafiando a la tradición y a las pasiones normales de los seres humanos, requería la clase de lideraz-

go extraordinario que sólo él podía esperar ejercer, y ni siquiera ante la invasión espartana de 465-446, fue capaz Pericles de convencer a los atenienses de que abandonaran sus granjas. En 431 impuso su estrategia y la hizo cumplir con gran dificultad. Pero para entonces Pericles era lo suficientemente fuerte como para hacer de ella la estrategia de Atenas.

La segunda debilidad importante era menos tangible, pero no menos seria, y surgía del mismo dinamismo que había hecho posible la existencia del imperio naval. Los astutos observadores, tanto atenienses como extranjeros, reconocían esta característica de exuberancia imperial y las oportunidades y peligros que presentaba. Muchos años después de la muerte de Pericles, su pupilo, Alcibíades, argumentando en favor de una aventura imperial contra Sicilia, pintó el cuadro de un imperio cuyo dinamismo natural sólo podía ser domesticado a costa de su propia destrucción. Atenas debería reaccionar ante todas las oportunidades de expandir su influencia, dijo, «porque así fue como obtuvimos nuestro imperio ... acudiendo con entusiasmo en ayuda de aquellos que apelan a nosotros, tanto si son bárbaros como si son griegos; si, por otro lado, mantenemos la paz y hacemos sutiles distinciones acerca de a quiénes deberíamos ayudar, poco añadiremos a lo que ya tenemos y correremos el riesgo de perder incluso el imperio».[31] Igual que Pericles, advirtió de que era demasiado tarde para que Atenas cambiara su política; tras lanzarse rumbo al imperio, la ciudad no lo podía abandonar sin riesgos: había de gobernar o ser gobernada. Pero Alcibíades fue más lejos y declaró que el imperio ateniense había adquirido un carácter que no le permitía dejar de expandirse, una fuerza interna dinámica que no admitía límites ni estabilidad: «Un estado que es naturalmente activo será rápidamente destruido si se pasa a la inactividad, y el pueblo vive más seguro cuando acepta el carácter y las instituciones que ya tiene, aunque no sean perfectas, y trata de discrepar de las mismas lo menos posible».[32]

En 432, cuando intentaron convencer a los espartanos para que declarasen la guerra a Atenas, los corintios esgrimieron un argumento similar desde una perspectiva hostil, relacionando la naturaleza dinámica del imperio con la naturaleza similar de los propios ate-

nienses. Dibujaron un acusado contraste entre el carácter plácido, inmóvil y defensivo de los espartanos y el carácter agresivo y peligroso de los atenienses:

> Cuando trazan un plan y no consiguen llevarlo a buen término, piensan que han sido privados de algo de su propiedad; cuando consiguen lo que se proponen piensan que es muy poca cosa comparado con lo que conseguirán en el futuro. Si resulta que un intento fracasa, forman una nueva expectativa para compensar la pérdida. Porque, una vez urdido un plan, para ellos desear y tener es la misma cosa debido a la rapidez con que llevan a cabo lo que han ideado. Y de este modo agotan su vida entera con trabajos y peligros, y disfrutan de lo que tienen menos que los demás hombres: porque siempre están ocupados en adquirir y porque piensan que su único asueto es cumplir con su deber y también porque consideran que una paz tranquila es un desastre mayor que una actividad penosa. En consecuencia, sería correcto decir que está en su naturaleza no disfrutar de la paz ellos mismos ni permitírsela a los demás hombres.[33]

Pericles rebatió categóricamente semejantes análisis. No creía que el imperio naval ateniense necesitase expandirse sin límite o que la constitución democrática y el imperio hubiesen ambos moldeado a un ciudadano ateniense que nunca podía estar sosegado ni satisfecho. Eso no significa que estuviese ciego frente a los peligros de la excesiva ambición. Sabía que había atenienses que querían conquistar nuevas tierras, especialmente en el Mediterráneo occidental, Sicilia, Italia e incluso Cartago. Pero él estaba totalmente en contra de continuar con la expansión, tal como demostrarían claramente sus futuras acciones. Durante la guerra del Peloponeso, advirtió reiteradamente a los atenienses de que no intentasen aumentar el tamaño de su imperio. Es también revelador que nunca hablase de la tremenda capacidad del imperio naval hasta el año anterior a su muerte, cuando los atenienses estaban abatidos y necesitaban un extraordinario estímulo. Como él mismo dijo, lo eludía no simplemente para evitar alardes, sino sobre todo para evitar avivar las llamas de la ambición desmesurada.

Si Pericles hubiera planeado alguna vez expandir el imperio, el desastroso resultado de la campaña egipcia en la década de 450 parece que le había convencido de lo contrario. Su fracaso sacudió los cimientos del imperio y amenazó la seguridad de la propia Atenas. A partir de aquel momento, Pericles trabajó sistemáticamente para frenar los deseos de los ambiciosos expansionistas y evitar riesgos indebidos. Sencillamente creía que la inteligencia y la razón podrían reprimir las pasiones rebeldes, mantener el imperio en su tamaño actual y utilizar sus ingresos para una gloria distinta, más segura y posiblemente mayor que la que los griegos habían conocido hasta entonces. Pericles consideraba que el imperio ateniense era lo bastante grande y que su expansión era innecesaria y a la vez peligrosa. La guerra contra Persia había terminado, ahora el éxito de los planes y las políticas de Pericles dependía de su habilidad para firmar y mantener la paz con los espartanos.

Así pues, la defensa de Pericles del imperio ateniense requería una compleja estrategia. Los atenienses necesitaban impedir rebeliones con el gran poder de su flota y la prontitud con que aplastaban las insurrecciones cada vez que se producían, como hizo Pericles contra Eubea en 446-445 y Samos en 440, y en otros lugares en diferentes momentos. Al mismo tiempo, la política de control del imperio era firme, pero no brutal, como lo fue tras la muerte de Pericles en 429. Sus sucesores mataron a todos los hombres y vendieron a las mujeres y a los niños como esclavos en Seión y Milos. Ni Cimón ni Pericles permitieron jamás tales atrocidades. Al mismo tiempo que aconsejaba mantener a los aliados bajo firme control, también resistía la presión de continuar con la expansión, por temor a que pusiera en peligro el imperio que ya tenía Atenas. Finalmente, continuó con el esfuerzo de persuadir a los críticos atenienses y a los demás griegos de que el imperio ateniense era necesario, que estaba justificado y que no suponía ninguna amenaza para los otros estados. Aunque Tucídides dudaba de que una democracia pudiera contener su ambición y dirigir un imperio con moderación durante mucho tiempo, creía que sí podía hacerse bajo un líder tan extraordinario como Pericles.

3

¿Por qué perduran las fortificaciones?

Estudio de un caso práctico de las murallas de Atenas durante el Período Clásico

David L. Berkey

La historia de Atenas durante el Período Clásico de la historia griega está íntimamente relacionada con la construcción y reconstrucción de las murallas de la ciudad, así como con la extensión de su perímetro defensivo a lo largo de la frontera del Ática. Con cada fase de construcción, las murallas iban transformando el paisaje y simbolizaban el poder ateniense, tanto en su punto álgido como en su momento más bajo.[1] Miles de ciudadanos y esclavos atenienses levantaron estas murallas y fuertes, muchos de ellos trabajando sin cesar en momentos de peligro e incertidumbre de la historia de la polis. A lo largo del Período Clásico, su construcción fue un proyecto fundamental de obra pública de gran significado político y estratégico para Atenas. En nuestra era contemporánea de sofisticada tecnología, las fortificaciones, al parecer, continúan omnipresentes y reaparecen bajo nuevas formas innovadoras a pesar de que cada nueva generación de estrategas militares parece descartar su utilidad. Un estudio de un siglo de fortificaciones atenienses ilustra por qué perduran las murallas y cómo evolucionan a lo largo del tiempo las prácticas constructivas para adecuarse a nuevas y diversas agendas militares y políticas.

Estas grandes inversiones de los recursos de la ciudad, tanto humanos como materiales, en la defensa de Atenas están asociadas a

algunos de los políticos y comandantes militares más prominentes de la ciudad, en particular a Temístocles, Pericles y Conón. Tras una época de crisis y triunfo al final de las guerras persas, Temístocles inició la ampliación de las defensas de Atenas y colocó la ciudad en posición de convertirse en la primera potencia naval del mundo griego. En las décadas siguientes, Pericles emprendió la siguiente fase de la fortificación, la construcción de las Murallas Largas. A finales de siglo, los años de conflicto durante las guerras del Peloponeso habían llevado a la destrucción de estas murallas. La vigorosa democracia ateniense inició el período de posguerra con un vehemente deseo de rehabilitar la posición de la ciudad dentro del sistema interestatal. Conón reconocía la importancia de las murallas de la polis y centró su atención en reforzarlas. Todos estos líderes admitían el valor estratégico de las robustas fortificaciones defensivas, pero las circunstancias bajo las que se emprendieron estos proyectos y su importancia para la polis en determinados momentos del tiempo son únicas. A medida que cambiaba el contexto político, las murallas servían para distintos propósitos estratégicos. Al examinar su historia durante el Período Clásico, podemos establecer su cambiante valor estratégico y sugerir paralelos históricos contemporáneos a estas antiguas reliquias de la gloria imperial de Atenas.

La estrategia de Temístocles con relación a la invasión persa del Ática se ocupaba de la seguridad de las mujeres y niños atenienses y permitía que los hombres de la polis organizasen una respuesta militar agresiva. Las murallas de Atenas no eran adecuadas para la defensa pasiva de la polis frente al empuje de las fuerzas de Jerjes. Mientras que la Acrópolis estaba rodeada por una muralla de mampostería ciclópea, llamada así porque los antiguos griegos creían que los enormes bloques de piedra que se utilizaban para construir fortificaciones de este tipo habían sido colocados allí por la legendaria raza de gigantes, la masa de ciudadanos atenienses sin duda habría perecido durante un ataque persa directo, y no digamos prolongado.[2] El decreto de Temístocles de 480 a. C. demuestra las extraordinarias medidas que adoptaron los atenienses para salvar sus vidas, evacuando el Ática y abandonando su territorio a los bárbaros.[3]

> La *ciudad* será *confiada* a Atenea, [Protectora] de Atenas | | [y a los] *otros* dioses, todos ellos, en protecció | n *y* [defensa contra los] *bárbaros* en nombre de la patria. Los ateniense | s [en su totalidad y los extranjeros] que viven en Atenas | trasladarán [a sus hijos y a sus mujeres] *a* Trecén | [-21-] el Fundador de la región. [L | os ancianos y] los bienes (muebles) serán (por seguridad) depositados en Salamina. | [Los Tesoreros y] las Sacerdotisas deben [permanecer] en la Acrópoli | s [y velar por las posesiones de los] dioses. El resto de los ate | [nienses en su totalidad y aquellos] *extranjeros* que han alcanzado la edad militar deberán em | barcar en las doscientas naves [preparadas] y *deberán* recha | | zar al [bárbaro en aras de] la libertad, la suya | propia [y la de los demás helenos,] junto con los lacedemonios, los co | rin[tios, los eginetas] y con todos aquellos que dese | en *compartir* [el peligro].

A medida que los persas se acercaban al Ática, iban incendiando las *poleis* de Tespia y Platea, cuyos ciudadanos se habían negado a jurar lealtad (es decir, a proporcionar asistencia a los persas).[4] Bajo estas circunstancias desesperadas, Heródoto menciona también que además de los atenienses a quienes se había confiado la defensa de la Acrópolis,

> algunas personas indigentes, en un esfuerzo por rechazar a los invasores, se habían atrincherado en la Acrópolis tras un parapeto de puertas y planchas de madera. Se habían negado a abandonar su tierra y trasladarse a Salamina, no sólo a causa de su pobreza, sino por su convicción de que habían descubierto el verdadero significado del oráculo pronunciado por Pitia: interpretaron que la profecía de que la muralla de madera sería inexpugnable significaba que aquel preciso lugar y no los barcos había de ser su refugio.[5]

La interpretación de Temístocles de la respuesta del oráculo de Aristónica,[6] a saber, que la «muralla de madera» hacía referencia a la construcción ateniense de una flota de trirremes sufragada con los ingresos de sus minas de plata en Laureion, resultó ser correcta. El éxito de la estrategia naval de Temístocles en Salamina fue decisivo por la victoria de los griegos sobre la flota persa.[7] En cambio, el ejér-

cito persa mató a todos aquellos que se habían quedado en Atenas, saqueó los santuarios e incendió el lugar.[8]

Al año siguiente, el general persa Mardonio capturó de nuevo la ciudad vacía de Atenas, y antes de retirarse a Beocia derribó sus murallas y quemó la ciudad hasta los cimientos: «Pero como no consiguió persuadirles [a los atenienses] de que lo hicieran [es decir, de que firmasen un acuerdo con él], y ahora sabía toda la verdad, demolió todas las murallas, edificios y santuarios que todavía quedaban en pie, convirtiéndolo todo en un montón de ruinas».[9] Cuando los atenienses regresaron a su ciudad tras la derrota de Mardonio en la batalla de Platea en 479 a. C., encontraron la carnicería de sus hogares destruidos y santuarios y templos profanados.[10] Tucídides describe la escena a la que regresaron los atenienses:

> Entretanto el pueblo ateniense, tras la partida de los bárbaros de su país, procedió enseguida a traer a sus hijos y esposas, y las propiedades que habían abandonado, de los lugares en donde los habían depositado, y se dispusieron a reconstruir la ciudad y sus murallas. Pues sólo quedaban en pie partes aisladas de la circunferencia, y la mayoría de las casas estaba en ruinas; no obstante, se conservaban algunas, que los persas notables habían convertido en cuarteles.[11]

A raíz de esta violenta destrucción, la inmediata preocupación de los atenienses fue la de establecer un entorno seguro en el que pudieran empezar a reconstruir sus vidas. No podían ignorar las pérdidas que habían sufrido. Igual que hoy en día los americanos lidian con el desafío de erigir un tributo adecuado a aquellos que perecieron en la Zona Cero de la ciudad de Nueva York, la cuestión de cómo rememorar a los muertos y conmemorar el suceso era de vital importancia para los ciudadanos de Atenas.[12] Eligieron no reutilizar el material de sus templos destruidos para la reconstrucción de los nuevos edificios. Al contrario, dejaron las piedras para conmemorar el saqueo persa, quizá conforme al juramento de Platea:[13] «y tras derrotar a los bárbaros en la guerra, no arrasaré ninguna de las ciudades que combatieron contra ellos, y no reconstruiré ninguno de los templos que

hayan sido incendiados y derribados, sino que los dejaré como monumento a los hombres del futuro, como recordatorio de la irreverencia de los bárbaros».[14] Por consiguiente, cuando los atenienses construyeron una nueva muralla para proteger el lado norte de la Acrópolis y decidieron incorporar fragmentos arquitectónicos del templo arcaico (sorprendentemente los viejos tambores de columna del templo), la intención era que sirviesen de memorial de guerra constituyendo un vivo recuerdo de la destrucción de la ciudad por parte de los persas.[15]

Tucídides inicia su debate de la Pentecontecia con la construcción de la muralla temistoclea, reconociéndola como una fase temprana del incremento del poder ateniense:[16]

> Percatándose de lo que iban a hacer, los espartanos enviaron una embajada a Atenas. Ellos mismos habrían preferido no ver a Atenas ni a ninguna ciudad en posesión de una muralla, pero en esto actuaron principalmente instigados por sus aliados, que estaban alarmados ante la fuerza de su recién adquirida armada y del valor que había mostrado en la guerra con los persas. Le rogaron no sólo que se abstuviese de construir una muralla para sí, sino también que se uniese a ellos en el derribo de las murallas que aún quedaban en las ciudades de fuera de Peloponeso. No expresaron abiertamente la sospecha, que se ocultaba detrás de esta propuesta, respecto a los atenienses, sino que insistieron en que de este modo los bárbaros, en caso de una tercera invasión, no dispondrían de ningún baluarte, como había sucedido en la invasión de Tebas, como base de operaciones, y que el Peloponeso sería suficiente para todos como base de retirada y de defensa. Después de este parlamento, y por consejo de Temístocles, los espartanos fueron inmediatamente despedidos por los atenienses con la respuesta de que enviarían embajadores a Esparta para debatir la cuestión. Temístocles propuso a los atenienses que le mandasen a él con la máxima premura a Lacedemonia, pero que no despachasen a sus colegas inmediatamente después de su elección, sino que esperasen hasta que la muralla alcanzase una altura suficiente para hacer posible la defensa. Entretanto, la población entera de la ciudad tenía que trabajar en la muralla, los atenienses, sus esposas y sus hijos, derribándolo todo sin escatimar ningún edificio, privado o público, que pudiera ser de utilidad para la obra.[17]

Tucídides establece una correlación entre la posesión de una muralla por parte de Atenas y su poder. Concluye comentando que la prontitud con la que se construyó el circuito comprometía la calidad de su factura:

> De este modo, los atenienses amurallaron su ciudad en un corto espacio de tiempo. Hasta hoy la construcción muestra signos de rapidez en su ejecución; los fundamentos se realizaron con piedras de todo tipo, y en algunos lugares no estaban cimentados ni ajustados, sino solamente colocados en el orden en que eran transportados por las distintas manos; y también se habían colocado con el resto muchas piedras esculpidas y columnas procedentes de tumbas. Al ampliar los límites de la ciudad en cada punto de la circunferencia, echaron mano en sus prisas a todas las cosas sin excepción.[18]

Por consiguiente, los atenienses demostraron su firme resolución a defenderse. Quizá Tucídides esté también estableciendo un paralelo entre las murallas de la ciudad y el auge del imperio ateniense. Ambos se formaron rápidamente, y ambos marcaron una ruptura con el pasado. Los atenienses incorporaron las tumbas de sus antepasados en el interior de las murallas, y con su poder imperial experimentaron una prosperidad sin precedentes, transformando con ello la ciudad y su paisaje. Los restos arqueológicos de este circuito de murallas, de 6,5 kilómetros de longitud, revelan que a pesar de que se erigió a toda prisa,[19] su construcción era sólida.[20]

El debate de Tucídides acerca del nacimiento del imperio ateniense es famoso y explica la motivación estratégica para la ampliación del circuito de las murallas de Atenas. Muestra también la endeble naturaleza de la relación entre Atenas y Esparta y su historia de no cooperación, que se remontaba a épocas anteriores a las guerras persas.[21] El auge del poder ateniense condujo también a la formación de una estructura bipolar en el sistema interestatal.[22] Atenas y Esparta diferían también una de la otra en lo relativo a asuntos de defensa. Dado que las murallas son una característica omnipresente de las *poleis* arcaicas y clásicas, es significativo que Esparta no las tuviese.[23] La sociedad militarista espartana no consideraba valeroso que sus ciuda-

danos buscasen cobertura detrás de fortificaciones defensivas,[24] y hasta que no se produjeron las invasiones del Peloponeso por parte de Epaminondas en la década siguiente a la derrota espartana en la batalla de Leuctra (371 a. C.), los espartanos no se vieron obligados a defender su territorio natal y a presenciar de primera mano la construcción de ciudades hostiles amuralladas.[25]

Temístocles perseguía también su anterior plan de convertir El Pireo en el principal puerto de Atenas, en términos comerciales y militares, acto que era una lógica condición previa para la subsiguiente construcción de las Murallas Largas. A causa de su ostracismo en 472 a. C. y su muerte en 467, Temístocles nunca consiguió realizar por completo sus intenciones. Sin embargo, con el aumento del número de barcos de su flota y los ingresos procedentes del imperio, los atenienses fueron testigos del incremento de tamaño e importancia de El Pireo. Eligieron a Hipodamo de Mileto para planificar la ciudad, presumiblemente en tiempos de Pericles.[26] Tucídides ofrece los argumentos fundamentales de Temístocles en cuanto a la importancia de fortificar El Pireo, y su visión estratégica general:

> Temístocles les convenció también de que terminasen las murallas de El Pireo, que ya se habían iniciado antes, en el año en que ejerció el cargo de arconte, influido por igual por la belleza de una localidad que tiene tres puertos naturales y por la gran ventaja que supondría para los atenienses en la adquisición de poder convirtiéndose en un pueblo naval. Porque él fue el primero en aventurarse a decirles que se aferrasen al mar e inmediatamente empezó a sentar las bases para el imperio. También aconsejó que construyesen las murallas de este grosor que todavía pueden distinguirse alrededor de El Pireo, y cuyas piedras fueron traídas por dos carretas que se cruzaban en el trayecto. Entre los muros así formados no había cascotes ni mortero, sino grandes piedras talladas cuadradas y encajadas unas a otras, ajustadas en la parte exterior con hierro y plomo. Casi a la mitad de la altura que él había previsto quedó terminada. Su idea era que por su tamaño y grosor resistiesen los ataques de un enemigo; pensó que podrían ser fácilmente defendidas por un pequeño grupo de hombres no válidos para el servicio liberando así al resto para servir en la flota. Pues ésta reclamaba casi toda su

atención. Pensó, creo, que el acceso por mar era más fácil para el ejército del rey que por tierra: pensó también que El Pireo era más valioso que la ciudad superior; en efecto, aconsejaba siempre a los atenienses que si llegaba el día en que se veían acosados por tierra, bajasen a El Pireo y desafiasen al mundo con su flota. Así pues, los atenienses completaron su muralla y empezaron los demás edificios inmediatamente después de la retirada de los persas.[27]

La decisión de los atenienses de concentrar sus recursos militares en la guerra naval y en la construcción, el mantenimiento y la navegación de trirremes tendría repercusiones estratégicas durante el resto del Período Clásico, no sólo en Atenas sino en todo el mundo griego. En particular, sacaron rendimiento a la fuerza de sus ciudadanos, que, en su mayoría, estaban mal equipados para combatir en la falange hoplita. Los thetes, la más baja de las cuatro clases de propiedad de Solón, servían ahora de remeros en la flota ateniense. Con la decisión de reforzar la flota, los atenienses alistaron al mayor número posible de ciudadanos en busca de la seguridad y prosperidad de Atenas. Y para evitar enfrentarse directamente al enemigo en tierra, la fortificación de las *poleis* era esencial. Como piedra angular en el proceso de fomentar el poder político de miles de atenienses pobres, las murallas de Atenas, y ahora también las de El Pireo, asumieron un nuevo significado democrático en la mente de algunos atenienses.[28]

Tras la construcción de las murallas de la ciudad y de las de El Pireo, la siguiente fase en la historia de la fortificación de Atenas fue la construcción de las Murallas Largas.[29] Inicialmente, este proyecto implicaba la edificación de dos murallas, cada una de seis kilómetros de longitud, que iban desde Atenas hasta los puertos de Falerón y El Pireo. La primera fase de construcción se completó a comienzos de la carrera política de Pericles,[30] que más tarde les convencería para que construyesen una tercera muralla, que corría paralela a las murallas piraicas.[31] En caso de asedio, estas murallas, que conectaban la ciudad con el puerto, permitirían a los atenienses acceder a su flota naval, a los buques mercantes y a las provisiones que éstos suministraban. Durante la guerra del Peloponeso, las Murallas Largas proporcionaron también un puerto seguro para los ciudadanos rurales

del Ática, aunque probablemente no era éste su objetivo inicial.[32] Donald Kagan describe la estrategia de Pericles en estos términos:

> No obstante, Pericles concibió una estrategia original surgida del carácter excepcional y del alcance del poder de Atenas. Su armada les permitía controlar un imperio que les proporcionaba unos ingresos con los que podían mantener su supremacía en el mar y al mismo tiempo obtener cualquier mercancía que necesitaban mediante el comercio o la adquisición. A pesar de que las tierras del Ática eran vulnerables al ataque, Pericles casi convirtió Atenas en una isla al construir las Murallas Largas que conectaban la ciudad con su puerto y su base naval en El Pireo. En el estado actual de la guerra de asedio griego, dichas murallas eran invulnerables cuando se defendían, de manera que si los atenienses decidían retirarse al interior de las murallas podían permanecer allí a salvo, y los espartanos no podrían alcanzarlos ni derrotarlos.[33]

Las fortificaciones atenienses defendieron con éxito a su población durante la guerra, y los atenienses sólo se vieron obligados a capitular cuando los espartanos bloquearon El Pireo. A pesar del éxito de los atenienses al resistir a los espartanos detrás de las murallas, la estrategia de Pericles desafiaba la ética guerrera tradicional griega y no consiguió disuadir a los espartanos, cuyas incursiones en el Ática había intentado arrastrar a los atenienses a una batalla de infantería. En cuanto a su utilidad, las Murallas Largas contribuyeron a la disminución de las tradicionales ideas de disuasión; los espartanos sabían en la primavera de 431 que sus hoplitas no pagarían un inmediato ni un gran precio por su violación de la soberanía ateniense. Una vez desaparecido el miedo a las represalias, las invasiones se hicieron crónicas en lugar de ser excepcionales, hasta que la peste o la captura de prisioneros espartanos en Esfacteria restableció la idea de consecuencias perjudiciales.[34]

Durante la guerra del Peloponeso, Atenas había animado a otras *poleis* democráticas a unirse a ella en el esfuerzo de extender sus fortificaciones desde la ciudad hasta el puerto, como ocurrió, por ejemplo, en 417, cuando Tucídides relata que los argivos renovaron su alianza con los atenienses y empezaron la construcción de largas mu-

rallas para unir su ciudad con el mar.[35] Esto sucedió después de que los demócratas argivos hubieran matado o expulsado a los principales oligarcas de la ciudad. Las murallas se construyeron de manera que «en caso de bloqueo por tierra, con ayuda de los atenienses, pudieran tener la ventaja de importar lo que quisieran por mar. Algunas de las ciudades del Peloponeso tenían conocimiento de la construcción de estas murallas, y los argivos, con toda su población, sin exceptuar a las mujeres ni a los esclavos, se pusieron a trabajar, mientras que los carpinteros y los albañiles acudían allí desde Atenas».[36] Los atenienses proporcionaban una forma de apoyo que les era familiar, ayudando a los demócratas argivos a consolidar su liderazgo y facilitando la alianza entre las dos *poleis*. Las murallas que conectaban Argos con la costa estaban diseñadas para permitir que la ciudad fuese abastecida en tiempos de asedio, y no como base del poder imperial. Como corolario, los demócratas que gobernaban en Argos garantizaban a los atenienses el acceso a su polis. No obstante, quizá lo más importante era la naturaleza simbólica de esta acción. Las murallas eran sinónimo de la democracia ateniense y un símbolo del poder ateniense, porque para los argivos emprender la construcción de estas murallas significaba rechazar a Esparta.

El reconocimiento de la preponderancia de las Murallas Largas en la estrategia ateniense y su asociación simbólica con la democracia está quizá más claramente articulada en la insistencia espartana en destruirlas al final de la guerra del Peloponeso (404 a. C.). Los términos de la rendición impuestos a los atenienses mandaban la destrucción de las Murallas Largas, la reducción de la flota ateniense a doce trirremes y la incorporación de oligarcas proespartanos, los Treinta Tiranos, en el gobierno de la ciudad. La victoria de Lisandro el año anterior en la batalla de Egospótamos (405 a. C.) había elevado a Esparta a la cima de su poder.[37] Jenofonte describe el pánico de los atenienses cuando les llegó la noticia del desastre:

> Era de noche cuando el Páralos llegó a Atenas. Cuando se supo la noticia del desastre y fue pasando de un hombre a otro, se alzó un gemido de lamentos que se extendió primero desde El Pireo, después por

las Murallas Largas hasta alcanzar la ciudad. Aquella noche nadie durmió. Lloraron la pérdida, pero aún más por su propio destino. Pensaron que serían castigados como ellos habían castigado a los demás: a los melios, colonos de Esparta, tras el asedio y conquista de Milos, al pueblo de Histiaea, de Sción, de Torone, de Egina y muchos otros estados... No podían ver otro futuro para sí mismos que no fuera el sufrimiento que ellos habían infligido a otros, a la población de pequeños estados a quienes habían dañado no como represalia por algo que hubieran hecho sino por arrogancia de poder y sin razón alguna excepto la de pertenecer a la alianza espartana.[38]

La siguiente acción de Lisandro fue completar el cerco de Atenas ya conseguido por tierra controlando ahora también su puerto. Con su provisión de grano disminuyendo, los atenienses asediados reconocieron que había llegado la hora de negociar.[39] La propuesta inicial fue la de unirse a la alianza de Esparta a condición de que el tratado les permitiese conservar intactas sus Murallas Largas y las murallas de El Pireo. Cuando los embajadores atenienses llegaron a Selasia en la frontera de Laconia, los éforos les negaron la entrada en Esparta y rechazaron sus condiciones.[40] Una segunda delegación conducida por Terámenes sería testigo del debate entre los vencedores acerca del destino de los derrotados atenienses:

> A su llegada [de Terámenes y de los demás embajadores atenienses] los éforos convocaron una asamblea en la que muchos estados griegos, y en particular los corintios y los tebanos, se opusieron a firmar la paz con Atenas. Los atenienses, dijeron, deberían ser destruidos. Sin embargo, los espartanos respondieron que no esclavizarían a una ciudad griega que tanto había hecho por Grecia en tiempos de inmenso peligro. Ofrecieron la paz en los siguientes términos: las Murallas Largas y las fortificaciones de El Pireo habían de ser destruidas; todos los barcos excepto doce habían de ser entregados y los exiliados reclamados. Atenas había de tener los mismos amigos y enemigos que Esparta y seguir el liderazgo espartano en cualquier expedición que Esparta llevase a cabo, tanto por tierra como por mar.[41]

La oligárquica Esparta, carente de murallas, insistía en que se destruyesen las murallas de Atenas. Tras la aceptación de la oferta espartana por parte de la *ecclesia*, «Lisandro navegó hacia El Pireo, los exiliados regresaron y las murallas fueron derribadas entre escenas de gran entusiasmo y al son de la música de muchachas flautistas. Se pensaba que aquel día era el inicio de la libertad de Grecia».[42] Esta escena de júbilo recuerda las celebraciones que acompañaron el derribo del muro de Berlín, en las que una alegre multitud se congregó para presenciar el desmantelamiento simbólico del telón de acero y participar en él, aunque las murallas atenienses estaban destinadas a mantener alejados a los enemigos, no a mantener encerrados a los ciudadanos.

El relato de Jenofonte de la caída de Atenas señala el final de la alineación política de las *poleis* griegas que había existido durante la guerra del Peloponeso y, en muchos casos, en décadas anteriores.[43] La decisión de los espartanos de evitar la aniquilación de Atenas fue un tributo al servicio prestado a Grecia por los atenienses durante la guerra persa. Parece que fue especialmente magnánima teniendo en cuenta el rigor y la duración de la guerra del Peloponeso. Quizá sea aún más significativo el hecho de que Esparta ignorase la recomendación de sus principales aliados, Corinto y Tebas, a favor de la conservación de Atenas. No obstante, Esparta intentó mutilar la democracia ateniense destruyendo la flota de la ciudad y sus murallas y gobernándola de manera muy similar al modelo de las decarquías de Lisandro, con harmostes y guarniciones armadas. Al tener presencia militar en el Ática, los espartanos podían limitar la expansión de Tebas en el centro de Grecia, y quizá algunos espartanos anhelaban utilizar las fortalezas fronterizas atenienses para este propósito.[44]

La victoria de Esparta sobre Atenas cambió la estructura del sistema interestatal.[45] La ausencia del liderazgo ateniense de lo que había sido un sistema estatal bipolar propició que Esparta acrecentase sus ambiciones como líder de la victoriosa coalición de estados. No obstante, en lugar de situar a Esparta como líder exclusivo, los años 404-395 produjeron una incómoda transición de la bipolaridad a la multipolaridad. Durante este período de transición, la estructura del

sistema interestatal, al no ser bipolar ni multipolar, fue inherentemente inestable. Dicha inestabilidad fue consecuencia de la eliminación de Atenas como potencia principal y de la incertidumbre de qué potencia o grupo de potencias ocuparían su lugar. Tras su derrota en la guerra del Peloponeso, la recuperación de Atenas dependía en parte de la capacidad de los atenienses para adquirir recursos financieros para fortificar de nuevo su ciudad.[46] Afortunadamente para los atenienses, tenían un financiero dispuesto con intereses estratégicos complementarios. Cuando el sátrapa persa Farnabazo se reunió con los representantes de Tebas, Corinto, Argos y el ateniense Conón, a quien el rey persa Artajerjes había nombrado para comandar su flota en 397,[47] en el istmo de Corinto, les proporcionó ánimo y apoyo financiero, y (según Diodoro) formó una alianza con ellos.[48] Jenofonte documenta el razonamiento de Conón a Farnabazo y las posteriores acciones del sátrapa:

> Sin embargo, Conón pidió que se le permitiera conservar la flota. Dijo que podría mantenerla con las contribuciones de las islas, y propuso navegar hacia Atenas y ayudar a sus compatriotas a reconstruir las Murallas Largas y las murallas de El Pireo. «No puedo pensar en ninguna otra acción —dijo— que ofenda más a los espartanos. Haciendo esto no sólo habrás dado a los atenienses algo de lo que estarán agradecidos, sino que habrás hecho sufrir de verdad a los espartanos. Dejarás sin efecto esta hazaña que les costó más esfuerzo y problemas que ninguna otra cosa.» Esta propuesta fue bien acogida por Farnabazo. No sólo envió a Conón a Atenas, sino que le dio dinero extra para la reconstrucción de las murallas. Cuando llegó Conón, erigió gran parte de las fortificaciones, utilizando sus tripulaciones para realizar las obras, contratando a carpinteros y albañiles y sufragando todos los otros gastos necesarios.[49]

Farnabazo regresó entonces a Persia, dejando a Conón al mando de la flota. Éste, por su parte, volvió a Atenas, donde emprendió la tarea de reconstruir sus fortificaciones. Las fuentes antiguas generalmente reconocen que los objetivos de Conón eran el derrocamiento del imperio espartano y, en el proceso, el restablecimiento del poder ateniense.[50] Sin el apoyo de Persia habría sido prácticamente imposi-

ble que los atenienses hubiesen podido financiar una guerra contra Esparta, cuya derrota se perfilaba como objetivo primordial de la política exterior ateniense.[51] Éstos habían empezado ya a reconstruir las murallas de El Pireo, y ahora las obras continuaban a conciencia con las Murallas Largas.[52]

Entre los escombros de la derrota, los atenienses intentaban restablecer su poder y al mismo tiempo su imagen. A diferencia de los vencedores que habían construido las murallas de Temístocles al final de la guerra persa, los atenienses que erigieron estas murallas eran los vencidos. Esta onerosa tarea, que representaba la continuidad de la anterior estrategia militar ateniense, no era ninguna innovación. No obstante, con la intención de proyectar un «poder blando»,[53] la reconstrucción de las Murallas Largas, símbolo del imperio ateniense del siglo v, ponía de manifiesto la urgencia de los atenienses por restaurar el estatus de su polis ante los ojos de las ciudades-estado vecinas que podrían buscar un aliado atractivo contra Esparta.[54] Las fortificaciones terminadas indicaban a otras *poleis* griegas el retorno de la autonomía ateniense y su vibrante democracia.

El deseo de resucitar su imperio estaba vivo en Atenas, pero otro asunto es si éste era un objetivo realista para los atenienses o no. Atenas y las demás *poleis* griegas importantes no habían conseguido arrebatarles la hegemonía a los espartanos durante la guerra de Corinto. Equipar una flota de un tamaño acorde con su potencia imperial del pasado estaba fuera del alcance de los atenienses. El papel fundamental desempeñado por Persia estaba muy claro para todos: la paz del Rey contenía disposiciones para el fin de las hostilidades de acuerdo con las condiciones de Artajerjes. El tratado estipulaba que todas las *poleis* de Asia Menor, así como las islas de Clazómenas[55] y Chipre, habían de ser posesiones persas.[56] Todas las demás *poleis*, con la excepción de las posesiones atenienses de Lemnos, Imbros y Sciros, que eran estratégicamente vitales para sus esfuerzos por proteger los envíos de grano con destino a El Pireo,[57] habían de ser autónomas.[58] Cualquier polis que no aceptase estas condiciones sería enemiga del rey persa y susceptible de ser atacada por Persia junto con aquel que se uniese a sus fuerzas.[59]

La guerra concluyó con la victoria espartana. Esparta disolvió la Liga Beocia, rompió la unión de Corinto y Argos, recuperó Corinto como aliada y detuvo la expansión de Atenas. Jenofonte reconoció que la victoria espartana en la guerra de Corinto fue una victoria diplomática más que una victoria militar: «En el combate real los espartanos simplemente se habían defendido, pero ahora, como consecuencia de lo que se conoce como "la paz de Antálcidas", aparecían bajo una luz harto distinta».[60] El hecho de que las principales *poleis* griegas aceptasen las condiciones impuestas en 387 aporta importante información sobre los cambios en el poder relativo de aquellos estados sometidos a consideración, y por consiguiente en el equilibrio de poder.[61]

La paz del Rey se considera el primer ejemplo del fenómeno común del siglo IV de tratados de paz.[62] En comparación con sus predecesores del siglo V, estos tratados eran generalmente multilaterales (en oposición a bilaterales), eran aceptados por las principales *poleis* griegas (aunque no estuvieran formalmente firmados por ellas), eran de duración teóricamente ilimitada (en oposición a un determinado período de tiempo), y se adherían al principio de *autonomia* para todas las *poleis* griegas. Desde este punto de vista, la paz del Rey se ajusta adecuadamente a algunos de estos criterios, pero en otros aspectos no lo consigue.[63] Quizá sea más apropiado considerar la paz del Rey como una paz negociada que trataba de dar respuesta a las deficiencias de anteriores tratados. El tratado que concluía la guerra del Peloponeso creó más antagonismo entre los contendientes, generando con ello más problemas que los que resolvía, en gran medida a consecuencia de su naturaleza bilateral. La guerra del Peloponeso fue una contienda hegemónica que implicó a la totalidad del mundo griego. El tratado de Esparta con Atenas puso fin al conflicto entre las dos potencias dominantes, pero no prestaba atención al sinfín de problemas de los demás participantes. Las negociaciones bilaterales eran insuficientes para atender a la complejidad de las relaciones interestatales del siglo IV, que a menudo implicaban a numerosas *poleis* con objetivos de política exterior enfrentados. La paz de Rey, aunque pretendía implicar a todas las *poleis* griegas, era, sin embargo, un producto de negociación bilateral similar.[64]

La cláusula de autonomía de la paz del Rey (387-386 a. C.) excluía la formación de un imperio según el modelo del siglo v, pero los atenienses pusieron en práctica una astuta solución al problema de cómo volver a ocupar una posición prominente en el sistema interestatal griego. Quizá poco después del ataque de Esfodrias a El Pireo en 378, los atenienses fundaron la segunda Liga Ateniense.[65] Su avance por el campo del Ática hasta la llanura triasiana alertó a los atenienses de su presencia, y en consecuencia se movilizaron. Tras arrasar la llanura de Tría, Esfodrias se retiró sin haber conseguido su objetivo, pero los atenienses percibieron su propia vulnerabilidad. Necesitarían poder confiar de nuevo en la estabilidad de la red de fortificaciones de la ciudad si querían recuperar su anterior gloria imperial, y apelaron a sus aliados para que se uniesen en aras de la libertad común.[66] Eran conscientes de que aunque la paz del Rey les privaba de sus posesiones marítimas (salvo las islas de Lemnos, Imbros y Sciros), al mismo tiempo les proporcionaba cierta protección. Acataron religiosamente las condiciones del acuerdo de paz y se aprovecharon de las transgresiones de los espartanos. Al promulgar la paz del Rey, los atenienses trataban de restaurar su reputación entre las *poleis* de Grecia y con Persia actuando de contrapeso del tiránico gobierno de Esparta. La estela de Aristóteles recoge las disposiciones de la liga y es una expresión de la política ateniense. Asegura tanto a las actuales *poleis* integrantes de la liga como a las futuras que su libertad y autonomía quedan garantizadas, que Atenas no apostará guarniciones ni funcionarios militares en sus *poleis*, que Atenas no les impondrá tributos,[67] y que Atenas devolverá todas las tierras, retenidas pública y privadamente por los atenienses, a las *poleis* miembros de la liga y que pondrá fin a la formación de cleruquías. La estela ofrece a continuación una lista de los miembros de la segunda Liga Ateniense.

Los atenienses necesitaban distanciar esta nueva liga de su antiguo imperio y hacer concesiones a sus aliados para atraerlos y después retenerlos. Esta alianza es un ejemplo de estados débiles uniéndose para contrarrestar el poder de un estado más fuerte. Proporcionaba protección a Tebas y a Atenas con su fuerza disuasoria: Esparta no

controlaría la Grecia central sin una importante confrontación que implicase a una gran coalición de *poleis*. Tanto los atenienses, con su atrevido plan de formar una nueva liga, como los recientemente liberados tebanos necesitaban obtener una seguridad básica frente a una despiadada invasión espartana si querían rehabilitar a sus respectivas *poleis*.[68] El incentivo para que las pequeñas *poleis* del Egeo se uniesen a la liga sería la garantía de seguridad colectiva que la recién formada liga ofrecía y la restitución de las propiedades que estaban en manos atenienses. El propósito declarado de la liga era proteger la autonomía de sus miembros de los espartanos. Esto resulta en cierto modo sorprendente dado que, de los primeros miembros de la liga (salvo Atenas y Tebas), la potencial amenaza a su libertad procedía principalmente de Persia, no de Esparta. Atenas estaba adquiriendo el control del papel de *protectora* de la paz del Rey en detrimento de Esparta. No obstante, la captura de los cadmeos y el ataque de Esfodrias demostraron a todas las *poleis* griegas que Esparta era la violadora de la paz del Rey y no su garante. La inmediata amenaza para Atenas y la península griega era Esparta, no Persia.

La restauración de Atenas como potencia naval creíble fue importante para el sistema interestatal porque las *poleis* de Asia Menor y del Egeo no tenían que confiar únicamente en Esparta en lo relativo a su seguridad frente a Persia. A menos que los atenienses tuvieran que abandonar su ciudad, cualquier estrategia que hiciese hincapié en la potencia naval necesitaba el mantenimiento de las Murallas Largas. Sin embargo, sin una importante flota, de poco les valía a los atenienses depender de las defensas de El Pireo y de las Murallas Largas para asegurar su supervivencia. En este entorno multipolar altamente competitivo, los atenienses decidieron también invertir en la defensa de sus fronteras.[69] Debido a la naturaleza problemática de la datación de las antiguas murallas,[70] no ha sido posible fechar este despliegue de fortificaciones con un mínimo de precisión,[71] aunque en términos generales se remontan muy probablemente al siglo IV. Al ampliar sus obras defensivas, los atenienses distinguieron entre su deseo de ejercer el poder sobre los demás y su necesidad de controlar su propio territorio.

Josiah Ober hace hincapié en la mentalidad defensiva de los atenienses del siglo IV,[72] sin embargo su fortificación de la ciudad y sus fronteras coincidió con un período en el que llevaban a cabo una agresiva política exterior, especialmente dadas las limitaciones que les habían sido impuestas por el sistema de estado recientemente configurado. A raíz de sus experiencias durante la guerra del Peloponeso, es natural que la defensa del Ática fuera de gran importancia para los atenienses.[73] Estaban decididos a resistir ataques en su territorio, como la devastación espartana del campo del Ática al inicio de la guerra del Peloponeso, la posterior ocupación de Decelia en sus fases finales y el reciente ataque de Esfodrias. Al adoptar de nuevo una mentalidad aparentemente defensiva, los atenienses pretendían establecer el control sobre su territorio y con ello posicionarse como aliados atractivos para las *poleis* de ideas afines en la lucha primero contra la hegemonía espartana y después contra la de Tebas.

Para recuperar su seguridad y progresar en sus intereses, los atenienses se decidieron por una nueva estrategia que requería la fortificación de la polis y de su territorio circundante. En este contexto, la posterior descripción de Aristóteles en la *Política* del uso de murallas y fortificaciones, aunque no se refiera necesariamente a Atenas en particular, es pertinente para la mentalidad de los planificadores militares del siglo IV:

> La fortificación de las ciudades mediante murallas es un asunto polémico. A veces se argumenta que los estados que reivindican la excelencia militar deberían evitar tales ayudas. Ésta es una noción especialmente anticuada, sobre todo porque salta a la vista que estados que se enorgullecían de ello están siendo refutados por la lógica del hecho. Cuando el asunto en cuestión es el de lidiar con un estado enemigo de carácter similar, que es sólo ligeramente superior en número, poco honor hay en tratar de obtener seguridad erigiendo una barrera de murallas. Pero a veces ocurre, y siempre es posible, que la superioridad de un asaltante trasciende el mero coraje, humano o sobrehumano; y entonces, si un estado quiere evitar la destrucción y escapar al sufrimiento y la humillación, la barrera de murallas más segura posible debería considerarse el mejor de los métodos militares; sobre todo hoy en día, cuan-

do la invención de catapultas y otras máquinas para el asedio de ciudades ha alcanzado tan alto grado de precisión. Exigir que una ciudad quede indefensa sin murallas es tanto como querer que el territorio del estado quede abierto a la invasión, y reducir toda elevación a nivel del suelo. Es como prohibir que las casas particulares tengan paredes exteriores, por miedo a que sus habitantes parezcan cobardes. También hemos de recordar que un pueblo con una ciudad defendida por murallas tiene elección de alternativas: tratar su ciudad como una ciudad amurallada [y por consiguiente actuar a la defensiva], o tratarla como si no tuviera murallas [y por consiguiente tomar la ofensiva]. En cambio, un pueblo sin muralla alguna es un pueblo sin posibilidad de elección. Si se acepta este argumento, la conclusión no sólo será la de que una ciudad debería estar rodeada de murallas, será también que las murallas se mantengan siempre en perfecto estado, y que satisfagan tanto las demandas de belleza como las necesidades de utilidad militar, especialmente las necesidades creadas por las recientes invenciones militares. Corresponde siempre a la ofensiva descubrir nuevos métodos con los que obtener ventaja, pero incumbe igualmente a la defensa, que ya ha realizado algunos inventos, buscar y elaborar otros. Un asaltante ni siquiera se planteará un ataque a hombres que están bien preparados.[74]

La fortificación de la ciudad y de sus fronteras era esencial para la defensa de su polis no sólo contra enemigos extranjeros sino también contra aquellos que se encuentran en el interior de las murallas de la ciudad y que podrían desear romper la seguridad mediante sedición. El manual del siglo IV la *Poliorkêtika*, de Eneas el Táctico, insiste, siguiendo la misma línea, en que los comandantes de la ciudad vigilen cualquier traición desde dentro, demostrando con ello que, a pesar de que una ciudad confíe en sus murallas, también necesita servirse de controles sobre la población local.[75]

Las murallas de Atenas, siempre esenciales para la defensa de la ciudad, desempeñaron distintos papeles a lo largo de la historia de la polis. Empezando con Temístocles, la construcción de las murallas de la ciudad proporcionó seguridad frente a una futura invasión. Ésta a su vez contribuyó a lanzar a Atenas camino del imperio, y permitió que la democracia floreciera de tal manera que incrementó

el poder naval y los miles de pobres que eran esenciales y se beneficiaron de él. Bajo Pericles, los atenienses continuaron desarrollando sus obras defensivas y asegurando su poder imperial, y las murallas eran parte integrante de esta estrategia. Durante la guerra del Peloponeso, la estrategia de Pericles subestimó la devastación que acarrearía el hecho de trasladar a miles de ciudadanos detrás de las murallas abandonando el campo del Ática, provocando con ello una virulenta peste que causó estragos en el interior. Al parecer no tuvo en cuenta las consecuencias de la pérdida de disuasión militar: dejando claro *de facto* que no había consecuencias inmediatas, a través de una resistencia armada de la infantería, por invadir suelo ático, era muy probable que a continuación se iniciase una guerra.

Tras la derrota de Atenas y la destrucción de las murallas de la ciudad, éstas fueron reconstruidas por Conón por motivos prácticos y también simbólicos. Sin embargo, esta estrategia fracasó debido a los cambios que se habían producido en la transición del sistema estatal griego más amplio. En respuesta a dichos cambios y a los combates durante la guerra de Corinto, los atenienses se dieron cuenta de que su anterior estrategia era insuficiente y trataron de reforzar su capacidad de control sobre su territorio con la construcción de complicadas defensas fronterizas que extenderían sus opciones más allá de la defensa pasiva de la infantería. La segunda mitad del siglo IV daría paso a profundos cambios en la guerra de asedio y el uso de la artillería, cambios que sobrepasan el ámbito del presente debate.[76] En Atenas, las murallas de la ciudad y sus defensas fronterizas no fueron impedimento alguno para Filipo y su ejército macedonio, y los atenienses se someterían a su gobierno sin siquiera llegar a poner a prueba la robustez de su costosa y amplia red de defensa de las fronteras.

Durante más de cien años, la democracia ateniense experimentó una gran variedad de fortificaciones, entre ellas murallas urbanas, largas murallas hasta el mar y redes de fortificaciones fronterizas, para proporcionar utilidad militar y para expresar los planes políticos y económicos preponderantes. La única constante ateniense parece haber sido la construcción de muros de piedra de todo tipo para cu-

brir las más diversas necesidades imaginables que pudieran surgir. Y en la última mitad de siglo de las ciudades-estado griegas libres, emergieron fortificaciones todavía más ambiciosas y originales fuera de Atenas, como demuestran los enormes circuitos del Peloponeso en Mantinea, Megalópolis y Mesene: enormes ciudadelas nuevas amuralladas diseñadas para incorporar tierras agrícolas en el interior de la ciudad y para ofrecer protección para la consolidación de los pueblos dispersos en los nuevos estados democráticos unificados.

Incluso hoy en día, en la era de la alta tecnología, las murallas y las fortificaciones siguen desempeñando un importante papel, aunque no tan fundamental, en defensa y estrategia. A pesar de que el exponencial progreso de la tecnología armamentística y la aparición del poder aéreo y espacial han reducido considerablemente su efectividad como líneas de defensa, siguen desempeñando valiosas funciones en determinadas circunstancias, lo cual pone de relieve que el ciclo amenaza-respuesta del ataque y defensa es constante e intemporal.

En los últimos años, las condiciones de peligro en Iraq han precipitado la construcción de zonas de seguridad y murallas para separar las comunidades en conflicto.[77] Las fuerzas estadounidenses instalaron barricadas en Bagdad para aumentar la posibilidad de que los ciudadanos iraquíes pudieran llevar una vida con cierta apariencia de normalidad, y el gradual derribo de estas inmensas murallas de hormigón indica quizá un relajamiento de la tensión entre los grupos contendientes de aquella ciudad devastada por la guerra.[78] En Israel, una serie de murallas y barreras interconectadas construidas para evitar que los terroristas suicidas entren en el país ha demostrado ser un medio eficaz de limitar los ataques terroristas, a pesar de que un grupo de expertos predijera que esta solución aparentemente retrógrada no podía funcionar satisfactoriamente. La muralla saudí contemporánea, que separa Arabia Saudí de Iraq, constituye otro ejemplo. Para eliminar la amenaza de que combatientes extranjeros desborden sus fronteras, los saudíes han levantado una costosa red de defensas a lo largo de este perímetro que les alertan de dicha amenaza. Actualmente, Estados Unidos está construyendo una enorme «valla» de mi-

les de millones de dólares de hormigón y metal destinada a fortificar la frontera con México. Su primera fase, desde San Diego, California, hasta El Paso, Texas, está casi terminada, y parece haber reducido drásticamente los cruces ilegales de la frontera de manera tan efectiva como el aumento de patrullas, sensores electrónicos, «vallas virtuales» y las sanciones a los empresarios. Aparentemente simultáneas a las comunicaciones vía satélite, a los aviones no tripulados y a los sofisticados sensores por ordenador, las vallas de metal y las barreras de hormigón perduran en todo el mundo para ofrecer una protección que otras alternativas de alta tecnología no pueden cubrir. Cuanto más sofisticada sea la tecnología para saltar, atravesar o pasar por debajo de los muros, tanto más sofisticadas serán las contrarrespuestas que evolucionan para mejorar las antiguas ventajas de las fortificaciones, que continúan bien impidiendo la entrada sin restricciones (y a veces también la salida) o bien haciendo que los esfuerzos de los atacantes sean tan penosos como contraproducentes.

Como con cualquier otro elemento bélico, la función y los objetivos de las murallas cambian con los tiempos, pero la idea de poner obstáculos materiales no ha desaparecido. No obstante, a diferencia de los fosos y los puentes levadizos, perduran con usos cada vez más extendidos e imaginativos.[79] Para los atenienses del Período Clásico, las murallas representaban más que líneas de defensa: eran también símbolos de poder y de orgullo que contribuían a dar forma al paisaje estratégico del sistema interestatal y, en el caso de las Murallas Largas hasta El Pireo, aumentaron la autonomía de las clases bajas, que eran tan esenciales para la vitalidad de la democracia ateniense y su imperio marítimo.

Estas fortificaciones creaban una oportunidad estratégica para una potencia en auge, y su destrucción señalaba la incuestionable derrota, pero su reconstrucción ayudó a que Atenas se erigiese de nuevo como un fuerte y potencial aliado para las *poleis* que compartían un común interés por contener a Esparta. Igual que el poder marítimo británico sirvió para una gran variedad de propósitos en diferentes momentos durante el auge y la caída del imperio británico, como garante del comercio, promotor de la expansión colonial y eje-

cutor de la violenta ley en alta mar, también las murallas de Atenas tuvieron muchos dueños, muchos constructores y muchos propósitos. Lo que sí es seguro en nuestro futuro altamente tecnológico es que cuanto más se descarten las murallas y las fortificaciones por ser anquilosadas reliquias de nuestro pasado militar, más tendremos que mirar hacia el pasado en busca de explicaciones consagradas por la tradición de por qué y cómo perduran.

4

Epaminondas el Tebano y la doctrina de la guerra preventiva

Victor Davis Hanson

El ensayista del Renacimiento francés del siglo xvi Michel de Montaigne comparó una vez a los que él consideraba los tres grandes capitanes de la Antigüedad. Curiosamente concluyó que el hoy poco conocido Epaminondas el Tebano (m. 362 a. C.), y no Alejandro Magno ni Julio César, era el más preeminente debido a su carácter, a la naturaleza ética de su carrera militar y a las duraderas consecuencias de sus victorias.

Montaigne, un agudo estudioso de la Antigüedad clásica, no mostró excentricidad alguna al considerar a un oscuro liberador de siervos del suroeste del Peloponeso superior a dos imperialistas que habían conquistado respectivamente gran parte del imperio persa y de la Europa occidental. Al contrario, reflejaba simplemente el sentimiento general de los griegos y de los romanos, que otorgaban suma importancia a la excelencia militar al servicio del idealismo político. Por ejemplo, el estadista romano Cicerón, archienemigo de Julio César y de Marco Antonio, tres siglos después de la muerte del general tebano, vio en Epaminondas un análogo defensor de la libertad republicana, y por lo tanto lo apodó *princeps Graecia*: «primer hombre de Grecia». El historiador perdido del siglo iv a. C. Éforo, contemporáneo de la hegemonía tebana, que escribió a la sombra del autócrata Filipo II, a modo hagiográfico consideraba a Epaminondas el

mayor de *todos* los griegos, un genio militar que luchó por una causa que nada tenía que ver con el engrandecimiento personal.[1]

No obstante, a pesar de que los antiguos consideraban que la destrucción tebana del poder espartano y la liberación de los ilotas mesenios constituían un hito en los acontecimientos morales de su memoria colectiva, poco sabemos hoy de la carrera militar del general y estadista tebano Epaminondas, y mucho menos aún de sus logros, pensamiento estratégico y sus polémicas doctrinas de prevención y democratización. El hecho de que hoy en día sea poco conocido se debe en parte a la naturaleza fragmentaria de las fuentes existentes, pero es también un reflejo de la importancia antigua y moderna concedida a Atenas y Esparta y de la fama general de retrasados atribuida a los tebanos.[2]

Sin embargo, en poco más de dos años (371-369 a. C.), Epaminondas humilló al estado militar espartano, algo que ni los persas ni los atenienses consiguieron jamás en prolongadas guerras. Liberó a muchos de los cientos de miles de ilotas mesenios, fomentó la democracia para decenas de miles de griegos, ayudó a fundar nuevas ciudades autónomas fortificadas y emprendió una brillante y decisiva campaña militar contra el imperio espartano; hechos todos ellos inquietantemente significativos casi 2.400 años después respecto a las consecuencias del ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos.

La Beocia del siglo iv

Normalmente solemos asociar la antigua democracia griega con la Atenas de Pericles del siglo v: su enorme flota, las vigorizadas masas de pobres desprovistos de tierras, el imperio marítimo y los espectaculares logros culturales de los contemporáneos de Pericles, como Aristófanes, Eurípides, Fidias, Sócrates, Sófocles y Tucídides. En cambio, el posterior surgimiento de la hegemonía democrática tebana del siglo iv suele ser ignorado y peor comprendido a pesar de su insólita naturaleza y peso político. Evidentemente, la cultura democrática beocia no produjo ni un Tucídides ni un Eurípides. Y tampoco refle-

jó, como sí ocurrió en casi todo el resto de las antiguas democracias, la influencia de la masa naval sin tierras, llamada peyorativamente *ochlos*, ni trató de redistribuir los ingresos ni de imponer un igualitarismo radical en su ciudadanía que trascendiese la mera igualdad política. Al contrario, el movimiento democrático beocio estaba probablemente más limitado a extender la participación democrática y promovido por granjeros hoplitas conservadores. Asimismo, en términos de imperio, los demócratas reformistas tebanos parecían haber cuestionado el orden existente de las *poleis* de centenares de ciudades-estado autónomas en vez de crear, de la característica manera imperial, un imperio de explotación de ciudades serviles sometidas en el extranjero.[3]

Si la derrota de Persia en 479 resultó ser el catalizador del surgimiento del imperio ateniense, la victoria de los aliados griegos sobre Atenas en 404 contribuyó a su vez a favorecer la gradual ascensión de Tebas. Tras el final de la guerra del Peloponeso (431-404 a. C.), los anteriores aliados victoriosos, Tebas y Esparta, no tardaron en pelearse por el botín, por el tratamiento de la derrotada Atenas y por las respectivas esferas de influencia. En efecto, durante gran parte del medio siglo siguiente (403-362), los dos rivales estuvieron en un casi constante estado de conflicto marcado por batallas campales, frecuentes invasiones espartanas de Beocia y breves armisticios. Los contemporáneos consideraban en general sus primeros enfrentamientos como una contienda a veces desigual entre una falange espartana, tradicionalmente superior, y una infantería tebana advenediza, hasta el momento considerada formidable, pero un instrumento apenas capaz de proyectar el poder tebano más allá de los confines del rezagado remanso cultural beocio con una historia dudosa.[4]

No obstante, los conflictos intermitentes que se prolongaron durante décadas tomaron un derrotero radicalmente distinto en 379 a. C. Aquel año, un destacado grupo de demócratas tebanos derrocó a los oligarcas gobernantes bajo Leontíades, que estaba respaldado por supervisores espartanos. En el lugar de la oligarquía, los reformistas instalaron una democracia beocia confederada libre de influencias externas y dispuesta a garantizar el fin de la intromisión espartana en los asuntos de las ciudades-estado griegas. La guerra en curso entre

los dos rivales no sólo asumió una nueva dimensión ideológica, democracia *versus* oligarquía, sino que el conflicto adquirió vigor con este nuevo grupo de instigadores tebanos, que no eran demasiado doctrinarios a la hora de aceptar las ideas tradicionales de equilibrio de poder entre las ciudades-estado. Al contrario, dirigidos especialmente por Pelópidas y, después, Epaminondas, los demócratas tebanos saltaron a la palestra decididos a eliminar definitivamente el origen de la amenaza espartana.

En respuesta, durante gran parte de los ocho años siguientes los espartanos se dedicaron a la venganza por su expulsión de Beocia. El rey Agesilao temía con razón que la nueva democracia beocia bajo Epaminondas ya no era solamente una polis rival, sino más bien un extraordinario agente de cambio revolucionario que podía finalmente amenazar los intereses de Esparta en el Peloponeso, así como remodelar por completo la tradicional red autónoma de pequeñas ciudades-estado individuales y convertirlas en bloques y confederaciones democráticas más grandes y mucho más hostiles. A consecuencia de estos temores, entre 379 y 375, por lo menos en cuatro ocasiones los reyes espartanos invadieron, o intentaron invadir, Beocia para desmantelar su nueva confederación democrática.[5]

Aparte de alianzas militares ocasionales con Atenas, los beocios emplearon una variedad de estrategias tanto pasivas como activas para paliar esta serie de ofensivas espartanas. En diversas ocasiones recurrieron a la erección de extensas empalizadas de madera en torno a sus tierras más fértiles. A veces hostigaban a los invasores con armas ligeras y patrullas montadas. En raras ocasiones consiguieron implicarlos en escaramuzas y batallas campales, como la extremadamente satisfactoria contienda en Tegira en 375.

Esta rivalidad entre la democracia tebana y la oligarquía espartana se desarrolló inicialmente de manera limitada, según los protocolos tradicionales griegos de invasiones anuales en las que el invasor intentaba destruir la infraestructura agrícola del estado invadido. A pesar de que el rey Agesilao, arquitecto de las invasiones tebanas, casi consiguió durante una estación o dos provocar una hambruna en Tebas, y había establecido fortines en una serie de ciudades beocias

(Platea, Orcómeno, Tanagra y Tespia), los espartanos con sus esfuerzos de casi una década no lograron poner fin al control democrático tebano de Beocia. Estos años de continuadas y no concluyentes luchas en Beocia no sólo explican la radical decisión posterior de Epaminondas de enfrentarse a los espartanos en batalla campal en Leuctra, sino también su consiguiente y más amplia apuesta de atacar a la propia Esparta. En algún momento de esta década, Epaminondas, al parecer, vio que no se pondría fin al modelo de constantes invasiones y batallas a no ser que se acabase con Esparta tal como los griegos la habían conocido durante los 300 años anteriores.[6]

La invasión del invierno y la primavera de 370-369

El pulso de esta larga guerra de desgaste cambió radicalmente por segunda vez a mediados del verano de 371, cuando los espartanos rompieron el armisticio general de 375 y volvieron a invadir Beocia. No obstante, esta vez, bajo el liderazgo del general tebano Epaminondas, el ejército beocio, numéricamente inferior, decidió por fin enfrentarse decisivamente a los invasores espartanos en una dramática batalla campal en las onduladas colinas de Leuctra, a poca distancia de la propia Tebas. Allí, de manera impecable, el ejército beocio casi aniquiló a las fuerzas invasoras, mató al rey espartano Cleómbroto y a unos 400 de los 700 hoplitas espartanos de élite, así como a centenares de aliados peloponesios, y envió de vuelta a casa a unos pocos supervivientes desperdigados, avergonzados y derrotados, redefiniendo de paso el equilibrio de las ciudades-estado griegas y presagiando el fin permanente de las invasiones espartanas casi anuales en el norte.[7]

La mayoría de las victorias decisivas anteriores en batalla hoplita griega, como la primera de Coronea (447), Delion (424) o la primera de Mantinea (418), había conducido al cese regional de grandes batallas durante unos pocos años. Pero la victoria de Leuctra, a pesar de su naturaleza decisiva, no tardó en provocar el resurgimiento, que no el fin, de las hostilidades tebano-espartanas, y resultó ser la precurso-

ra de un vasto reordenamiento del Peloponeso. Si la expedición siciliana de 415-413, en la que unos 40.000 soldados imperiales atenienses y aliados resultaron desaparecidos, capturados o muertos, terminó con el sueño de la expansión del imperio ateniense, la pérdida de unos 1.000 peloponesios y la humillación de la legendaria destreza militar espartana, en Leuctra tuvo un efecto similar al acabar con la idea de una política expansionista espartana y cuestionar la estabilidad de su dominio más allá del valle de Laconia.

Unos dieciocho meses después de la batalla (que tuvo lugar en julio de 371 a. C.), durante diciembre de 370-369 a. C., el general Epaminondas convenció al mando beocio de que se embarcase en un ataque preventivo en el sur. La supuesta razón de la intervención fue una llamada de ayuda de la recién consolidada ciudad arcadia de Mantinea a los tebanos para que repeliesen la amenaza de constante invasión por parte del rey Agesilao. Al parecer, Epaminondas concluyó que, incluso después de Leuctra, el ejército espartano seguía amenazando extensos estados democráticos, y que sólo era cuestión de tiempo que los espartanos se reagrupasen e intentasen otra incursión anual en territorio beocio. La oportuna invitación de los arcadios y otros peloponesios a intervenir en su nombre parece haber impulsado a Epaminondas a trazar un plan todavía más ambicioso para acabar totalmente con la hegemonía espartana del Peloponeso.[8]

El ingente ejército aliado de Epaminondas estaba compuesto por miles de peloponesios que se unieron a la invasión en diversos lugares al sur del istmo corintio, entre ellos quizá algunos de los peloponesios que habían sobrevivido en Leuctra un año antes. La marcha siguió una ruta de casi 322 kilómetros hasta el corazón del estado espartano, un paisaje legendariamente inviolado del que se decía que no había sido hollado por los enemigos durante unos 30 años. Tras devastar el territorio espartano y acorralar a su ejército en el interior de la ciudad cruzando el helado Eurotas, los beocios no consiguieron tomar la acrópolis. Por el contrario, después de incendiar el puerto espartano en Gitión, veintisiete millas al sur, los beocios de Epaminondas, junto con algunos contingentes de sus victoriosos aliados peloponesios, decidieron dirigirse hacia el oeste a mediados de in-

vierno a través de la cordillera del monte Taigetos en Mesenia, la histórica región agrícola fundamental del estado espartano, donde siervos contratados, conocidos como ilotas, proveían al estado espartano de alimentos y de recursos humanos.[9]

Los beocios descendieron probablemente desde las montañas del Taigetos en algún momento después de primeros del año 360 a. C., expulsaron a los espartanos de su próspero protectorado de Mesenia, liberaron a la mayoría de los ilotas y ayudaron a fundar la gran ciudadela de Mesene. Antes de su partida en la primavera siguiente, Epaminondas había asegurado el nuevo estado autónomo y democrático de Mesenia, con su capital, Mesene, ahora prácticamente inmune a las represalias espartanas. Y cuando Epaminondas regresó a casa, había humillado al estado espartano terminando con su dependencia parasitaria de los alimentos mesenios, una relación esencial que permitía liberar a la casta del ciudadano-guerrero espartano para que se centrase en la guerra. Su sueño de un eje antiespartano compuesto por Mesene, la nueva Mantinea fortificada y la creciente Megalópolis parecía estar haciéndose realidad.[10]

La propia invasión harto destacable era una anomalía en muchos aspectos. Los ejércitos de comienzos del siglo IV, incluso después de las innovadoras tácticas que surgieron durante la guerra del Peloponeso (431-404), todavía solían partir a finales de la primavera, preferiblemente en torno a la época de la cosecha de cereales, para asegurarse buen tiempo y raciones adecuadas en campaña, y también para tener mejor ocasión de incendiar las cosechas de trigo y cebada en maduración y secado de los invadidos. Estos ejércitos estacionales solían estar ausentes tan sólo unos pocos días o semanas debido a las obligaciones de su propia temporada de cosecha. Al no ser profesionales, carecían de la capacidad de aprovisionarse para estancias prolongadas en el extranjero, tanto desde el punto de vista de distancia como del tiempo de ausencia de su tierra. Normalmente el objetivo era un ejército enemigo en las proximidades o bien los recursos agrícolas de una potencia hostil vecina más que la completa derrota de un adversario lejano y el fin de su existencia como estado autónomo. La guerra total destinada a destruir un estado relativamente grande era poco frecuente.[11]

Epaminondas, de forma destacable, ignoró gran parte de este protocolo del pasado de guerra interna griega. Decidió abandonar Tebas en diciembre, cuando no había cosechas en los campos, cuando las carreteras estaban enlodadas y cuando su año de mandato como beotarca expiraba a los pocos días de su partida a comienzos del año beocio. Puede que permaneciera fuera durante cinco o seis meses, hasta casi finales de la primavera de 369, en época de cosecha. Sin duda, Epaminondas se enfrentó a su regreso a un juicio por violar los plazos de su cargo de un año de mandato. Sus objetivos no eran solamente la derrota de los militares espartanos, ni siquiera la ocupación de la acrópolis espartana, sino, al parecer, antes o después de su llegada al Peloponeso, un sostenido esfuerzo por terminar con el propio estado espartano.[12]

Indudablemente, había un componente de urgencia en su decisión de librar en pleno invierno aquella guerra preventiva sin precedentes, y esta anomalía suscita una serie de cuestiones críticas. ¿Fue aquel ataque preventivo insólito en la historia de Grecia? ¿Cuáles eran los objetivos más amplios de Epaminondas? ¿Alcanzó sus propósitos a largo plazo? ¿O simplemente sus beocios ampliaron un conflicto ya largo y costoso entre dos antiguos aliados? ¿Era sostenible una guerra preventiva de aquella índole, dada la oposición política doméstica interna y los limitados recursos disponibles para compromisos tan costosos y prolongados en el extranjero? ¿Conlleva la experiencia tebana en la guerra preventiva y en la difusión de la democracia alguna lección para el presente?

Antes de responder a estas preguntas, cabe señalar de nuevo que, a pesar de que para el mundo clásico Epaminondas era uno sus héroes más destacados, poca información tenemos sobre su carrera, y todavía sabemos menos sobre los detalles de su primera gran invasión del Peloponeso y de la fundación de Mesene. No se han conservado exhaustivos discursos antiguos que expliquen sus planes, ni se han producido demasiadas valoraciones por parte de los historiadores sobre sus intenciones. Jenofonte, el único historiador contemporáneo de la época que escribió una crónica de las invasiones tebanas, o bien no apreció la magnitud del logro de Epaminondas (Epaminondas no

es mencionado por su nombre en las *Helénicas* hasta su última campaña y muerte en Mantinea; véase 7.5.4-25) o bien abrigaba un prejuicio genérico contra todo lo tebano. La vida de Epaminondas de Plutarco se ha perdido. En consecuencia, sólo podemos basarnos en fragmentos y trozos de Diodoro, en *Pelópidas* y *Agesilao* de Plutarco, Pausanias y posteriores recopiladores como Nepos. En gran medida, las motivaciones y objetivos de Epaminondas son difíciles de recuperar y siguen siendo aparentemente iconoclastas y no fáciles de comprender.[13]

Guerras preventivas y anticipatorias*

Tanto las guerras preventivas como anticipatorias en sus distintos grados se justifican como defensivas, distinguiéndose así supuestamente de las guerras de agresión directa o de los ataques claramente punitivos. Así pues, nadie sugiere que el rey persa Jerjes invadiera Grecia en 480 para prevenir un inminente y gran ataque helénico al imperio persa. Ni tampoco cruzó Alejandro Magno el Helesponto para evitar que Darío III atacase a Grecia primero. A pesar de sus discursos sobre «la hermandad de todos los hombres», tendía a la agresión, al saqueo y a la conquista bajo el pretexto de vengarse de los persas por su interferencia en los asuntos griegos durante más de un siglo.

A pesar de la retórica ateniense de 415, en vísperas de la desastrosa expedición siciliana, sobre agravios pasados y futuros peligros provenientes de Occidente, como la advertencia de Alcibíades de que «los hombres no se contentan con rechazar los ataques de un superior, sino que a menudo lanzan el primer ataque para prevenir ser

* En castellano no existe la distinción que hace la lengua inglesa entre *preemptive war* y *preventive war,* por lo que suelen traducirse ambas expresiones por «guerra preventiva». No obstante, hay una notable diferencia entre la primera, *preemptive war*, que hace referencia a una amenaza real inminente, y *preventive war,* que alude a una amenaza incierta, a largo plazo. En el presente texto, puesto que el autor distingue a propósito ambos términos, he optado por traducir *preventive war* por «guerra anticipatoria», para evitar confusiones. (*N. de la t.*)

agredidos», posiblemente pocos atenienses creyeron el pretexto de que la expedición contra Siracusa anticipaba, tanto a corto como a largo plazo, una ofensiva siciliana al imperio ateniense. Al contrario, aquello no era más que un caso palmario de agresión imperial destinada a procurarse ventajas estratégicas durante un paréntesis de la guerra del Peloponeso. La lista de semejantes guerras de agresión sin ambages podría ampliarse fácilmente en el mundo griego e incluiría episodios tales como las invasiones persas de territorios griegos en 492 y 490, el ataque de Agesilao sobre Asia Menor en 396 para liberar a las ciudades griegas de Jonia, y la incursión de Filipo a Grecia en 338, que culminó con la derrota griega en Queronea.[14]

Por el contrario, entre las llamadas guerras defensivas, la guerra preventiva suele distinguirse de la guerra anticipatoria por la supuesta percepción, o por lo menos pretensión, de una amenaza creíble e inminente. La realidad de esta afirmación determina si un ataque se acepta en general como genuinamente defensivo. Cuando un estado, a menudo considerado tradicionalmente la parte débil, previene y ataca primero, está supuestamente convencido de que si no lo hace un objetivo hostil golpeará sin duda muy pronto, y lo hará con una ventaja mucho mayor. Por consiguiente, esta agresión inicial de las guerras preventivas suele calificarse de defensiva en su naturaleza si se reconoce de manera general la presencia de un peligro en ciernes. El argumento se refuerza aún más si hay una historia pasada de conflicto entre los dos beligerantes.[15]

Por otro lado, las guerras verdaderamente anticipatorias, como la guerra de Iraq de 2003 o la invasión alemana de la Unión Soviética en junio de 1941, son mucho más polémicas. El atacante, hoy en día se asume que es la potencia más fuerte, declara que el tiempo acabará favoreciendo el estatus geopolítico de un adversario agresivo por naturaleza y fortalecido, que tarde o temprano podría atacar y cambiar el *statu quo*. De este modo, el instigador cree que su propia posición inevitablemente en declive frente al rival beligerante puede evitarse mediante el debilitamiento o eliminación de una amenaza potencial antes de que tal acción se revele menos prometedora o imposible en el futuro. Pero puesto que la inminencia del peligro no suele recono-

cerse de manera universal como sí ocurre en los casos de prevención, y puesto que el iniciador acostumbra a ser el militarmente más poderoso en el momento del ataque, las guerras anticipatorias son muy a menudo fácilmente criticadas y tildadas de guerras de agresión.

Los japoneses, por ejemplo, no convencieron a nadie de que su ofensiva «anticipatoria» en Pearl Harbour, el 7 de diciembre de 1941, tenía por objetivo el debilitamiento de un enemigo que de lo contrario un día sería el más fuerte en una futura e inevitable guerra americano-japonesa. Muchos sintieron que era el primer paso de una expansión hacia Occidente cruzando el Pacífico para aumentar la ya existente Esfera Asiática de Coprosperidad capitaneada por los japoneses. Por su parte, Estados Unidos no intentó golpear primero a Japón por temor a que dicho ataque *no* se considerase una comprensible guerra *preventiva* para repeler una inminente agresión japonesa, sino más bien una polémica guerra *anticipatoria* que muchos americanos aislacionistas calificarían de opcional, belicosa e imperial en vez de defensiva y necesaria.

Un asediado Israel, con la aprobación general de todo el mundo, rechazó simplemente en unas horas a sus enemigos árabes durante la guerra de los Seis Días en junio de 1967 atacando los campos de aviación egipcios antes de que sus vecinos invadiesen Israel. Pero en cambio, cualquier ataque contemporáneo a las instalaciones nucleares iraníes por parte de los militares israelíes, mucho más fuertes, tal como hicieron en el bombardeo de 1981 al reactor iraquí de Osirak, sería profundamente criticado. Se interpretaría como el primer acto de una guerra anticipatoria más que dudosa, emprendido a partir de un polémico supuesto no de que Irán estuviera planeando un ataque inmediato contra Israel, sino de que la adquisición por parte de Teherán de un arma nuclear, acompañada de sus numerosas promesas de acabar con el estado judío, podría algún día significar una terrible amenaza para la seguridad israelí y el futuro debilitamiento de su incuestionable superioridad militar en la región.

Por supuesto, la fina distinción entre la poco frecuente guerra anticipatoria y la más corriente guerra preventiva no siempre queda clara. Lo que constituye una amenaza inminente es siempre polémi-

co y depende de la percepción del que mira. Casi todos los estados que inician hostilidades niegan que estén actuando ofensivamente y aseguran que se han visto forzados a ir a la guerra en defensa propia, y los detalles iniciales de la hostilidad no tardan en hacerse insignificantes. Cuando la administración Bush decidió centrarse en la amenaza de las armas de destrucción masiva de Iraq para justificar la invasión anticipatoria de este país, a pesar de que el Congreso de Estados Unidos autorizase en octubre de 2002 veintitrés órdenes judiciales para derrocar al régimen de Hussein en Iraq, la opinión mundial y poco después la opinión pública americana se pusieron en contra de la polémica guerra. La consiguiente ausencia de reservas de armas peligrosas puso de manifiesto que la muy anunciada justificación oficial de una guerra para derrocar a un tirano genocida era falsa. Sin embargo, incluso después de que no se encontrasen las citadas reservas, las críticas sólo aumentaron en número en el verano de 2003, cuando la administración no pudo mantener la paz tras una brillante victoria de tres semanas sobre el régimen baasista porque la insurgencia terrorista había provocado una nueva guerra sucia.

En el mundo griego antiguo podemos encontrar ejemplos de estrategias preventivas y de estrategias anticipatorias. Los espartanos, reconocidos generalmente como los más fuertes, cruzaron la frontera ateniense en 431 reclamando el derecho a una invasión anticipatoria para iniciar la guerra del Peloponeso. Esparta estaba convencida no de que Atenas estuviera a punto de atacarla aquel mismo año, sino más bien de que, como el propio Tucídides relata, sin aquella incursión, el imparable crecimiento de un imperio ateniense hostil no tardaría en provocar el inevitable declive de Esparta. Los espartanos estaban justificadamente aterrorizados: «Entonces sintieron que ya no podían seguir soportándolo, y que había llegado la hora de lanzarse en cuerpo y alma sobre la potencia hostil y aniquilarla, si podían, iniciando la presente guerra».[16]

Del mismo modo, poco antes de que el rey espartano Arquídamo llegase al Ática, su aliada Tebas atacó la vecina ciudad beocia de Platea. Una vez más, los tebanos no estaban tan preocupados por el hecho de que la pequeña ciudad estuviese a punto de ayudar a lanzar un

ataque ateniense. Al contrario, los atacantes pensaban que los movimientos democráticos de Beocia respaldados por los atenienses, provistos del celo y la riqueza de la Atenas imperial y el ejemplo de una Platea independiente, acabarían debilitando la posición relativa de Tebas.

De hecho, una táctica frecuente de los antiguos ejércitos griegos era la de atacar sin preaviso a una ciudad cercana sospechosa y destruir sus murallas, tal como atestigua la desafortunada historia de la constantemente invadida polis de Tespia. Quizá fue el general tebano Pagondas quien mejor articuló la defensa de un ataque preventivo momentos antes de la batalla de Delion (424 a. C.): «Los pueblos que, como los atenienses en este preciso momento, sienten la tentación de atacar a sus vecinos por orgullo de su fuerza, normalmente avanzan muy confiados contra aquellos que se mantienen en paz y únicamente se defienden en su propio país, pero se lo piensan dos veces antes de enfrentarse a aquellos que salen a su encuentro fuera de sus fronteras y lanzan el primer ataque a la menor oportunidad».[17]

La ofensiva de Epaminondas de 369 debería ser considerada más una guerra preventiva que una guerra anticipatoria. Cierto es que a pesar de que Esparta había sido derrotada hacía poco más de un año en Leuctra y que no planeaba ninguna invasión inmediata de Beocia, estaba, no obstante, ocupada invadiendo los territorios de otras ciudades-estado mientras restablecía sus propias fuerzas. Efectivamente, Esparta acababa de penetrar en Mantinea el verano de 370 para socavar el establecimiento de una nueva polis unida y democrática. Tebas estaba considerada por los demás estados griegos como la potencia tradicionalmente débil, y era razonable esperar que los espartanos acabasen atacando primero, como ya habían hecho en la guerra del Peloponeso, en un esfuerzo por tratar de invertir el veredicto de Leuctra y restablecer la supremacía espartana de la década de 380.

A pesar de que la derrota en Leuctra a mediados de verano de 371 resultó ser el inicio del fin del poder espartano, gran parte de aquel prolongado trauma era psicológico, ya que las bajas del ejército pro-

bablemente no fueron más de 1.000 entre espartiatas y hoplitas aliados. Era una pérdida dolorosa, pero aun así el 90 por 100 del ejército compuesto sobrevivió y pudo regresar al Peloponeso. La mayoría de las ciudades-estado habría estado de acuerdo con Epaminondas en que para la confederación beocia el peligro de la tradicionalmente poderosa Esparta en 370 seguía siendo real e inminente, más que teórico y a largo plazo.

Los objetivos a largo plazo de Epaminondas

El plan de Epaminondas, sin duda sujeto a cierta oposición por parte de sus colegas beotarcas, era evitar que Esparta invadiese el Peloponeso, y después llevar a cabo el paso sin precedentes de avanzar por territorio laconio. La insólita decisión de aceptar la invitación de los mantineos y emprender una invasión invernal merece otras dos consideraciones. En primer lugar, es posible que Epaminondas sintiera que Esparta podría conducir pronto su invasión más allá del territorio de Mantinea, quizá durante la estación de campaña a finales de la primavera siguiente o en verano. Golpear primero a los espartanos, bien cerca de Mantinea o en la misma Laconia, partiendo en invierno podría evitarlo y ofrecería cierto elemento de sorpresa. La suposición de los beocios se reforzó cuando otros estados del Peloponeso enviaron dinero para sufragar el coste de la invasión preventiva.[18]

En segundo lugar, en algún momento de comienzos de 370, si es que no fue antes, la invasión se planificó como parte de una expedición de mayor envergadura para reorganizar el Peloponeso humillando o derrotando al ejército espartano, asegurando la protección beocia de las nuevas ciudades arcadias de Mantinea y Megalópolis, liberando a los ilotas de Mesenia y fundando la nueva ciudad de Mesene en el monte Itome. Todo esto requeriría meses en el extranjero, y era preferible partir en invierno para que el ejército compuesto mayoritariamente por granjeros pudiera estar de regreso a Beocia para la cosecha de 369.[19]

A pesar de las escasas descripciones contemporáneas de la invasión beocia, podemos suponer que Epaminondas trató desesperadamente de obligar a la falange espartana a entrar en combate; y después, aparte de esto, cruzar el río Eurotas y asaltar la acrópolis y destruir físicamente el centro del gobierno espartano. Su deseo no era la derrota sino el fin del imperio terrestre espartano en el Peloponeso. No obstante, tras fracasar todos estos objetivos inmediatos y los beocios revelarse incapaces de aniquilar al ejército espartano y capturar la ciudad, en el año nuevo de 369 Epaminondas ignoró el término legal de su mandato como general. Retuvo al ejército en el Peloponeso y, después de breves deliberaciones en Arcadia, se lanzó hacia la consecución de su segundo objetivo de liberar a los ilotas de Mesenia, creyendo que el fin de la servidumbre mesenia acabaría emasculando a Esparta, a la que hasta entonces había sido incapaz de destruir por completo.[20]

Éste era un objetivo mucho más ambicioso. Requería que su ejército cruzase los espolones del monte Taigetos a principios de invierno, que liberase a Mesenia de la guarnición espartana, que formase a los siervos y los convirtiese en mano de obra, que iniciase inmediatamente la construcción de una extensa ciudad, y que asumiese que los nacionalistas mesenios serían aliados democráticos de confianza, todo esto mientras mantenía a raya las fuerzas del rey Agesilao en su retaguardia. Evidentemente el sueño de Epaminondas era una confederación de tres enormes ciudadelas peloponesias en Mantinea, Megalópolis y Mesene, todas fortificadas y democráticas, que, bajo la tutela de Tebas, restringirían el espíritu aventurero espartano y al mismo tiempo erosionarían el poder de su estado, despojado de sus trabajadores ilotas y aliados serviles. Aunque Epaminondas no era contrario a establecer alianzas ocasionales de conveniencia con estados oligárquicos del Peloponeso, parece que asumió que las nuevas democracias confederadas de Arcadia y Mesenia permanecerían, por sus intereses políticos naturales, intrínsecamente hostiles a Esparta y favorables a la afín Beocia democrática.[21]

¿Resultó el ataque preventivo de Epaminondas de 370-369 un éxito a la larga?

Si sólo pretendía acabar con cuatro décadas de constantes invasiones espartanas a Beocia, la respuesta es inequívocamente sí. El ejército espartano nunca más volvió a desplazarse al norte del istmo con sus fuerzas para atacar a otra ciudad-estado griega. Si la ofensiva tenía como objetivo socavar los fundamentos del imperio espartano y de su poder, sin lugar a dudas las metas también se alcanzaron. A pesar de que el ejército espartano todavía seguía derrotando a estados regionales rivales en batalla, especialmente en la famosa «batalla sin lágrimas» y aplastante derrota de los arcadios en 368, el imperio terrestre de Esparta en el Peloponeso se fue disolviendo lentamente con la creación de los estados autónomos de Mantinea, Mesene y Megalópolis, acompañada de la liberación de los ilotas mesenios y la pérdida de las tierras agrícolas de Esparta en Mesenia. En su crepúsculo, Esparta luchó por mantenerse una entre potencias peloponesias iguales, pero, como estado estratégicamente insignificante, treinta años más tarde Esparta estaba visiblemente ausente en el esfuerzo panhelénico por detener a los macedonios en Queronea.[22]

Segundo, ¿acabó la invasión de 369 definitivamente la guerra con Esparta?

Apenas. La oligarquía y el imperio de Esparta habían creado una especie de estabilidad dentro del Peloponeso desde que terminó la guerra ateniense a finales del siglo v. Tras la liberación tebana de los ilotas y de las ciudades aliadas del dominio espartano, se produjo una sublevación que provocó otras tres invasiones beocias del Peloponeso en 369, 368 y 362, antes de culminar en la no decisiva batalla final de Mantinea (362). Epaminondas murió en este enfrentamiento en el momento de la victoria beocia. Como bien observó el historiador Jenofonte: «Hubo todavía más confusión e insurrecciones en Grecia después de la batalla que antes». Diodoro utilizó la ocasión para ofrecer su elogio de Epaminondas en el contexto de que su muerte significaba en general el fin de la breve hegemonía tebana.[23]

Al parecer, las ideas originales de Epaminondas, en la medida en que se concretizaron, puede que no fueran solamente mantener a Esparta alejada de Beocia, sino también reordenar el mundo griego de tal manera que se descartase cualquier oportunidad de resurgimiento espartano, una empresa que para la lejana Tebas habría significado una presencia militar casi constante en el Peloponeso. Una misión tan descomunal habría requerido importantes reservas, cierto poder naval y unidad política: todos ellos requisitos que excedían los recursos de una democrática Tebas rural profundamente dividida. Según parece, el propio Epaminondas comprendió al fin los límites del poder beocio y la creciente oposición política a sus grandiosos planes en el exterior cuando en 362 trató de invadir Laconia y al mismo tiempo capturar la acrópolis espartana, como si sus anteriores logros de liberar a los ilotas y establecer ciudades democráticas fortificadas no hubieran surtido el efecto deseado de terminar inmediatamente con Esparta como participante en la política regional griega.[24]

La *autonomia*, es decir, la independencia política local, era un ideal helénico considerado incluso superior a la *dêmokratia*. Una vez los estados democráticos federados de Arcadia alcanzaron la independencia de Esparta y Tebas, no había seguridad alguna de que sus asambleas, por gratitud a Epaminondas, continuasen privilegiando a la alianza beocia. En 362 Epaminondas invadía el Peloponeso no sólo para acabar con Esparta sino también para combatir a Mantinea, la aliada democrática cuyo llamamiento había provocado su primera invasión casi una década antes.

A lo que parece, en 362 los mantineos habían considerado que ahora la debilitada, cercana y dórica Esparta era una aliada más pragmática, que ofrecía un equilibrio de fuerzas, que una hegemónica y agresiva Beocia al norte. Tebas había servido para garantizar la democracia a los mantineos y debilitar a su tradicional aliada, Esparta; a su vez, los mantineos correspondieron juzgando que una Tebas democrática y agresiva, aunque afín, era más bien una molestia para la tradicional autonomía de la ciudad-estado griega.

¿Dónde termina todo esto?

Mientras que el éxito de la guerra preventiva puede desembocar en una ventaja estratégica inmediata, los dividendos de una empresa tan arriesgada se desperdician si no hay un esfuerzo bien planificado por incorporar el éxito militar al marco político más general que redunde en una especie de paz ventajosa. Por su misma definición, una guerra preventiva opcional ha de ser corta, una especie de decapitación del poder del enemigo que lo deje aturdido y paralizado forzándolo a hacer concesiones políticas. En los estados democráticos, esta polémica apuesta no puede cosechar el apoyo político nacional continuado si, por el contrario, el ataque conduce a una interminable y desarraigada lucha, la misma clase de atolladero que la prevención trataba en un principio de evitar. Guste o no, cuando resulta satisfactoria y va seguida de un período de tranquilidad, la prevención suele ser en última instancia considerada moral, justificada y defensiva; cuando es costosa y no consigue garantizar la paz, retrospectivamente siempre parece opcional, insensata y agresiva.

Epaminondas comprendió la paradoja de que estaba luchando a la vez contra los espartanos y contra el tiempo, dada la vacilante opinión pública de su ciudad; por consiguiente, al no lograr destruir la acrópolis espartana ni a su élite militar y política, recurrió a dos planes de contingencia que, no obstante, podrían haber terminado las hostilidades con una Esparta permanentemente debilitada en condiciones favorables para Tebas con un cese definitivo del combate. Si antes de aventurarse a entrar en Mesenia Epaminondas hubiese podido cruzar el Eurotas e incendiar Esparta, derrotar al resto de hoplitas que se encontraban en Laconia y, también, liberar a todos los ilotas laconios, es muy probable que Esparta hubiera desaparecido por completo como polis importante en el invierno de 370-369, sin necesidad de que el ejército beocio llevase a cabo más invasiones en los años siguientes.

En cambio, la democratización del Peloponeso era un proyecto a largo plazo. Si resultaba eficaz, significaría la lenta recesión del im-

perio oligárquico espartano, puesto que nunca podría reconstruir su alianza peloponesia bajo sus propios auspicios, dada la presencia de tres enormes rivales fortificados y su propia ineptitud en el arte del asedio.[25]

En segundo lugar, el fin del ilotismo mesenio requeriría finalmente que los espartanos produjeran en mayor medida su propio alimento, hecho que erosionaría insidiosamente la idea de una casta militar sustentada por el estado, cuya superioridad en batalla hoplita había sustituido en el pasado la falta de hombres. Los vestigios del ilotismo laconio local no producían, al parecer, suficiente alimento para asegurar la continuación efectiva de la cultura militar tradicional de la élite espartana.

A la muerte de Epaminondas, sus objetivos militares se habían alcanzado ampliamente, a pesar de que apenas contaba con el apoyo de los beocios que, tras su muerte, invadieron una vez más el Peloponeso para completar su primera intención de destruir Esparta. Esto indica que la tragedia de Epaminondas debió de ser su incapacidad de reconocer que en 362 los tebanos ya habían alcanzado sus metas al debilitar permanentemente la influencia espartana. En cierto sentido, los continuados esfuerzos de Epaminondas en el Peloponeso fueron simplemente tratar de apresurar, de manera en cierto modo peligrosa y en última instancia innecesaria, el fin de la hegemonía espartana que ya era inevitable debido a sus anteriores acciones. Si Tebas fue incapaz de mantener su supremacía militar tras la muerte de Epaminondas, por lo menos la degradación de Esparta sí resultó permanente.

Medios y fines

El hecho de no conseguir en un inicio destruir Esparta en 369 significó la transformación de una guerra preventiva en una ardua contienda de décadas de duración, que requería muchos más recursos de los que en un principio se calcularon. La cautivadora atracción de la guerra preventiva es que se la considera un medio económico de re-

solver el problema de una paz peligrosa y desfavorable, sin embarcarse en una interminable y agotadora guerra. Por consiguiente, no es probable que Epaminondas imaginase en 370 que su primera invasión invernal fuera seguida inmediatamente de un segundo regreso a finales de verano de 369, y de dos más en los siete años siguientes, con su muerte como punto final en batalla contra los espartanos ocho años después en Mantinea.

Asimismo, después de la guerra de 2003, Estados Unidos y sus aliados comprendieron que su esfuerzo preventivo por derrocar a Saddam Hussein requeriría una especie de ocupación inmediata. La promoción de una sociedad civil y democrática por parte de la coalición tenía por objeto terminar con el resurgimiento de un líder autocrático similar a Saddam Hussein, que del mismo modo podría traducir la inmensa riqueza petrolífera de Iraq en arsenales militares, agresión local y amenazas a gran parte de las reservas mundiales de crudo.

Al principio, la premisa parecía razonable. Pero el cálculo del grado de dificultad que implicaría crear el primer gobierno constitucional en el Oriente Medio árabe islamista, en el corazón del antiguo califato, fue excesivamente optimista, porque ni Iraq ni el Oriente Medio en general fueron inmediatamente receptivos a un gobierno democrático impuesto por extranjeros tras el fin de Saddam Hussein. Dada la naturaleza de la moderna sociedad capitalista, consumista y democrática, el público americano y sus aliados europeos aún estaban menos dispuestos a tolerar una ocupación de cinco años, a un coste de más de 4.200 muertos y casi un trillón de dólares de gasto, que lo que una pequeña Beocia lo estaba a apoyar el plan de nueve años de Epaminondas, que, desde la victoria en Leuctra hasta la derrota en Mantinea, significaba combates casi constantes y la interminable sangría humana y financiera de un pequeño estado agrícola. Los enemigos de Epaminondas sin duda esgrimieron idénticos argumentos contra una guerra preventiva extranjera que los propuestos por los opositores antibelicistas con el conflicto de Iraq, entre ellos que los beneficios a largo plazo eran inciertos, mientras que los costes inmediatos eran innegables.

Por consiguiente, para que la prevención resulte un éxito, igual que las guerras anticipatorias, ha de cambiar las condiciones de la hostilidad inicial, y sin demora, bien destruyendo por completo al enemigo, como en el caso de Cartago en la tercera guerra púnica de Roma, bien alterando su política para crear un aliado en lugar de un enemigo. Y a pesar de que un ataque preventivo puede debilitar a un enemigo, es arriesgado dejar un blanco herido, furioso y con el deseo y una base legal para la venganza.

Finalmente, la guerra preventiva es una paradoja. Resulta atractiva porque ofrece un medio rápido e inmediato de solucionar una amenaza y asume que el enemigo no tendrá los medios militares para resistir la ofensiva, pero para que tenga éxito a la larga a menudo implica una inversión de posguerra que no se corresponde con el atractivo original de ataques rápidos, limitados y por sorpresa.

Ironía democrática

Tanto en el antiguo Peloponeso como en el contemporáneo Iraq, la guerra preventiva tenía por objetivo la creación de nuevos estados democráticos que a su vez mejorarían la estabilidad regional y desarrollarían partidos democráticos de ideas afines. En gran medida éstas fueron las consecuencias de la invasión de Epaminondas de 370-369, puesto que Mantiena, Megalópolis y Mesene se convirtieron durante algún tiempo en los frenos que evitaron que el ejército espartano reconstruyese su imperio terrestre o que avanzase hacia el norte en dirección al istmo. Dicho esto, como estados democráticos autónomos, sus propias políticas exteriores reflejaban preocupaciones locales que a veces podían trascender la solidaridad ideológica y depender más de consideraciones de equilibrio de poder. En 362, por ejemplo, Mantinea volvía a estar del lado de la Esparta oligárquica y combatía a la democrática Tebas, mucho más afín a ella.

Nuevamente, la ironía es que liberar al genio democrático no garantiza la perpetua lealtad al liberador, tal como descubrió Estados Unidos en las enconadas negociaciones de 2008 con el gobierno ira-

quí acerca de todo lo relativo a las garantías de seguridad futura respecto a las relaciones con Irán. Sin lugar a dudas, era una obviedad en el mundo antiguo, como lo es en el mundo moderno, que los estados democráticos son menos propensos que las oligarquías a luchar contra otras democracias, hecho que en última instancia y a largo plazo opera en beneficio de los liberadores democráticos.

Antigua prevención y el moderno Iraq

En 2004 muchos observadores citaban la infame expedición ateniense a Sicilia en 415-413, lanzada durante un paréntesis en la guerra del Peloponeso, como justa advertencia ante la guerra de Iraq: 200 barcos imperiales atenienses hundidos y decenas de miles de tropas de la coalición perdidas o desaparecidas. Se argumentaba que, tanto Estados Unidos como la antigua Atenas, con numerosos enemigos en una guerra en curso, habían «perdido de vista el objetivo» tontamente y habían iniciado unilateralmente otro conflicto opcional, esta vez innecesariamente contra un enemigo que no planteaba ninguna amenaza elemental. Muchos comentaristas señalaban el histérico belicismo de la Asamblea ateniense en vísperas de la guerra, gráficamente relatado por el historiador Tucídides, como un inquietante recordatorio de cómo oradores, generales y políticos pueden espolear el sentimiento público hacia imprudentes y desastrosos proyectos imperiales.[26]

Pero si se examinan más de cerca, muchas de las aparentes similitudes desaparecen. Los democráticos atenienses atacaron a la mayor democracia del mundo antiguo, en un momento en que Siracusa tenía una población residente más numerosa que la propia Atenas. Para hacer más exacta esta dudosa analogía entre antiguo y moderno, habría que imaginar que Estados Unidos, en un pacto relativo con el islam radical, invadiesen repentinamente a una distante y democrática India, un estado multirreligioso que no suponía amenaza alguna, que estaba muy alejado y era mucho mayor que Estados Unidos.

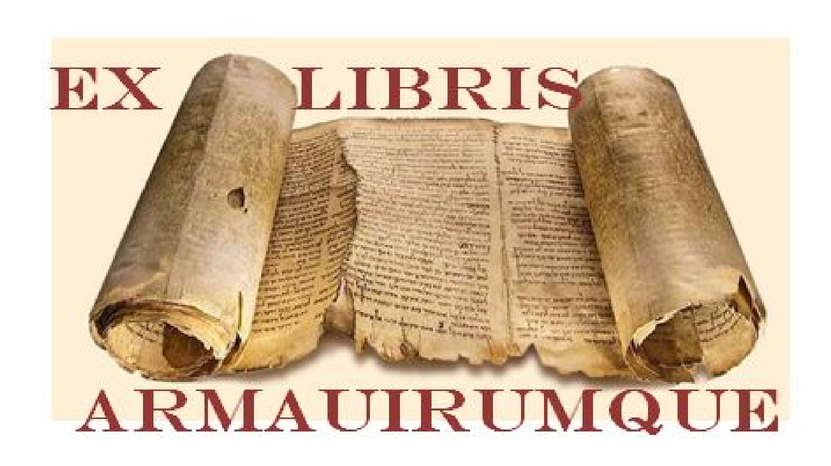
Todavía más problemática es la valoración analítica de Tucídides del desastre siciliano, en algunos aspectos en desacuerdo con su anterior relato de los acontecimientos. La derrota de Siracusa, dice, no estaba predestinada. No surgió necesariamente de una mala planificación ni de un pensamiento defectuoso, aunque su propia historia en los libros VI y VII indica precisamente esto. El verdadero culpable, argumenta el historiador resumiendo, fue la incapacidad de los atenienses en su propio territorio de apoyar por completo la guerra que habían autorizado, un tema que se repite frecuentemente en su historia, especialmente en los discursos del estadista ateniense Pericles, que reprendía a los inconstantes atenienses por estar a favor de la guerra del Peloponeso cuando pensaban que sería corta y fácil, y después le culpaban a él como único responsable cuando la lucha resultaba difícil y prolongada.[27]

En cambio, si buscamos paralelos aproximados en el mundo antiguo que sirvan mejor de recordatorio sobre las complejidades de la guerra preventiva y sus repercusiones, con especial referencia a Iraq, ninguno resulta más elocuente que la invasión de Epaminondas de 370-369. La guerra preventiva de los beocios tenía por objetivo eliminar un régimen prolongado y hostil con la esperanza de asegurar la estabilidad y la alianza fomentando la democracia en la región. Antes del ataque preventivo, Beocia había estado en guerra intermitente con Esparta durante mucho más tiempo que los doce años de hostilidad entre Estados Unidos e Iraq, que comenzó en 1990 con el ataque iraquí a Kuwait y prosiguió con la posterior aplicación americana de zonas de exclusión aérea dentro del espacio aéreo iraquí. Epaminondas y sus consejeros, tanto en casa como en el extranjero, eran considerados zelotes democráticos, ansiosos de llevar a cabo objetivos de largo alcance que iban más allá de los recursos de Beocia y sin el fidedigno respaldo público a largo plazo. En efecto, Epaminondas estaba supuestamente rodeado de zelotes utópicos pitagóricos del mismo modo que George W. Bush estuvo, al parecer, influenciado por idealistas neoconservadores.[28]

Juzgar si tanto los esfuerzos americanos como los de los beocios fueron acertados, o si obtuvieron resultados que justificasen el consi-

guiente gasto, depende en cierto modo de cómo se adjudica el cálculo estratégico subsiguiente, los costes relativos humanos y materiales de las respectivas invasiones, y el número de vidas que fueron auxiliadas o que resultaron heridas en la empresa. Antes de Epaminondas, el Peloponeso era en gran parte oligárquico y estaba a merced de la influencia espartana, cien mil ilotas mesenios o más estaban esclavizados, y Esparta tenía un estimable récord de invasiones a estados democráticos del norte de Grecia. Tras nueve años de prolongada y costosa guerra (no tenemos datos del número total de beocios muertos y heridos), el Peloponeso acabó siendo en general democrático, los ilotas de Mesenia gozaban de un estado autónomo y democrático. Esparta quedó permanentemente emasculada, y las ciudades-estado griegas del norte quedaron libres de los ataques espartanos.[29]

A finales de 2008, la larga y terrible experiencia de Iraq había costado trágicamente más de 4.200 americanos muertos, junto con centenares de aliados heridos, casi un trillón de dólares, y miles de heridos más. Al parecer, había conducido a un Iraq relativamente tranquilo y democrático cuyo pueblo asediado era libre, y eligió un gobierno tan amigo de Estados Unidos como hostil a los terroristas islámicos radicales. Mucho después de que el furor político contemporáneo sobre Iraq se haya apaciguado, sólo la historia juzgará en este caso moderno, como lo ha hecho con el antiguo, si esta costosa apuesta preventiva justificó el gasto.[30]



5

Alejandro Magno, la construcción de una nación y la creación y el mantenimiento del imperio

Ian Worthington

Alejandro Magno (356-323 a. C.) libró batallas estratégicamente geniales y puso asedio a enemigos numéricamente superiores para establecer uno de los imperios geográficamente más extensos de la Antigüedad, desde Grecia en el oeste hasta lo que los griegos llamaban India (el moderno Pakistán) en el este. A su muerte estaba ya preparado para emprender la invasión de Arabia, y después, muy palusiblemente avanzaría hacia Cartago. Creó su imperio en poco más de una década, invadió Asia en 334 y murió en Babilonia en 323. Ni siquiera los romanos, que alardeaban de tener el mayor imperio de la Antigüedad, podían atribuir su imperio a un solo hombre, y necesitaron siglos para alcanzar la extensión que tenía antes de su caída. Las campañas de Alejandro facilitaron también la difusión de la cultura griega en las zonas por las que atravesaba con su ejército, abrieron nuevas rutas comerciales y nuevas posibilidades entre Oriente y Occidente, que cambiaron para siempre las relaciones entre Grecia y Asia.

Este capítulo muestra cómo estableció Alejandro su imperio, debate los problemas a los que se enfrentó al gobernar una inmensa población de súbditos multiculturales, y analiza los enfoques y las estrategias que adoptó para lo que podría denominarse la construcción de una nación. Siguiendo esta pauta, podremos también elogiar y criticar sus

acciones. Podría decirse que las experiencias de Alejandro en Asia ilustran a los actuales creadores de la estrategia moderna y arrojan luz sobre los problemas contemporáneos en esta o en cualquier región culturalmente distinta del mundo. Al mismo tiempo, puede argumentarse que los fracasos de Alejandro (a veces por su culpa, otras no) muestran lo poco que el mundo moderno aprende del pasado, al que incluso ignora.

≈

Alejandro accedió al trono de Macedonia tras el asesinato de su padre, Filipo II, en 336. Para entonces ya había demostrado su valía en el campo de batalla. En 340, cuando tenía dieciséis años, su padre le nombró regente de Macedonia, y durante el tiempo que ejerció el poder, Alejandro se enfrentó y derrotó a los melios en el curso alto del río Strimon. Filipo estaba impresionado, pues dos años más tarde, en 338, dio a su hijo el mando del flanco izquierdo macedonio, y de la Caballería de Compañeros, nada menos, en la batalla de Queronea. En esta batalla los griegos perdieron su autonomía y al año siguiente se convirtieron en miembros de la denominada Liga de Corinto, capitaneada por el rey macedonio y utilizada para imponer la hegemonía macedonia. Combatiendo encarnizadamente en Queronea, Alejandro se distinguió por haber contribuido a aniquilar al famoso Batallón Sagrado de 300 tebanos.

Al convertirse en rey, tuvo que lidiar inmediatamente con una serie de problemas, en particular con una revuelta de los griegos contra el dominio macedonio, que aplacó con facilidad. A continuación restauró la Liga de Corinto de su padre, y con ella su plan de una invasión panhelénica de Asia para castigar a los persas por el sufrimiento causado a los griegos, especialmente a los atenienses, en las guerras médicas y para liberar las ciudades griegas del Asia Menor. Sin embargo, Alejandro aguardó hasta la primavera de 334 para dirigir desde Grecia hasta Asia un ejército de unos 48.000 efectivos de infantería y 6.000 de caballería, apoyado por una flota de 120 barcos de guerra. Según relata la historia, antes de desembarcar arrojó una lanza en suelo asiático indicando que consideraba que toda Asia era territorio suyo ganado a punta de lanza.[1]

Alejandro derrotó a ejércitos persas numéricamente superiores en tres importantes batallas (en el río Gránico en 334, en Isso en 333 y en Gaugamela en 331). Lo consiguió gracias a un ejército mejor entrenado que el persa, y heredado de su padre, Filipo II, y por una combinación de genio estratégico, arrojo y fortuna.[2] Darío III, el Gran Rey, no estuvo presente en Gránico (el bando persa estaba comandado por Arsites, el sátrapa de la Frigia Helespóntica), pero sí se enfrentó a Alejandro en Isso y Gaugamela, y en ambas ocasiones Alejandro, cuya estrategia central consistía en matarlo o capturarlo, lo había expulsado del campo de batalla. El efecto desmoralizador que esto produjo en las tropas persas cambió el rumbo de la batalla a favor de Alejandro las dos veces. También debió de ejercer un efecto desmoralizante la visita de Alejandro a Gordio (cerca de la moderna Ankara) en 333, antes de Isso y Gaugamela. Allí estaba el carro dedicado por Midas, hijo de Gordias, quien supuestamente abandonó Macedonia y se convirtió en rey de Gordio. El carro era famoso por el nudo hecho de madera de cornejo en el yugo, y la consiguiente profecía de que quien lograse desatarlo gobernaría Asia. Huelga decir que el rey lo deshizo, bien rajándolo con su espada o bien desenredándolo.[3] Su visita a Gordio fue, pues, política: para mostrar a todo el mundo que él era el próximo gobernante de Asia.

Entre Gránico e Isso, Alejandro había avanzado hacia el sur por la costa de Asia Menor y Siria, en algunos casos recibió la inmediata rendición de las ciudades, y en otros se vio obligado a asediarlas (sus sitios más famosos son probablemente los de Halicarnaso, Tiro y Gaza). En 332 entró en Egipto, donde el sátrapa Mazaces inmediatamente entregó la capital, Menfis, y con ella todo Egipto. Mazaces no tenía otra alternativa, porque los egipcios estaban hartos del dominio persa y recibieron al ejército macedonio como liberadores; si Mazaces se hubiera resistido, los egipcios se habrían levantado contra él. Mientras estuvo en Egipto, Alejandro realizó su famoso viaje para consultar al oráculo de Zeus Amón en el oasis de Siwa, en el desierto libio, para obtener la confirmación de que era el hijo de Zeus.[4] No obstante, sus pretensiones le condujeron a su ruina (véase más adelante).

El éxito de Alejandro en Gaugamela significó a todos los efectos la desaparición del imperio persa. No transcurriría demasiado tiempo antes de que sus capitales reales más importantes y ricas pasaran a manos macedonias. Entre ellas estaban Babilonia, Ecbatana, Susa y finalmente Persépolis, que albergaba el palacio de Darío y Jerjes, la «ciudad más odiada de Asia».[5] Poco antes de que el ejército macedonio abandonase Persépolis en la primavera de 330, el palacio ardió hasta los cimientos. No se sabe con certeza si el incendio fue accidental o deliberado, pero el simbolismo de su quema, lo mismo que con el nudo gordiano, se explotó: los pueblos del imperio persa ya no rendirían tributo al Gran Rey sino a Alejandro en calidad de Señor de Asia.

En efecto, el incendio de Persépolis significó que los objetivos originales de la invasión de Asia, es decir, el castigo de los persas y la liberación de las ciudades griegas de Asia Menor, se habían alcanzado, y los hombres que componían el ejército pensaron que ahora regresarían a casa.[6] Pero Alejandro no se dirigió hacia el oeste. Necesitaba atrapar a Darío de una vez por todas, y por lo tanto partió tras él. Le dio alcance en Hecatompilos, sólo para encontrarlo muerto y descubrir que Beso, sátrapa de Bactria, uno de los hombres que habían depuesto a Darío y participado en su asesinato, se había proclamado Gran Rey con el nombre de Artajerjes V. Una vez más, los hombres de Alejandro esperaban que su rey les diera órdenes de iniciar el largo camino de vuelta a casa,[7] y de nuevo sufrieron una decepción, puesto que Alejandro ordenó perseguir a Beso.

A pesar de que el ejército deseaba regresar a Persépolis y a Hecatompilos, Alejandro estaba en lo cierto al sentir la necesidad de derrocar a Beso para mantener la estabilidad en su nuevo imperio asiático. No obstante, la invasión macedonia había entrado en una fase diferente, la de la conquista por la conquista. También era diferente el modo en que Alejandro trataba a aquellos pueblos que osaban desafiarle mientras avanzaba hacia el este: las matanzas masivas e incluso el genocidio se habían convertido en norma.

Satibarzanes, sátrapa de Aria, y jefes bactrios como Oxiartes (padre de Roxana) y Espitamenes, que estaba al mando de un numeroso contingente de hombres, y especialmente de la caballería de alto ran-

go, se unieron rápidamente a Beso. Para contrarrestar esta amenaza, Alejandro invadió Bactria y Sogdiana. La rapidez con la que se movió hizo que estos líderes retrocediesen más allá del Oxus, y poco después de que Alejandro cruzase dicho río, Oxiartes y Espitamenes traicionaron a Beso frente a Alejandro, que ordenó su ejecución. Una vez más, nada significó la eliminación de un dirigente, puesto que Espitamenes pasó a primer plano y los macedonios tuvieron que enfrentarse a una cruenta guerra de guerrillas en aquella zona hostil y tan diversa de Asia central. En 327, no obstante, la resistencia había terminado: Espitamenes estaba muerto y Alejandro añadió contingentes de caballería de ambas zonas a su ejército.

Durante las campañas de Bactria se pusieron de manifiesto dos conspiraciones potencialmente importantes contra Alejandro. La primera, la denominada conspiración de Filotas, tuvo lugar en 330 en Frada, capital de Drangiana. A pesar de que Filotas, comandante de la Caballería de Compañeros e hijo de Parmenión, no tuvo nada que ver con el complot, sus críticas al orientalismo de Alejandro y su complacencia con la nobleza persa le condujeron a la ruina. Fue acusado de complicidad en la conspiración y sentenciado a muerte. A continuación, Alejandro dio órdenes de ejecutar al igualmente crítico Parmenión, que por aquel entonces estaba en Ecbatana y no tenía conocimiento de conspiración alguna. Más tarde, en 327 se descubrió en Bactria una conspiración que implicaba a algunos de los pajes reales. Calístenes, el historiador de la corte, que se había opuesto al intento de Alejandro de introducir la *proskynesis* (la costumbre asiática de postrarse ante el Gran Rey), fue acusado y condenado a muerte, a pesar de que no había ninguna prueba contra él. Por si la probable manipulación de estas conspiraciones por parte de Alejandro para deshacerse de los críticos no fuera suficientemente perversa, éste asesinó también a su general Clito en Maracanda (Samarcanda) en 328 tras enzarzarse ambos en una furiosa pelea de borrachos. No hay duda de que la campaña de Bactria fue un punto de inflexión en el deterioro de Alejandro como rey y como hombre.

Tras pacificar Bactria (o así lo creía él), Alejandro se dirigió hacia el este hasta la India. Allí libró tan sólo una batalla importante, con-

tra el príncipe indio Porus en el río Hidaspes en 326. Fue otra victoria macedonia, pero fue militarmente el punto culminante de la campaña de Alejandro en la India. Los hombres estaban esperando regresar a casa desde 330, después de la quema de Persépolis, pero Alejandro no mostraba ningún indicio de ello, y la campaña de la India fue la gota que colmó el vaso. Después de setenta días de marcha empapados por las lluvias del monzón en dirección al Ganges, el ejército se amotinó en el río Hifasis (Beas), obligando a Alejandro a dar la vuelta. Una de las ambiciones de Alejandro en la India era navegar corriente abajo por el Indo hasta el océano del Sur (Índico). Lo conseguiría (casi perdiendo la vida por el camino en el sitio de Mali), y este viaje sería uno de los hechos más destacados de su estancia en la India.

Al abandonar la India, Alejandro condujo a un contingente de tropas hacia el oeste a través del desierto Gedrosiano. Tenía motivos personales: Dionisio, con quien se identificaba en aquellos momentos, había atravesado el desierto, mientras que Ciro el Grande de Persia lo había intentado, pero había fracasado. La funesta marcha de Alejandro vio morir a un tercio de los hombres a causa de las hostiles condiciones naturales. Al rey esto le importaba menos que la gloria personal de atravesar el desierto.[8]

Entretanto, Bactria y Sogdiana se sublevaron, y la India siguió sus pasos. Alejandro había creído erróneamente que derrotados en batalla significaba conquistados, pero los afganos no fueron (ni son) conquistados por nadie. Las tribus pastunes de la actual frontera noroeste de Afganistán están en constante lucha unas contra otras, y hay un dicho en la actualidad que afirma que sólo se unen cuando se enfrentan a un enemigo común. Esto es exactamente lo que Alejandro era en la década de 320, igual que los británicos en el siglo XIX y los rusos en el XX, y lo mismo ocurre hoy en día. Aquella vez poco pudo hacer Alejandro.

Dos años más tarde, en 324, se produjo en Opis un segundo motín a causa de la política de Alejandro de licenciar a sus veteranos, y sus planes de invadir Arabia no ayudaron, como tampoco su adopción de una vestimenta combinada persa y macedonia[9] ni su creencia

en su propia divinidad, como indica la burla de sus hombres diciendo «tú y tu padre Zeus podéis ir a Arabia si queréis». Sus artes de persuasión no pudieron poner fin al motín, y sólo lo consiguió tres días después avergonzando a sus hombres para que se rindiesen mediante la entrega del mando macedonio a los persas. Dicho de otro modo, utilizó el odio racial hacia los persas para terminar con el motín. Un año después, en Babilonia, en junio de 323, en vísperas de su expedición a Arabia, Alejandro Magno moría, a pocos meses de su trigésimo tercer aniversario. No dejó herederos (a su muerte, su esposa Roxana, una princesa bactria, estaba embarazada), y cuando le preguntaban a quién legaría su imperio, contestaba enigmáticamente: «al mejor». Así dio comienzo un ciclo de treinta años de sangrientas guerras entre sus generales que fue testigo de la división del imperio macedonio y de la emergencia de los grandes reinos del Período Helenístico.

≈

Es importante recordar que el imperio de Alejandro nunca fue estático, sino que constantemente cambiaba sus fronteras y absorbía nuevos pueblos. No hubo nunca un solo caso en que Alejandro combatiese en una batalla final; no hubo un solo momento en que gobernase pacíficamente su imperio, y mientras estuvo en Asia tuvo que lidiar con la oposición, desde el Gran Rey persa hasta los jefes de tribus de Asia central y desde los príncipes de la India hasta las familias aristocráticas, quienes naturalmente percibían a Alejandro como una amenaza a su poder y prestigio. Tras la batalla del río Gránico en 334, un nutrido número de supervivientes huyó a Mileto para desafiar a Alejandro. A la caída de Mileto tras un breve asedio, muchos de sus habitantes escaparon a Halicarnaso, obligando a Alejandro a iniciar un nuevo asedio. Así fueron pasando los años y la resistencia. Sobre el trasfondo de oposición sostenida, todavía cobra más sentido el hecho de haber desatado el nudo gordiano, puesto que Alejandro se esforzó por demostrar a todo el mundo que él era el nuevo gobernante de Asia, no simplemente por conquista sino según la profecía.

Cabría esperar una explotación política de este simbolismo religioso para que fuera efectivo, y Alejandro probablemente pensó que lo sería, dada la naturaleza religiosa del pueblo. Sin embargo, él era un conquistador, y a pesar de los intentos por granjearse el afecto de la aristocracia involucrándola en su adminsitarción (véase más adelante), a nadie le gusta ser conquistado. Incluso después del punto de inflexión que supuso la derrota de Darío en Isso, el Gran Rey pudo reagruparse y conducir a Alejandro a Gaugamela y presentar batalla. Las victorias de Alejandro se ganaban con mucho esfuerzo porque el enemigo siempre le superaba en número, y Darío, además de sus enormes recursos (mucho mayores que los de Alejandro), era un hábil comandante y estratega.[10] Nunca se rindió: después de Isso, reunió otro ejército, y después de Gaugamela estaba decidido a enfrentarse de nuevo a Alejandro, esta vez con un ejército compuesto principalmente por sus súbditos del extremo más oriental. No obstante, sus derrotas en batalla fueron demasiadas y fue depuesto y asesinado.

Incluso entonces, la resistencia a Alejandro no cesó sino que continuó bajo el liderazgo de Beso, lo que forzó a Alejandro a dirigirse hacia Bactria y Sogdiana. Satibarzanes, a quien Alejandro había nombrado sátrapa de Aria, no tardó en unirse a Beso, al que apoyó contra el invasor. Esta clase de deslealtad fue algo con lo que Alejandro se encontró una y otra vez.

Al principio Alejandro se hizo con el control de Bactria, dada la traición de Beso, pero Espitamenes, sucesor de Beso, era mucho más peligroso y tácticamente más astuto. Sirviéndose de la yerma, desolada y rocosa topografía que él y su pueblo conocían tan bien, pero no el ejército invasor, forzó a Alejandro a librar durante más de dos años intensos combates en una guerra de guerrillas y sangrientos asedios. Éste se vio obligado a lidiar con todas estas dificultades y al mismo tiempo con la creciente oposición de los altos cargos de su ejército y de los soldados rasos, una oposición que explotó en 326 en Hifasis, obligándole a regresar. Si el ejército no se hubiera sublevado, él habría podido llegar al Ganges, y si no hubiera muerto en Babilonia, habría invadido Arabia.

Así pues, Alejandro nunca gobernó una zona geográfica determinada, nunca dio muestras de querer gobernar un imperio con fronteras fijas, tal como atestiguan sus continuas campañas, y nunca fueron todos sus súbditos pasivos ni apoyaron su presencia entre ellos. Todos estos factores dificultaron sobremanera la administración uniforme y eficiente de su imperio a largo plazo y provocaron la resistencia de sus hombres a seguir avanzando y luchando.[11]

≈

Los reyes persas se habían dado cuenta de la imposibilidad de que un solo hombre tratase de gobernar el inmenso y diverso reino que ellos habían creado. Por esta razón Darío I (522-486) dividió su imperio en veinte satrapías (regiones administrativas), para cada una de las cuales nombró personalmente a un sátrapa (gobernador). Aparte del pago de impuestos anuales al Gran Rey y del abastecimiento de tropas para el ejército persa, los sátrapas ejercían todo el poder en sus satrapías, aunque el Gran Rey estuviera a la cabeza de la jerarquía administrativa y gobernase de forma absoluta.

El sistema de satrapías continuaba existiendo debido a la relativa autonomía de los sátrapas y su aceptación del Gran Rey. Por más que Alejandro se nombrase a sí mismo Señor de Asia, no era lo mismo que ser el Gran Rey, y además muchos de los sátrapas habían combatido contra él. Como invasor, Alejandro tenía motivos para cuestionar su lealtad, pero reconoció el valor del sistema de satrapías, y lo mantuvo con algunos cambios.[12] En las primeras etapas de su campaña asiática colocó a sus propios hombres al frente de las satrapías occidentales; por ejemplo, Calas fue nombrado sátrapa de Frigia Helespontica, Antígono de Frigia, Asandro de Licia, y Balacro fue designado sátrapa de Cilicia. Sin embargo, como los territorios de Alejandro aumentaban hacia el este, sobre todo después de Gaugamela, Alejandro empezó a implicar a las familias artistócratas persas en su administración y a nombrar sátrapas a algunos de sus miembros. El primero de ellos fue Maceo, nombrado sátrapa de Babilonia en 331. Otros fueron Abulites, sátrapa de Susa; Frasaortes, sátrapa de Persis;

y Artabazo, sátrapa de Bactria y Sogdiana. Esta maniobra de Alejandro contribuyó a allanar el camino hacia un nuevo régimen de «transición» (así lo esperaba) anulando la oposición de estas familias influyentes cuyo poder él mismo estaba erosionando. Además, necesitaba a estas personas por su conocimiento de la lengua y las costumbres de su pueblo. Esto último es importante, porque al ser parte de la jerarquía administrativa, ayudarían a reconciliar a la masa del pueblo con su gobierno, cuyo objetivo era mantener una ocupación pacífica.

El peligro, obviamente, residía en que un pueblo conquistado no puede disponer de su propio destino. Alejandro no podía permitirse una insurrección y, por consiguiente, hizo algunas importantes modificiaciones en el sistema de satrapías. Los sátrapas nativos seguían teniendo cierta autoridad civil y continuaban recaudando los impuestos en sus satrapías. No obstante, eran poco más que representantes titulares, porque Alejandro nombró a macedonios como responsables del tesoro y de las fuerzas militares de cada satrapía. Así pues, el poder real de las satrapías estaba ahora en manos de sus hombres. El cambio extendía el precedente que había establecido, por ejemplo, en Caria, donde Ada seguía como sátrapa, pero Ptolomeo estaba al frente de los asuntos militares,[13] o en Egipto, donde un Doloaspis persa ejercía de gobernador pero estaba dominado por Cleómenes, un griego de Naucratis, que utilizaba su puesto de recaudador de impuestos y supervisor de la construcción de Alejandría para hacerse con las riendas del poder. El nuevo sistema se extendió por todo el reino, aunque en 325, a su regreso de la India, Alejandro castigó con la muerte a muchos sátrapas desleales (y generales de ejércitos mercenarios) y nombró como sucesores tanto a persas como a macedonios; Peucestas, por ejemplo, fue designado sátrapa de Persis (fue el único macedonio que aprendió persa y que se sumergió en las costumbres persas, cosa que agradó mucho al pueblo, según Arriano).[14]

A pesar de que Alejandro permitía que los sátrapas continuasen recaudando impuestos, creó el cargo de tesorero imperial en algún momento anterior a 331 o en aquel mismo año. Su amigo de niñez, Harpalo, supervisaba todas las finanzas imperiales (primero desde Ecbatana y finalmente desde su cuartel general en Babilonia). Al pa-

recer, Alejandro colocó a las ciudades griegas de su imperio en una categoría especial, pues los impuestos procedentes de las ciudades de Asia Menor habían de ser recaudados por Filoxeno, y los de Fenicia, por Coerano.[15]

Los hombres de Alejandro no esperaban que el enemigo desempeñase ningún cargo influyente, y huelga decir que los sátrapas estaban resentidos por la pérdida del control de sus ejércitos y tesorerías. El poder militar de los macedonios los frenaba, pero no es de extrañar que los sátrapas nativos fueran desleales cuando Alejandro estaba en la India, y que en Asia central las satrapías de Bactria y Sogdiana se sublevasen dos veces. Bactria resultó ser una zona tan problemática que, cuando Artabazo dimitió de su cargo en 328, Alejandro nombró sátrapa a Clito, cocomandante de la Caballería de Compañeros, en su puesto, aunque Alejandro lo mató antes de que pudiera acceder a su cargo. En su lugar designó a otro macedonio, Amintas, que dirigiría el mayor contingente de tropas de todas las satrapías.[16]

Semejante deslealtad es también parte integrante del poder imperial cuando éste lo ejerce un hombre solo, y además un invasor. Cuando Alejandro estaba presente con su ejército superior, la resistencia no era una opción, pero cuando se marchaba ya era otra cuestión. Bactria, al igual que la India, es buen ejemplo de ello. Allí, Alejandro confirmó el poder de muchos príncipes locales que se sometieron a él, entre ellos Taxiles, al este del Indo, y después de la batalla de Hidaspes, Porus pudo conservar su poder (aunque se convirtió en vasallo de Alejandro); sin embargo, cuando el rey abandonó la India, los gobernantes retomaron sus viejas costumbres y tan sólo le apoyaban de boquilla.

Diodoro nos cuenta otra manera según la cual Alejandro trató de gestionar su imperio. En su relato de los llamados últimos planes de Alejandro, asegura que éste proyectaba fundar ciudades y trasladar a Europa a la gente de Asia y viceversa, para aportar «una unidad común y amistad a los grandes continentes mediante matrimonios mixtos y lazos familiares».[17] Alejandro no se embarcó en ninguna política de transmigración, pero sí fundó numerosos asentamientos, alrededor de setenta. Sin embargo, en su mayoría, no eran verdaderas

poleis con constituciones desarrolladas, gimnasios, teatros y todos los atributos de una ciudad, sino plazas fuertes con guarniciones, a menudo habitadas por soldados veteranos y gente local para mantener controlada una determinada zona.[18] Probablemente Alejandro fundó sólo una docena de verdaderas ciudades, la más famosa de las cuales fue la Alejandría de Egipto.[19]

El hecho de fundar ciudades por razones estratégicas no era original ni novedoso. Filipo II había hecho lo mismo a lo largo de su frontera noroeste con las belicosas tribus ilirias en 345, y al tomar prestado de su padre este recurso, Alejandro muestra que era consciente de que el hecho de utilizar a sátrapas nativos no bastaría para apaciguar a sus pueblos sometidos. Filipo había conquistado varias tribus ilirias, unificando así Macedonia, y después las había incorporado al nuevo ejército macedonio. Aun así, se vio obligado a controlarlas continuamente a lo largo de su reinado.[20] Por consiguiente, Alejandro no podía permitirse asumir que sus arreglos en las satrapías iban a ser suficientes. Por lo tanto, tuvo la precaución de distribuir asentamientos de guarniciones en las zonas de su imperio en las que podía esperar mayor resistencia; no es de sorprender que la mayor concentración estuviera en la mitad este del imperio. A pesar de todo, no resultaron suficientes en Bactria y Sogdiana.[21]

Los nuevos asentamientos también facilitaron el comercio y las comunicaciones, aunque sólo alcanzaron prominencia después de Alejandro. De este modo, Alejandría (en Egipto) se convirtió en el centro cultural y en una potencia económica en el Período Helenístico después de que Ptolomeo I hiciese de ella la capital.[22] La verdadera ventaja de utilizar ciudades para ayudar a mantener el gobierno de ingentes imperios se pone de manifiesto en los últimos gobernantes seléucidas de Siria. No es casualidad que Seléuco, el primero de dichos gobernantes, y el primero en llevar a cabo una política deliberada de fundaciones de ciudades, fuera uno de los generales de Alejandro. Había aprendido mediante el ejemplo.

Diodoro también habla de una «unidad común» entre la mitad oriental y la mitad occidental del imperio de Alejandro y de matrimonios mixtos. Esta argumentación, acrecentada por la presentación

que hace Plutarco de Alejandro como filósofo e idealista en su tratado retórico *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro*, ha conducido a la creencia de que Alejandro quería crear una hermandad del género humano como forma de gobernar su imperio. Sin duda, es meritoria la política que trata de que un gobierno extranjero sea aceptado no por imposición sino promoviendo la igualdad y colectividad entre todos, y algunas de las acciones de Alejandro a lo largo de su reinado parecen sustentar la creencia de que se esforzaba por alcanzar dicha igualdad. Entre sus prácticas cabe destacar la integración de extranjeros en su ejército y administración, su matrimonio en la primavera de 327 con la princesa bactria Roxana, su intento de imponer la *proskynesis* en la corte, las bodas en masa en Susa en 324, en las que él y noventa miembros de sus altos cargos desposaron a damas nobles persas, y finalmente un banquete de reconciliación en Opis en 324, en el que rogó por que reinase la armonía entre todos.

Sin embargo, no existió nada parecido a una «política» de unidad del género humano por parte de Alejandro.[23] Ninguna de las acciones mencionadas más arriba tenía objetivos ideológicos, sino que, como el propio Alejandro, todas eran pragmáticas y no se diferenciaban de la fundación de ciudades para mantener el control macedonio. Por ejemplo, los extranjeros de su ejército, como las tropas especialistas procedentes de Irán o la caballería bactria, se mantuvieron separados en sus propias unidades étnicas hasta 324, cuando Alejandro los incorporó al ejército por razones tácticas antes de la expedición árabe.[24] Como ya se ha señalado, los sátrapas nativos no eran más que simples títeres, se concedía a las familias poderosas una cierta apariencia del estatus que tenían anteriormente para asegurarse su apoyo.

Es posible que para Alejandro Roxana fuera «la única mujer a la que realmente amó», pero el matrimonio fue político.[25] Su padre, Oxiartes, había sido uno de los más vehementes adversarios de Alejandro; el matrimonio había de garantizar su apoyo, o al menos eso esperaba, y por consiguiente, la pasividad de Bactria; a cambio Alejandro le nombró sátrapa de Parapamisade. Así pues, el matrimonio de Alejandro no fue diferente de los seis primeros matrimonios de su

padre, celebrados para ayudar a consolidar las fronteras de Macedonia, y para darle un heredero. Roxana tuvo un hijo que murió en 326 en el Hidaspes,[26] hecho que proporciona un motivo para los casamientos de Alejandro en 324 con dos princesas persas: para consolidar su gobierno y conseguir herederos en vísperas de su campaña árabe (Roxana quedó encinta poco después).

La *proskynesis* separó a los persas de los griegos, que pensaban que este acto era semejante a la veneración. El intento por parte de Alejandro de imponerlo a sus propios hombres parece como si tratase de crear un protocolo social común entre razas, de acercar Occidente a Oriente. No obstante, había sido educado en la creencia de los dioses tradicionales y siguió realizando como rey los sacrificios tradicionales hasta los últimos días de su vida; por consiguiente, debía saber que sus hombres consideraban sacrílego este acto. Incluso la postura era inaceptable, puesto que los griegos normalmente rezaban de pie con los brazos levantados, mientras que los esclavos se tumbaban en el suelo. Lo más probable es que, entonces, Alejandro se considerase divino, y la *proskynesis* reflejaba esta idea.

El simbolismo de los matrimonios interraciales en masa celebrados en Susa parece obvio, pero es importante señalar que ninguna mujer griega salió de su tierra para desposarse con nobles asiáticos, cosa que cabría esperar si Alejandro fuera sincero en cuanto a la mezcla de razas mediante el matrimonio mixto. Lo que Alejandro estaba haciendo era contaminar el linaje para asegurarse de que los vástagos de estos matrimonios no pudieran reclamar el trono persa. Además, sus hombres estaban en contra de aquellos desposorios, y tras la muerte de Alejandro, todos, a excepción de Seleuco, se divorciaron de sus esposas.

Finalmente, la plegaria pidiendo la armonía tras el motín de Opis: Alejandro acabó con el motín sirviéndose del odio que sentían sus hombres por los persas. En el banquete de reconciliación aquella misma noche, el orden en que se sentaron intentaba hacer hincapié en la superioridad de los invasores: los macedonios se sentaron al lado de Alejandro, después los griegos y, por último, todos los demás. Asimismo, la oración de concordia hacía referencia a la unidad

en el ejército, no de la humanidad, porque Alejandro planeaba invadir Arabia, y la disensión en sus filas era lo último que necesitaba.

Aristóteles, su tutor personal desde la edad de los catorce hasta los dieciséis años, había aconsejado a Alejandro que «tratase a los griegos como si él fuera su líder y a los otros pueblos como si fuera su señor; que tuviese consideración con los griegos como amigos y familia, pero que se comportase con los demás pueblos como si fueran plantas o animales».[27] Es muy posible que Aristóteles influyese en la curiosidad científica de Alejandro para descubrir los recursos naturales de las zonas por las que viajaba,[28] pero Alejandro no siguió el consejo de Aristóteles en lo relativo a sus súbditos asiáticos. Al mismo tiempo, Alejandro sabía que tenía que tratar a las poblaciones conquistadas con sospecha; por consiguiente, todo lo hacía por motivos políticos.

Otro aspecto que podría arrojar luz sobre la relación de Alejandro con el pueblo conquistado, y por lo tanto sobre el mantenimiento de su imperio, es la difusión de la cultura griega. La helenización se convirtió para Alejandro en un pilar básico de la construcción de una nación. En gran medida, la propagación de la civilización griega era inevitable simplemente como efecto del avance del ejército de Alejandro a través de nuevos territorios y de la exposición de los nativos a las costumbres griegas. Alejandro era un ávido lector de Homero (sobre todo de la *Ilíada*) y de la tragedia griega (Eurípides era su favorito), y sus hombres debieron compartir sus gustos. Por lo tanto, cuando el ejército regresó a Tiro desde Egipto en el verano de 331, Alejandro organizó una fiesta conmemorativa en honor a Heracles que incluía juegos y representaciones teatrales. Entre los intérpretes estaban los famosos actores Tésalo (amigo personal de Alejandro) y Atenodoro, que incumplió un contrato para actuar en el culturalmente importante festival de la ciudad Dionisia en Atenas para acudir a Tiro. Fue multado por ello, pero Alejandro pagó la multa en su lugar.

Esta clase de acontecimientos culturales se hubieran perdido en sus hombres si éstos no los hubieran apreciado, y sin duda causaron efecto en los lugareños. Efectivamente, su fomento de la cultura griega hizo que autores posteriores como Plutarco le considerasen el portador de la civilización a los pueblos extranjeros.[29] Sin embargo,

podría argumentarse que la difusión de la cultura griega no fue simplemente una consecuencia de sus campañas, sino que él era consciente de los beneficios políticos que aportaría el cambio cultural. El problema fue que no hizo demasiados esfuerzos por tolerar las costumbres y prácticas religiosas locales, y acabó con las costumbres que los griegos condenaban o que le desagradaban a él personalmente.

Por ejemplo, a los griegos les horrorizaba que en Persia los hermanos se casasen con sus hermanas y que los hijos desposasen a sus madres.[30] Por otro lado, estas prácticas podrían ser pasadas por alto porque los macedonios tenían costumbres maritales que los demás griegos condenaban, concretamente la poligamia (más tarde, en el Egipto ptolemaico, la práctica de que los hermanos gobernantes se casasen con sus hermanas empezó con Ptolomeo II Filadelfo y su hermana, Arsínoe). No obstante, las prácticas de los escintios de sacrificar a sus progenitores ancianos, de beber la sangre de la primera persona a la que mataban, y de sacar el máximo partido posible de un cadáver en su vida cotidiana eran otra cosa.[31] También los bactrios tenían la misma costumbre respecto a sus mayores: «Aquellos que se vuelven decrépitos a causa de su avanzada edad o por enfermedad los lanzan como presa a los perros, que son criados específicamente para este menester, y en su lengua nativa se llaman "sepultureros". A pesar de que las tierras que rodean las murallas de la ciudad de los bactrios parecen limpias, gran parte de las tierras que están en el interior de las murallas están plagadas de huesos humanos».[32]

Nosotros, como los griegos de entonces, encontramos que esa costumbre es espeluznante, pero aun así era una costumbre local tradicional. Sin embargo, esto no impidió que Alejandro terminase con ella, y no tenía por qué hacerlo. Este tipo de intromisión en las prácticas sociales establecidas tan sólo podía alimentar el descontento en las zonas afectadas y fomentar la resistencia de los locales a los macedonios, dando lugar a un sentimiento antigriego. Esto se pone de manifiesto con los reyes ptolemaicos de Egipto, que segregaban a los egipcios nativos en la sociedad y los excluían de participar en la administración del estado. Los sentimientos de explotación habían crecido hasta niveles inquietantes en el reinado de Ptolomeo IV (221-

203), y Egipto quedó dividido por una guerra civil que puso al límite de sus fuerzas al gobierno ptolemaico.

Por otro lado, Alejandro era más tolerante con las creencias religiosas, pero entonces los equivalentes de los dioses griegos estaban por todas partes. Por ejemplo, Alejandro identificó al dios local Melkart de Tiro con Heracles; en Siwa había un oráculo de Zeus-Amón, y en Nisa, India, el dios local Indra o Shiva fue considerado el equivalente de Dionisio. La religión es una poderosa herramienta para conseguir unidad, y el rey la utilizó cuando y como creyó conveniente, aunque no siempre con el correcto entendimiento de lo que la religión significaba para los diferentes pueblos. Por consiguiente, en Egipto se ocupó de realizar sacrificios a Apis en Menfis y en Babilonia dio órdenes de reconstruir el templo de Bel, que Jerjes había destruido. Perdonó las vidas de los habitantes de Nisa en 326 (una desviación de lo que hasta entonces había sido su *modus operandi* de la matanza sistemática de las tribus nativas) porque aseguraban que descendían de aquellos que habían viajado con Dionisio a través de la región. Nisa era el nombre de la niñera de Dionisio, y Alejandro fue convencido de que una de las plantas locales era la hiedra, símbolo de Dionisio.

No obstante, Alejandro podía ser aún más miope. En 332, después de que la población de Tiro se rindiera, Alejandro expresó su deseo de rendir culto en su templo, que estaba dedicado a Melkart, el equivalente local de Heracles, uno de los antepasados de Alejandro. En aquel entonces, el templo no estaba consagrado a Heracles sino a Melkart, y para los tirios resultaba sacrílego que Alejandro rindiese culto allí, por lo que se negaron a ello y le pidieron que rezase en el continente (en la antigüedad Tiro era una isla). En vez de reconocer la ventaja política que acababa de obtener de la rendición de los tirios (para él era esencial controlar Tiro para evitar que la marina fenicia lo utilizase como base) y aceptar el compromiso por su naturaleza religiosa, Alejandro se tomó el desaire como una afrenta personal. Furioso, ordenó poner sitio a Tiro. Cuando cayó la ciudad tras un largo y difícil asedio, hizo ejecutar a muchos de sus habitantes y vendió al resto como esclavos. Para ejemplo de otros enclaves que pudieran desafiarle, mandó exponer los cuerpos crucificados de dos mil tirios a

lo largo de la costa. Este acto sólo consiguió endurecer la resistencia hacia él, ya que la siguiente ciudad a la que se aproximó, Gaza, se negó a abrirle las puertas. Tras un breve asedio Gaza cayó y Alejandro castigó cruelmente a la población, llegando incluso a arrastrar alrededor de las murallas de Gaza al comandante Batis de la guarnición atado a un carro hasta su muerte.

≈

Como rey y a veces incluso como general, Alejandro tenía defectos, pero era imposible derrotarlo. Él era, por consiguiente, «su mayor logro».[33] No obstante, es frecuente trasladar sus fallos como rey y como hombre a sus planes para la construcción de un único imperio. No tenía una política económica consciente, si este término no resulta demasiado moderno, para el imperio en su conjunto, aunque reconocía el potencial económico de las zonas por las que viajaba y de las que constituían su próximo objetivo; una de las razones por las que quiso invadir Arabia debió de ser su lucrativo comercio de especias. Su constante avance hacia el este hasta que sus hombres le obligaron a regresar nos lleva a concluir que no sabía hacer otra cosa que combatir.[34] Aun así, Alejandro reflexionó acerca de cómo lidiar con los problemas que le iban surgiendo y cómo administrar su imperio para mantener el gobierno macedonio a lo largo y ancho. Introdujo medidas administrativas a este fin, como, por ejemplo, mejorar y hacer más eficiente el sistema de satrapías y crear el cargo de tesorero imperial. Implicó en su administración a las poderosas familias aristocráticas persas, cuyo apoyo necesitaba, y empezó a vestir con el atuendo persa y la tiara alta (en 330 después de la muerte de Darío III) para granjearse el afecto de los persas y compensar la amenaza de Beso y Artajerjes V.[35]

Estos factores nos ayudan a ver cómo las hazañas de Alejandro de hace más de dos milenios ponen de relieve el dilema de la moderna construcción de una nación. Para nosotros resulta fácil pensar de qué manera podría haberse hecho más grato a los pueblos sometidos. Por ejemplo, podría haberse esforzado por comprender las diferentes

costumbres, creencias religiosas e incluso cultura y mantenerlas en una base de igualdad con las suyas. A pesar de que era perfectamente correcto exponer a los asiáticos a la cultura griega, la cultura de estos últimos no debería haber sido ignorada, condenada o reducida sólo porque los griegos pensasen que la suya era mejor (signifique esto lo que signifique). Por otro lado, quizá era imposible alcanzar esta «igualdad» en el mundo real. Lo que hizo Alejandro (o no hizo) nos muestra que el dilema de la construcción occidental de una nación estaba tan vivo en la Antigüedad como lo está ahora; o al revés, que los problemas de Alejandro inherentes a la construcción de una nación marcaron una tendencia para los siglos posteriores hasta la era moderna que todavía no se ha invertido.

Así pues, para convencer a sus hombres de que continuasen la marcha, de que siguiesen conquistando y expandiendo su imperio, Alejandro se vio obligado a defender los beneficios que la helenización aportaría a los pueblos del antiguo imperio persa, así como las ventajas (económicas y de otro tipo) que la conquista y el mantenimiento de Asia proporcionarían a Macedonia. Valía la pena luchar, y morir, por aquellos beneficios, aunque los rendimientos materiales del botín no pasaban por alto al ejército. Al mismo tiempo, tuvo que reconciliar su gobierno con los pueblos nativos y gobernar su imperio con la mínima oposición. Sin embargo, algunos aspectos de su marca de helenismo podían atraer a estos pueblos, pero no a costa de su propia cultura y, lo que es más importante, su libertad. Sin duda, el hecho de utilizar a familias poderosas en su administración, permitir que los nativos ejercieran de sátrapas, reclutar a nativos en su ejército, y adoptar la vestimenta asiática fueron algunas de las tácticas mediante las que Alejandro pudo haber atraído a sus súbditos.

Sin embargo, sus métodos distanciaban a sus propios hombres y eran transparentes para los locales: ningún sátrapa nativo habría pensado ni por un momento que nada había cambiado desde los tiempos del Gran Rey. El hecho de que los macedonios fueran los responsables del ejército y del tesoro en su satrapía era un recordatorio diario de que había un nuevo régimen. Gracias a las continuas victorias del ejército macedonio, la posición de Alejandro como Señor de Asia era

más segura que nunca. No obstante, los problemas aumentaban a medida que iba avanzando hacia el este, con el propósito de agrandar su imperio. Los intensos combates en Bactria y Sogdiana fueron un punto de inflexión en las relaciones de Alejandro con sus propios hombres, que hasta entonces habían seguido lealmente a su rey. El combate en aquellas regiones y después en la India, junto con el orientalismo de Alejandro, fueron demasiado, como se puso de manifiesto en el motín del Hifasis. Este suceso marcó un declive en el control de Asia en general por parte de Alejandro. Las revueltas en la India, en Bactria y Sogdiana cuando se marchó, y las actividades de los sátrapas, generales y tesorero imperial en el oeste en su ausencia muestran que la base de su poder residía en el éxito militar, no en la helenización ni en la construcción del imperio. Es harto significativo que antes de la quema de Persépolis, según relata la historia, Parmenión advirtiera a Alejandro acerca de la posible reacción violenta de los nativos por la destrucción de palacio. Que nada sucediera es testimonio no tanto de la aceptación del gobierno de Alejandro como de la potencia militar del ejército conquistador.

Nadie quiere ser conquistado, y al final, sólo la potencia militar, no el idealismo, puede mantener el poder del conquistador. El imperio de Alejandro no le sobrevivió, pero en cualquier caso quizá fuera éste su destino. Estableció un imperio que durante un tiempo no tuvo parangón, pero su tamaño y diversidad cultural hicieron imposible que un hombre o un régimen pudieran gobernarlo de manera efectiva. Estos factores solamente condujeron al fracaso de sus intentos por conservarlo. Al mismo tiempo, sin Alejandro, no habrían existido los grandes reinos helenísticos ni las capitales culturales de Alejandría, Antioquía y Pérgamo. Estos grandes centros surgieron gracias a la difusión de la civilización griega que empezó con Alejandro y prosiguió con los reyes helenísticos, como se pone de manifiesto por la facilidad con que los reyes ptolemaicos de Egipto y los seléucidas de Siria, cuyas dinastías fueron fundadas por los generales de Alejandro en el momento de la desintegración de su imperio, tuvieron de atraer a los griegos de Occidente para que viviesen y trabajasen en sus imperios.

6

Guerra urbana en el mundo griego clásico

JOHN W. I. LEE

En una noche lluviosa, casi sin luna, a comienzos del verano de 431 a. C., una fuerza de asalto tebana de trescientos hombres penetró en la pequeña ciudad de Platea, situada en la Grecia central. Estaba dirigida por un platense, parte de una facción oligárquica que anhelaba hacerse con el poder con el apoyo tebano. En plena oscuridad y empapados, los tebanos corrieron hacia la plaza del mercado de Platea. Allí hicieron pública una proclama: Platea estaba ocupada y lo más sensato era aceptar el hecho. Después de todo, Platea y Tebas habían sido aliadas anteriormente y podían volver a serlo. Al principio, presa del pánico ante la presencia del enemigo en el corazón de la ciudad, los platenses aceptaron las condiciones. No obstante, no tardaron en percatarse de que había muy pocos tebanos allí. Cavando túneles a través de las paredes de tierra de sus casas y colocando carretas en las calles a guisa de barricadas, los platenses rodearon a los invasores. En la penumbra previa al amanecer, atacaron. Los soldados platenses corrían por las calles mientras las mujeres y los esclavos les arrojaban piedras y tejas desde sus tejados. Los tebanos, perplejos, soportaron varias arremetidas, pero finalmente se descompusieron y huyeron perseguidos por los platenses. Al no estar familiarizados con las retorcidas calles de la ciudad y verse entorpecidos por el barro y la oscuridad, los tebanos se dispersaron desesperados. Un grupo, pensando que había encontrado una salida, se tropezó con un almacén junto a la muralla de la ciu-

dad y quedó allí atrapado. Unos pocos hombres consiguieron alcanzar las puertas, otros fueron acorralados en las calles. Al amanecer todo había terminado. Ciento veinte cadáveres tebanos yacían esparcidos por las calles y casas de Platea. Los platenses hicieron 180 prisioneros, pero temiendo más traiciones tebanas, los ejecutaron a todos.

Gracias al escritor ateniense Tucídides, el despiadado combate de Platea ha pasado a la historia como el acto de apertura de la guerra del Peloponeso (431-404 a. C.) entre las coaliciones de Atenas y Esparta.[1] La habilidad narrativa de Tucídides ha convertido el ataque a Platea en uno de los episodios más famosos de la guerra. No obstante, el fenómeno más amplio que representa Platea, es decir, una guerra sin cuartel dentro de las murallas de la ciudad, permanece relativamente descuidado en los estudios sobre la guerra griega clásica.[2] Por el contrario, los eruditos tienden a centrar su atención en escenas de batallas libradas en campo abierto entre ejércitos de lanceros fuertemente protegidos, u hoplitas. Asimismo, los estudios sobre las fortificaciones griegas y los asedios se han concentrado en la ingeniería de asalto y en la lucha por las murallas de las ciudades en lugar del combate en el interior de las propias ciudades.

No obstante, el combate urbano no era desconocido en la Grecia clásica. Es más, durante el período que abarca aproximadamente desde 500 a 300 a. C., las principales ciudades de Hellas, incluyendo Argos, Atenas, Corinto, Esparta y Tebas, fueron todas testigos de importantes batallas en el interior de los límites de sus ciudades. Algunos de los enfrentamientos más desesperados y decisivos de la Antigüedad clásica fueron urbanos. La democracia ateniense nació precisamente de una revuelta popular urbana contra los oligarcas y sus partidarios espartanos en 508-507 a. C. Después de la guerra del Peloponeso, cuando una junta militar de Treinta Tiranos usurpó el poder, la democracia sólo pudo ser restaurada tras una guerra civil que libró intensos combates en el puerto ateniense de El Pireo. Los tebanos se liberaron también del dominio espartano mediante una insurrección urbana en 379 a. C. y emprendieron en su breve vida la hegemonía sobre Grecia. Durante aquel período, las fuerzas tebanas atacarían a Esparta dos veces, en 370-369 y 362, la segunda vez pe-

netrando casi hasta el centro de la ciudad. Alejandro de Macedonia, a su vez, sometería a los tebanos en un brutal combate en las calles antes de arrasar su ciudad en 335 a. C.

Las regiones orientales y occidentales del mundo clásico también experimentaron guerras intraurbanas. El enfrentamiento inicial de la rebelión jonia de 499-494, que finalmente conduciría a las guerras médicas y las batallas de Maratón, de las Termópilas y de Salamina, fue testigo del saqueo de la capital provincial persa de Sardis por parte de los griegos jonios y de sus aliados atenienses.[3] Los mercenarios de Ciro, cuya historia relata Jenofonte en su *Anábasis*, entablaron un combate urbano durante su retirada de Mesopotamia a Bizancio en 401-400 a. C.[4] En Sicilia, Siracusa y otras ciudades se produjeron reiterados episodios de guerra urbana desde la década de 460 hasta la de 350.[5]

A lo largo de los veinticinco siglos transcurridos desde Platea, el campo de batalla urbano ha permanecido siempre en cierta medida en la mente de los estrategas y comandantes de campo.[6] A pesar de la carnicería de los modernos enfrentamientos en ciudades como Stalingrado, Berlín, Hué, Mogadiscio y Grozni, la guerra urbana en las últimas décadas a menudo se ha ido atenuando en el fondo de la conciencia militar. Igual que los antiguos griegos favorecían el decisivo enfrentamiento hoplita, muchos soldados modernos prefieren pensar y prepararse para la batalla convencional entre grandes ejércitos en campo abierto. No obstante, al final de la primera década del siglo XXI, la guerra urbana se ha convertido nuevamente en una acuciante preocupación. La presente implicación de Estados Unidos en Iraq, donde fuerzas armadas occidentales entrenadas y equipadas para la batalla en campo abierto tardaron en adaptarse a los desafíos de combatir y ocupar territorio urbano, ha sido un factor decisivo en la renovada apreciación de la guerra urbana. En un mundo de comunicaciones televisadas instantáneas, los insurgentes y los terroristas se han dado cuenta no sólo de las ventajas tácticas, sino también del valor de la propaganda al conducir a los ejércitos occidentales convencionales hacia el interior de las ciudades, donde inevitablemente matan a civiles inocentes. Pero no es únicamente una cuestión de Iraq. Aproximadamente la mitad de la población mundial vive en ciudades, y el

ritmo de la urbanización global no da señales de disminuir.[7] Los problemas del combate en zonas urbanizadas continuarán ocupando a los pensadores militares a medida que avance el siglo.

Sin duda, los ejércitos y las ciudades han cambiado radicalmente entre los episodios de Platea y Faluya. Sin embargo, a pesar de las numerosas diferencias en topografía, tecnología y cultura que separan la Antigüedad del siglo XXI, el estudio del combate urbano griego clásico no sólo arroja luz sobre la historia de la guerra en la Antigüedad, sino que también ofrece una nueva perspectiva del presente. Este capítulo ofrece una introducción a las prácticas e ideologías de la guerra urbana en el mundo griego clásico. Empezamos observando los distintos tipos de enfrentamientos urbanos clásicos. A continuación procedemos a investigar la ciudad antigua como campo de batalla y a evaluar las habilidades de los ejércitos clásicos para las operaciones urbanas. El hecho de unir terreno y tropas nos permitirá comprender la naturaleza de la antigua lucha en las ciudades y valorar el lugar que ocupaba la guerra urbana en el pensamiento militar griego clásico. Por último, situaremos la experiencia clásica en un contexto histórico más amplio para ver qué lecciones puede brindar a los estrategas de hoy en día y a los comandantes en el campo de batalla.

Tipos de combate urbano

Las fuentes literarias clásicas conservan numerosos episodios de asedios y asaltos a murallas de ciudades. También describen asesinatos, revueltas y guerras de bandas de bajo nivel en el interior de aquéllas. Estos fenómenos merecen un estudio por derecho propio, pero aquí se hará hincapié en los enfrentamientos armados a gran escala dentro de las murallas de las ciudades, donde el comportamiento de los combatientes quedaba conformado por la topografía del asentamiento, no por las fortificaciones. Dentro de estos límites, los textos antiguos proporcionan decenas de relatos de combates ciudadanos. Muchos de estos relatos son bastante breves, pero aun así nos permiten distinguir varios modelos básicos de lucha urbana.

En primer lugar, un ejército atacante podía abrir una brecha en las murallas mediante un asalto, ingeniería de asedio o traición, sólo para acabar enfrentándose a una resistencia continuada en las calles, casas y espacios públicos. Éstos eran los combates urbanos más cruentos, desembocaban a menudo y en la completa aniquilación de la fuerza defensora. Platea en 431 y Tebas en 335 son sólo dos ejemplos de este modelo de lucha. No todo asedio o asalto victorioso evolucionaba hacia una lucha intraurbana. A veces, especialmente cuando eran cogidas por sorpresa, las fuerzas defensoras simplemente se desmoronaban.[8] A pesar de todo, es muy probable que el combate urbano durante la captura de ciudades fuese más frecuente de lo que los textos clásicos sugieren. La ciudad de Olinto en el norte de Grecia, tomada por Filipo II de Macedonia en el verano de 348, proporciona un buen ejemplo harto ilustrativo. Aunque las fuentes literarias atestiguan solamente que ciertos olintios acaudalados traicionaron a sus conciudadanos frente a Filipo, las excavaciones de las ruinas de Olinto han revelado centenares de balas de honda de plomo, puntas de flecha y otras armas. La distribución y contexto de estos artefactos indica que los macedonios tuvieron que someter a los olintios casa por casa.[9] Puede que algún día futuras investigaciones arqueológicas revelen más ejemplos de lucha urbana del Período Clásico no documentados en otras fuentes.

Una segunda causa de combate urbano era la *stasis*, o conflicto civil, entre facciones de una ciudad.[10] Este enfrentamiento podía surgir debido a la competencia entre familias poderosas, a la hostilidad de clase o a intereses externos. Durante la guerra del Peloponeso, el antagonismo entre facciones proatenienses y proespartanas fue el causante de derramamientos de sangre internos en las ciudades de todo el mundo griego. Corcira, en el noroeste de Grecia, enclave de la más conocida de estas *staseis*, sufrió dos años de contienda civil que empezaron con un intenso combate urbano y culminaron con la aniquilación total de los vencidos y sus familias.[11] En otras ciudades, los enfrentamientos entre facciones dieron comienzo con masacres en la plaza del mercado.[12] Las facciones derrotadas que conseguían escapar a menudo regresaban para probar suerte otra vez, provocando una nueva guerra urbana.

El combate urbano podía también surgir cuando los rebeldes o los insurgentes intentaban expulsar a los ocupantes extranjeros de su ciudad. En 335 a. C., por ejemplo, los tebanos se levantaron contra una guarnición macedonia apostada en su ciudad.[13] En otras ocasiones la presencia de una guarnición extranjera en apoyo de una facción dirigente de la ciudad podía conducir a una revuelta urbana con el objetivo de expulsar tanto a los extranjeros como a aquellos que colaboraban con ellos. La revolución ateniense de 508-507 y la insurrección tebana de 379 ejemplifican este tipo de situación. En ambos casos, los insurgentes victoriosos permitieron, mediante una tregua, que las guarniciones enemigas se marchasen. Las insurrecciones urbanas de este tipo, aunque no eran desconocidas en el mundo clásico, serían mucho más frecuentes en el Período Helenístico (323-30 a. C.), cuando las guarniciones extranjeras se utilizaban de manera más generalizada.

La invasión o la contienda civil desembocaban en una confrontación de facciones o ejércitos enemigos dentro de los límites de la ciudad, que ninguno controlaba por completo. Esto fue lo que sucedió en las fases iniciales de la guerra civil de Corcira, donde los oligarcas y los demócratas dominaban distritos separados de la ciudad y estuvieron enfrascados durante varios días dirigiendo batallas callejeras.[14] A pesar de que la duración de la mayoría de enfrentamientos urbanos podía medirse en horas o días, este tipo de contienda podía evolucionar hacia un conflicto crónico, con una ciudad dividida casi permanentemente entre bandos beligerantes, que incluso podían llegar a construir fortalezas internas contra la facción enemiga. Una división semejante se produjo en Notio, en Asia Menor, durante los primeros años de la guerra del Peloponeso, cuando facciones hostiles proatenienses y propersas se hicieron fuertes en diferentes barrios de la ciudad.[15] Del mismo modo, a finales de la década de 460 Siracusa quedó dividida entre ciudadanos nativos y mercenarios extranjeros rebeldes, que durante varios años combatieron en el interior y alrededor de la ciudad.[16]

Estas categorías aproximadas no describen en absoluto con exactitud todos y cada uno de los enfrentamientos urbanos clásicos. En

realidad, algunas batallas se caracterizaban por ser una combinación de situaciones. En Esparta en 369, por ejemplo, el rey Agesilao tuvo que rechazar al mismo tiempo un asalto tebano y aplastar una insurrección de un grupo de espartanos desafectos.[17] En 335 los tebanos acababan de recuperar su ciudad de manos de su guarnición macedonia cuando tuvieron que enfrentarse a un ataque externo procedente del principal ejército de Alejandro. No importa cómo empezaran, porque todos los enfrentamientos urbanos quedaban determinados por las características de la antigua ciudad griega.

El campo de batalla urbano

La *polis,* a veces traducida como «ciudad-estado», era la forma política característica de la Grecia clásica.[18] En términos físicos la polis típica consistía en un asentamiento urbano amurallado rodeado de un territorio rural. El centro urbano se construía en torno a su acrópolis, un punto elevado defendible. En el interior de las murallas de la ciudad se podían encontrar templos, edificios públicos, una plaza para el mercado y viviendas privadas. En el siglo IV, Mantinea, Megalópolis y Mesene incorporaron campos abiertos y de cultivo en el interior de sus fortificaciones, pero estos vastos recintos eran excepcionales. En otros lugares, el extrarradio a menudo se extendía más allá de las murallas.[19] Las *poleis* más grandes incluían pequeñas poblaciones o pueblos en las tierras aledañas; las que estaban cerca pero que no daban directamente al mar a menudo desarrollaban centros portuarios. A excepción de El Pireo, que se convirtió en una ciudad de considerables proporciones, ninguno de estos asentamientos subordinados llegó jamás a parecerse a un centro urbano ni en tamaño ni en importancia.

De acuerdo con los parámetros modernos, en su mayoría, las *poleis* eran muy pequeñas. La acrópolis de Halai, en la Grecia central, por ejemplo, no medía más de 160 por 70 metros, y el recinto amurallado de toda la ciudad debió de tener solamente 0,88 hectáreas (2,1 acres).[20] La Halai clásica probablemente tuvo una población total de unos

pocos miles de habitantes. Atenas, con sus cientos de miles de atenienses nativos más los extranjeros y los esclavos viviendo todos en el interior de varias millas de muralla, era excepcional. Tanto si su polis era grande como si era pequeña, la mayoría de los griegos vivía en el campo, no en la ciudad.

El muro de recinto de una ciudad definía su espacio urbano.[21] Los griegos empezaron a construir recintos fortificados en serio durante el siglo v a. C., y a finales de la era clásica sólo un puñado de enclaves importantes, especialmente Esparta, seguía sin fortificar. En su mayoría, las murallas se construían con enormes bloques de piedra, aunque también se empleaban ladrillos, barro y cascotes. Puertas flanqueadas por sendas torres, a veces con elaboradas vías de entrada, regulaban el acceso a la ciudad. Torres adicionales y bastiones a lo largo de las murallas proporcionaban puestos para la defensa.

El campo de batalla urbano propiamente dicho empezaba justo en el interior de los muros de la ciudad, pero no hacía que las murallas fueran superfluas. Aunque no pudieran impedir la entrada a una ciudad, en el combate urbano las murallas podían convertirse en barricadas inversas, como en Platea, donde el muro de recinto evitó que muchos atacantes tebanos escapasen.[22] Los bordes interiores de las murallas de la ciudad proporcionaban también una barrera segura contra la que las tropas implicadas en el combate urbano podían reagruparse. Las puertas de la ciudad también eran importantes como puntos de acceso para los refuerzos. En Tegea, por ejemplo, en 370-369 a. C. las facciones que se disputaban la ciudad se retiraron a los lados opuestos de la misma tras su enfrentamiento inicial. La facción panarcadia se replegó bajo la muralla de la ciudad, cerca de las puertas que conducían hacia el este a Mantinea, de donde esperaban recibir tropas de apoyo. Sus adversarios se concentraron en el otro extremo, cerca de las puertas que conducían a Palantión. Cuando los panarcadios recibieron los refuerzos, sus adversarios huyeron rápidamente por las puertas del oeste.[23]

Las ciudadelas fortificadas en el interior de las ciudades también podían determinar el curso de la batalla urbana. La mayoría de ciudades tenía solamente una acrópolis, pero las más grandes podían

contener múltiples puntos fuertes. Atenas, por ejemplo, tenía el monte Mouseion cerca de la Acrópolis y el monte Mounichia en El Pireo, además de su famosa Acrópolis.[24] Los defensores que tuvieran en su poder una acrópolis u otra fortaleza podían utilizarla como base para el contraataque. En Siracusa en la década de 350, por ejemplo, los mercenarios de Dionisio II lanzaron ataques desde la isla fortificada de Ortigia contra el resto de la ciudad.[25] No obstante, dominar la acrópolis no garantizaba el control de la urbe. Los revolucionarios populares de Atenas en 508-507 a. C. consiguieron atrapar a los oligarcas y a sus partidarios espartanos en la Acrópolis.[26] En Sardis en 499, los persas tomaron la acrópolis, pero no pudieron evitar que los atenienses y los jonios saquearan la ciudad a sus pies.[27] Cuando en 335 a. C. los tebanos recuperaron el control de su ciudad, dejaron a la guarnición macedonia atascada en Cadmea, la acrópolis de Tebas.[28] Como hemos visto, en los conflictos intraurbanos crónicos, las facciones o comunidades rivales podían refugiarse en la parte interna de los muros en cruz para reforzar sus posiciones.[29] Estas murallas podían acorralar a los combatientes urbanos en un estrecho matadero sin posibilidad de maniobra, como sucedió en Siracusa en 357-356.[30]

El verdadero centro neurálgico de la ciudad clásica era la plaza del mercado o *agora*. Ubicada en el cruce de las principales calles y a menudo conteniendo los edificios administrativos más importantes, el ágora era el espacio abierto más grande que había en el interior de las murallas de la ciudad. Los atacantes extranjeros que entraban en una ciudad, como norma se dirigían directamente al ágora, y los defensores retrocedían sistemáticamente hacia este lugar.[31] Si estos últimos podían mantenerse en el ágora y reagrupar sus tropas, tenían la posibilidad de rechazar a los atacantes y expulsarlos de la ciudad. Los atenienses y los jonios en Sardis en 499 a. C., por ejemplo, se vieron forzados a retroceder tras encontrarse con las tropas persas concentradas masivamente en el ágora.[32] Por el contrario, perder el ágora podía significar el último revés que hundiese la moral de los defensores.[33] Aun así, fuerzas demasiado confiadas o superadas en número, como los tebanos en Platea, podían encontrarse con que la toma del ágora por sí sola no fuera suficiente.

Muchas guerras civiles empezaron con golpes o masacres en el ágora.[34] Una vez más, ganar el ágora no garantizaba la victoria, como bien descubrió el partido oligárquico en Elis en 397 a. C. Tras tomar el ágora, los oligarcas proclamaron la victoria, sólo para descubrir que Trasidaios, líder de la facción popular, no había muerto sino que estaba en casa durmiendo la mona del vino del mediodía. Sacudiéndose de encima la resaca, Trasidaios dirigió un contraataque que aplastó a los oligarcas.[35]

Además de ser centros de comunicación y puntos de concentración, los mercados podían contener suministros de armas vitales para los combatientes urbanos.[36] Los conspiradores que supuestamente trataron de tomar el poder en Esparta en 400-399 a. C., por ejemplo, habían planeado utilizar como arsenal el mercado de herramientas de Esparta, en el que abundaban hachas, hachuelas y hoces.[37] Hubo otra ciudad, por lo menos, que fue tomada por los insurgentes utilizando armas que habían sido introducidas de contrabando en el ágora ocultas en cestos de frutas y cajas de ropas.[38] Olvidando los peligros de una masa urbana armada, el oficial espartano al mando de la defensa de Mitilene en 427 cometió el error de armar a la población de la ciudad, que no tardó en rebelarse contra él.[39]

Además del ágora, cualquier otra ubicación espaciosa y defendible en la que los combatientes pudieran agruparse y encontrar refugio era tácticamente importante. Estos lugares eran los teatros, los templos, los gimnasios y los demás edificios grandes.[40] Durante la guerra civil ateniense de 404-403, los jinetes oligárquicos utilizaron el Odeón de Pericles, un espacio de reunión justo debajo de la Acrópolis, como base, mientras la infantería ligera democrática se concentraba en el teatro de El Pireo.[41] Igual que los mercados, los templos y edificios públicos podían proporcionar arsenales para el combate urbano. En Tebas, en 379, las fuerzas antiespartanas se equiparon con armas, probablemente donaciones religiosas, obtenidas de un pórtico.[42] Con tiempo suficiente, los defensores podían cavar trincheras a través de zonas abiertas, o sembrarlas de obstáculos para impedir el avance enemigo.[43]

Los grandes edificios prometían seguridad, pero también podían convertirse en trampas mortales. Durante las etapas finales de la gue-

rra civil de Corcira, miembros de la facción oligárquica, sabiendo que iban a ser ejecutados, trataron de resistir en lo que debió de ser un almacén. Sus enemigos treparon hasta lo alto del edificio, rompieron el tejado y lanzaron una lluvia de tejas y flechas; los defensores que sobrevivieron a la descarga eligieron darse muerte antes que rendirse.[44] Algo similar ocurrió en Tegea en 370-369, cuando miembros de una facción derrotada se refugiaron en el templo de Artemisa. Sus adversarios rodearon el templo, treparon por él, desmantelaron el tejado y arrojaron las tejas. Los hombres que se encontraban en el interior se rindieron, sólo para ser ejecutados.[45]

La guerra urbana significaba también lucha en las calles. Las ciudades griegas más antiguas habían crecido orgánicamente a lo largo de los siglos y por consiguiente no tenían un trazado regular. La red irregular de calles estrechas y avenidas que entrecruzaban estas ciudades podían confundir y desorientar a los invasores extranjeros (pensemos de nuevo en los tebanos en Platea) mientras que los defensores que conocían los atajos podían moverse con rapidez de un barrio a otro. Las redes de calles irregulares forzaban a los comandantes a dividir sus fuerzas en pequeños destacamentos, haciendo casi imposibles las comunicaciones y el apoyo mutuo. Con los atacantes y los defensores divididos en grupos pequeños sin coordinación, una batalla callejera podía durar toda la noche, con las tropas matándose las unas a las otras al azar en plena oscuridad, como sucedió en Siracusa en 355.[46]

A mediados del siglo v, se popularizaron las plantas cuadriculadas de calles para las nuevas ciudades y para las ampliaciones de las viejas.[47] La anchura de las calles de estas plantas podían oscilar entre 3-5 metros para caminos residenciales y hasta 13-15 metros para las principales vías públicas.[48] Como Aristóteles observó, las ciudades construidas siguiendo este nuevo estilo «hipodámico» resultaban cómodas y agradables para vivir, pero menos seguras en caso de guerra.[49] Para que una ciudad fuese defendible, Aristóteles recomendaba que los urbanistas utilizasen la cuadrícula sólo en determinados barrios, o que dispusiesen bloques con unas pocas avenidas anchas que conectasen con las calles más estrechas.[50] Una planta regular de calles

facilitaba la tarea a los atacantes, que podían enviarse mutuamente destacamentos de apoyo por avenidas paralelas con menos riesgo de perderse. Por su parte, los defensores podían cavar pozos o trincheras en las calles y levantar barricadas. También podían perforar los muros de las casas para rebasar el flanco de las fuerzas enemigas.[51]

Incluso en las ciudades de planta cuadricular, las calles estrechas obligaban a los comandantes a dividir a las tropas en formaciones poco manejables. En El Pireo, en 404-403, por ejemplo, los oligarcas tuvieron que formar a sus hoplitas en cincuenta filas de profundidad.[52] Una planta cuadricular uniforme proporcionaba también a las tropas de lanzamiento de proyectiles un campo más apto para disparar. Los oligarcas de El Pireo pudieron tomar el ágora, pero cuando avanzaban por la avenida principal en dirección al monte Mounichia, los demócratas los rechazaron con una descarga de piedras, jabalinas y flechas.[53]

En las ciudades de planta cuadricular, las casas se construían en bloques que compartían muros, a veces con una estrecha avenida que conducía al centro del bloque. Igual que en las modernas subdivisiones, las casas de cada bloque solían tener un diseño similar. Las casas de los distritos así urbanizados podían ser espaciosas. Las parcelas de la colina norte de Olinto, por ejemplo, tenían de promedio 17 metros de lado.[54] En las ciudades más viejas, las casas a menudo eran más pequeñas y las plantas de las mismas menos regulares. Viejas o nuevas, las casas eran quizá lo más difícil del terreno urbano de la Grecia clásica. Desde Sicilia hasta Jonia, la casa típica era de adobe con cimientos de piedra.[55] Miraba hacia el interior, con una entrada estrecha que daba acceso a un patio central alrededor del cual se organizaban las habitaciones. Las ventanas que daban al exterior estaban elevadas del suelo y generalmente eran inaccesibles. Algunas casas tenían segundos pisos, donde a menudo se ubicaban las estancias de las mujeres. Las casas normalmente tenían tejados a dos aguas con tejas, aunque en algunas regiones se preferían los tejados planos.

A diferencia de las batallas campales, la guerra urbana se libraba en tres dimensiones. En las luchas urbanas, los tejados de las casas proporcionaban una ventaja vital en cuanto a altura. Las tejas, que

podían pesar de 10 a 30 kilos, constituían auténticos proyectiles ya preparados para que los defensores pudiesen arrojarlos sobre los invasores. Incluso las mujeres y los esclavos subían a los tejados de sus hogares para atacar con estos misiles al enemigo mientras avanzaba.[56] A veces, otro tipo de estructuras proporcionaban ventajas en cuanto a la altura. En 369 a. C., tropas ligeras encaramadas en monumentos funerarios y señalizaciones de tumbas para arrojar piedras y jabalinas repelieron un ataque tebano en Corinto.[57] También los atacantes utilizaban los tejados como plataformas de lanzamiento, igual que hicieron los tebanos cuando arrebataron Oeum a los espartanos en 370-369.[58] Las posiciones sobre los tejados no eran invulnerables. Las tropas beocias en su defensa de Corinto en 393, por ejemplo, treparon a los tejados de los cobertizos de las naves y almacenes, sólo para quedar atrapados y morir allí.[59]

Con sus estrechas entradas y sólida construcción, las casas privadas podían convertirse en fortalezas de último recurso para la población defensora. Una ciudad podía ser declarada segura una vez tomados el ágora y los edificios públicos, pero los habitantes decididos a resistir todavía podían forzar al atacante a echarlos casa por casa. Si los vecinos perforaban las paredes compartidas para conectarse unos con otros, podían transformar un bloque entero en un reducto final. El combate casa por casa era peligroso y difícil. Más allá de cada oscura entrada y en cada rincón sin visibilidad podía acechar un enemigo desesperado dispuesto a luchar hasta el fin. En Olinto, la distribución de las balas de honda y puntas de flecha excavadas indica que los atacantes macedonios tuvieron que abrirse camino hasta los patios de las casas para terminar siendo acribillados desde las habitaciones circundantes. Al parecer, los macedonios respondieron con una descarga de proyectiles propios antes de entrar para despejar las habitaciones.[60] Trece años después, los macedonios probablemente se enfrentaron a una situación similar en Tebas. Después de que las fuerzas de Alejandro se apoderasen de los puntos clave de la ciudad, parte de la infantería tebana huyó a sus viviendas, donde ellos mismos y sus familias lucharon y murieron.[61]

Además de plantear dificultades tácticas, el combate en las casas amenazaba la disciplina y la cohesión del ejército invasor. Los solda-

dos que se apartaban del combate para saquear, violar y rapiñar quedaban inutilizados para proseguir la lucha. Peor, podían ser sorprendidos por un contraataque. En Siracusa en 355 a. C., por ejemplo, Dión y los siracusanos atraparon a mercenarios enemigos en pleno saqueo y los derrotaron de manera aplastante.[62]

Las casas tenían un gran potencial defensivo y a veces estaban incorporadas en la arquitectura de fortificación. Por ejemplo, Motia en Sicilia tenía casas de varios pisos cerca de la puerta norte. Durante la toma de la ciudad por parte de los griegos en 397 a. C., los defensores cartagineses utilizaron estas casas como segunda línea defensiva.[63] Cuando Filipo de Macedonia intentó franquearse la entrada en Perintos, 341-340, los defensores convirtieron sus hogares en improvisadas fortalezas, bloqueando las calles y las avenidas para obstaculizar el avance macedonio.[64] Platón abogaba por que las casas «se organicen de manera que toda la ciudad forme una única muralla; todas las casas han de tener buenos muros ... que den a las calles para que toda la ciudad tenga la forma de una sola casa, cosa que no hará desagradable su apariencia, siendo además el mejor plan para garantizar la seguridad y facilitar la defensa».[65] La propuesta de Platón se refleja en Olinto, donde las partes traseras de la primera fila de casas a lo largo del borde oeste de la colina norte están construidas dentro de las fortificaciones noroccidentales de la ciudad.[66]

La insólita topografía de Esparta convirtió los dos ataques tebanos que sufrió en híbridos de una batalla abierta y combate urbano. La Esparta clásica carecía de muralla y se extendía a lo largo de las orillas del río Eurotas. En los barrios más periféricos, las casas estaban diseminadas entre arboledas y campos. La zona centro de la ciudad, donde vivían los espartiatas o ciudadanos espartanos de pleno derecho, parece que estaba densamente urbanizada, sin un esquema regular. Aun así, el centro de la ciudad tenía muros, vallas y espacios abiertos. En torno al centro había una serie de santuarios religiosos y de edificios públicos.[67]

En 370-369, al principio los tebanos bajo el mando de Epaminondas se limitaron a saquear los barrios del extrarradio. Talaron árboles para construir fortificaciones de campo allí donde acampa-

ban, igual que solían hacer en terrenos rurales. Finalmente, intentaron adentrarse en el corazón de la ciudad avanzando hacia el hipódromo ubicado en el santuario de Poseidón. En respuesta, los espartanos utilizaron la ventaja que les brindaba la topografía urbana y les tendieron una emboscada en el templo de las Tindáridas.[68] La emboscada, combinada con una carga convencional de caballería a través del hipódromo, detuvo a los tebanos. En 362 a. C., temiendo un ataque directo, los espartanos se prepararon derribando casas en el centro de la ciudad y utilizando los escombros para bloquear las entradas, las avenidas y los espacios abiertos. Algunos incluso afirmaron que los espartanos habían usado grandes trípodes de bronce extraídos de santuarios religiosos para levantar barricadas.[69] No obstante, Epaminondas no llevó a cabo un ataque frontal por temor a que sus tropas quedasen expuestas al lanzamiento de proyectiles desde los tejados.[70] Al contrario, tomó una aproximación indirecta, como si maniobrara en un campo de batalla, permitiendo así que sus fuerzas avanzasen por la zona habitada sin sufrir un ataque de proyectiles. Tan sólo un desesperado contraataque de menos de cien espartanos dirigidos por el rey Arquídamo pudo rechazarlos.

Los combatientes

Los pertrechos, las formaciones y las estructuras de mando de los ejércitos de la Grecia clásica no eran adecuados para terrenos urbanizados. Los hoplitas, el principal sostén de todos los ejércitos de las *poleis*, eran una milicia de infantería bien equipada y provista de grandes escudos redondos y largas y robustas lanzas. A pesar de que el escudo hoplita se considera pesado y de difícil manejo, hay algunos indicios de que podía ser empleado de manera efectiva en el combate individual, incluso en ciudades; relieves de tumbas de Asia Menor del siglo IV muestran a hoplitas provistos de escudos trepando por escalas de asalto. A pesar de que no hay evidencia cierta, es posible que los hoplitas que combatían casa por casa prescindiesen de sus escudos en aras de una mayor maniobrabilidad. El problema más

grave para los hoplitas en las ciudades era el armamento. Aunque llevaban espadas como armas secundarias, los hoplitas eran ante todo lanceros: sus lanzas de 2,5 metros habrían resultado incómodas en el combate cuerpo a cuerpo o en el interior de las casas. Todavía debió de ser peor para las tropas macedonias provistas de *sarissas* de 12 a 16 pies de longitud,* o picas. Algunos griegos estudiaban esgrima, pero el entrenamiento sistemático en las armas era coto de unos pocos adinerados. En realidad, fuera de Esparta, la mayoría de hoplitas no recibió ningún entrenamiento formal hasta el final del Período Clásico.

Otro gran desafío para los hoplitas en las ciudades era la formación de batalla. Éstos normalmente empleaban un despliegue profundo de infantería llamado falange. La falange ideal, una masa ininterrumpida de ocho filas de profundidad, podía extenderse 1,6 kilómetros o más a través del campo de batalla. Huelga decir que una falange no podía utilizarse en las calles ni en las casas de una ciudad. Sólo en un ágora podían emplear los hoplitas su formación habitual. Dividir una falange en pequeños destacamentos para lidiar con la topografía urbana era complicado por la falta general de unidades subordinadas y de oficiales. A excepción de los espartanos, que tenían una jerarquía táctica compleja y una devoción casi religiosa por el buen orden, la mayoría de los ejércitos griegos tenía una proporción muy baja de oficiales y no disponían de unidades tácticas por debajo del nivel de compañía. No obstante, por más oficiales que hubiera, éstos quedaban impotentes frente a la laxitud de la disciplina militar clásica.[71]

El etos no profesional de la mayoría de los ejércitos de las *poleis* tenía otra importante consecuencia para la guerra urbana. En primer lugar, los griegos nunca desarrollaron unidades de especialistas como vanguardias, zapadores o ingenieros de combate. Los hoplitas podían construir, y de hecho lo hacían, obras de campo improvisadas, pero sus habilidades y equipamiento no se asemejaban ni de lejos a las de las legiones romanas. Al mismo tiempo, un amplio porcentaje de ciudadanos poseía armas, puesto que las milicias hoplitas se equipaban a sí mismas. El combate en una ciudad, ya fuera a consecuen-

* 3,66 m y 4,88 m, respectivamente. (*N. de la t.*)

cia de una invasión o a causa de una guerra civil, solía implicar a toda la población, no sólo a las fuerzas armadas regulares.

La infantería ligera, incluyendo a los arqueros, a los honderos y a los lanzadores de jabalina, era mucho más efectiva en los enfrentamientos urbanos. Las tropas ligeras podían lanzar proyectiles desde los tejados o barrer las calles con descargas de municiones.[72] Las pruebas arqueológicas de Olinto indican que los honderos y los arqueros podían blandir sus armas incluso en el interior de los confines de una casa.[73] Las tropas ligeras demostraron su valor durante el combate en El Pireo en 404-403. Las fuerzas oligárquicas, con suficientes hoplitas como para formar una masa de cincuenta escudos de profundidad, subieron por el monte Mounichia hacia los demócratas, que tan sólo pudieron reunir diez filas de hoplitas. No obstante, detrás de aquellas diez filas estaba la infantería ligera democrática. La accidentada topografía de Mounichia proporcionó a los defensores la ventaja de la altura, permitiendo que la infantería ligera disparase por encima de las cabezas de sus propios hoplitas. Con sus adversarios formando una masa compacta de cincuenta filas de profundidad en la calle a sus pies, las tropas ligeras no podían fallar.[74]

El papel de la caballería en la batalla urbana es difícil de determinar. Los Treinta Tiranos atenienses es probable que llevaran una fuerza de caballería de proporciones considerables a El Pireo en 404-403, pero los jinetes no desempeñaron papel alguno en el combate.[75] Es posible que se desplegasen en el ágora de El Pireo para proteger la retaguardia de la fuerza hoplita oligárquica. La caballería tebana participó en la lucha en Tebas en 335, aunque quedó retenida por la estrechez de las calles, y huyó rápidamente cuando los macedonios capturaron el ágora.[76] El escritor romano Pausanias vio un trofeo cerca de la Stoa pintada de Atenas, justo fuera del ágora, que conmemoraba en aquel lugar la victoria de la caballería ateniense contra la caballería macedonia, probablemente en 304 a. C.[77] Por lo menos, los griegos clásicos no desplegaron elefantes para el combate urbano. Más tarde, Pirro de Epiro intentaría hacerlo en Argos en 272, sólo para descubrir que sus tropas tenían que sacar las plataformas de combate de los elefantes para poder pasar por las puertas de la ciudad.[78]

Para poder evaluar el lugar que ocupaba la guerra urbana en el pensamiento militar clásico es preciso comprender la importancia de las murallas en la forma de pensar de la polis. La construcción de un muro de recinto era la tarea comunal más cara y grandiosa que los ciudadanos de la mayoría de *poleis* emprendieron jamás.[79] Una vez construidas, las murallas señalaban la identidad y la autonomía de la polis. Platón podía abogar por «murallas de bronce y hierro» más que de tierra, pero cuando se trataba de defender sus ciudades, los griegos nunca ignoraron el valor práctico de las fortificaciones.[80] De hecho, a pesar de que la guerra clásica se ha descrito como un tema agonal que valoraba el combate abierto por encima de los asedios y estratagemas, a mediados del siglo v a. C. la idea de una estrategia defensiva basada en una ciudad de murallas inexpugnables estaba ya bien establecida en Atenas.[81] Esta ciudad estaba muy bien preparada para tales estrategias porque podía obtener provisiones de su imperio marítimo. No obstante, los ciudadanos de *poleis* más pequeñas consideraban que permanecer detrás de las murallas era un movimiento defensivo perfectamente normal, sobre todo cuando se enfrentaban a un invasor numéricamente superior. Podían elegir la batalla campal solamente si los números eran equivalentes. De hecho, un análisis más minucioso de la guerra del Peloponeso revela que los asedios y los asaltos a las ciudades eran dos veces más frecuentes que las batallas campales.[82]

El valor que los griegos clásicos atribuían a sus murallas queda reflejado por el pánico absoluto que a veces sobrecogía a los defensores cuando se percataban de que las fuerzas enemigas habían penetrado en los límites de la ciudad. Ni siquiera los espartanos, que se enorgullecían de no tener murallas en su ciudad, eran inmunes a esta reacción: en 370-369, tanto los hombres como las mujeres fueron presa del pánico ante la aparición de los tebanos en los barrios periféricos.[83] Dado el gasto que implicaba la construcción de una muralla, y el valor psicológico añadido al mantenimiento de su integridad, no es de extrañar que el combate en el interior de los muros fuera casi

siempre emprendido por necesidad más que por una elección estratégica. Nuestras fuentes antiguas conservan de manera elocuente una única referencia a tropas que deliberadamente abandonaron sus murallas para combatir en el interior de su ciudad. Esto ocurrió a mediados del siglo IV en Farcadon, en Tesalia, donde los defensores trataron infructuosamente de conducir a los macedonios de Filipo a una emboscada urbana.[84]

Probablemente los pensadores militares griegos tampoco eran partidarios de la batalla urbana como forma de combate preferida, porque trastocaba las jerarquías tradicionales de género y estatus. El ciudadano clásico ideal reivindicaba la guerra como reino exclusivo de los hombres libres. Se suponía que las mujeres y los esclavos habían de permanecer en el interior de los muros del hogar. Sin embargo, el combate alteraba el dominio masculino sobre la guerra, por no mencionar la idea del hogar como espacio privado inviolable. Hay que señalar que los relatos de batallas urbanas citan predominantemente la participación activa de las mujeres y de los esclavos.[85] Asimismo, las luchas en las ciudades favorecían a los pobres desprovistos de armas por encima de los hoplitas de clase media, amenazando el dominio hoplita del campo de batalla.

Además, los comandantes griegos sabían que la guerra urbana era especialmente despiadada e incierta, incluso para los parámetros de la Antigüedad. Mujeres y niños, junto con los combatientes, todos se convertían en blancos. La traición, las masacres y las luchas a muerte eran moneda corriente. La topografía urbana hacía que la batalla se tornase desesperada, ya que las tropas encajonadas en calles y casas no podían huir fácilmente. Incluso los soldados dispuestos a dar cuartel al enemigo que se rendía dudaban en hacerlo si temían un ataque sorpresa desde otro ángulo. La falta de comunicaciones y control en la lucha urbana significaba que los comandantes tenían menos oportunidad de apelar a los rituales restrictivos, como las treguas, que moderaban las batallas en el campo. Los combates nocturnos o con mal tiempo exacerbaban los efectos de la topografía y la falta de control. La naturaleza de los combatientes así como la del terreno aumentaban la brutalidad del combate en la ciudad. Las fac-

ciones adversarias en una contienda civil eran implacablemente hostiles; en Corcira, los ciudadanos prendieron fuego, de manera infame, a su propia ciudad en un intento por expulsar a los rivales.[86] Las tropas que defendían una ciudad contra una invasión externa sabían que estaban luchando no sólo por sus vidas, sino también por sus familias y por la existencia misma de sus hogares. Por su parte, los atacantes que conseguían acceder a la ciudad tras un prolongado asedio o un sangriento asalto estaban dispuestos a vengarse o a hacérselo pagar lo más caro posible a los habitantes, armados o no.[87] Todos estos factores hacían que los griegos considerasen con cautela el combate en las ciudades.

No obstante, existen algunos indicios que muestran que los comandantes griegos sabían cómo dirigir la guerra urbana cuando ésta se hacía imperativa. Los platenses, sin duda, no tardaron en aprovecharse de la topografía de su ciudad para atrapar a los invasores tebanos. En El Pireo durante 404-403, puesto que los demócratas no tenían suficientes hombres para defender toda la muralla que rodeaba el puerto, se concentraron deliberadamente en el monte Mounichia, un punto fuerte al que sólo se podía acceder a través de la cuadrícula de calles de la ciudad. Desplegándose por las laderas de la colina, el líder democrático Trasíbulo maximizó el potencial defensivo del paisaje urbano y explotó su preponderancia en tropas ligeras para contrarrestar la superioridad de los oligarcas en hoplitas.[88] Epaminondas, uno de los cerebros de la insurrección tebana de 379, era asimismo consciente de las complejidades que entrañaba la lucha en las calles. Sabedor de que el terreno urbano de la Esparta central no era bueno para la batalla campal entre falanges, evitó ataques directos al centro de la ciudad tanto en 370-369 como en 362.[89] En Siracusa en la década de 350, el general Dión hizo esfuerzos por superar la fragmentación que suponía la lucha urbana. Dividió sus tropas en comandos separados y los agrupó en columnas para que pudieran atacar en varios puntos a la vez.[90]

Al final de la era clásica, la guerra urbana recibió cierta atención en las obras de Eneas el Táctico. Éste, que quizá provenía de la ciudad de Stinfalos en el Peloponeso y sirvió en calidad de general de la Liga

Arcadia, estuvo activo durante la primera mitad del siglo IV a. C. A pesar de que hoy en día su obra sea una gran desconocida fuera de los círculos de los especialistas en historia griega, Eneas podría considerarse el primer estratega de guerra urbana del mundo.[91]

Eneas compuso varios tratados, de los cuales tan sólo uno se ha conservado, la *Poliorkêtika*, escrito en torno a 355-350 a. C.[92] Aunque a menudo el título se ha traducido como *Siegecraft*,* la *Poliorkêtika* es en realidad una guía para proteger a una ciudad amenazada por la traición interna, los ataques sorpresa y los inconstantes mercenarios. Se trata de una extraordinaria recopilación de consejos, anécdotas y observaciones que tienen de todo, desde recomendaciones («al serrar un travesaño verter aceite por encima para que la tarea resulte más rápida y más silenciosa») hasta ingeniosa perspicacia psicológica («En las zonas de una ciudad donde el enemigo pueda fácilmente ..., atacar ... [apostar] a aquellos que tengan mayor interés en la comunidad y así tendrán mayor estímulo para no sucumbir a la autoindulgencia»).[93]

Eneas hace hincapié en muchos de los aspectos del combate urbano que ya hemos examinado. Subraya la importancia del ágora y de otros puntos estratégicos.[94] Ofrece fórmulas para ayudar a las ciudades a protegerse contra los ataques sorpresa y complots internos. Las tropas de una ciudad, escribe, han de estar bien organizadas y dirigidas con energía; el contrato y la disciplina de los mercenarios deben estar minuciosamente regulados. Por otro lado, Eneas aboga por toda clase de métodos que increíblemente suenan a moderno para mantener bajo control a la población urbana: registro y confiscación de armas, expedición de señas de identidad, interrogatorio de mercaderes y huéspedes de hoteles, prohibición de comidas comunitarias, y así sucesivamente. Incluso las procesiones y las fiestas religiosas han de ser vigiladas, añade, para evitar que se conviertan en ocasiones de violenta insurrección. El escrutinio mutuo de las acciones de unos y otros, subraya, privará a los conspiradores de cualquier oportunidad para llevar a cabo sus planes.

* En castellano, *Poliorcética* («*Estratagemas*»). (*N. de la t.*)

Evidentemente, Eneas estaba muy familiarizado con la larga historia de luchas urbanas de la Grecia clásica. Hace referencia a los enfrentamientos de Platea, Esparta y Argos como ejemplos de cómo defender el territorio urbano. Ofrece además algunas técnicas para combatir en el interior de las murallas, incluyendo una estratagema para atraer a las tropas enemigas hacia las puertas abiertas y luego tenderles una trampa.[95] A pesar de ello, el verdadero propósito de Eneas no era describir cómo ganar un combate en una ciudad, sino anticiparse a la guerra urbana antes de que estallase, mediante una férrea seguridad en las puertas y en la plaza del mercado, la defensa activa de las murallas de la ciudad y la supervisión de los elementos potencialmente rebeldes. En cierto modo, no hacía más que perpetuar el tradicional énfasis clásico en una estrategia defensiva basada en las murallas.

Había cierta ironía en la postura de Eneas, porque justo cuando estaba terminando su manual, empezaba a surgir una nueva era de tecnología militar griega. Las balistas con mecanismo de torsión y las catapultas darían predominio a los atacantes de las ciudades. A los pocos años de la aparición de la *Poliorkêtika*, Filipo de Macedonia utilizaría sus máquinas de asedio para tomar la antes inexpugnable ciudad de Anfípolis. Al aferrarse a la antigua preponderancia de las murallas, Eneas y sus compatriotas griegos estaban favoreciendo las capacidades ofensivas de la nueva y poderosa maquinaria de asedio en beneficio del atacante. Quizá si hubiera escrito unos años más tarde, Eneas habría ofrecido un enfoque diferente que no consistiese en aguardar a los asaltantes en las murallas, sino que los atrajese hacia el interior de la ciudad, donde podían ser rodeados y destruidos, tal como habían hecho los platenses aniquilando a los tebanos en 431.

Lecciones aprendidas

Lanzas y espadas, casas de adobe y mujeres con tejas. A simple vista resulta difícil imaginar que historias de hace veinticinco siglos puedan arrojar luz sobre la moderna guerra urbana, en la que ejércitos occidentales provistos de alta tecnología se enfrentan a irregulares

armados con RPG en extensiones de conurbaciones revestidas de cemento. Fuera de las experiencias de ciudades divididas como Notio y Siracusa, poco hay en la historia del combate en la ciudad clásica que sea directamente comparable con la moderna contrainsurgencia urbana. No obstante, si colocamos a Platea junto a Mogadiscio en 1993, donde una fuerza de asalto americana inferior en número se extravió ante un laberinto de calles desconocidas, es evidente que algunas cosas no han cambiado.[96]

Quizá la primera lección que surge tras examinar la guerra urbana griega es la importancia de una buena inteligencia y conocimiento local. Sin una comprensión de la topografía urbana, no sólo en sentido físico, sino también en el amplio sentido de las relaciones sociales y económicas que unen a los barrios y a la gente, los soldados modernos quedarán tan perdidos en el barro y la oscuridad como los tebanos en Platea. Para los ejércitos occidentales que operan en ciudades extranjeras, soluciones de baja tecnología y bajo coste, como tener suficientes intérpretes o proporcionar a todas las tropas un conocimiento básico de la lengua extranjera, facilitarán un mejor acceso al conocimiento local que el que puedan aportar los caros reactores de caza o cualquier otro artilugio de alta tecnología.

Además, la experiencia clásica ayuda a contextualizar la venganza y el faccionalismo que distinguen a la moderna guerra urbana. La hostilidad sectaria que caracteriza a muchos de los conflictos urbanos de hoy en día no parece tan aberrante si se la coloca contra el telón de fondo de la lucha civil en lugares como Corcira. La ciudad griega clásica era sobre todo un asunto familiar y tribal. El conflicto civil era el recipiente en el que se vertían todos los antagonismos: diferencias de clase, de política y personales.[97] Los odios irreconciliables entre facciones, las matanzas en masa, la preferencia del suicidio antes que la rendición, todos ellos inevitables corolarios de la *stasis*, no son propiedad de una ideología, lugar o época. Como Tucídides reconoció tiempo atrás, los detalles pueden cambiar, pero las reacciones del pueblo seguirán siendo similares.[98]

Asimismo, la capacidad de las ciudades griegas de movilizar a la totalidad de la población en la guerra urbana supone una lección para

los ejércitos occidentales modernos acostumbrados a presuponer una acusada distinción entre personal militar y civil. Desde la perspectiva clásica, una población armada parece una situación mucho más normal que un militar profesional voluntario aislado del resto de la sociedad. Cierto es que los griegos preferían pensar que la batalla hoplita era algo estrictamente exclusivo de los ciudadanos varones. No obstante, en el combate urbano esta ideología se desintegraba y todos los habitantes, hombres y mujeres, podían tomar parte en la contienda. La utilización de tejas en las antiguas luchas en las ciudades por parte de las mujeres nos recuerda el excelente uso que pueden hacer del terreno urbano los combatientes irregulares para neutralizar las ventajas tecnológicas de las fuerzas convencionales.

Las historias del combate urbano en Atenas y Tebas muestran, además, que las tropas y guarniciones extranjeras, por más útiles que puedan ser para apoyar a un régimen favorable, constituyen un punto focal para la oposición local. A veces las fuerzas militares en una ciudad causan más daño que beneficio. Uno se pregunta, por ejemplo, qué habría ocurrido en Atenas en 508-507 si el partido oligárquico no hubiera reclamado el apoyo de los espartanos. Posiblemente habrían conservado el poder y la democracia radical ateniense habría nacido muerta. Aquí, las advertencias de Eneas el Táctico sobre los peligros de los mercenarios hacen reflexionar. A pesar de que a veces los autores clásicos exageraban los males de la soldadesca contratada, había verdad en sus quejas. Los mercenarios arrogantes, violentos o imprudentes podían inflamar el resentimiento popular y provocar levantamientos. En la actualidad, los contratistas militares privados extremadamente agresivos y no regulados como Blackwater amenazan el éxito de los ejércitos occidentales y entorpecen la consecución de los objetivos estratégicos.

Si hay que tomar o conservar una ciudad, la experiencia griega muestra que dominar tan sólo un punto central, tanto si se trata de la acrópolis como de la Zona Verde, es insuficiente. La guerra urbana requiere el control de los mercados, de las calles y de las casas. Como Eneas el Táctico reconoció, para lograr la victoria es todavía mejor utilizar la represión, la vigilancia y la responsabilidad mutua para im-

pedir la rebelión o la invasión antes de que ocurra. Evidentemente, Eneas no tuvo que lidiar con la opinión mundial, pero en esta diferencia radica quizá la mayor lección que el combate urbano griego pueda enseñarnos. Los excesos y atrocidades de Corcira, Tebas y Siracusa ponen de manifiesto los peligros de dejar que las tropas actúen sin control, de sucumbir a la psicología del «desagravio», y de luchar sin ningún otro fin que el de acceder al poder o mantenerse en él. Los modernos ejércitos democráticos occidentales no son solamente fuerzas militares. Encarnan la reputación pública y los valores de sus naciones, y sólo son sostenibles en el extranjero en la medida en que conservan el apoyo de la mayoría en su país. Por más taimado y despreciable que pueda ser el enemigo, los oficiales y los soldados de las modernas democracias han de recordar siempre sus obligaciones morales y éticas, tanto en el campo de batalla urbano como en cualquier otro lugar.

7

Contrainsurgencia y los enemigos de Roma

Susan P. Mattern

Los romanos, como cualquier otra potencia imperial de la historia, carecían de recursos para gobernar mediante la fuerza abrumadora. La economía romana era, en algunos aspectos, avanzada: la densidad de población, la urbanización, la monetización y la actividad minera alcanzaron en el mundo mediterráneo del siglo II a. C. niveles que permanecieron sin parangón hasta la era moderna. Pero los estudiosos coinciden en que el gobierno imperial recaudaba impuestos que ascendían a menos (quizá mucho menos) del 10 por 100 del PIB, una carga tributaria que estaba distribuida de manera desigual en una economía en la que gran parte de la población apenas producía o ganaba lo suficiente para sobrevivir. Con estos ingresos el estado romano mantenía un ejército de menos de medio millón de hombres, encargado de la ocupación, expansión y defensa de un imperio de sesenta a setenta millones de habitantes, con un área de cuatro millones de kilómetros cuadrados.[1] Como única e importante mano de obra pública disponible, el ejército también realizaba funciones no militares o paramilitares, como atender las cabinas de peaje y puestos de guardia, escoltar a los VIP, recaudar impuestos, vigilar las prisiones y los grupos de trabajo, y participar en la construcción.[2] Italia, centro de poder del imperio y patria del pueblo romano, no exportaba gran número de emigrantes, ni como colonos ni como soldados. La excepción es un breve período bajo Julio César y Augusto, cuando

quizá 200.000 soldados licenciados, básicamente italianos, veteranos de las guerras civiles a los que no podían mantener armados por razones prácticas o de seguridad, recibían tierras en las colonias del extranjero porque el territorio italiano escaseaba. A pesar de que eran decisivos para la transformación cultural del imperio occidental, eran una única generación, catalizadores solamente; estas colonias nunca formaron una población étnica distinta ni una clase dirigente. Esta etiqueta pertenece, en el oeste, a una aristocracia nativa romanizada, y en el este y en Sicilia, a la aristocracia local helénica o helenizada anterior a la llegada de los romanos.[3] Roma tampoco exportó una gran burocracia; el gobernador de una determinada provincia, su personal civil y los oficiales de rango ecuestre podían contarse por docenas, por más que se llevasen a su entorno de amigos, esclavos y libertos.[4] Los romanos eran conscientes de estas limitaciones.

Los estudiosos modernos han identificado fuerzas que hacían que los habitantes del imperio lo percibiesen como una entidad convincente. El sistema tributario unificó, monetizó y urbanizó la economía; el atractivo de la civilización condujo a un profundo cambio cultural, especialmente en el oeste; algunos ideales y formas imperiales, por ejemplo el derecho romano y los procedimientos legales, la imagen del emperador o el culto imperial, estaban presentes en todas partes y generaban un sentido de participación compartida en un vasto proyecto.[5] No obstante, los romanos llevaron a cabo todo esto con un estado rudimentario y una pequeña clase senatorial dirigente prácticamente nula, sobre todo a través de mecanismos sociales.

Para evitar y responder a la insurgencia, los romanos dependían de una complicada red de relaciones que llegaba a casi todos los estratos de la sociedad, además de una intensiva ocupación militar en las zonas más volátiles, de una reputación de terrible brutalidad cuando eran amenazados, y de la capacidad de reunir, aunque con dificultades y a un gran coste, una abrumadora fuerza cuando los recursos militares del imperio estaban concentrados en un lugar. Una retórica que distinguía a los romanos de sus enemigos y súbditos menos civilizados, menos virtuosos y menos disciplinados enmascaraba una realidad en la que elementos de la población sometida trabajaban junto con los

romanos, y en la que era difícil distinguir a los romanos de sus súbditos. Ninguno de los métodos utilizados por los romanos contra la rebelión y la insurgencia funcionó hasta el extremo de erradicar el problema. Los romanos manejaron la insurgencia, pero no la eliminaron; se han documentado innumerables sublevaciones, pequeñas y grandes, a lo largo del período imperial, y el bandolerismo fue endémico en todos los períodos y zonas del imperio. Nunca hubo un momento en el que el tamaño del ejército romano pudiese reducirse de forma segura, por haber terminado con su tarea de ocupación, ni liberarse para nuevas conquistas. Por el contrario, el ejército romano creció gradualmente a medida que aumentaba también gradualmente el tamaño territorial del imperio.[6]

A lo largo de todo el período imperial se han documentado importantes rebeliones así como actos menores de insurgencia. Un estudioso ha contado las referencias que ascienden a más de 120 ejemplos de insurgencia desde el reinado de Augusto, el primer emperador, hasta 190 d. C.; este recuento incluye únicamente los acontecimientos documentados en las fuentes antiguas, pero parece lógico suponer que muchos episodios no fueron mencionados por los historiadores contemporáneos.[7] Las zonas cambiantes dentro del imperio quedaron prácticamente libres del dominio romano y bajo el control de «bandidos» o tiranos locales.[8] Hay dos importantes rebeliones documentadas con todo lujo de detalles por fuentes presenciales: la revuelta de Vercingetórix en 52 a. C., que César describió en su *Comentarios de la guerra de las Galias*, y la revuelta judía de 66-73 d. C., relatada por Josefo. Éste estaba al mando de las tropas rebeldes en la insurrección, fue hecho prisionero por el futuro emperador Vespasiano y escribió una crónica de la guerra en arameo (esta versión se ha perdido) y después en griego (la versión que se conserva).[9]

Éstas no fueron las únicas rebeliones violentas contra Roma. En un infame episodio del año 9 d. C., el caudillo germánico Arminio derrotó al ejército legionario romano comandado por Quintilio Varo en el bosque de Teutoburgo, con el sorprendente resultado de que Roma nunca volvió a reclamar el dominio sobre la «Germania libre». Otros incidentes famosos son la revuelta de Boudica en Britania du-

rante el reinado de Nerón, la revuelta de los bátavos liderada por Civilis durante la guerra civil romana de 69 d. C., y la revuelta de los judíos bajo Simón Bar-Kokhba en 132-135 d. C.[10]

Algunos académicos han descrito un traumático y humillante proceso de consolidación inmediatamente después de la conquista, en el que se creaba un especial resentimiento por los nuevos impuestos y el reclutamiento de tropas, provocando la volatilidad de la población y un elevado riesgo de rebelión. Los romanos compartían esta opinión. Los escritores romanos (los criterios de los rebeldes nativos no se han conservado) hacían hincapié en la idea de libertad, la amenaza a los valores ancestrales y estilo de vida, y la corrupción de los administradores romanos cuando escribían los motivos de estas primeras revueltas.[11] Ejemplos de este tipo de sublevación, acaudillada por líderes nativos poco después de la conquista y en respuesta a las penurias de la consolidación, son la de Vercingetórix en la Galia, la de Arminio en Germania y Boudica en Britania.

No obstante, la insurgencia y las revueltas también se producían en provincias que llevaban ya largo tiempo incorporadas al imperio, por diferentes razones. En las provincias con fronteras abiertas, es decir, con regiones sin pacificar más allá de su territorio, o con regiones inaccesibles dentro de las mismas, podía desarrollarse una zona de inestabilidad permanente o a largo plazo debido a los cambios de lealtades por parte de los locales entre los diferentes agentes de poder en respuesta a las circunstancias cambiantes (estas regiones incluían el norte de Hispania, el norte y el este de Britania, las provincias africanas, y otras zonas con bandolerismo endémico; véase más adelante).

Los viejos aristócratas locales de las provincias «romanizadas» también podían acaudillar revoluciones cuando percibían una oportunidad; los mejores ejemplos proceden de la Galia (la revuelta de Julio Floro y Julio Sacrovir en 21 d. C. y la de Julio Civilis en 69 d. C.). La Galia se había urbanizado y romanizado con rapidez; en el siglo I d. C. muchas familias tenían la ciudadanía romana, y un decreto de Claudio en 48 d. C. permitía que algunos galos romanos pudiesen acceder a la clase dirigente del imperio, el Senado. Pero estos líderes podían apelar a un sentido de identidad nativa, una identidad recientemente

desarrollada o más profundamente desarrollada a consecuencia de la conquista romana (los «galos» no sabían que eran galos hasta que Julio César los etiquetó como tales). Finalmente, los posibles reyes o emperadores de alto rango y gran influencia podían invocar alianzas locales en las guerras civiles para optar al trono (por ejemplo, Sertorio en Hispania, Vindex en Galia y Avidio Casio en Oriente; las guerras civiles que pusieron fin a la república recurrieron a miles de alianzas de este tipo).[12]

Este esquema simplifica excesivamente la situación, pero el hecho de que casi ninguna provincia fuera verdaderamente pacífica es cierto, aunque la naturaleza y la intensidad de la insurgencia cambiasen a lo largo del tiempo. En Asia y Acaya hubo por lo menos tres insurrecciones dirigidas por hombres que aseguraban ser el emperador Nerón, que se había suicidado cuando fue depuesto en 68 d. C. En la provincia de Bitinia, hoy el norte de Turquía, el emperador Trajano prohibió las asociaciones de cualquier tipo (*collegia*) debido a la reputación de insurgente de la región; a pesar de que tengamos pocas evidencias que arrojen luz sobre las preocupaciones de Trajano, el emperador no permitió que hubiera ni siquiera una brigada de bomberos, y su edicto fue la base para la persecución de los cristianos.[13] En tiempos de Bar-Kokhba estalló una revuelta, Judea había sido un protectorado romano o una provincia romana durante casi 100 años. Durante la crisis política y militar del siglo III d. C., inmensas partes del imperio en Oriente y Occidente (Siria y Egipto bajo la reina Zenobia de Palmira, y Galia bajo su propio linaje de emperadores) se sublevaron y funcionaron con independencia durante décadas antes de ser finalmente sometidas, pero dejaré, en general, este turbulento período fuera de mi explicación y me centraré en el período mejor documentado, que abarca aproximadamente desde 100 a. C. hasta 200 d. C.

Para mantener la paz, los romanos confiaban en parte en su conocida capacidad de castigo, una idea que ellos articulaban utilizando términos de valor en lugar de un lenguaje estratégico más abstracto. Los historiadores romanos escriben como si la revuelta fuera un insulto y un desafío cuya respuesta apropiada había de ser una venganza lo suficientemente extrema como para instilar de nuevo asombro y

temor en sus súbditos rebeldes. En algunos casos intentaban el genocidio, el exterminio de una tribu o un pueblo, un concepto bien documentado en la literatura romana. Utilizaban el terror como instrumento político, es decir, infligían una extrema brutalidad a gran escala para acobardar a sus súbditos. Aunque Roma nunca volvería a ocupar territorio al otro lado del Rin tras la revuelta de Arminio, las campañas del futuro emperador Tiberio, y finalmente la de su sobrino e hijo adoptivo Germánico, arrasaron el territorio y masacraron a los no combatientes, con el propósito de aniquilar a los germánicos.[14] Los romanos utilizaron también la mutilación, la deportación, la destrucción y la matanza en masa cercana al genocidio para castigar, vengarse y disuadir. Tras la revuelta de Bar-Kokhba, el emperador Adriano, que dirigió la expedición para reprimir en persona el levantamiento, expulsó a los judíos de Jerusalén y refundó la ciudad como una colonia romana. Una fuente antigua explica que más de medio millón de almas perecieron en la guerra y que pocos fueron los supervivientes. Otra evidencia atestigua una rica cultura rabínica en la región después de la rebelión, pues la despoblación y el exterminio son políticas difíciles de realizar a fondo y con éxito, pero el intento de los romanos de infligir extrema brutalidad está documentado aquí y en otros muchos ejemplos. Éste es el significado que se oculta tras las palabras que Tácito atribuye al rebelde bretón Calgaco: «Una vez han creado un desierto, lo llaman paz». Conocidos fragmentos de Polibio y Josefo, historiadores que describieron la conquista de su propio pueblo, reflejan la reputación de brutalidad e invencibilidad que los romanos deseaban inculcar».[15]

La inversión de Roma en recursos en algunas de estas campañas era harto elevada. La revuelta de Ilírico en el año 6 d. C. implicó a diez de las veintiocho legiones del imperio bajo el mando del que sería el futuro emperador Tiberio. Pocos años después, tras la insurrección de Arminio, el mismo comandante invadió Germania con ocho legiones: el ejército del Rin al completo, unos 40.000 hombres, más un ejército auxiliar de tamaño desconocido, pero probablemente igual o mayor en número. La revuelta judía del año 66 movilizó a cuatro legiones y un total de unas 50.000 tropas durante varios años.[16]

También este análisis simplifica en demasía. La insurgencia bajo el imperio romano no consistió en una serie de discretos acontecimientos y respuestas: está documentada en todos los períodos de la historia romana y en muchos lugares. La revuelta armada y la guerra convencional fueron solamente dos de sus aspectos. ¿Cómo y con qué instituciones permanentes prevenían, manejaban y respondían los romanos a la resistencia día tras día?

Algunos insurgentes recurrieron al terror como táctica. El ejemplo al que apunta la mayoría de historiadores es un grupo al que Josefo denomina los *sicarii*. Según él, surgieron en Jerusalén en la década de los años 50 d. C., asesinaban a sus blancos a la luz del día, a menudo encubiertos por alguna fiesta multitudinaria, y su nombre proviene del tipo de daga en forma de hoz que utilizaban. Igual que algunos terroristas modernos, los *sicarii* elegían objetivos simbólicos: su primera víctima fue el sumo sacerdote Jonatán, «símbolo de la colaboración de la aristocracia sacerdotal con los gobernanates romanos foráneos y su explotación del pueblo».[17] También atacaban a terratenientes adinerados en la campiña y destruían su propiedad, al parecer como advertencia y disuasión frente a la colaboración con los romanos. Según Josefo, los *sicarii* eran partidarios ideológicamente motivados de la «cuarta filosofía», que abogaba por la rebelión contra los romanos por razones religiosas.[18]

Josefo llama «bandidos» (*lestai*) a estos *sicarii*, y utiliza el mismo término despectivo para referirse a otros insurgentes aparte de los *sicarii*. El bandolerismo era un fenómeno muy extendido en el imperio, y aun cuando carecía de aspectos ideológicos, puede describirse acertadamente como insurgencia debido al reiterado interés del gobierno romano por eliminarlo. Aunque algunos generales y emperadores aseguraban en su propaganda que habían erradicado el bandolerismo del territorio bajo su dominio, en realidad las referencias al mismo invaden las evidencias literarias y documentales de todos los períodos del imperio romano y de todas las procedencias, incluyendo las provincias más antiguas de Roma, en particular Italia.[19] Los términos griego y romano para bandolerismo normalmente significaban violencia rural depredadora, que podía incluir el atraco, el robo

de ganado, el secuestro, la extorsión, el asalto en los caminos y el asesinato. En el mundo romano resultaba muy peligroso viajar aunque se tratase de cortas distancias debido a los bandoleros. Éstos a menudo procedían de los ambientes marginales de la sociedad, podían ser pastores esclavos, que vivían en los límites de la civilización (esto está especialmente documentado en Sicilia y en el sur de Italia), soldados retirados o desertores del ejército.

Grupos numerosos que vivían en el seno del imperio romano, entre ellos ciertas tribus y unidades étnicas, eran también considerados bandidos por las fuentes antiguas. Entre los más destacables de estos últimos estaban los *boukoloi* de las marismas, en el área del delta del Nilo. En Cilicia, en el sureste de Asia Menor, los isaurianos de las montañas nunca fueron incorporados al imperio romano, sino que conservaron su lengua, su organización tribal en torno a los hombres poderosos, y su conflicto depredador con las tierras bajas más urbanizadas a lo largo de todo el período romano y a lo largo de la historia. Los romanos negociaron y combatieron contra ellos en pequeñas guerras como si se tratara de un enemigo extranjero.

En Judea, que es la única zona sobre la que existe un extenso cuerpo de evidencias literarias a lo largo de varios siglos, el bandolerismo fue endémico en todos los períodos del gobierno romano. Gran parte del bandolerismo en aquella provincia tenía un elemento ideológico: los del lugar percibían a los bandidos como defensores de la libertad judía con respecto a Roma. Es difícil establecer una distinción entre bandolerismo y guerra de guerrillas en esta región. Series de cuevas excavadas en la roca en algunos asentamientos de Judea podrían ser cuarteles generales de los bandidos o escondites de los guerrilleros rebeldes, quizá en relación con la revuelta de Bar-Kokhba, o incluso es posible que estas poblaciones se hubiesen superpuesto de manera natural. Son difíciles de datar porque debieron de funcionar a lo largo de décadas o siglos.[20]

La diferencia entre un bandido, un jefe tribal, un reyezuelo o el líder de una rebelión podría estar abierta a la interpretación, puesto que las fuentes antiguas ubican a muchos de estos individuos en más de una de las categorías mencionadas. Así pues, grandes áreas geo-

gráficas dentro del imperio romano eran independientes de la autoridad romana, sobre todo en las tierras montañosas con poblaciones ambulantes y territorio inaccesible. Había focos en el imperio romano donde sus mandatos no tenían efecto.

La analogía entre el antiguo bandolerismo y el moderno terrorismo es flexible. La ideología podía o no formar parte del antiguo bandolerismo, que era en gran medida de naturaleza económica, e incluso allí donde la resistencia era étnica o ideológica, el terror (en el sentido de violencia indiscriminada e impredecible destinada a crear inestabilidad y temor) está poco documentado como táctica, a excepción de los *sicarii.* También exceptuando a los *sicarii*, todos aquellos calificados de bandidos en la Antigüedad operaban en el campo, a menudo con base en las tierras montañosas e inaccesibles, no en las ciudades abarrotadas que constituyen el blanco favorito de los terroristas modernos. Sin embargo, hay asimismo paralelos significativos. Los bandidos no eran percibidos como delincuentes comunes: eran enemigos del estado, contra los que combatían los romanos. No era una guerra, como ellos pensaban, en sentido estricto, como contra un estado legítimo; al contrario, concebían la guerra contra los bandidos como una guerra de guerrillas, de emboscadas o (como decimos hoy en día) «asimétrica», aunque ellos no utilizaban estos términos. Es evidente que los bandidos no trabajaban solos. Exigían la lealtad y los recursos de una comunidad local que les ayudaba y daba cobijo, o bien gozaban de la protección de los poderosos terratenientes, que los empleaban para sus propios fines: asaltar y robar ganado, secuestrar e intimidar a sus vecinos, y como tropas de choque en la constante pugna por tierras y poder en la que todos estaban implicados. Algunos señores terratenientes reunieron lo que equivalía a un ejército de bandidos, un rival superior al que el estado romano podía reunir localmente.

Los bandidos con relaciones con la comunidad local o con un señor terrateniente podían ser fácilmente apresados de manera furtiva, por información y traición. Se les detenía «cazándolos»: nuestras fuentes describen pandillas de soldados, asesinos a sueldo y patrullas locales.[21] Está documentada la existencia de expertos profesionales o

semiprofesionales en la caza de bandidos, algunos de los cuales no se distinguen fácilmente de los propios bandidos.[22] La ley fomentaba o exigía que las comunidades y los individuos atrapasen y entregasen a los bandidos, incluso podían matarlos con impunidad legal.[23] La ley romana apuntaba también a aquellos que amparaban, protegían o aceptaban mercancías robadas de los bandidos, probablemente con poca efectividad.[24] Algunos de los individuos más ricos y poderosos eran los que más se aprovechaban del bandolerismo, entre ellos quizá incluso muchos miembros de la clase senatorial romana. La retórica simplista que combatía al bandolerismo para legitimar el poder enmascaraba una situación en la que un estado romano rudimentario operaba a la sombra, o como parte de un sistema de poder personal mucho más complejo y altamente desarrollado que incluía a los bandidos y a sus protectores. El ejército patrullaba en busca de bandidos. Augusto y Tiberio mantenían destacamentos militares o *stationes* por toda Italia para controlar el bandolerismo, que había experimentado una escalada durante las guerras civiles que acabaron con la república.[25] En algunas zonas las carreteras estaban militarizadas como medida de protección contra el bandolerismo, y se levantaron algunas estructuras provistas de personal a guisa de sistemas fronterizos para controlar a los proscritos. En Cilicia, los romanos finalmente (en los siglos III y IV) fortificaron una frontera interior contra los bandidos isaurianos de las montañas.[26]

Los gobernadores romanos y sus subordinados libraban pequeñas guerras contra los grandes grupos de bandidos y proscritos. Cicerón dirigió brutales expediciones punitivas contra ellos durante su mandato como gobernador de Cilicia, en las que arrasó pueblos enteros y exterminó a sus habitantes, y capturó rehenes de un asentamiento tras un largo asedio, aunque sin éxito a largo plazo. Tácito describe otras campañas en la región llevadas a cabo por delegados del gobernador de Siria en la década de los años 30 d. C. y en 51.[27]

Los gobernadores y emperadores romanos a veces trataban de neutralizar las bandas de asaltantes contratándolas para reforzar el orden, o reclutando a los bandidos individualmente o en masa para formar parte del ejército.[28] Muy a menudo, los comandantes roma-

nos negociaban diplomáticamente con los forajidos. Cicerón estableció un vínculo de *hospitium* u hospitalidad con un poderoso isauriano (Cicerón lo llama «tirano»); este y otros tipos de «amistad ritual» eran los principales instrumentos de las relaciones romanas internas y externas a finales de la república y durante gran parte de la historia romana en general. Cicerón, Pompeyo y Marco Antonio reconocieron sucesivamente a otro líder isauriano, Tarkontidmotos, como «amigo» suyo propio o de Roma.[29]

En la diminuta provincia montañosa de Mauritania Tingitana, en el extremo noroeste de Marruecos, los gobernadores provinciales romanos negociaron la paz con los jefes de las tierras altas. Casi la única evidencia escrita de la experiencia de Roma en esta zona son los documentos de sus acuerdos ritualizados, inscritos en piedra. Fuera de la zona fuertemente militarizada de las llanuras, la influencia cultural romana no se extendió a pesar de que era una región rodeada de antiguas provincias romanas. Aunque no se hayan conservado fuentes que califiquen de bandidos a la población de las montañas de Mauritania, la analogía con Isauria es asombrosa.[30]

Lo que es aplicable al bandolerismo, se aplica también a la insurgencia en general: el factor militar es importante en la ecuación, pero el ejército operaba paralelo a, y en cierto modo dentro de, un conjunto más amplio de relaciones sociales. El ejército romano era un ejército de ocupación y de agresión externa y defensa. Así sucedía, especialmente, en las provincias de Hispania, Britania, Mauritania (la moderna Marruecos), Siria, Palestina —tras la revuelta judía de 66—, y Egipto. En estas provincias el ejército estaba apostado en centros urbanos o disperso por el territorio en vez de estar densamente concentrado en las fronteras (la provincia de Hispania no tenía frontera, y la de Britania era muy corta).[31] Unas pocas zonas del imperio estaban intensamente ocupadas, sobre todo Judea, un territorio muy pequeño que albergaba quizá a 20.000 tropas a comienzos del siglo II d. C., y Mauritania Tingitana era prácticamente un campamento armado ocupado por 10.000 soldados, con poca evidencia de influencia romana fuera de la zona militar.[32] En ambos casos, la ocupación intensiva se reveló ineficaz. La guarnición de Judea no consiguió evitar la revuel-

ta de Bar-Kokhba ni eliminar el bandolerismo endémico en la provincia, y Mauritania Tingitana fue abandonada en el siglo III.

Un factor que complicaba más las cosas es que el ejército no estaba desplegado desde el centro hacia la periferia, como un pueblo que domina a los demás, a pesar de que el emperador reivindicaba la máxima autoridad sobre todo el aparato. Durante el siglo I d. C. el ejército romano pasó rápidamente de ser una fuerza de soldados ciudadanos italianos a una fuerza reclutada de todos los rincones del imperio, no principalmente de Italia. Los legionarios procedían básicamente de poblaciones ciudadanas de las provincias, sobre todo de las colonias de veteranos. Pero estas últimas no eran comunidades aisladas étnicamente distintas: sus ciudadanos-habitantes podían ser colonos veteranos o libertos suyos, o descendientes remotos de aquellos colonos o libertos que durante generaciones se habían mezclado con la población local. Los descendientes de soldados auxiliares retirados eran probablemente otra importante fuente de reclutas legionarios. El ejército auxiliar, reclutado en su totalidad entre no ciudadanos, era mucho mayor que el ejército legionario. Dispensados tras décadas de servicio, estos soldados adquirían la ciudadanía romana al retirarse y normalmente se establecían en las regiones a las que habían sido destinados. De este modo, el ejército de Roma era reclutado entre sus súbditos.[33]

Examinemos la situación de Judea antes de la revuelta de 66: cuando Herodes el Grande gobernaba con el apoyo de Roma (hasta su muerte en el año 4 a. C.), estaba al mando de un ejército típicamente helenístico de tropas procedentes de asentamientos militares locales.[34] Estos soldados eran principalmente sarmacianos, idumeanos, arqueros babilonios judíos, y judíos palestinos étnicos, aunque Herodes tenía también una famosa guardia personal compuesta por germánicos, tracios y galos. Los asentamientos indígenas continuaban aprovisionando al ejército que apoyó a todos los sucesores de Herodes y que formó la guarnición de Judea después de 6 d. C. Gran parte de dicho ejército permaneció leal a los romanos y combatió con ellos para sofocar la revuelta de 66 d. C., acaudillada por el bisnieto de Herodes, el rey Agripa II. Herodes, en cambio, formó probable-

mente su ejército siguiendo el modelo romano y utilizó algunos oficiales romanos étnicos, y hasta es posible que hubiera numerosos judíos reclutados en el ejército legionario romano o auxiliar, tanto durante su reinado como después. Pero el retrato que hizo Mel Gibson de soldados hablando latín en *La pasión* es inexacto. Los soldados de la guarnición «romana» de Judea hablaban arameo.

El ejército que en un principio enviaron los romanos contra los rebeldes en 66, liderado por Cestio Galo, gobernador de Siria, estaba compuesto por soldados legionarios (es decir, ciudadanos romanos), soldados auxiliares (es decir, no ciudadanos), contingentes de ejércitos de dos reyes aliados locales («clientes») y milicia local siria. Al mismo tiempo, las fuerzas reales judías leales a Agripa II avanzaron contra los rebeldes en tres enclaves diferentes. Más tarde, un ejército romano más grande comandado por Vespasiano contaba con 55.000-60.000 tropas legionarias y auxiliares y 15.000 soldados aliados, e incluía por lo menos un oficial judío de alto rango, Tiberio Julio Alejandro de Egipto.

En este ejemplo y en otros que podrían comentarse en torno al imperio, es difícil distinguir a los romanos de sus súbditos, un procedimiento que se complicaba aún más porque los nativos, una vez emancipados, adoptaban nombres romanos, y muchos no se distinguen en los archivos históricos de los italianos étnicos. Por ejemplo, a pesar de que varios de los oficiales militares de Heródoto tenían nombres romanos, no sabemos si eran judíos emancipados o soldados importados o sacados de los ejércitos legionarios de Roma. ¿Deberíamos considerar «romanos» a todos los ciudadanos romanos, incluyendo al rey Herodes y a sus sucesores, y al propio Josefo, y a todos los soldados auxiliares retirados, a sus libertos, a sus descendientes y a los descendientes de sus libertos? ¿Debería Pablo de Tarso, cuya familia había adquirido la ciudadanía romana gracias a un protector desconocido, considerarse por consiguiente romano, junto con cualquier otro liberto de su familia? ¿O deberíamos sólo contar al personal enviado desde Italia, al procurador y a su séquito? ¿Deberíamos contar solamente a los soldados legionarios, aunque no hubiera legiones desplegadas en Judea antes de la revuelta de 66? Un estudioso,

escribiendo sobre la Galia, describe el término «romano» como un estatus social, no como un elemento étnico, y como tal resulta más fluido: uno podía ser más o menos romano, estar más o menos inmerso en la cultura e influencia romanas, y no había línea divisoria entre gobernante y súbdito.[35]

Aquello que la mayoría de historiadores califica de manera simplista como la conquista de Judea por Pompeyo en 66 a. C. y su sometimiento a Roma a través de una serie de reyes marioneta, Josefo lo describe como un proceso desconcertantemente complejo en el que se entrelazaba la intriga dinástica judía, la guerra civil romana, un conjunto triangular de relaciones internacionales y conflictos entre romanos y partos, romanos y judíos, y judíos y partos, así como una esfera de relaciones más locales, especialmente entre Judea y Arabia. Con cada retirada de tropas romanas de la región, surgía una nueva rebelión bajo un nuevo candidato al liderazgo y una reafirmación de las bases locales de poder, hasta que finalmente la derrota de Aristóbulo por parte de Herodes en 37 a. C. dio paso a un período de relativa estabilidad. La incorporación del Oriente griego a Roma o la conquista de la Galia por parte de César podrían describirse del mismo modo: sólo un examen minucioso de las tensiones y conflictos indígenas de la zona puede explicar de manera adecuada la intervención romana y precisar sus consecuencias.[36] La historia del imperialismo romano no es la historia de un ejército invencible desplegado desde el centro del imperio contra un anillo circundante de súbditos desventurados y menos sofisticados, ni gobernaba su imperio como una clase dirigente militarizada que controlaba étnica y culturalmente las diversas poblaciones.

Los estudios modernos de cualquier aspecto relativo a cómo trabajaba el imperio romano se pierden irremisiblemente cuando subestiman el papel del poder personal respecto al poder del estado. Un erudito señala que en su detallada y exhaustiva historia de Judea bajo el domonio romano, Josefo apenas habla del estado romano y parece no entender el concepto de poder estatal.[37] El ejército era con mucho la mayor institución del estado romano, pero lo que aglutinaba al imperio romano eran las relaciones sociales, no el ejército como fac-

tor principal. Gran parte del gobierno «romano» lo llevaban a cabo las aristocracias locales, los reyezuelos, los jefes, «los hombres poderosos», y los grandes terratenientes que ejecutaban sus propias agendas e implicaban al ejército o al estado romano cuando les convenía. Los impuestos eran recaudados por agentes locales, y muchas instituciones de gobierno locales seguían funcionando. Las partes implicadas en disputas y rivalidades locales acudían a sus gobernadores romanos para resolver los conflictos: ésta era la esencia de la ley romana y del gobierno provincial romano, no los edictos ni la ocupación. Incluso en lugares donde las instituciones indígenas se transformaron por su contacto con el imperio romano, la gente nunca veía un solo representante oficial de Roma aparte del soldado ocasional, y en algunas provincias incluso estos últimos eran raros. El tráfico de favores y daños que gobernaba las relaciones sociales romanas gobernaba también el imperio.

Se podría ir incluso más lejos y decir que describir las provincias de Roma como regiones territoriales diferentes es simplificar demasiado. A pesar de que la ley y la política romanas reconocían a la provincia como una unidad administrativa, cada una bajo un gobernador de alto rango senatorial, zonas como Sicilia, la Galia o Judea no tenían una sola relación uniforme con Roma. Al contrario, cada una de ellas era una red de comunidades e individuos con un conjunto único de relaciones con el estado romano, representado por el Senado y el emperador (o, en la república, el «Senado y el Pueblo de Roma») y con los aristócratas romanos individuales. Esto ocurría incluso allí donde Roma gobernaba las provincias directamente, pero aun así, en todas las épocas, hubo un apabullante despliegue de reyezuelos y jefes locales aliados de Roma y considerados parte de su imperio. Son sin duda aspectos complicados que ilustraré con dos ejemplos.

Decir que en Judea los romanos apoyaron a un rey amigo, Herodes el Grande, durante varias décadas hasta su muerte en el año 4 a. C., haría arquear las cejas a más de un estudioso de la historia romana. Sin embargo, sería más exacto decir que primero Julio César, después el tiranicida Casio, a continuación Marco Antonio, y finalmente el em-

perador Octavio apoyaron a Herodes y que Herodes apoyó a su vez a cada uno de estos hombres.[38] En la agitación que siguió al asesinato de Julio César en 44 a. C., a pesar de que el padre de Herodes debía a César su ciudadanía romana y su estatus como rey, Herodes aceptó tropas de Casio a cambio de una supuesta alianza. Cuando Marco Antonio derrotó a Casio, Herodes cambió lealtades y ofreció su apoyo a Antonio. Cuando los partos invadieron Siria y Judea y depusieron al sumo sacerdote colocando al que ellos habían designado, Antonio apoyó a Herodes en sus esfuerzos por echarlos y consiguió que el Senado lo declarase formalmente rey de Judea. Herodes y su ejército también participaron en las victoriosas campañas de Antonio contra Partia que se produjeron al mismo tiempo. Por último, cuando Octavio derrotó a Antonio en Actium en 31 a. C., Herodes realizó su famoso peregrinaje hacia Octavio para cambiar de bando una vez más. Tras convencer al emperador de que sería tan leal con él como lo había sido con Antonio, Octavio aceptó su amistad. Le concedió a Herodes ciertas ciudades de Palestina que los romanos consideraban en aquellos momentos súbditas suyas o de la fallecida reina de Egipto.

Herodes apoyó a sus amigos romanos con tropas cuando se lo pidieron, y promovió de muchas maneras los intereses de aquellos. A cambio, Herodes recibió los medios para derrotar a sus rivales dinásticos y agrandar su reino. Su historia entremezcla inextricablemente la política judía y la guerra civil romana con la política internacional y regional. El imperio romano, precisamente a través de estas complejas relaciones, consiguió lidiar con las amenazas internas y foráneas, que en este sistema no son siempre fáciles de separar. Sin duda, el sistema funcionaba mejor en la medida en que todas las partes se beneficiaban.

Tras la muerte de Herodes, su reino quedó dividido entre sus cuatro hijos supervivientes hasta el año 6 d. C.[39] En aquel entonces, en plena agitación civil, los romanos depusieron a Arquelao y establecieron como prefectura de Judea una parte del reino de Herodes que incluía Jerusalén. No obstante, los hijos de Herodes continuaron gobernando el resto. En 41, el emperador Claudio concedió al nieto

de Herodes, Agripa I, la soberanía de todo el reino antaño gobernado por Herodes. Tras la muerte de Agripa I en 44 d. C., Claudio sometió la mayor parte de este territorio a un procurador romano de rango ecuestre, con la particularidad de que Agripa II, hijo de Agripa I continuó gobernando parte de Galilea. Ésta es la situación de la que más sabemos en la provincia, aunque desconocemos si su historia fue más complicada que la de otros lugares. Pero sin duda, una definición de imperio que se base principalmente en el control directo militar o burocrático no capta la esencia de la situación. Sólo podrá reflejarla aquella que tome en consideración las dinámicas relaciones entre el estado de Roma, los individuos romanos y las élites locales.

La ventana que permite acceder a una provincia que llevaba largo tiempo bajo el gobierno romano directo, es decir, sometida a un gobernador romano, son los discursos que registran la acusación de Cicerón a su gobernador corrupto Gayo Verres en 70 a. C. En aquella época, Sicilia había sido parte del imperio romano durante casi dos siglos. Las alocuciones de Cicerón *Contra Verres* revelan la complejidad de las relaciones de Roma con Sicilia y de los lazos sociales que unían a la clase dirigente romana con su clase dirigente urbana indígena y helenizada.

Gran parte de la provincia pagaba una décima parte de su cosecha de cereales como tributo. El contrato para recaudar el impuesto se vendió en Sicilia a corporaciones locales; se trataba del mismo sistema, o por lo menos parecía serlo, que imperaba bajo el último rey de Siracusa, Hierón II, que gobernó durante las dos primeras guerras púnicas. En sus largos discursos Cicerón hace referencia a la «ley de Hierón» con reverencia, como una institución para la que la falta de respeto equivalía a un flagrante mal gobierno. Además, cinco ciudades estaban exentas de impuestos, dos pagaban por su cuenta sin contratos, y los contratos para recaudar impuestos de algunas ciudades se vendieron en Roma, un acuerdo poco ventajoso para ellas.[40] Las condiciones de las relaciones de cada comunidad con Roma reflejaban las circunstancias de su participación en la primera guerra púnica o en posteriores conflictos, o su relación con los protectores romanos individuales. Los Claudi Marcelli y el propio Cicerón se consideraban

protectores de la provincia en su totalidad; Cicerón califica a los sicilianos de «aliados y amigos del pueblo romano y parientes próximos míos». Algunas ciudades individuales, como Segesta, Siracusa y Mesana, tenían relaciones con determinadas familias artistócratas.[41] Personajes de la élite helenizada de Sicilia gozaban también de relaciones especiales con senadores romanos que continuamente emergen en el curso del proceso; el más frecuentemente mencionado es *hospitium*. Es un dato especialmente concluyente el hecho de que puedan extraerse pruebas contra Verres, en interrogatorio, de su propio *hospes*, Heius de Mesana, o de que presidió la injusta condena de otro de sus *hospites*, Stenius de Thermae.[42]

No había ejército romano en Sicilia. Cuando Verres necesitó tropas de choque para llevar a cabo sus maniobras de extorsión, acudió a la guardia de esclavos del templo local de Afrodita en Érix, cuya tarea habitual consistía en proteger el tesoro del templo.[43] Aceptó sobornos de corporaciones tributarias locales y de aristócratas contendientes que pleiteaban con sus enemigos en su tribunal.[44] Personajes sicilianos viajaron a Roma en busca de compensación y las ciudades enviaron delegaciones en defensa de sus causas a sus protectores y contactos en el Senado, ante los que habían de ser juzgados.[45] El gobierno de Verres fue corrupto y avaricioso, pero fueron precisamente sus relaciones sociales dentro y fuera de Sicilia las que permitieron que quedara impune. Cicerón no hace mención a la insurgencia en este período y define a los sicilianos, en términos paternalistas, como un pueblo dócil e infantil.[46] Una explicación más plausible del bajo nivel de insurgencia en Sicilia en tiempos de Cicerón, si esta definición es exacta, es la densidad de las relaciones entre la clase dirigente local y la aristocracia romana, que los discursos de Cicerón ilustran a la perfección.

¿Qué es, pues, la insurgencia y qué es la contrainsurgencia? Una forma de considerar la insurgencia, resistencia y bandolerismo es la de ver estos fenómentos como zonas o agujeros atenuados en la red de relaciones sociales que unían a todo el imperio y lo vinculaban a la aristocracia senatorial y al emperador. En otros casos uno de los nódulos de la red, es decir, un reyezuelo, un aristócrata romano o un

comandante auxiliar, podía tirar de los hilos en otra dirección, activando un nuevo grupo de conexiones con objetivos contrapuestos a los de las conexiones dominantes. Las relaciones exteriores, la política local y las rivalidades internas de la clase dirigente romana operaban inextricablemente unidas o contrarias unas a otras.

Los romanos negociaban diplomáticamente con reyezuelos, jefes tribales, bandidos y nómadas.[47] Pagaban subsidios y firmaban tratados. Concedían la ciudadanía, títulos o apoyo militar. Formaron una infinita variedad de relaciones personales que vinculaban a la clase dirigente romana con los aristócratas y poderosos del lugar. Cuando esta red social fallaba, como a menudo sucedía, gobernaban por la fuerza. Ocupaban territorio, en algunos casos densamente. Libraban importantes guerras contra los rebeldes y se enorgullecían al derrotarlos con su disciplina, tenacidad e ingeniería militar superiores. Combatían a los bandidos con patrullas, partidas y ocasionales campañas militares. Aterrorizaban a los súbditos rebeldes con cruentas represalias. Es difícil saber si estas últimas daban resultado. El imperio romano perduró durante mucho tiempo, pero en ningún período se vio libre de la insurgencia ni del bandolerismo. No obstante, mi argumento no versa sobre la eficacia o ineficacia del ejército romano, sino de que el aspecto militar de la insurgencia y contrainsurgencia, y del propio imperio, no es más que la punta del iceberg. Los romanos gobernaron porque sus relaciones sociales llegaban a todas partes, o por lo menos llegaban muy lejos. Estas relaciones podían ser manipuladas por cualquiera. Posiblemente la manera más efectiva de imaginarse el imperio es la de presuponer una dinámica red de relaciones en la que todos los actores persiguen enérgicamente sus propios intereses: una red que puede tener huecos y agujeros, y en la que también operan redes alternativas conectadas indirectamente con la dominante.

En su política exterior, Estados Unidos se enfrenta a problemas similares a los de todos los imperios antiguos y modernos. En particular, la ocupación de territorio al otro lado del mar siempre resulta cara y difícil, y el poder «gobernante» siempre gobierna como una pequeña minoría. En la última década se ha puesto de moda recurrir

al imperio romano en busca de lecciones aplicables a los tiempos modernos. Algo de esto se ha filtrado fuera de las universidades y de los círculos de poder impregnando la cultura popular.[48] Las insalvables diferencias económicas, tecnológicas (imaginemos a los romanos con armas nucleares), demográficas y sociales entre los mundos moderno y premoderno convierten esta búsqueda de lecciones en una actividad harto complicada, y no todo el mundo coincide en que la analogía sea apropiada o que el esfuerzo académico esté justificado. Yo misma expresé mi escepticismo al respecto.[49] Pero cuando me piden que comente las lecciones prácticas que ofrece la historia romana, mi respuesta, con estas salvedades, se centra en el papel fundamental que desempeñaron las instituciones sociales para mantener unido el imperio romano. Los romanos gobernaron porque, como «estado» colectivo y como individuos, la red de dependencias, favores debidos y relaciones negociadas de la clase dirigente se extendía por todas partes. Allí donde esta red social romana no llegaba, o donde parte de la clase dirigente decidía desplegar su propia red en contra de los intereses de la otra parte, surgían los problemas. Roma tuvo éxito porque utilizó, o construyó, un lenguaje social y cultural común con las élites de los territorios sometidos, y porque muchos elementos poderosos de aquellas poblaciones consideraron que convenía a sus intereses reconocer la autoridad romana. El paralelo moderno más cercano puede ser la «aldea global» creada por la tecnología de las telecomunicaciones, las instituciones financieras, el libre comercio y los gustos e intereses del consumidor que unen hoy en día a las comunidades internacionales. Una tendencia prometedora para la política exterior en el futuro sería la de concentrarse en los intereses económicos y culturales compartidos en lugar de hacerlo en la ideología.

8

Guerras de esclavos en Grecia y Roma

Barry Strauss

Carnicerías de civiles, carismáticos líderes religiosos proclamando reinados de terror, insurgentes superando con creces a soldados regulares, legionarios persiguiendo a esclavos huidos a las colinas, hileras de cruces bordeando los caminos con los cadáveres de los insurgentes capturados, santuarios erigidos después a la martirizada memoria de un caballero rebelde: algunas de estas imágenes resultan familiares, otras no; algunas fueron popularizadas por Hollywood, otras «extraídas de los titulares», como dice la prensa sensacionalista. Son imágenes reales de antiguas revueltas de esclavos. Sin embargo, a excepción en un período de setenta años a finales de la república romana, desde aproximadamente 140 hasta 70 a. C., las revueltas de esclavos fueron acontecimientos poco habituales en el mundo antiguo.

Esto puede parecer extraño, porque la esclavitud desempeñó un papel preponderante en la economía de Grecia y Roma. Millones de hombres y mujeres en torno al antiguo Mediterráneo vivieron y murieron encadenados. La mayoría de ellos se reconcilió con la verdad banal del esclavismo; algunos encontraron una vía de escape en la manumisión, que era más común en las sociedades antiguas que en las modernas sociedades esclavistas. Otros respondían al maltrato y a la humillación con actos cotidianos de resistencia. Los esclavos se comportaban mal, manipulaban a su amo, huían o, simplemente, aceptaban su destino y se adaptaban. No obstante, la rebelión, es

decir, las insurrecciones armadas y colectivas en busca de la libertad, fue excepcional.

Espartaco, el gladiador rebelde cuya revuelta puso a Italia en vilo entre 73 y 71 a. C, fue tan insólito como famoso es hoy. Como veremos, se produjeron unas condiciones especiales que hicieron del período final de la república la edad de oro de las antiguas guerras de esclavos. Durante el resto de la Antigüedad, pocos esclavos estuvieron dispuestos a arriesgar lo que tenían en una guerra contra las legiones romanas o las falanges griegas; y muchos menos aún tenían el conocimiento o la oportunidad de luchar en un ejército rebelde, por no hablar de reclutar uno. No obstante, los señores se preocupaban igualmente, y la relativa escasez de revueltas refleja en proporción inversa la atención que los señores dedicaban a la seguridad. La opinión de las élites griega y romana exigía constante vigilancia por parte de las personas libres contra la violencia de los esclavos. Los amos tomaban una serie de precauciones de sentido común que iba desde no comprar invididuos tenaces como esclavos hasta mantener separados a los esclavos de la misma nacionalidad para evitar que hiciesen causa común.

Aun así, estallaban revueltas, incluso en períodos distintos al de finales de la república. Antes de proceder a su descripción debemos definir los términos, porque la esclavitud antigua no era una institución monolítica. En el mundo antiguo había diversos tipos de mano de obra no libre. Los dos principales eran la esclavitud-mercancía y servidumbre comunal.[1] La esclavitud-mercancía es la idea corriente de esclavitud, conocida hoy en día por lugares como el sur de América, el Caribe o Brasil, en la que se importan personas del extranjero y se compran y venden como objetos. La servidumbre comunal hace referencia a la esclavización de grupos enteros, ya sea dentro de una comunidad o entre diferentes comunidades. En aras de una mayor claridad, muchos estudiosos denominan siervos a los esclavos comunales, aunque las condiciones de la servidumbre comunal eran más duras que las del vasallaje medieval. A los siervos, por ejemplo, no se les podía matar sin una causa, mientras que a las víctimas de la servidumbre comunal, sí. No obstante, los antiguos tendían a tratar a los

esclavos-mercancía con mayor desprecio que a los de servidumbre comunal; por consiguiente, la distinción entre siervo y esclavo no está demasiado clara.

En la Grecia clásica y helenística y en la Roma republicana e imperial la esclavitud-mercancía estaba muy extendida. Atenas y otras ciudades-estado como Egina y Quíos, junto con diversas partes de Anatolia, eran centros de esclavitud griega, mientras que Italia y Sicilia y las minas españolas eran focos de esclavitud romana. Antes de ser destruida por Roma en 146 a. C., Cartago fomentó también la esclavitud a gran escala en el norte de África. La servidumbre comunal fue en un principio un fenómeno griego, que funcionaba en Tesalia, Creta y Argos, pero el ejemplo más conocido fue el de los ilotas en Esparta. Eran dos grupos regionales, conquistado cada uno de ellos por separado por Esparta: los ilotas de Laconia (controlados por los espartanos), en el sureste del Peloponeso, y los ilotas de Mesenia (controlados por los espartanos), en el suroeste.

Es preciso un comentario preliminar acerca de las fuentes. La guerra antigua está relativamente bien documentada, pero no se puede decir lo mismo de las antiguas revueltas de esclavos. Se conserva muy poca documentación. En parte se debe a la mala suerte, pero probablemente refleja también una falta de interés al respecto por parte de la antigua élite. Las guerras de esclavos se consideraban despreciables. No había honor alguno en su conquista, una verdad que los romanos reconocieron al negarse a conceder el triunfo a un general simplemente por haber ganado una guerra de esclavos.Tampoco había posibilidad de botín, puesto que los comandantes no toleraban el saqueo en territorio amigo. Un último problema era el de la paradoja de la guerra contra esclavos, en la que matar al enemigo era contraproductivo, porque destruía la propiedad de los propios compatriotas. Perder frente a los esclavos era, sin duda, intolerable.

Otro aspecto acerca de las fuentes es que prácticamente todas presentan el punto de visto del amo. No podemos hacer más que conjeturas sobre los planes o motivos de los rebeldes basándonos en nuestros conocimientos. Lo mismo ocurre con el estudio de la esclavitud incluso en períodos más modernos de la historia.

Tratar sobre las guerras de esclavos es enfrentarse a dos fenómenos diferentes: rebeliones de esclavos-mercancía y rebeliones de siervos comunales. Las insurrecciones de estos últimos tenían la ventaja de una nacionalidad común y raíces locales que se remontaban generaciones atrás. Era más probable que hubiesen servido en el ejército o en la armada de sus amos, normalmente sólo como sirvientes o remeros, pero a veces como soldados, cosa que no ocurría con los esclavos-mercancía.[2] Al representar una potencial espada junto a su amo, los siervos podían conseguir el apoyo de los enemigos de sus amos en el extranjero. Como rebeldes, los esclavos-mercancía tenían todas las desventajas correspondientes: heterogeneidad, alienación, relativa falta de experiencia militar y la improbabilidad de obtener ayuda foránea. No obstante, gozaban de una gran ventaja sobre los siervos comunales: la sorpresa. La escasa frecuencia de las revueltas de esclavos-mercancía a veces hacía que los amos se confiasen y bajasen la guardia. Posiblemente el bajo estatus de estos esclavos también jugaba a su favor, porque restaba entusiasmo a sus amos a la hora de combatir contra un enemigo tan «indigno» y tan ostensiblemente débil.

Las revueltas de siervos comunales eran habituales en la Grecia clásica. Según Aristóteles, los *penestai* (esclavos comunales) de Tesalia y los ilotas de Esparta se rebelaban a menudo.[3] Sabemos poco sobre Tesalia y bastante sobre Esparta. Diversos autores antiguos detallan las medidas de seguridad que adoptó Esparta contra la revuelta de los ilotas, desde cerrar con llave sus puertas (y sacar las correas de sus escudos mientras estaban en campaña) hasta declarar anualmente la guerra a los ilotas o soltar adiestrados reclutas militares espartanos de dieciocho a veinte años en el campo ilota. Los que representaban una mayor amenaza eran los ilotas de Mesenia, más que los de Laconia. En torno a 670 a. C. se levantaron en una oscura revuelta conocida como la segunda guerra mesenia (la primera guerra mesenia, *c.* 735 a. C., marca la conquista espartana de Mesenia) y en una insurrección un poco mejor documentada conocida como la tercera guerra mesenia, en torno a 464 hasta 455 a. C.[4]

La tercera guerra mesenia terminó *c.* 455, cuando Esparta concedió a los insurrectos un salvoconducto para abandonar sus baluartes;

Atenas, rival de Esparta, los estableció en la ciudad de Naupacto, en la orilla norte del golfo de Corinto, una estratégica base naval. En 425, Atenas fundó un fuerte en Pilos, en la costa de Mesenia, y utilizó a los mesenios de Naupacto para asaltar el territorio y alentar a los ilotas huidos. En 424 y 413 Atenas creó otras bases en territorio espartano con el objetivo de alentar la deserción ilota. La plena libertad para los ilotas mesenios llegaría con la invasión del Peloponeso por parte del ejército beocio en 369, que liberó Mesenia y restableció Mesene como capital de la ciudad-estado independiente tras unos 350 años de control espartano.

Comparadas con las revueltas de siervos comunales, las de los esclavos-mercancía eran poco frecuentes. La historia griega proporciona tan sólo tres ejemplos documentados de semejantes revueltas: una en la isla de Quíos, dirigida por un tal Drimaco, probablemente en el siglo III a. C.; otra en Atenas, Delos y otros lugares en torno a 135-134 a. C.; y una tercera en Atenas alrededor de 104-100 a. C. En la historia griega fue mucho más frecuente el fenómeno de estados o rebeldes que ofrecían la libertad a los esclavos-mercancía a cambio de su apoyo, de la misma manera que Atenas ofreció la libertad a los ilotas espartanos durante la guerra del Peloponeso. Durante los últimos años de la guerra del Peloponeso (431-404 a. C.), por ejemplo, más de 20.000 esclavos atenienses escaparon hacia el fuerte peloponesio de Decelia, en las colinas de la frontera norte de Atenas.[5] Los espartanos, que erigieron el fuerte, solamente se estaban vengando de la ayuda prestada por los atenienses a la rebelión de los ilotas mesenios de Esparta. A propósito, algunos de los fugitivos atenienses huyeron del fuego para caer en las brasas, puesto que fueron «comprados a buen precio» por los tebanos al otro lado de la frontera con Atenas.[6]

Otros ejemplos de rebeldes o de estados que prometían liberar a los esclavos incluyen lo que parece haber sido un intento de golpe de estado por un tal Sosístrato en Siracusa en 415-413 a. C.; ofertas de libertad a los esclavos en las guerras contra los romanos por parte de Siracusa en 214, por la Liga Aquea en 146, y por Mitrídates VI Eupátor de Ponto en 86 y, nuevamente, en 65 a. C.; una revuelta nacionalista con-

tra Roma en Macedonia dirigida por Andrisco en 149-148 a. C. que parece que tuvo cierto apoyo de los esclavos; y una insurrección similar en Anatolia por parte de Aristónico de Pérgamo en 133-129 a. C.

Por lo que a la historia romana se refiere, las fuentes de las revueltas de esclavos-mercancía son algo mejores, aunque apenas presentan detalles. Se conocen levantamientos desde los primeros días de la república, pero el primer informe de confianza hace referencia a una rebelión de esclavos en el centro de Italia en 198 a. C., una insurrección de prisioneros de guerra cartagineses esclavizados, capturados durante la recién acabada segunda guerra púnica (218-201 a. C.). Hay constancia de otras muchas insurgencias de esclavos en el sur de Italia (y en un caso en el centro de Italia) en la década de 180 y en torno a 104 a. C. Varios de estos levantamientos eran revueltas de pastores, en algunos casos probablemente inspiradas por rituales religiosos extáticos. Algunos de estos incidentes implicaron a miles de rebeldes, pero quedaron empequeñecidos por los acontecimientos posteriores.

Las grandes insurrecciones de esclavos, en las que estaban involucradas varias decenas de miles de rebeldes, estallaron primero en Sicilia y después en Italia entre 140 y 70 a. C. Se trata de la primera y la segunda guerras sicilianas de esclavos (135-132 y 104-100 a. C., respectivamente) y la rebelión de Espartaco (73-71 a. C.). Éstas fueron las mayores guerras de esclavos del mundo antiguo; de hecho, figuran entre las principales guerras de esclavos de la historia. Se produjeron en un espacio de setenta años y estuvieron enmarcadas en una zona geográfica relativamente pequeña, pero si consideramos que Espartaco trató de extender la rebelión desde el sur de Italia hacia Sicilia todavía resulta más pequeña. Separadas entre sí por un intervalo de unos veinte a treinta años, representan aproximadamente tres generaciones de revolución.[7]

Exageradas en cuanto a su trascendencia por los estudiosos marxistas y empequeñecidas en la mayoría de relatos «burgueses» de finales de la república por otros acontecimientos, las grandes guerras romanas de esclavos fueron verdaderamente importantes. El fracaso de Roma al no poder sofocar la primera revuelta siciliana contribuyó

a fomentar un sentimiento de crisis militar que alentó las reformas de Tiberio Graco, que a su vez iniciaron la revolución romana.[8] La incapacidad de Roma de detener a Espartaco potenció las trayectorias de los generales de carrera que representaban la mayor amenaza para la república. Al convertir el campo en una región insegura, los esclavos rebeldes impulsaron el sentimiento de inestabilidad, lo que hizo que los romanos estuviesen dispuestos a dar un vuelco al estado y ponerlo en manos de los césares.

Ni el tiempo ni la localización de las grandes guerras de esclavos fueron fruto de la casualidad. Entre los años 300 y 100 a. C. emergió una nueva economía esclavista en la Italia romana y en Sicilia. Alentada por sus conquistas militares en torno al Mediterráneo, Roma inundó Italia de mano de obra no libre. En el siglo I a. C. había aproximadamente entre un millón y un millón y medio de esclavos en la península, y constituían probablemente el 20 por 100 de la población de Italia. Un elevado porcentaje de aquellos esclavos habían sido arrancados de su estado de libertad. Las fuentes del suministro de esclavos eran los comandantes romanos, los empresarios locales y traficantes de esclavos, y los piratas. Estos últimos proliferaban en el Mediterráneo oriental en torno a 100 a. C. y entraron masivamente en el comercio de esclavos. De la misma manera que los cárteles criminales de hoy en día trasladan la droga a través de las fronteras internacionales, los piratas traficaban con personas, víctimas inocentes de secuestros que eran vendidas como esclavas.

A pesar de que algunos esclavos de Roma ejercían actividades urbanas, la mayoría realizaba tareas agrícolas, un ámbito en el que predominaban las grandes empresas. Las dos principales unidades de producción agrícola eran las granjas y las haciendas, ambas manejadas por esclavos. Sicilia y el sur de Italia, especialmente Campania, eran los principales centros de agricultura de esclavos. La campiña de estas regiones rebosaba de esclavos.

Sin percatarse, Roma creó el escenario para la rebelión rompiendo todas las reglas. Combinó la explotación en masa con una escasa atención a la seguridad. A pesar de que los autores antiguos desde Platón y Aristóteles hasta Varro y Columela advirtieron contra la

concentración de esclavos de una misma nacionalidad, los romanos descargaron y reunieron ingentes cantidades de esclavos procedentes del Mediterráneo oriental. Aunque eran originarios de diferentes países, la mayoría de ellos hablaba una misma lengua, el griego. Los romanos permitieron también grandes concentraciones de tracios y celtas, por ejemplo, en los barracones de los gladiadores donde se gestó la revuelta de Espartaco. Éste era tracio y otros dos líderes, Crixo y Enomao, eran celtas.

Asimismo, la vigilancia de los esclavos no era adecuada. Las fuerzas policiales públicas eran primitivas o inexistentes. Los esclavos de las granjas estaban sometidos a un régimen de seguridad bastante estricto a base de cadenas y barracones, pero en las haciendas las cosas eran distintas. Los pastores de ganado, ovejas, cerdos y cabras eran libres para llevar sus rebaños de un pasto a otro. Se trasladaban desde las montañas en verano hacia las llanuras en invierno. Su conocimiento de las zonas aisladas y despobladas los convertía en expertos a la hora de esconderse de las autoridades. Estos pastores tenían permiso para llevar armas debido al peligro que suponían los bandidos, los osos y los jabalíes. Muchos esclavos eran diestros con las armas, puesto que muchos de ellos eran prisioneros de guerra que habían sido adiestrados en ejércitos extranjeros. Espartaco, por ejemplo, había servido como auxiliar en el ejército romano (es decir, combatió en una unidad aliada, probablemente como soldado de caballería) antes de que de alguna manera entrase en conflicto con la ley y terminase siendo esclavo. Sin duda, durante su vida en libertad, otros esclavos habían acumulado experiencia como oradores u organizadores en la vida pública. También los esclavos alguaciles tenían dotes organizativas, y algunos de ellos se unieron a los rebeldes. Athenion, por ejemplo, uno de los líderes de la segunda revuelta siciliana, era un exalguacil.

Abandonados a su suerte para hallar su propio sustento, algunos pastores sicilianos esclavos formaron bandas y se dedicaron al bandolerismo. Al concentrar esclavos de la misma nacionalidad o lengua, muchos de ellos antiguos soldados, y darles relativa libertad e incluso armas, así como acceso a los escondites de las montañas, Roma estaba jugando con fuego.

Es posible que los lectores traten de encontrar una ideología antiesclavista que actuase como impulsora de las antiguas revueltas de esclavos. Los movimientos modernos como el abolicionismo y las primeras luchas por eliminar el tráfico de esclavos, la guerra civil americana y, sobre todo, la apropiación marxista de Espartaco como símbolo de revolución proletaria, han creado esta expectativa. No obstante, como varios estudiosos han señalado, dicha ideología está ausente en casi todas las antiguas revueltas de esclavos. Tenemos constancia de unas pocas personas que en principio se oponían a la esclavitud. Entre ellas figuran filósofos griegos (las fuentes sólo mencionan a uno de ellos, el poco conocido Alcidamas), quizá un par de grupos marginales de judíos, por lo menos un padre de la Iglesia cristiana, Gregorio de Nisa, y acaso ciertos grupos cristianos heréticos. Por lo demás, no se conoce ninguna doctrina abolicionista, ni entre los ciudadanos libres ni entre los esclavos.[9]

Naturalmente, los esclavos rebeldes buscaban su libertad. Aquellos que se rebelaron en la primera guerra siciliana se lamentaban del trato cruel y humillante. El Luis XVI y la María Antonieta de la revuelta fueron los propietarios de esclavos Demófilo de Enna y su esposa Metallis (o Megallis), cuyos crueles castigos provocaron el estallido de la violencia de los esclavos. Demófilo poseía inmensas haciendas de ganado y era famoso por el vulgar alarde que hacía de su riqueza, y Metallis tenía reputación de tratar a sus sirvientas con gran brutalidad. Una vez, cuando se le acercaron unos esclavos desnudos pidiendo ropas, Demófilo les dijo que robasen las capas de los viajeros, una observación al estilo «que coman pasteles», si es que fue así.[10] Cuando estalló la revolución, esposa y marido fueron apresados en el campo y conducidos a rastras, atados y encadenados hasta Enna, donde fueron exhibidos ante una multitud en el teatro. Demófilo fue ejecutado allí, sin juicio alguno; Metallis fue torturada por sus esclavas y arrojada por un acantilado. Sin embargo, su hija adolescente fue respetada porque siempre había tratado a los esclavos con compasión.

Si la primera guerra surgió por los castigos excesivos, la segunda guerra siciliana de esclavos fue provocada por la falsa esperanza crea-

da por los romanos. En respuesta a una queja de un importante aliado de Anatolia, los romanos decidieron ofrecer la libertad a los esclavos secuestrados. Las primeras audiencias realizadas por el gobernador de Sicilia liberaron a varios centenares de esclavos, pero entonces los sicilianos ricos propietarios de esclavos utilizaron su influencia para detener el proceso. Sin darse cuenta, estimularon otra importante insurrección servil.

Otro ejemplo ilustrativo: en 73 a. C., cuando Espartaco y sus seguidores escaparon de los barracones de gladiadores donde estaban cautivos, lo hicieron, según un autor, tras decidir «arriesgarse por la libertad en lugar de ser exhibidos a los espectadores».[11] Según este relato, la libertad y la dignidad fueron sus motivaciones, pero en ningún momento se menciona un deseo más general de liberar a todos los esclavos. Al parecer, tampoco lo intentaron. De hecho, Espartaco y sus hombres liberaron principalmente a gladiadores y esclavos rurales, y pocos de sus seguidores procedían del grupo más laxo y de élite de esclavos urbanos.

En ocasiones se percibe un destello de lo que podría haber sido una ideología más amplia. La revuelta de Aristónico en Anatolia (133-129 a. C.) llama la atención porque movilizó a los pobres, a los no griegos y a los esclavos, a quienes liberó; los llamó a todos *heliopolitanos* («ciudadanos del Sol»).[12] El filósofo griego Yámbulo (posiblemente del siglo III a. C.) había escrito una utopía llamada *Heliópolis* («Ciudad del Sol»), una sociedad de castas en la que posiblemente no había esclavitud, aunque los pocos fragmentos conservados de estas obra no lo dejan del todo claro.[13] Quizá el propio Aristónico tuviera una utopía en mente, o quizá no fuera más que propaganda para conseguir apoyo.

Es también significativo que Espartaco insistiera en compartir el botín de forma equitativa entre sus partidarios en vez de quedarse con la mejor parte. Este comportamiento responde más a una política inteligente que a un incipiente comunismo. El igualitarismo no estaba presente en las rebeliones sicilianas de esclavos, cuyos líderes se declaraban reyes, incluyendo diademas y túnicas moradas. Espartaco no adoptó realeza alguna, pero permitió los símbolos de los altos

cargos de la república romana como las fasces, símbolo del poder de mando, incluyendo la pena capital.

No hay que descartar por completo una hostilidad generalizada contra la esclavitud por parte de los rebeldes, a pesar de que las fuentes no lo demuestren, porque están llenas de lagunas y escritas desde el punto de vista de los amos.[14] No obstante, no es probable que existiese semejante ideología, porque el mundo precristiano de Grecia y Roma carecía de ideologías movilizadoras de liberación universal. Tampoco había en la Antigüedad nada que combinase, como más tarde lo hizo el marxismo, una visión utópica secular con una ideología internacional. Las revoluciones tendían a ser más locales y pueblerinas.

De la misma manera, contenían fuertes elementos de mesianismo.[15] La religión siempre había desempeñado un importante papel en la antigua política, desde el uso de oráculos por parte de Temístocles para movilizar a los atenienses en Salamina hasta la deificación de sus emperadores por parte de los romanos. No obstante, los líderes de las revueltas de esclavos fueron más lejos y se autoproclamaron representantes de los dioses en la tierra, si no dioses mismos. En cuanto a las antiguas revueltas de esclavos, un liderazgo carismático era lo primero y primordial.

Un esclavo rebelde con los dioses de su parte fue Drimaco (probablemente del siglo III a. C.). Anunció a los ciudadanos de Quíos que la insurrección de los esclavos no era un simple acontecimiento laico sino el resultado de un oráculo divino. Estuvieron de acuerdo con él, por lo menos póstumamente. La rendición voluntaria de Drimaco ante la petición de ejecución no aportó más que frustración a los amos porque condujo a un incremento de ataques rebeldes en sus propiedades. Así pues, construyeron un santuario al héroe Drimaco en el campo y lo dedicaron al Héroe Bondadoso. Cuatrocientos años después, en el siglo II d. C., los esclavos huidos seguían llevándole una parte de lo que robaban. Entretanto, Drimaco se aparecía supuestamente en los sueños de los quianos para liberarlos y les avisaba de una inminente revolución de esclavos; después de esto también ellos llevaron ofrendas a su lugar sagrado.[16]

Los líderes de la primera y segunda guerras sicilianas de esclavos aseguraban tener una comunicación directa y personal con los dioses. En la primera guerra (135-132 a. C.), Euno, un esclavo de habla griega de la ciudad siciliana de Enna, animó a los esclavos descontentos a rebelarse. Nativo de la ciudad siria de Apamea, afirmaba tener visiones divinas en sus sueños y recitaba mensajes proféticos. Su plato fuerte era entrar en estado de trance, echar fuego por la boca (utilizando un truco con un caparazón hueco y brasas), y pronunciar todavía más profecías. Proclamado rey por los rebeldes, adoptó el nombre de coronación de Antíoco, igual que el monarca seléucida, e hizo acuñar monedas con este nombre. Dichas monedas muestran la imagen de una diosa, quizá la diosa griega Deméter o la inmensamente popular Diosa Madre de Oriente, o ambas.

Los rebeldes de la segunda guerra siciliana de esclavos (104-100 a. C.) eligieron como rey a un tal Salvio, conocido por tocar música extática en su flauta en las fiestas religiosas de las mujeres y como profeta. Adoptó el nombre de coronación de Trifón, que recordaba a un aventurero cilicio que había reclamado el trono de Siria en torno a 140 a. C., que sin duda atrajo a los numerosos cilicios de la población esclava de la isla. Otro líder de esta revuelta, Atenión, fue famoso por su habilidad como astrólogo.

Dionisio también cobró importancia en las revueltas de esclavos. Además de ser el dios del vino y del teatro, Dionisio fue el dios de la liberación. No era grato a los romanos. En 186 a. C. el Senado romano declaró que los grupos dionisíacos extendidos por toda Italia ocultaban una conspiración. En un ambiente desenfrenado, el Senado expulsó a los romanos de este culto y sólo permitió que adorasen al dios las mujeres, los extranjeros y los esclavos. Dionisio quedó relegado a los indefensos de Italia, y éstos lo acogieron. En 185-184, los pastores esclavos de Apulia, el tacón de la «bota» italiana, se sublevaron, y según las fuentes reivindicaron a Dionisio como patrón. Las dos revueltas sicilianas de esclavos invocaron a Dionisio.[17] Mitrídates VI Eupátor de Ponto, que se levantó contra Roma en 88-63 a. C., se llamó a sí mismo «nuevo Dionisio» y acuñó monedas mostrando a Dionisio y las uvas en una cara y la gorra de un esclavo liberado en la otra.

La revuelta de Espartaco (73-71 a. C.) combinó Dionisio y profecía con un toque añadido de poder de una gran estrella. Como gladiador, Espartaco ofrecía una figura imponente. Era un hombre «de enorme fuerza y espíritu», lo cual era probablemente algo más que una descripción estereotipada: los gladiadores eran seleccionados por su envergadura y fuerza, y Espartaco era un *murmillo*, es decir, un peso pesado.[18] Además era tracio, un pueblo conocido por su tamaño amenazador.

Los tracios tenían fama de fervor religioso, y Espartaco no decepcionó. Tenía una «mujer» tracia (esposa o novia) que entraba en trance inspirada por Dionisio.[19] Como deidad flexible, Dionisio era, en uno de sus muchos aspectos, el dios nacional de Tracia. Sin duda esto añadía credibilidad a las profecías que pronunciaba la mujer de Espartaco. Cuando fue vendido por primera vez como esclavo en Roma, una serpiente se enroscó alrededor de su cara mientras él dormía, o eso era lo que se decía. Puesto que las serpientes no se enroscan alrededor de las caras de los hombres mientras duermen, o bien fue un sueño o bien un milagro. En cualquier caso, la mujer tracia lo anunció como «una señal de un gran poder aterrador» y predijo que Espartaco tendría un final afortunado (o, en algunos manuscritos, desafortunado).[20] Puede que se perciba un eco de la propaganda de la mujer tracia en la afirmación de un poeta romano posterior de que Espartaco «rugió por todos los rincones de Italia con espada y fuego, como un adorador de Dionisio».[21]

Desde Quíos hasta Sicilia e Italia, el carisma inspiró a los seguidores del jefe rebelde. De hecho, necesitaban inspiración, porque las antiguas rebeliones de esclavos siempre representaban el triunfo de la esperanza sobre el realismo. El enemigo tenía los recursos de un estado a su disposición, mientras que los insurgentes tenían pocas posibilidades de éxito a la larga contra un enemigo decidido. No obstante, utilizando la sorpresa y tácticas poco convencionales podían alcanzar victorias a corto plazo a veces espectaculares. Espartaco y sus hombres, por ejemplo, salieron a hurtadillas de su campamento en el monte Vesubio descolgándose sigilosamente con cuerdas que ellos mismos habían trenzado con las parras locales y tomaron, me-

diante un ataque sorpresa, un campamento del ejército romano que estaba poco vigilado.

Una de las consecuencias inherentes a la situación de los rebeldes es que fueran a la zaga de objetivos fáciles, es decir, de los civiles. La venganza era un motivo poderoso que conducía al abuso sexual, a la tortura, a la mutilación y al asesinato de los amos que habían maltratado a los esclavos. La avaricia también era otro motivo que provocaba saqueos y destrucción de la propiedad por todas partes.

Normalmente los rebeldes carecían de armas, de alimentos y de otras provisiones. Euno, líder de los esclavos sicilianos, armó a sus hombres con herramientas de labranza como hachas y hoces; los partidarios de Espartaco iniciaron su rebelión con cuchillos de cocina y espetones para asar. Ambos grupos continuaron después fabricando armas caseras como escudos trenzados con parras y lanzas endurecidas al fuego; más adelante saquearon armas de los prisioneros romanos y de los cadáveres. Derritieron también sus cadenas y las martillearon hasta convertirlas en armas y corazas. De forma menos poética, los hombres de Espartaco compraron hierro y bronce para confeccionar armamento.

A pesar de que no pocos esclavos tenían experiencia militar, puesto que muchos eran ex prisioneros de guerra, los ejércitos rebeldes carecían de la cohesión que surge del entrenamiento conjunto. A menudo presentaban una heterogeneidad lingüística o étnica que dificultaba la comunicación, por no decir la solidaridad. Se enfrentaban también al problema de establecer un campamento en territorio hostil sin una base urbana amurallada.

El enemigo, dado que normalmente contaba con hombres bien armados y bien entrenados que estaban habituados a combatir juntos y preparados para librar batallas campales, constituía una fuerza que los rebeldes no podían esperar vencer en combate regular. O más exactamente, un enemigo al que a la larga no podrían llegar a derrotar. De hecho, al principio los ejércitos rebeldes podían obtener victorias en batallas campales mientras todavía superaban en número a los romanos y se enfrentaban a legiones no entrenadas. En Sicilia, por ejemplo, las dos legiones del gobernador eran más bien fuerzas

policiales que de combate. Fue preciso enviar refuerzos desde el continente, dirigidos por un cónsul, para poder hacer frente a los rebeldes. En Italia, Espartaco y sus hombres al principio se enfrentaron a tropas retiradas. Incluso fueron capaces de derrotar a ejércitos consulares, hazaña nada desdeñable que rinde tributo a la habilidad táctica de Espartaco, pero refleja a la vez la ausencia de tropas romanas veteranas, que se encontraban combatiendo en el extranjero, en Hispania, los Balcanes y Anatolia.

Por consiguiente, la mejor táctica para los rebeldes eran las incursiones reiteradas. La guerra de guerrillas y las tácticas no convencionales constituían los fundamentos de las revueltas de esclavos. A menudo presentaban un problema militar para los amos, agravado por un aprieto político y una paradoja económica. Su infantería fuertemente armada estaba mal equipada para derrotar a los asaltantes que golpeaban y se daban a la fuga. Les resultaba difícil contrarrestar el conocimiento que tenían los rebeldes de las colinas y montañas que eran el territorio habitual de la rebelión de esclavos.

Para los amos, actualizarse para la contrainsurgencia era frustrante y requería tiempo, y además, casi nunca querían. Había poca gloria en la supresión de una rebelión de esclavos y era poco digno luchar en lo que percibían como estilos de combate despreciables. Una guerra de esclavos, dice un romano, «tenía un nombre humilde e indigno».[22] La solución ideal era conseguir que la mayoría de los rebeldes se rindiese, preferiblemente después de matar a sus líderes, para arrancar de cuajo los brotes de una futura rebelión. Una de las tácticas preferidas era la de asediar los baluartes rebeldes. En la primera guerra siciliana de esclavos, por ejemplo, el cónsul romano Publio Rupilio sitió con éxito en 132 a. C. los dos principales bastiones rebeldes de Tauromenio y Enna.

Conociendo a la perfección estas realidades, los astutos líderes insurgentes tenían tres posibles objetivos estratégicos: 1) agotar lo suficiente al enemigo para que dejase que los rebeldes mantuvieran un asentamiento de fugitivos en las colinas, lo que en tiempos posteriores se acabó llamando comunidad de cimarrones (del término español que significa «vivir en las cimas de los montes»), 2) evadirse y

escapar al extranjero, o 3) buscar aliados entre la población libre, ya del extranjero, ya de grupos descontentos del país.

Drimaco, líder de los esclavos rebeldes de Quíos, probablemente del siglo III a. C., aplicó con éxito la estrategia del cimarrón. Tras huir al monte y convertirse en líder de los esclavos fugitivos, Drimaco atacó las granjas quianas y rechazó varios intentos armados quianos de derrotarlo. Ofreció un pacto que prometía limitar los futuros saqueos y devolver a los esclavos huidos que no pudiesen demostrar haber sido maltratados por sus amos. Los quianos aceptaron estos términos notablemente pragmáticos, y efectivamente condujeron a una disminución en el número de fugitivos. Al final los quianos consideraron que esta situación era insostenible y pusieron precio a la cabeza de Drimaco. Según cuenta la historia, ya anciano, Drimaco hizo que su amante lo matase y decapitase el cadáver para cobrar el dinero de la recompensa. Sólo después se hizo divino a ojos de los quianos.

Los líderes de los esclavos de Sicilia fueron, sin duda, menos realistas al reclamar sus propios reinos, con monarcas, consejos y asambleas. Tras expulsar a Cartago de la isla, Roma no estaba dispuesta a permitir que un grupo de esclavos se adueñase de ella. Los insurgentes quizá se animaron excesivamente por el apoyo de parte de la población pobre y libre de Sicilia. Ahora bien, las fuentes acerca de las revueltas sicilianas de esclavos son tan inadecuadas y confusas que un estudioso argumenta que no se trataba en absoluto de revueltas de esclavos, sino más bien de insurrecciones nacionalistas.[23] Esta teoría es más astuta que convincente, pero es verdad que los esclavos encontraron aliados entre los pobres libres. Al estallar la primera revuelta siciliana, «las masas de ciudadanos ... se alegraron porque estaban celosos de las desigualdades de riqueza y las diferencias de estilos de vida». En lugar de ayudar a aplastar la insurgencia, «las masas libres, debido a su envidia, salían al campo con el pretexto de atacar a los fugitivos y saqueaban las propiedades, e incluso quemaban las granjas».[24] En la segunda guerra siciliana, según una fuente, «La confusión y una Ilíada de aflicciones se adueñaron de toda Sicilia. No sólo los esclavos sino los hombres libres empobrecidos se lanzaron a la rapiña y a la anarquía».[25]

Siempre ágil, Espartaco probó ambas estrategias: intentó escapar y huir al extranjero, pero también buscó aliados. Su plan original, una vez encendida la revuelta, era avanzar hacia el norte de Italia y después hacer que sus hombres se dividiesen en grupos separados y cruzasen los Alpes, donde tratarían de llegar a sus respectivas tierras natales. No obstante, el plan falló a causa de la división entre sus hombres. Espartaco nunca pudo imponer su autoridad en el grupo de rebeldes étnicamente heterogéneo que combatía con él. Estaba compuesto por un gran número de celtas y germánicos, junto con tracios y otros grupos, muchos de los cuales se oponían a sus órdenes. Además, el éxito los echó a perder: sus muchas victorias les animaron a permanecer en Italia. Pero Espartaco, al ser un soldado veterano, tenía más conocimiento: sabía que Roma reuniría un ejército adiestrado y experimentado que ningún puñado de insurgentes desharrapados podría vencer, por más que se entrenasen.

Y así sucedió. Marco Licinio Craso recibió una orden especial y reclutó un nuevo y numeroso ejército. Muchos de los reclutas eran probablemente veteranos que habían combatido por Sila en las guerras civiles de Roma una década atrás; otros fueron sometidos a la férrea disciplina impuesta por Craso. Y por si fuera poco, el ejército romano retiró a sus legiones de Hispania, donde Pompeyo (Cayo Pompeyo Magno) acababa de derrotar a los rebeldes. Con este mal pronóstico, Espartaco convenció a sus hombres de que se retirasen hacia el sur e intentasen cruzar el estrecho de Mesina hacia Sicilia. Esperaba renovar allí su suerte, bien iniciando una tercera guerra de esclavos o quizá utilizando la isla como trampolín para huir por mar. Pero primero tenía que cruzar el estrecho.

Al no tener barcos propios, Espartaco intentó contratar a los piratas que, en aquellos días, utilizaban Sicilia como base para sus incursiones. No era aquélla su primera experiencia en alianzas con hombres libres. En los primeros días de su rebelión, el gladiador tracio encontró apoyo en «muchos fugitivos y algunos hombres libres de los campos».[26] Es posible que obtuviera cierto respaldo de las élites del sur de Italia, bien por su creciente enemistad con el gobierno romano, bien porque Espartaco los hubiera comprado.

Volviendo a los piratas, procedían del sur de Anatolia o Creta, se consideraban enemigos de Roma, y tenían una historia de alianza con el principal enemigo de Roma en el este, Mitrídates. Por consiguiente, presentaban una prometedora colaboración. No obstante, tras coger el dinero de Espartaco, los piratas le abandonaron junto a sus hombres en la costa italiana. Fue un caso, bien de simple deshonestidad, bien de temor hacia el gobernador romano de Sicilia, Cayo Verres. Inmortalizado por Cicerón por su corrupción, parece que Verres adoptó enérgicas medidas para fortificar la línea costera siciliana y arrestar a los esclavos alborotadores que merodeasen por la isla. Es plausible que él mismo negociase con los piratas y que simplemente pujase más que Espartaco. Después, el tracio intentó cruzar el estrecho de otra manera e hizo que sus hombres construyesen balsas, pero zozobraron en las olas invernales. También es posible que Espartaco contactase con Mitrídates, como había hecho el rebelde romano Sertorio pocos años antes desde Hispania. Más tarde Mitrídates utilizó su conocimiento de la rebelión de Espartaco como mecanismo retórico para tratar de fomentar una invasión celta de Italia (que no se materializó). En cualquier caso, Espartaco no pudo hallar nuevos aliados. Los esclavos estaban atrapados en Italia.

El final difirió poco en lo fundamental por lo que respecta a cada una de las dos guerras de esclavos sicilianos y Espartaco. Los rebeldes de la primera guerra siciliana de esclavos consiguieron derrotar en batalla campal a varios ejércitos romanos, a los que superaban en número, y tomar varias ciudades. Tras las humillantes derrotas de Roma, el cónsul Publio Rupilio asedió las dos principales ciudades rebeldes y cada vez encontró a un traidor que le abrió las puertas. A continuación se dedicó a operaciones de limpieza alrededor de la isla. Después de que una serie de generales incompetentes no consiguiera aplastar la segunda rebelión, el cónsul Manio Aquilio supo estar a la altura de las circunstancias. Mató al rey rebelde en combate singular, gesta que le habría valido el más alto honor militar de Roma si su adversario hubiera sido un hombre libre y no un esclavo.

Espartaco había derrotado a nueve ejércitos romanos, pero no pudo hacer frente a las fuerzas revigorizadas de Craso. En primer

lugar, este último trató de bloquearlo, en el invierno de 72-71 a. C., en los montes de la punta de la bota italiana, que los romanos habían sellado con un gran proyecto de murallas y trincheras. Espartaco consiguió abrirse camino combatiendo ferozmente, pero a un alto precio. Presionado en su marcha hacia el norte por el enemigo, Espartaco finalmente presentó batalla, probablemente en el valle alto del río Silaro (el moderno Sele), no lejos de la moderna ciudad de Salerno. Los romanos derrotaron al ejército enemigo y mataron a Espartaco.

En contra de la leyenda popular, Espartaco no fue crucificado, aunque sí 6.000 de sus hombres. Sus cuerpos fueron colgados en cruces bordeando el camino entre las ciudades de Roma y Capua (cerca de Nápoles, cuna de la rebelión de Espartaco). Sin embargo, el cuerpo de Espartaco nunca se encontró. Tras la batalla del Silaro, el ejército de Espartaco dejó de existir como unidad de combate. Se disgregó en varios grupos. Los romanos les fueron dando caza esporádicamente y destruyeron la última de sus comunidades de cimarrones en los montes del sur de Italia en 60 a. C.

El fracaso de Espartaco marcó el final de la gran era de las antiguas revueltas de esclavos. Continuaron produciéndose insurrecciones ocasionales, como la revuelta de un tal Selouros en Sicilia durante la época del escritor Estrabón (muerto después de 21 d. C.), una incipiente rebelión de esclavos en el sur de Italia en 24 d. C. y lo que debió de ser una revuelta de esclavos bajo Bulla Felix en Italia en 206-207 d. C.[27] Las grandes insurrecciones, no obstante, se habían terminado.

Varios factores provocaron el cambio. Los romanos iniciaron una represión harto efectiva. Primero fueron los espectáculos de castigo tras cada rebelión fallida. Segundo, como se demostró con las acciones de Verres en Sicilia mientras esperaba a Espartaco, los romanos finalmente aprendieron a no tomarse a la ligera las amenazas de rebelión. Otro factor fueron las múltiples guerras civiles desde 49 a 30 a. C., que proporcionaron oportunidades de empleo a los esclavos descontentos. No había necesidad de formar un ejército propio, por ejemplo, cuando 30.000 esclavos fugitivos pudieron unirse a la flota

rebelde de Sexto Pompeyo (hijo de Pompeyo Magno), que dominó las aguas de Sicilia desde el año 43 hasta el 36 a. C.[28]

Quizá el factor más importante fue la *pax romana*. El acceso de Augusto como primer emperador de Roma (30 a. C.-14 d. C.) puso fin a la era de expansión romana. Con ello se produjo una inevitable disminución del número de prisioneros de guerra que se convertían en esclavos. Antes, en la década de 60 a. C., Pompeyo (Pompeyo Magno) había conseguido expulsar de las aguas del Mediterráneo a casi todos los piratas, terminando así con otra fuente de esclavos. A pesar de que el tráfico romano de esclavos continuaba, las fuentes de esclavos no eran tan abundantes ni tan baratas. El resultado de todo ello fue que un alto porcentaje de esclavos romanos eran esclavos domésticos. Ya no había una fuente constante de exsoldados y expolíticos que engrosara las filas de potenciales esclavos rebeldes.

Cada vez más y más esclavos se resignaban a sus nuevos hogares en Italia y Sicilia y aspiraban a la manumisión, no a la insurrección, como camino hacia la libertad. La esclavitud griega y romana ofrecía siempre la manumisión en términos mucho más generosos que las modernas sociedades de esclavos. Decir esto no implica restar importancia a la brutalidad de la antigua esclavitud, pero puede ayudar a explicar por qué hombres como Espartaco se convirtieron finalmente en monstruos con los que asustar a los niños en lugar de personajes reales de la sociedad romana.

Hoy en día, la reputación de Espartaco ha experimentado un auge general. A excepción de Arthur Koestler, el excomunista desilusionado que vio a Espartaco como una especie de Lenin posrevolucionario, corrompido por el poder, la mayoría de los modernos elogia su figura. Lo consideran un libertador o un antiguo socialista; el siglo XIX lo convirtió en un nacionalista como Garibaldi.

Sin embargo, si tuviéramos que someter a Espartaco, a Drimaco, a Salvio o a Euno, a la fría luz de un seminario de una escuela militar superior, sin duda surgiría un retrato diferente. Desde el punto de vista militar, demuestran la improbabilidad de que las insurrecciones derroten a ejércitos regulares. Los esclavos rebeldes desharrapados de Grecia y Roma no podían medirse con las ventajas logísticas e insti-

tucionales de un estado establecido. Podían hacer que sus hombres marchasen como falsas legiones y derrotasen a la atemorizada milicia local; podían tantear el terreno en busca de aliados al otro lado del mar. Sin embargo, cuando el estado les caía encima con toda su fuerza, sólo podían esperar la total destrucción.

Los esclavos tampoco podían atraer demasiado apoyo voluntario de las poblaciones locales de personas libres, que sabían que al final, en su mayoría, los rebeldes acabarían encadenados o colgados en cruces. Tras su huida inicial, y después de llevar a cabo numerosos asaltos para obtener botín y para vengarse, los esclavos rebeldes tenían la sensatez de escapar, bien a los montes, bien al extranjero.

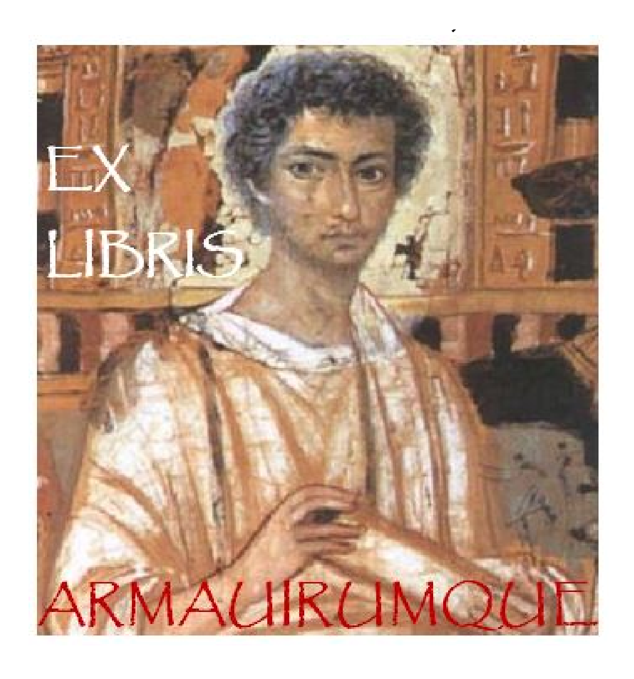
De todo esto puede extrarse una lección para el presente. Los insurgentes pueden irrumpir en escena tan estrepitosamente como lo hicieron Espartaco y sus gladiadores rebeldes. Pueden conseguir apoyo religioso y aterrorizar a las poblaciones locales. Al principio pueden reclutar en sus filas a otros individuos descontentos. Pueden incluso salir de los montes y tratar de establecer su autoridad sobre una ciudad o una provincia. Sin embargo, cuando el estado responde con toda su fuerza armada, los rebeldes normalmente están sentenciados.

Las modernas insurgencias acabarán finalmente enfrentándose a un destino similar. En Iraq, por ejemplo, cuando los estados aliados encontraron la voluntad política y las tácticas militares para aplicar la fuerza de manera efectiva, doblegaron la insurgencia (2003-2009). Aun así, el éxito no está del todo fuera del alcance de los insurgentes. Pueden cambiar la ecuación a través de diversos medios, todos improbables pero no imposibles. Por ejemplo, pueden conseguir tiempo y espacio para convertirse de una fuerza de asalto en un ejército regular. El hecho de tener un emplazamiento aislado, lejos del centro de poder, ayuda mucho en este proceso. La experiencia del Ejército Rojo comunista chino tras la Larga Marcha de 1934 es un ejemplo. Una segunda posibilidad es la de buscarse un estado como aliado. Los muyahidines de Afganistán reclutaron el apoyo de países como China, Irán, Pakistán y Estados Unidos para conseguir la victoria sobre el Ejército Rojo soviético en la década de 1980.

Por último, los insurgentes de hoy en día tienen una ventaja que los esclavos rebeldes de la Antigüedad no tenían: pueden apuntar a la opinión nacional del estado enemigo. En la guerra de independencia de Argelia (1954-1962), por ejemplo, los insurgentes perdieron la batalla militar, pero ganaron la guerra deteriorando la opinión pública francesa.

La revolución haitiana (1791-1804) fue la única revuelta de esclavos de la historia que resultó un éxito, e incorporó varias de estas ventajas. Los rebeldes combatieron en una prolongada lucha lejos de la Francia metropolitana. La flota británica proporcionó ayuda mediante un bloqueo. La Revolución Francesa dio a los rebeldes autoridad moral. Tras años de encarnizada lucha y enfermedades, los franceses se rindieron.

No obstante, las insurgencias victoriosas son la excepción. Las antiguas rebeliones de esclavos constituyen un recordatorio de que, cuando se trata de guerra, los estados normalmente tienen todas las de ganar.



9

Julio César y el general como estado

ADRIAN GOLDSWORTHY

En la madrugada del 11 de enero de 49 a. C., Julio César cruzó el Rubicón con la Decimotercera Legión y se convirtió en un rebelde. El río, que en realidad no era mucho más que un arroyo, hoy imposible de localizar, marcaba el límite entre la provincia de la Galia Cisalpina y la propia Italia. Al norte de aquella línea estaba legalmente autorizado a comandar sus tropas. Hacia el sur, no. Diecinueve meses más tarde, mientras inspeccionaba los cadáveres de sus enemigos en Farsalia, César afirmó: «Ellos lo han querido; incluso después de todas mis grandes hazañas, yo, Cayo César, habría sido condenado si no hubiese contado con el apoyo de mi ejército».[1]

César cosechó mayores éxitos que cualquier otro general romano, combatiendo en «cincuenta batallas campales, fue el único comandante que superó a Marco Marcelo, que libró treinta y nueve».[2] Sin embargo había cierta ambigüedad en su reputación porque muchas de sus batallas fueron libradas contra otros romanos. Durante más de un año antes de cruzar el Rubicón, César y sus adversarios en el Senado se habían enzarzado en un arriesgado juego político, aumentando peligrosamente las apuestas unos y otros. Es probable que ambos bandos esperaban que el otro se echase atrás. No había ninguna ideología profunda en juego. Sus adversarios estaban decididos a terminar con la carrera de César, y él, por su parte, estaba igualmente decidido a salvaguardarla. El precio fue una guerra que se libró en torno al Mediterrá-

neo y que costó decenas de miles de vidas. Por más irrazonables que fueran sus adversarios, fue César quien cruzó el Rubicón e inició la guerra civil de 49-45 a. C. Cicerón pensaba que librar aquella guerra era innecesario e imprudente, y sentía desprecio por el comportamiento de César: «Asegura que está haciendo todo esto para proteger su dignidad. ¿Cómo puede haber dignidad donde no hay honestidad?».[3]

El rebelde ganó la guerra. César se convirtió en un dictador de por vida y ejerció la suprema autoridad de la república. Tenía también el control efectivo del todo el ejército romano. Su gobierno no fue particularmente tiránico. Los enemigos eran perdonados y muchos de ellos ascendidos, mientras que su legislación fue en general sensata. Sin embargo, se suponía que el sistema republicano tenía que evitar que cualquier individuo ejerciese demasiado poder de manera permanente. Por esta y otras razones, un grupo de senadores apuñaló a César hasta la muerte el 15 de marzo de 44 a. C. Poco más de una década después, el hijo adoptivo de César derrotó a su último rival y se convirtió en el primer emperador de Roma. Augusto creó un sistema que perduraría durante siglos: una monarquía a todos los efectos. Finalmente, «César» dejó de ser simplemente un nombre de familia para convertirse en un título sinónimo de poder supremo. Los césares gobernarían Roma durante 500 años, y el imperio oriental o bizantino durante casi mil años más. El nombre perduraría hasta el siglo XX en las formas de *káiser* y *zar*.

César conquistó la Galia, atravesó el Rin penetrando en Germania y cruzó el canal de la Mancha hasta llegar a Britania. De acuerdo con los parámetros romanos, estas guerras estaban todas justificadas y se libraban por el bien general del estado. Los comandantes victoriosos obtenían provecho del triunfo, y César lo hizo a gran escala, igualando el alcance de sus campañas. Era un comandante de talento que después dirigió su ejército contra sus adversarios dentro de la república y se convirtió en un dictador por la fuerza de las armas. Su carrera fue la de un hombre genial que empezó como servidor del estado, para después subvertir el orden y convertirse en su dueño.

En una democracia moderna se supone que las fuerzas armadas han de permanecer siempre bajo el control absoluto de las autoridades civiles. Esto ha sido importante en Gran Bretaña desde las gue-

rras civiles, que desembocaron en el gobierno de Cromwell y los generales. El recuerdo de este mismo régimen dirigido por el ejército influyó en los padres fundadores de América, y George Washington se ganó casi tanto prestigio por su negativa a permanecer como presidente durante un tercer mandato como por ganar la guerra a Gran Gretaña. Estados Unidos había de ser una versión mejorada de las antiguas repúblicas, evitando el deslizamiento de Roma hacia la dictadura militar y el gobierno imperial. En cambio, la revolución acontecida en Francia condujo al surgimiento de su propio César en forma de Napoléon. En su coronación como emperador en 1804, Napoleón se colocó él mismo la corona sobre la cabeza para subrayar que él había tomado el poder en lugar de haberle sido dado.

Los dictadores han accedido al poder mediante golpes de estado en muchos países, aunque desde la segunda guerra mundial el problema afecta únicamente a los países del Tercer Mundo y parece harto alejado de Occidente. Es importante recordar que César no surgió de la nada. No destruyó la república él solo, ni socavó las bases de una democracia que funcionaba bien y que era esencialmente estable. El conflicto que abarcó desde el año 49 hasta el 45 a. C. no fue la primera guerra civil, y había otros que estaban tan dispuestos como él a recurrir a la violencia. Sila ya se allanó el camino hacia la dictadura en 82 a. C. proscribiendo sin piedad a sus enemigos para ejecución. Se dice que en su lápida había una inscripción en la que se vanagloriaba de que nadie había sido mejor amigo ni peor enemigo.[4]

La vida pública romana era muy peligrosa en tiempos de César. Muchos hombres importantes habían perdido a parientes y amigos durante la lucha entre Sila y Mario. Los senadores vivían sabiendo que las rivalidades políticas podían estallar fácilmente y llegar a la intimidación, a la violencia o incluso a la guerra. Los tiempos eran menos estables que en siglos anteriores, y esto significaba que había más oportunidades para un rápido desarrollo de los acontecimientos. Pompeyo Magno rompió casi todas las reglas en su ascenso para convertirse en el general más grande de Roma y en uno de los personajes dominantes del estado. Irónicamente, moriría como defensor de la república contra el rebelde César.

La república romana ya hacía aguas antes de que César iniciase su carrera, por no decir cuando cruzó el Rubicón. Ello no significa que su desmoronamiento fuera inevitable, pero era una posibilidad muy real. Los dictadores militares no suelen aparecer a menos que un estado esté en graves apuros, normalmente durante un plazo prolongado. Napoleón no podría haber existido sin el caos de la Revolución y el Terror. No obstante, por más popular que pueda ser un comandante militar victorioso, las circunstancias han de ser las adecuadas para que se alce contra el estado que le nombró. La dictadura de César no fue un ejemplo del ejército derrocando al estado. Los líderes políticos de la república estaban también al mando del ejército, y en 49 a. C. decidieron utilizar las legiones para dirimir sus rivalidades políticas.

Hay otra lección que se puede extraer de la carrera de César. A pesar de su éxito militar, no fue capaz de hallar una solución política y fue asesinado. Hay límites que sólo la fuerza puede alcanzar. César podría haber conservado la vida y el gobierno si hubiera tomado mayores precauciones para protegerse, y si hubiera mantenido el control con mayor crueldad. Augusto haría ambas cosas tras aprender la brutal lección del fracaso de su padre adoptivo.

Política y guerra

Los mismos hombres dirigían Roma tanto en la paz como en la guerra. Aquellos que entraban en la vida pública seguían una carrera estructurada, el *cursus honorum*, que les proporcionaba una mezcla de cargos militares y civiles. Los gobernadores provinciales combinaban el poder supremo militar, civil y judicial dentro del territorio bajo su mando. Los magistrados eran elegidos y desempeñaban el cargo durante un año solamente. Los gobernadores normalmente eran nombrados por el Senado y no tenían limitación de mandato en el cargo, por lo que se mantenían en él hasta que se nombraba un sustituto. Rara vez permanecían en un puesto más de unos pocos años.

Dirigir un ejército en una guerra victoriosa proporcionaba a un hombre gloria y riqueza, y ambas cosas aportaban considerables ven-

tajas políticas, ayudándole a él y a sus descendientes a obtener un cargo en el futuro. Las elecciones anuales fomentaban la frecuente competencia por la aprobación de los votantes. Los plazos relativamente cortos de que gozaban los gobernadores provinciales hacían que muchos estuvieran ansiosos por luchar y ganar una guerra antes de ser reemplazados. Era un sistema que había alentado la guerra agresiva y la expansión a lo largo del período republicano. Por otro lado, no contribuía al fomento de la planificación a largo plazo ni a la regularidad de las relaciones con los pueblos vecinos.

César procedía de una familia aristocrática que había languidecido en una relativa oscuridad durante largo tiempo. El inicio de su carrera fue espectacular, pero convencional en muchos aspectos. Cumplió servicio militar como suboficial en Asia Menor cuando contaba entre diecisiete y diecinueve años y ganó la *corona civica*, la más alta condecoración de Roma por gallardía, que tradicionalmente se concedía por haber salvado la vida de un conciudadano. En calidad de ciudadano particular reclutó una fuerza para arrestar a un grupo de piratas, y en otra ocasión hizo lo mismo para rechazar un ataque a la provincia romana de Asia por parte de elementos del ejército de Mitrídates de Ponto. Más tarde sirvió como tribuno militar, muy probablemente en la guerra contra Espartaco. No hay constancia de ninguna actividad militar durante su cuestura. En 61 a. C. fue a Hispania en calidad de gobernador y dirigió una rápida expedición punitiva contra tribus lusitanas. Su ejército tenía un tamaño equivalente a tres legiones.[5]

A los cuarenta años, César había servido como máximo seis o siete años en algún u otro cargo militar. Esto estaba quizá un poco por debajo de la media para un político romano, pero no demasiado. Aunque su historial era bueno, había muchos otros que podían alardear de hazañas comparables. Las proezas militares de César contribuyeron al engrandecimiento de su *cursus honorum*, pero hubo otros factores mucho más importantes. Defendió causas populares, se granjeó una reputación como orador y abogado legal, gastó una sorprendente cantidad de dinero prestado en propaganda propia y para conseguir popularidad. En palabras de Salustio: «César se había

acostumbrado a grandes esfuerzos y poco descanso, a concentrarse en los asuntos de sus amigos a expensas de los suyos, y a no descuidar nunca nada que fuera digno de hacerse como favor. Ansiaba un gran *imperium*, un ejército, y una nueva guerra para poder mostrar su talento».[6]

El contraste entre la carrera de Pompeyo y la de César no podía ser más acusado. Siendo sólo seis años mayor, Pompeyo reclutó tres legiones de sus propiedades y a sus propias expensas, y se unió a la causa de Sila durante la guerra civil. No tenía autoridad legítima para hacerlo, pero su ejército era lo suficientemente grande como para que valiese la pena contar con su apoyo. Todas sus primeras victorias las obtuvo combatiendo a enemigos romanos, eliminando a los enemigos de Sila en Italia y en África, y se ganó el apodo de «Joven Carnicero» por el entusiasmo con el que ejecutaba a los senadores. En 78 a. C. el Senado le encargó que se ocupase de un intento de golpe de estado por parte del cónsul Lépido. Después de esto fue enviado a Hispania para acabar con los últimos partidarios de Mario. El Senado le otorgó poder proconsular, pero nunca había desempeñado magistratura alguna y ni siquiera era senador. En 71 a. C. regresó a Roma, pidió y se le concedió el derecho a presentarse para el cargo de cónsul, y finalmente se convirtió en senador. En 67 y 66 a. C. recibió mandos provinciales extraordinariamente grandes, y por primera vez consiguió victorias contra adversarios extranjeros. A su regreso a Roma al final de la década, era inmensamente rico y tenía un historial de éxitos militares que aventajaba con mucho a cualquier otro senador.

César quería una guerra para conseguir gloria y poder equipararse a hombres como Craso y Lúculo y, a ser posible, Pompeyo. Necesitaba una guerra también para pagar sus inmensas deudas. A finales de 60 a. C. formó una alianza secreta con Pompeyo y Craso, ambos frustrados por no haber obtenido las medidas que esperaban del Senado. César fue cónsul durante 59 a. C., y con su respaldo forzó la aprobación de la legislación que deseaban, así como de algunas propuestas propias. Al mismo tiempo se procuró un importante mando militar que reunía las provincias de la Galia Cisalpina e Iliria, y que le propocionaba un ejército de tres legiones. No fue el Senado el que

se lo asignó, sino que lo obtuvo a través del voto de la Asamblea Popular, que al mismo tiempo le concedió cinco años de ejercicio en el cargo. Pompeyo había conseguido algunos de sus mandos de la misma manera. El Senado incrementó la provincia de César añadiendo la Galia Transalpina después de la repentina muerte de su actual gobernador. Esta provincia incluía otra legión que pasó a engrosar el ejército de César.

Gestando la guerra

Igual que muchos estadistas de éxito, César fue un oportunista. Cuando se marchó a su provincia en 58 a. C., necesitaba una guerra, cualquier guerra, mientras fuera a gran escala. Sus planes inicales concebían una campaña en el Danubio, muy probablemente contra el rico y poderoso rey dacio Burebista. La inesperada anexión de la Galia Transalpina al mando de César fue seguida de la noticia de una emigración de los helvetios, una tribu procedente de lo que hoy es Suiza. Los emigrantes querían cruzar a través de la provincia romana y las tribus aliadas de Roma los consideraban una amenaza. Si César hubiera ignorado este problema habría sido muy criticado. En cualquier caso, se percató al instante de que aquello era una oportunidad y se movió con rapidez. Concentró a su ejército para enfrentarse a aquella amenaza, y rechazó a los helvetios. Abandonó a continuación su provincia en su persecución hasta que finalmente los derrotó en el campo de batalla.

Cuando terminó la campaña, era una fecha demasiado tardía del año como para pensar en montar una operación en los Balcanes. En lugar de perder el tiempo, César decidió atacar al líder germano Ariovisto. Al principio, este último había sido invitado a la Galia por los sécuanos, pero acabó dominando a la tribu y a sus vecinos. Hasta este punto, los romanos habían aceptado la situación, y en 59 a. C. el propio César había ayudado a Ariovisto a ser llamado formalmente «amigo y aliado del pueblo romano». Pero ahora argumentaba que el líder germánico constituía una seria amenaza para las tribus aliadas

como los eduos. Ariovisto fue atacado y derrotado. La participación en los asuntos de la Galia ofrecía más oportunidades de intervención. En 57 a. C., César proclamó una vez más que la defensa de los intereses y de los aliados de Roma requería emprender una guerra de mayor envergadura y más agresiva, esta vez contra las tribus belgas.

César, concienzudamente, hizo públicas sus hazañas en sus famosos *Comentarios*, que presumiblemente aparecieron como libros independientes durante los meses de invierno posteriores a una campaña.[7] Estos textos retratan a un general que actúa siempre por el bien de la república. No mencionan los factores más personales que determinaron la guerra, sino que por el contrario presentan una perfecta, y aparentemente lógica, progresión de una campaña a otra. Las tribus de la Galia aparecen retratadas como inestables y propensas a la revolución interna, pero fundamentalmente estáticas. En contraste, César describió a las tribus germanas como pastoralistas seminómadas, siempre dispuestas a emigrar en dirección oeste hacia las mejores tierras de la Galia. Ello evocaba recuerdos y temores de los cimbros y de otras tribus que habían amenazado a la propia Italia al final del siglo II a. C. El Rin se presentaba como la clara línea divisoria entre los galos y los germánicos, aunque el propio relato de César reconoce que las cosas eran más complicadas. Le proporcionaba un límite claro de la tierra que se proponía ocupar y una razón clara para destruir a cualquier grupo germánico que penetrase en la Galia. Las expediciones más allá del Rin fueron breves y nunca con la intención de una ocupación permanente. Demostraban que los romanos podían cruzar y cruzarían el río cada vez que quisieran. Con la construcción de un puente, algo fuera del alcance de las capacidades de las tribus, quedó reforzada la abrumadora superioridad romana.[8]

En 56 a. C., el combate fue a pequeña escala, y en su mayor parte librado por los subordinados de César al frente de destacamentos del ejército. El motivo fue en parte que los objetivos o adversarios más amplios y obvios ya habían sido atendidos, pero básicamente porque las preocupaciones políticas mantenían a César en la Galia Cisalpina, lo más cerca posible de Italia. Las tensiones entre Pompeyo y Craso casi provocaron la disolución de su alianza. Ambos viajaron

para encontrarse con César en su provincia, en lo que se conoce como la «conferencia de Luca». Se cerró un nuevo acuerdo, y una de sus consecuencias fue la ampliación del mando de César por otros cinco años.

Esto le daba mayores oportunidades de planificación. Es probable que contemplase ya una expedición a Britania. En 56 a. C. derrotó a los vénetos, una tribu que poseía una flota y podía haber entorpecido la expedición. En 55 a. C. una campaña contra las tribus migratorias retrasó el ataque a Britania, por lo que solamente una operación de pequeña envergadura cruzó el Canal muy a final del año. La campaña casi terminó en desastre cuando gran parte de la flota naufragó en una tempestad. César regresó al año siguiente con una fuerza mucho mayor. Consiguió una pequeña victoria, pero una vez más subestimó la potencia del canal de la Mancha y casi quedó varado en la isla. Militarmente, las expediciones lograron muy poco a muy alto riesgo. Políticamente supusieron un éxito asombroso, con el Senado votando veinte días de acción de gracias a César para celebrar la victoria, el período más largo de los concedidos antes.[9]

Las campañas de César fueron agresivas y oportunistas. Sin embargo, ni en su conducta ni en su manejo fueron visiblemente distintas de los conflictos bélicos romanos de aquel período y de los anteriores. A diferencia de la mayoría de generales, César tuvo un mayor contingente de fuerzas a su disposición y un período de mando más prolongado. Según los parámetros romanos, sus campañas estaban justificadas. El único ataque directo sobre su comportamiento en la Galia lo lanzó Catón el Joven en 55 a. C, después de que César masacrase a las tribus migratorias germánicas. La preocupación de Catón no era por la matanza en sí, sino por el hecho de que se hubiera producido durante una tregua, y por consiguiente era una violación de la tan pregonada fidelidad de Roma (*fides*). Incluso en la preparación para la guerra civil, los adversarios de César le atacaron por su conducta durante su consulado en 59 a. C. y por lo que decían que eran sus ambiciones para el futuro. Al parecer, no querían que respondiera por sus actividades en la Galia.[10]

César ganó casi todas las batallas que libró y nunca perdió una campaña. Sin embargo, desde el inicio de su estancia en la Galia se dio cuenta de que el triunfo en el campo de batalla no bastaba por sí solo. Roma tenía alianzas con diversas tribus, especialmente con las que bordeaban los límites de la Galia Transalpina. La defensa de estos aliados proporcionó el principal pretexto para la primera intervención de César y de gran parte de las campañas posteriores. A medida que se adentraba en la Galia, iba adquiriendo nuevos aliados. César fue siempre mucho más brutal con los enemigos de fuera de la Galia que con las tribus ya establecidas en ella. Ariovisto, los helvetios y las tribus migratorias germánicas fueron tratados con extremo salvajismo y expulsados. En general, las tribus galas que lucharon contra él recibieron un trato más generoso. Las tribus aliadas le proporcionaban tropas y compartían los beneficios de la victoria. Los eduos, un sólido aliado romano, obtuvieron muchos favores y extendieron su influencia cuando se hizo patente que los aliados subordinados de Roma también gozarían de la protección romana.

A nivel personal, los jefes y líderes se beneficiaron aún más de la amistad de César. Cada año convocaba por lo menos una vez a todos los líderes a un consejo, aunque a menudo lo hacía con mayor frecuencia. También se reunía y consultaba con ellos individualmente. Algunos de ellos sirvieron en su ejército durante largos períodos. Comio de los atrebates desempeñó un papel especialmente importante en las expediciones a Britania y fue recompensado, por este y otros servicios, y se convirtió en rey de su pueblo y recibió el señorío de los menapios. Diviciaco de los eduos se mostró un aliado incondicional, y consiguió muchos partidarios de otras tribus porque se sabía que César a menudo le concedía favores.

César vigilaba de cerca la política en el seno de las tribus y apoyaba a los líderes que parecían más dispuestos a ser leales con él. La llegada del ejército romano brindó a aquellos hombres la oportunidad de reforzar su posición. Era también una realidad que no podían permitirse ignorar. Lo mismo había ocurrido con Ariovisto, que ha-

bía sido invitado por los sécuanos, pero que después utilizó su ejército para dominarlos, tanto a ellos como a sus vecinos. César expulsó a toda potencia rival para que la suya fuera la única influencia externa en la política de las tribus.

La conquista de la Galia por parte de César no supuso la introducción de un elevado número de colonos romanos en la región. La provincia que él creó, y de hecho fue así con prácticamente todas las provincias romanas, estaría habitada por la gente que ya vivía en ella. Para conseguir esto, había que persuadir a la mayoría de habitantes de que les convenía aceptar el gobierno romano por su propio interés. El poder del ejército romano constituía un elemento disuasorio ante la resistencia, pero no bastaba por sí solo. César incrementó sus fuerzas de cuatro legiones a más de una docena en el curso de sus campañas en la Galia, pero incluso después de este aumento las tropas no podían estar en todas partes simultáneamente. No resultaba práctico someter a una provincia solamente por la fuerza, ni tampoco era deseable. Un gran ejército podía costar fácilmente tanto o más que los ingresos de la provincia. La necesidad de una guarnición ponía de manifiesto que en realidad no se había ganado la guerra y disminuía sobremanera la gloria de cualquier victoria.

Por consiguiente, a partir de 58 a. C., César dedicó mucho tiempo y esfuerzos a la diplomacia con la esperanza de ganarse a los líderes tribales. Los antiguos aliados resultaron fortalecidos y los enemigos derrotados gozaron de indulgencia para así convertirlos en nuevos aliados. Éste era el acostumbrado método romano, y de hecho ha sido el de las potencias imperiales con mayores éxitos. Le ayudó el hecho de que tuviese autoridad tanto militar como civil, pues significaba que en cada campaña su estrategia se modificaba para acomodarse a un determinado objetivo político. Quizá esto sea más difícil en el mundo moderno, donde las cosas suelen ser menos claras y a menudo hay más de una autoridad implicada. En el momento de escribir estas líneas, Estados Unidos y sus aliados están involucrados en conflictos en Iraq y Afganistán, donde la fuerza militar por sí sola no puede alcanzar la victoria sin la creación de un acuerdo político estable. Sin embargo, vale la pena recordar que Cé-

sar no intentaba crear una democracia viable y después marcharse. Estaba enzarzado en una conquista permanente y por lo tanto podía ser mucho más implacable en su comportamiento. Los romanos no tenían que preocuparse por la opinión mundial.[11]

Aun así hay algunos factores que siguen siendo comunes. Por cada caudillo tribal que obtenía ventajas con la llegada de César, había otros que no. La política era tan despiadadamente competitiva dentro de las tribus y entre ellas como lo era en la república romana. Si un jefe consideraba que se prefería a sus rivales más que a él, tenía poco incentivo personal para apoyar a Roma. Una alternativa era buscar ayuda de otra fuente externa, es decir, de una de las tribus germánicas, y aceptar su dominio como precio. Otra alternativa era la de atacar directamente al rival y derrotarlo. Lo ideal era hacerlo con rapidez y con tal contundencia que a César no le quedase más remedio que aceptar el cambio aunque, en general, procuraba impedir y castigar este tipo de acciones.[12] Si no lo hacía, también los romanos acabarían siendo expulsados. Es demasiado simplista pensar en facciones o líderes dentro de cada tribu puramente a favor o en contra de los romanos, de la misma manera que es un error hablar de una simple división entre grupos pro o antioccidentales en los conflictos modernos.

Hombres como Comio y Diviciaco seguían agendas y ambiciones propias. Estos dirigentes tenían la impresión de que estaban utilizando a César tanto como él les utilizaba a ellos, añadiendo a su poder el apoyo de Roma. El hermano de Diviciaco, Dúmnorix, buscó en otra parte el apoyo que necesitaba para dominar a los eduos. A medida que su hermano se hacía cada vez más poderoso, Dúmnorix empezó a resistirse de manera encubierta al gobierno romano. Más tarde, tras la muerte de Diviciaco, Dúmnorix acrecentó el rumor de que César planeaba convertirlo en rey de su tribu. Finalmente fue eliminado por órdenes de César, después de que intentara evitar su reclutamiento en la primera expedición a Britania.

Las lealtades podían cambiar. El interés personal más que cualquier otra cosa dictaba si los caudillos apoyaban a Roma o se resistían a César. Este interés podía cambiar. En el invierno de 53-52, mu-

chos líderes de la Galia decidieron que la presencia romana entorpecía su libertad de acción. En la gran rebelión que siguió, los jefes que se habían beneficiado del favor de César se unieron a aquellos que se habían resistido sistemáticamente para expulsar a los romanos. Vercingetórix, que se convirtió en el líder principal de la rebelión, había sido un favorito de César, aunque no se mencione en los *Comentarios*.[13] Una deserción más llamativa fue la de Comio.

César estuvo a punto de ser derrotado en 52 a. C., y sufrió varios reveses en su ataque a Gergovia. No se rindió y, después de vencer en una acción a pequeña escala, volvió a tomar la iniciativa y acorraló a Vercingetórix en Alesia. Tras un asedio particularmente brutal, Vercingetórix se vio obligado a rendirse. La guerra no había terminado del todo. Durante más de un año, César y sus legados emprendieron una serie de expediciones punitivas contra cualquier tribu que todavía mostrase resistencia. Líderes como Comio fueron atrapados, aunque en su caso pudo huir a Britania. Cuando capturó la ciudad amurallada de Uxelloduno, César ordenó que se les cortasen las manos a los guerreros apresados como terrible advertencia.

No obstante, como siempre, junto con las represalias y el uso y la amenaza de la fuerza vino la diplomacia concertada. Tal como lo expresó uno de sus oficiales: «César tenía un objetivo principal, mantener la amistad con las tribus sin darles la menor oportunidad ni motivo para la guerra... Y así, negociando honorablemente con las tribus, concediendo ricos botines a sus caudillos y no imponiendo cargas, logró que su estado de sometimiento fuera tolerable, y mantuvo fácilmente la paz en una Galia agotada tras tantas derrotas militares».[14] Esta tarea le llevó más de dos años. Como siempre, gran parte de la diplomacia era personal. Funcionó. En 49 a. C., César sacó a casi todo su ejército para luchar en la guerra civil. La Galia no se alzó en rebelión cuando las tropas romanas se marcharon y César se mantuvo ocupado en otro lugar.

No obstante, este éxito tuvo un precio. César no había sabido interpretar la situación en el invierno de 53-52 a. C. y se vio sorprendido por la rebelión. Aunque se recuperó y venció, le costó demasiado tiempo y esfuerzo reconstruir la paz. Rumores de graves derrotas

en la Galia se extendieron por Roma y alentaron en sus adversarios la creencia de su vulnerabilidad. César tuvo menos tiempo para preparar su retorno a Roma. Si hubiera podido pasar un año o más en la Galia Cisalpina, más cerca de Italia, y si hubiera estado más accesible a los mensajes y visitas de los hombres influyentes, entonces es posible que se hubiera podido evitar la guerra civil; posible, pero no seguro. Al final, mucho dependió de la actitud de Pompeyo. Fue su desplazamiento hacia los enemigos de César lo que les dio la capacidad militar de librar una guerra civil.[15]

Ejércitos privados

Ninguna de las guerras civiles se habría podido llevar a cabo sin el consentimiento de los soldados romanos de matarse unos a otros. En el siglo I a. C. el ejército era efectivamente una fuerza profesional, sus filas estaban integradas básicamente por los sectores más desvaforecidos de la sociedad. A estos reclutas el ejército les ofrecía una paga segura, aunque no especialmente generosa, y los alimentaba y vestía. A diferencia del antiguo ejército de leva que reclutaba soldados entre propietarios, estos hombres no tenían ninguna fuente de ingresos una vez licenciados del ejército. Generalmente el Senado se mostraba reacio a tratar de este problema, y sólo con grandes esfuerzos llegaba un general a conseguir cesiones de tierras agrícolas para sus veteranos licenciados. Esto fomentaba un vínculo entre el general y sus soldados que a menudo era más fuerte que el que pudiera haber entre las legiones y el propio estado. La obtención de tierras para sus veteranos fue uno de los principales motivos de Pompeyo para aliarse con Craso y César. Este último desarrolló la legislación necesaria en 59 a. C.[16]

No obstante, había algo más en el vínculo entre un general y sus soldados que simple dependencia económica. Las victorias compartidas contribuían a crear una confianza mutua, pero por sí solas no eran suficientes. Lúculo fue uno de los generales tácticos más capaces de este período, pero a pesar de ello no era estimado por sus hombres, ya que a la hora de recompensarlos se mostraba tacaño.

Hombres como Pompeyo eran mucho más generosos al compartir los botines de guerra.

César tenía un inmenso carisma, y la lealtad de sus soldados durante la guerra civil era de una intensidad casi fanática, igualada a lo largo de la historia solamente por pocos individuos, entre ellos Napoleón. Dicho vínculo no fue instantáneo, ni surgió de la nada. En 58 a. C., César se hizo cargo de cuatro legiones reunidas por otra persona. Inmediatamente reclutó a dos nuevas legiones y el invierno siguiente añadió dos más. En doce meses el tamaño de su ejército se había duplicado. No tardaría en triplicarse.

Al principio los soldados no conocían a César y no confiaban especialmente en él. En la campaña contra los helvetios cometió errores, sobre todo un ataque chapuza nocturno a su campamento que dejó a una fuerza en la estacada mientras César y el grueso del ejército permanecieron sentados sin hacer nada. En todo caso, los helvetios no se percataron de la oportunidad o no se atrevieron a aprovecharla. Más tarde en aquel mismo verano se produjo el motín de Vesontio, donde su ejército se negó durante un rato a avanzar contra Ariovisto. César los convenció con halagos y alabanzas para que se moviesen y a continuación derrotaron rápidamente al enemigo. A las victorias de 58 a. C. le siguió el difícil triunfo en el Sambre en 57 a. C. Durante esta batalla César se unió personalmente a la sección más apurada y presionada de la línea, demostrando así que no abandonaría a sus hombres. Con el tiempo, los legionarios acabaron sintiendo que podían confiar en el apoyo de su general y vencer. La firme creencia de que al final prevalecerían hizo que fuera extremadamente difícil derrotar a los soldados de César.

Seguros de la victoria, los soldados de César estaban también convencidos de que recibirían su parte del botín. Éste fue abundante. Una fuente asegura que en el curso de las campañas de las Galias se vendió un millón de personas como esclavos. Otra menciona el saqueo de los santuarios locales y de su tesoro acumulado. César exigía una férrea disciplina en campaña e imponía un riguroso régimen de adiestramiento, pero lo compensaba concediendo en otros momentos una considerable libertad. El coraje sobresaliente era recompen-

sado con dinero y quizá con un ascenso; y también con una mención en el relato de sus *Comentarios*. Tanto César como otras fuentes aseguran que los soldados romanos luchaban mejor cuando eran observados por su comandante, que tenía el poder de recompensarlos o de castigarlos.[17]

Muchos de los oficiales superiores de César se hicieron extremadamente ricos durante aquellas campañas, cosa que fue satirizada por el poeta Cátulo. El mando de un ejército daba a un gobernador romano considerable influencia, permitiéndole realizar nombramientos de legados y tribunos y de una gran variedad de puestos. Podía también adjudicar contratos a comerciantes. Las ganancias de la guerra eran asimismo de gran valor para granjearse amigos en Roma. César concedió un préstamo a Cicerón y un nombramiento de legado a su hermano Quinto, que es retratado bajo una luz muy favorable en los *Comentarios*. Se rumoreaba que se habían gastado ingentes sumas para comprar el apoyo de Emilio Paulo y Curio, respectivamente cónsul y tribuno de la plebe, en 50 a. C.[18]

Al principio, la enorme ampliación del ejército de César no fue oficialmente sancionada. Lo hizo por su cuenta, por propia iniciativa y autoridad, sufragándolo con los beneficios de su provincia. Trataba a los habitantes de la Galia Cisalpina como si fueran ciudadanos y los alistaba en las legiones. Más tarde haría lo mismo en la provincia Transalpina, formando finalmente de esta fuente una legión completa, *Legio V Alaudae*.[19] En 55 a. C., Pompeyo y Craso consiguieron no sólo la ampliación del mandato de César, sino la aprobación y la financiación retrospectivas por parte del Senado para agrandar el ejército. Probablemente César no pudo confirmar la concesión de la ciudadanía romana a los galos reclutados en su ejército hasta la dictadura.

La expansión del ejército no sólo le proporcionó más fuerzas sino también mayor influencia. Cada nueva legión reclutada creaba sesenta nombramientos de centuriones, así como una media docena de puestos de tribuno. En los *Comentarios*, César destaca que ascendió a centuriones a grados superiores por extraordinarios servicios, transfiriendo a menudo hombres de una legión veterana a una nueva for-

mación. Al final de sus campañas en la Galia, es muy probable que todos los centuriones del ejército debieran su nombramiento original o uno o varios de sus ascensos a César. En 48 a. C., las legiones de César estaban de promedio por debajo de la mitad de su fuerza, y cuando llegó a Alejandría, la veterana Legio VI contaba con menos de 1.000 hombres, justo el 20 por 100 de su dotación total. No sabemos con qué frecuencia se dotaba de nuevos reclutas a las legiones ya existentes, pero es posible que la preferencia fuera siempre la de constituir nuevas formaciones, creando más nombramientos con los que recompensar a los seguidores leales.[20]

Los soldados ordinarios (*nostril*, «nuestros hombres») son elogiados por su coraje y valentía en los *Comentarios*, pero casi nunca se les da nombre. Incluso el portador del águila de la Décima Legión que, como es de sobra conocido, saltó de la nave y dirigió la carga en la playa durante el desembarco en Britania en 55 a. C., es anónimo. Los centuriones son distinguidos e identificados más a menudo. Cuando César estaba congregando la línea en el Sambre, animó a los hombres en grupo, pero llamó a los centuriones por su nombre. (Había 480 centuriones en el ejército en aquella época, un número que no es imposible que un hombre conozca. Hoy en día, se espera que los comandantes de un batallón reconozcan a cada uno de los soldados que están bajo su mando de una manera que no sería posible para quienes dirigen brigadas o formaciones más amplias.)[21]

Aunque existe el persistente mito de que los centuriones eran ascendidos desde las filas de soldados rasos, César ni una sola vez menciona haberlo hecho. Muchos, si no todos, parecen haber sido nombrados directamente, y probablemente procedían de las clases moderadamente acomodadas y de las aristocracias locales de Italia. Un considerable número de centuriones recibieron permiso de César para asistir a importantes elecciones en Roma. Esto se hacía en parte por intimidación, pero dado que el sistema de votación romano otorgaba mayor peso a los ricos, cabe suponer que muchos centuriones eran hombres importantes. Algunos fueron recompensados por César con riqueza suficiente como para pasar a la caballería, como Scaeva, que, contra todo pronóstico, obtuvo un puesto avanzado en Di-

rraquio en 48 a. C. La importancia de los centuriones en los *Comentarios* viene a ratificar la impresión de que procedían de una clase políticamente relevante que César quería cultivar.[22]

Más allá del Rubicón

Cruzar el Rubicón era señal del fracaso político de César. Era una apuesta arriesgada, de ahí su famoso comentario, «la suerte está echada». Habría sido mucho mejor regresar pacíficamente, avanzando sin problemas hacia un segundo consulado y después hacia un nuevo mando provincial, que le hubieran protegido contra un procesamiento. Una victoria semejante habría sido mucho más satisfactoria, obligando a sus rivales a reconocer su merecida superioridad. La victoria final de César no debería ocultar el hecho de que, en muchos aspectos, los pronósticos le eran contrarios. Pompeyo y sus aliados no estaban preparados para defender a Italia. En parte, porque nadie podía esperar que una guerra se iniciase en enero, mucho antes de la estación habitual de las campañas, pero también porque siempre esperaron que César cediese. Sin embargo, consiguieron retirarse con un número considerable de tropas hacia Grecia. Una vez allí, Pompeyo pudo reunir los efectivos de las provincias orientales y formar y adiestrar a un gran ejército.

César invadió Italia rápidamente, pero no tenía barcos para perseguir a Pompeyo. La inactividad no hizo más que acrecentar la fuerza de sus enemigos, por lo que dirigió su ejército hacia Hispania. Pompeyo había controlado las provincias hispánicas desde su segundo consulado en 55 a. C., gobernándolas a través de diputados y permaneciendo él mismo cerca de Roma. César obtuvo otra victoria rápida superando la estrategia de los generales de Pompeyo. No podía permitirse sufrir una seria derrota, y puesto que la guerra se libraba para proteger su carrera y su posición, un grave revés lo habría desacreditado por completo. Sus adversarios tenían un margen mucho más amplio para poder absorber aquellas pérdidas y ataques a su prestigio. César tenía que seguir atacando y seguir venciendo, e in-

cluso después de aquellos primeros triunfos sus enemigos todavía tenían mayores recursos.

Pompeyo esperaba que César le atacase en Grecia. Bruto y Casio en 42 a. C. y Marco Antonio en 31 a. C. emplearon la misma estrategia. Había muchos elementos para considerarla recomendable, puesto que todos ellos poseían una flota más fuerte que la de sus adversarios. No obstante, en todos los casos fueron derrotados y el arriesgado atacante se impuso. Tanto en las guerras civiles como en las guerras extranjeras, el hecho de llevar la iniciativa era sin lugar a dudas una importante ventaja. La campaña de 48 a. C. se acercaba y podía fácilmente haber terminado en un desastre para César. A pesar del formidable poder de resistencia de sus soldados, César fracasó en Dirraquio y se vio obligado a retroceder. Entonces Pompeyo decidió que el ejército de aquél estaba lo suficientemente debilitado como para ser derrotado, y se arriesgó a una batalla en Farsalia. Esta decisión no era descabellada, puesto que se encontraba presionado por distinguidos senadores que le acusaban de prolongar la guerra innecesariamente. La incapacidad de César de atraer a importantes partidarios hizo que su liderazgo nunca fuese cuestionado por sus subordinados. Sin embargo, esperar a que el enemigo acabase sometiéndose por inanición era una estrategia difícil de mantener en una guerra civil. César aceptó el reto y se reveló mejor táctico, y obtuvo una abrumadora victoria.

La guerra civil no terminó. Pompeyo huyó a Egipto y allí fue asesinado. César lo persiguió y quedó enredado en la guerra civil de aquel reino. Colocó a Cleopatra en el trono y permaneció allí durante algún tiempo, mezclando los motivos personales con los políticos. El tiempo permitió que los pompeyanos se reunieran de nuevo en el norte de África. Fueron derrotados en 46 a. C. No obstante, el hijo de Pompeyo, al frente de otra fuerza, presentó batalla y fue vencido en Hispania en 45 a. C. César no había pretendido acceder al poder supremo por la fuerza. Pero una vez conseguido tuvo que seguir luchando para conservarlo y decidir también cómo utilizarlo. Es importante recordar el escaso tiempo que estuvo César en Roma como dictador. Tras su asesinato estalló otra avalancha de guerras civiles,

libradas primero entre sus defensores y sus asesinos. Ambos bandos produjeron ingentes cantidades de propaganda relativa a lo que César pretendía hacer. Hoy en día es imposible dilucidar la verdad con cierta autenticidad.

Los planes inmediatos de César consistían en entablar importantes guerras contra los dacios y después contra los partos. Estas guerras ofrecían la gloria «limpia» de vencer a extranjeros enemigos de la república en vez de conciudadanos romanos. César nombró magistrados para los tres siguientes años, hecho que indica que planeaba estar ausente al menos durante este tiempo. Los partos eran unos adversarios formidables que habían derrotado y matado a Craso en 53 a. C., y que más tarde dejarían muy maltrecha a la fuerza invasora de Antonio. Es difícil saber si César lo hubiera hecho mejor o no. Se desconoce si planeaba una conquista y ocupación o simplemente una gran expedición punitiva para vengar públicamente a Craso.

Como dictador, César estaba a la cabeza de la república. Puesto que había accedido al poder por la fuerza, era importante mantener el control del ejército. En algún momento, probablemente justo antes o durante la guerra civil, César había duplicado la paga mínima de un soldado legionario. No hay duda de que los rangos más altos recibieron también aumentos proporcionales. Los veteranos fueron licenciados y recibieron granjas. Estas disposiciones se llevaron a cabo sin infligir, en la medida de lo posible, grandes privaciones a las comunidades ya existentes. Aproximadamente en el momento en que celebraba sus triunfos se produjo una protesta de soldados descontentos, que fue reprimida con extrema severidad y varios hombres fueron ejecutados. Como dictador, César continuó siendo generoso, pero firme, con sus soldados. Los oficiales de todos los rangos recibieron espléndidas recompensas. César alistó a un gran número de nuevos senadores, entre ellos oficiales de caballería, algunos galos y algunos antiguos centuriones.[23]

Muchos componentes del ejército se beneficiaron de la dictadura de César. El ejército en sí no recibió especiales privilegios, ni obtuvo el control directo de ninguna de las nuevas facetas de la vida. César había accedido al poder a través de una guerra civil pero, como en la

Galia, esperaba crear un régimen que sobreviviera tanto por consentimiento como por la fuerza. En los últimos meses de su vida despidió a su guardia personal hispánica. Presumiblemente pensaba que si su régimen había de sobrevivir los tres años de su ausencia en campaña, entonces tenía que mostrar confianza mientras estaba en Roma. Sila había dimitido de la dictadura a la que había accedido por la fuerza, pero César lo describió como el acto de un «analfabeto político».[24] César creía que tenía que aferrarse al poder. Interpretó mal el apego de otros a la tradición, y fue asesinado.

Límites de fuerza

César fue un general de talento. Como Alejandro o Napoleón, no fue un gran reformista militar y se apoderó de una fuerza de combate que otros ya habían mejorado. Todos ellos perfeccionaron al máximo sus ejércitos, los inspiraron y los dirigieron con un estilo y una imaginación que redundaron en espectaculares triunfos. Explotó, también como Napoleón, sus éxitos militares para alcanzar el poder supremo dentro del estado. Pero, a diferencia del emperador francés, no conformó al estado entero de manera tan profunda en torno a él. César controlaba efectivamente las elecciones y él mismo era la más alta autoridad por encima de los magistrados elegidos. Sin embargo éstos todavía actuaban, el Senado y las asambleas populares continuaron reuniéndose y votando, y los tribunales funcionaban igual que lo habían estado haciendo antes de la dictadura. Los conspiradores sentían que casi la única cosa que necesitaba la república para funcionar con normalidad era la eliminación del propio César.

A diferencia de Napoleón, el dictador cayó a manos de enemigos internos y no a manos de extranjeros. El éxito militar no fue suficiente para que César pudiese crear un régimen estable, esta tarea quedaría reservada para Augusto. También él accedería al poder a través de la fuerza militar. Precisó décadas para crear su nuevo régimen y para convertir al brutal triunviro que se había abierto camino a dentelladas hasta la cima en el amado «padre de la patria». Augusto se ocupó de

que el ejército sólo se mantuviera leal a él. Durante más de dos siglos perduró la tradición republicana de que la clase senatorial ejerciese el poder militar y civil. En cualquier momento, sólo un puñado de senadores podía suplantar al emperador. Hubo guerras civiles en 68-69 y 193-197 d. C., pero por otro lado había mucha más estabilidad que en las últimas décadas de la república. Augusto y sus sucesores fueron dictadores militares, aunque a costa de la independencia política dieron al mundo romano estabilidad interna. Los senadores gozaron de prestigiosas carreras y podían seguir alcanzado la gloria, aunque simplemente como representantes del emperador. Esto y otras muchas cosas cambiarían en el siglo III.

César se convirtió en un dictador por la fuerza de las armas. Su excepcionalmente largo y espectacular mandato triunfal en la Galia convirtió a su ejército en una fuerza de combate eficiente y feroz, y creó un vínculo profundamente personal entre los soldados y su general. Sin esto no podría haber accedido al poder ni lo podría haber mantenido. Sin embargo, su victoria en la guerra civil no fue inevitable. Pompeyo tenía enormes recursos a su disposición y durante mucho tiempo se le reconoció como el general más grande de Roma. La precariedad de su reputación, *auctoritas* para los romanos, se pone de manifiesto por la facilidad con que las nuevas hazañas de César rivalizaron y luego superaron los pasados éxitos de Pompeyo en la imaginación popular. Pocos políticos dudarían de la necesidad de estar en los titulares o de que el respeto por los logros alcanzados pueda desvanecerse rápidamente o quedar apartado por historias más recientes. En cualquier caso, el ritmo del mundo moderno y los medios de comunicación han acelerado el proceso. (Para algunos, puede existir el consuelo de que sus errores y escándalos puedan ser olvidados también con la misma celeridad.)

Han cambiado muchas cosas, y pocos líderes modernos, por lo menos en Occidente, podrían igualar los logros de César en el campo de batalla. Esto no significa que incluso en nuestras sociedades la gloria militar (aunque no utilizaríamos esta palabra) no pueda ser transferida a un beneficio político. Aunque como siempre, no deja de ser algo precario. Líderes como Napoleón y César, que basan su as-

censo en la gloria militar, necesitan renovar esta gloria con más victorias si no quieren ver menguada su popularidad y su permanencia en el poder. César fue un dictador militar, pero su comportamiento fue moderado. Una de las lecciones más deprimentes de este período de la historia es que fue precisamente el más despiadado Augusto quien se mantuvo en el poder durante más de cuarenta años y quien terminó muriendo en la cama.

10

Resistiendo al enemigo

Defensa de las fronteras y el bajo imperio romano

Peter J. Heather

De acuerdo con un análisis ofrecido por primera vez a mediados de la década de 1970 por Edward Luttwak, el imperio romano pasó deliberadamente de una política de fronteras basada en la expansión a una política basada en la defensa en profundidad a partir de la época severa a comienzos del siglo III d. C. Desde este momento, los esfuerzos militares fueron dirigidos a los cinturones de fortificaciones estratégicamente planificados y destinados a absorber amenazas a pequeña escala, respaldados por ejércitos de campo móviles estacionados en las regiones, mantenidos en reserva y ciudadosamente ubicados para actuar contra las incursiones a gran escala.[1] En el verano de 370, por ejemplo, unos atacantes sajones utilizaron barcos para evitar las defensas del Rin septentrional y desembarcaron en el norte de Francia. Se produjeron a continuación importantes ataques hasta que el comandante romano local reunió suficientes unidades de caballería e infantería pesada para emboscar y destruir a los ahora desprevenidos sajones, que se habían dejado embaucar por una tregua que aparentemente les permitía retirarse sin sufrir daños.[2] Éste es un ejemplo de manual de la clase de estrategia de frontera que identificó Luttwak, pero si se examina más de cerca, y a pesar de la continuada influencia de su obra, que ha permanecido en catálogo durante más de treinta años, su análisis es fundamentalmente erróneo.

En primer lugar, a pesar de que se han detectado testimonios arqueológicos de momentos sucesivos de enérgica actividad a lo largo de la frontera, algunos de los cuales afectaron a los varios miles de kilómetros que separan el delta del Rin del delta del Danubio, las campañas y la construcción de fortalezas dan muestras de haber respondido a las agendas de política interior más que a una planificación militar racional. Mantener a los bárbaros a raya era la justificación fundamental de la tributación a gran escala sobre la producción agrícola que mantenía vivo al imperio. No es de extrañar que los emperadores quisiesen demostrar a los terratenientes, que pagaban y recaudaban aquellas sumas relativamente grandes de riqueza anualmente renovable, que eran duros con los bárbaros y duros con las causas de la barbarie. En la década de 360, por ejemplo, los emperadores hermanos Valentiniano I y Valente construyeron tenazmente fortalezas a lo largo de las fronteras imperiales del Rin y del Danubio para demostrar que se ocupaban del imperio como es debido, aunque esta política rompiera algunos acuerdos con grupos fronterizos que se comportaban pacíficamente en aquel entonces.[3] Valentiniano disminuyó también unilateralmente las subvenciones anuales que se pagaban a algunos caudillos alamanes del alto Rin para poder alegar que no compraba la paz a los bárbaros.[4] Ambas líneas políticas eran altamente irracionales en términos de mantenimiento de la seguridad en la frontera, porque de hecho provocaban disturbios, pero las agendas de política interior del emperador tenían prioridad.[5]

Asimismo tampoco las guerras ofensivas se habían terminado, más o menos a finales del siglo III, a causa de la toma de una decisión planificada con minuciosidad y estratégicamente informada a partir del análisis racional de la capacidad económica del imperio de generar suficientes fuerzas para defender sus recursos existentes. Antes al contrario, los nuevos intentos de conquista habían ido perdiendo fuerza en todas las fronteras de Roma, dependiendo de las circunstancias de cada momento, cuando se hizo patente que los frutos de la conquista no compensaban el esfuerzo. Dichos frutos normalmente se valoraban en términos de la gloria que generaban para los dirigentes individuales en vez de regirse por una ecuación racional y estratégica de coste-beneficio.[6]

No obstante, los egos de los políticos y las agendas de política interior interfieren desde hace tiempo en la planificación militar racional, y no debería extrañar que también fuera así en el mundo antiguo. Por consiguiente, podría decirse que una deficiencia todavía mayor presente en el análisis de Luttwak es que no presta atención a cómo se utilizaron realmente en la práctica los recursos fronterizos de Roma, es decir, la combinación de fortificaciones y tropas que él mismo tan perspicazmente identificó, en el período romano tardío de los siglos III y IV. Durante el tiempo que abarca hasta el final del siglo IV, las fuerzas romanas no se limitaron sencillamente a esperar a los bárbaros, sentados detrás de cinturones de formidables fortificaciones fronterizas como simples precursores igualmente condenados de los franceses y la línea Maginot. Esta secuencia de acontecimientos se desarrollaba a lo largo de la frontera de vez en cuando, como en el caso de los sajones en 370, por ejemplo, pero era demasiado infrecuente como para considerarla la estrategia dominante empleada por los romanos para mantener la seguridad en sus fronteras. De todos modos, semejante estrategia no habría sido efectiva en ningún caso. Para economizar en pagas, equipamiento y provisiones, muchas unidades de los ejércitos móviles se mantenían a un nivel muy bajo de actividad a menos que hubiera alguna campaña en perspectiva, y la lentitud de movimiento acarreaba tal lentitud de reacción que existía un peligro real de que incluso ingentes fuerzas bárbaras atacantes pudieran haber cruzado de nuevo la frontera mucho antes de que pudiese lanzarse cualquier contraataque efectivo. Nada, excepto los mensajes, podía moverse a una velocidad superior a los aproximadamente 40 kilómetros al día, y para aliviar el problema del aprovisionamiento, incluso las tropas móviles no estaban acuarteladas en agrupamientos demasiado densos. Concentrar una fuerza decente contra cualquier ataque y después trasladarla a un lugar donde pudiera intervenir efectivamente era en general una cuestión de semanas más que de días, por lo que una estrategia puramente de respuesta ofrecía siempre a los atacantes grandes oportunidades para el pillaje y la huida.[7] De hecho, sospecho que fue precisamente para ganar el tiempo que necesitaba para movilizar suficientes tropas por lo que el coman-

dante romano local urdió la farsa de inventar un seudoacuerdo con los atacantes sajones en 370.

Cuando las fuentes históricas narrativas se añaden a la evidencia de la arqueología militar y a los conocidos despliegues de tropas, emerge un cuadro muy distinto de la estrategia general romana. Los fuertes y los ejércitos eran tan sólo dos elementos de la forma de abordar la gestión de fronteras que se basaba excesivamente en un manipulador repertorio de intrusiones diplomáticas, respaldado por un periódico despliegue de la fuerza principal. El modelo típico que emerge de las fuentes de finales del siglo III y del siglo IV es que cada vez que la situación político-militar a lo largo de una determinda zona fronteriza amenazaba con descontrolarse, se montaba una gran campaña, a menudo dirigida personalmente por el emperador reinante, más allá de la frontera imperial. Los emperadores tetrárquicos de finales del siglo III y comienzos del IV organizaron una serie de campañas de este tipo en los tres sectores principales de las fronteras europeas romanas: el Rin, el Danubio medio (al oeste de las Puertas de Hierro) y el bajo Danubio (al este). Constantino I condujo una campaña en el Rin, en la década de 310, y en las regiones del bajo y medio Danubio, en la década de 330. Su hijo Constancio II (junto con su primo y césar Juliano) dirigió a los ejércitos hacia el este del Rin y al norte del Danubio medio en la década de 350, mientras que en la década siguiente Valentiniano y Valente volvieron a capitanear considerables fuerzas en la frontera de las regiones del Rin y del bajo Danubio.[8]

Como se relata en las fuentes narrativas que se han conservado, estas campañas tendían a seguir una pauta similar. Primero, todo caudillo bárbaro demasiado poderoso era sometido y, después, durante un tiempo, los ejércitos romanos se dedicaban a incendiar todo asentamiento que encontraban.[9] Pero el verdadero propósito de este tipo de acción militar no era la destrucción *per se*, aunque, como es evidente, la campaña tenía un objetivo deliberadamente punitivo, y era bueno para la moral militar, puesto que permitía a las tropas saquear a voluntad. Los efectos del saqueo regular de los romanos en las zonas fronterizas en ocasiones resultan arqueológicamente visi-

bles.[10] Sin embargo, toda aquella serie de operaciones romanas no era más que el antecedente del principal propósito de las campañas, el de forzar a todos los caudillos bárbaros de mayor o menor nivel de la región afectada a rendirse formalmente a la autoridad imperial. Cuando el emperador consideraba que ya había hecho gala de una agresión lo suficientemente intimidatoria, entonces, por lo general, establecía su campamento y los líderes bárbaros de la región acudían uno a uno a presentar su sumisión. Este proceso está descrito de modo explícito en diversos momentos de la era romana tardía, desde el emperador tetrárquico Maximiano, en la década de 290, hasta Constantino II y Juliano, en la de 350 y más adelante.[11] No está claro cuánto se adentraban estas campañas en territorio bárbaro más allá de la frontera. Sin embargo, podían durar varias semanas, y sospecho que por lo menos sus efectos diplomáticos, en forma de adquisición de territorios pertenecientes a una procesión de reyes y príncipes que presentaban su sumisión, se dejaban sentir a una distancia de unos 100 kilómetros al otro lado de la frontera imperial.[12]

El emperador y sus consejeros se volcaron entonces en transformar el dominio militar a corto plazo en seguridad a largo plazo, como ilustra eficazmente el ejemplo de los manejos de Constantino II en la región del Danubio medio en la década de 350. Lo primero que figuraba en la agenda era el reconocimiento de las actuales confederaciones políticas bárbaras en la región afectada. Si eran demasiado amplias y suponían una amenaza demasiado grande para la seguridad de la frontera, entonces se rompían y se les devolvía la independencia a los sublíderes desligándolos de la lealtad que debían al rey excesivamente poderoso. En el Danubio medio de la década de 350, por ejemplo, Constantino daba muestras de preocupación por el poder de un tal Arahario, y liberó de su control a algunos vasallos sármatas dirigidos por Usáfer. Al mismo tiempo elevó al príncipe de otro grupo de sármatas, de nombre Zizais, al estatus real y renovó la independencia política de sus seguidores. Esta independencia estaba respaldada por garantías de apoyo militar romano y reforzada por subvenciones diplomáticas anuales dirigidas a objetivos concretos para reforzar las posiciones de los caudillos más favorecidos. A veces

se ha argumentado que estas subvenciones eran «tributos» y que constituían un signo de la debiliad imperial de aquella época. No obstante, como instrumento diplomático se habían utilizado constantemente desde los siglos I y II, cuando el dominio romano era casi absoluto, y en el silgo IV se les concedían incluso a los líderes bárbaros que se habían sometido. Por consiguiente, deberían ser entendidos hoy en día como una ayuda dirigida, destinada a apuntalar el poder de los socios diplomáticos elegidos por Roma.[13]

Mientras se llevaban a cabo todas estas maniobras diplomáticas, todos los prisioneros romanos retenidos en la región eran liberados, y grupos de hombres reclutados a la fuerza de entre los bárbaros sometidos pasaban a engrosar las filas del ejército romano.[14] Asimismo, aquellas intervenciones periódicas dirigidas por el emperador se emprendían a menudo como respuesta a rachas continuadas de problemas fronterizos. Como las campañas a esta escala resultaban caras, normalmente tenía que producirse una importante secuencia de disturbios que sirviese de detonante. Por lo tanto, aparte del saqueo de las tropas romanas, era muy común que los acuerdos renovados contuviesen cláusulas punitivas que castigaban de múltiples maneras a las partes consideradas culpables. A veces, podía incluso significar la ejecución del rey bárbaro. En 309, por ejemplo, Constantino I ejecutó a dos reyes de los francos en el teatro de Trier.[15] No obstante, era más habitual que el deseo de venganza se satisficiera imponiendo diversas multas económicas, frecuentemente en forma de realización de trabajos y exacción de materias primas para obras de reconstrucción, junto con ingentes cantidades de provisiones alimenticias.[16]

De vez en cuando, los emperadores podían usar su superioridad militar para llevar a cabo acciones más drásticas. Además de desbaratar estructuras políticas peligrosas al otro lado de la frontera, los emperadores se ocupaban también de que ninguna región fronteriza estuviese superpoblada. Esta situación podía conducir, y de hecho así sucedía, a rivalidades internas de diferentes caudillos bárbaros que se extendían por suelo romano. Una forma de reacción era la de forzar, a punta de espada si era necesario, a algunos de los vecinos inmedia-

tos del imperio a abandonar sus hogares y a alejarse de la zona fronteriza. En el Danubio medio de la década de 350, por ejemplo, Constancio decidió que un determinado subgrupo sármata, los limigantes, había de ser expulsado, y le resultó extremadamente satisfactorio utilizar la fuerza para echarlo. Otra respuesta fue la de permitir que determinados grupos bárbaros fueran aceptados en suelo romano en condiciones estrictamente reguladas. Los tetrarcas en particular emplearon aquellos reasentamientos controlados en todas las principales fronteras europeas en las dos décadas posteriores a 290 d. C., pero esta técnica tenía una arraigada prehistoria y continuó en uso largo tiempo después.[17]

Esto no significa que el repertorio romano de técnicas diplomáticas manipuladoras se desplegara siempre como parte de una política totalmente coherente o racional para la defensa de las fronteras en lo que podría calificarse de «grandiosa estrategia», haciendo hincapié firmemente en «grandiosa». Como hemos visto, las agendas de política interior a veces obligaban a los emperadores a enzarzarse en batallas donde no había necesidad, para poder alardear ante sus tributantes. En realidad, también las grandes campañas transfronterizas de finales del período imperial solían ser respuestas desencadenadas a consecuencia de desórdenes y tumultos dentro de una determinada región fronteriza, no porque la inteligencia militar y política indicase que estaban a punto de producirse disturbios. Por consiguiente, al evaluar la efectividad general de la defensa de las fronteras romanas, es necesario tener en cuenta que las sustanciales pérdidas económicas debidas a los ataques del exterior eran también parte de la ecuación, puesto que para desencadenar una respuesta hacía falta que se produjesen muchos y constantes ataques. Un emocionante hallazgo arqueológico, realizado mientras se llevaba a cabo un drenaje en el Rin cerca de la antigua ciudad fronteriza romana de Espira, ha proporcionado información sobre cuán sustanciosos debieron de ser aquellos ataques. A finales del siglo III, algunos invasores alamanes habían intentado llevarse el producto de sus botines a través del Rin cuando sus barcas cayeron en una emboscada y fueron hundidas por las patrulleras fluviales de los romanos. Dicho botín extraordinario

consistía en 700 kg de mercancías embutidas en tres o cuatro carros, probablemente el contenido entero del saqueo de una sola villa romana, y los asaltantes estaban interesados en todas las piezas de metal que pudieron encontrar. Los únicos artículos que faltaban del tesoro eran los objetos de plata maciza y las joyas personales de alto valor. O bien el señor y la señora de la casa huyeron antes del ataque o bien el botín de elevado valor se transportó por separado. No obstante, en los carros había una gran cantidad de piezas de vajilla chapadas en plata, los utensilios de una cocina entera (cincuenta y una marmitas, veinticinco cuencos y boles, y veinte cazos de hierro), suficientes herramientas agrícolas como para trabajar una granja de considerable tamaño, objetos votivos del santuario de la villa, y treinta y nueve monedas de plata de buena calidad.[18] Si este botín representa las ganancias de un solo asalto localizado, la magnitud de disturbios e incursiones constantes necesaria para desencadenar una campaña imperial no debería subestimarse. Sin embargo, la pauta general de la evidencia es inequívoca. Los emperadores romanos del bajo imperio no mantenían a sus tropas pasivas detrás de la frontera esperando simplemente a que se produjesen conflictos. Periódicamente, los ejércitos de campo salían en gran número para establecer un sobrecogedor nivel de dominio militar inmediato que se utilizaba para dictar un acuerdo diplomático general para la región, que estaba en consonancia con las prioridades del imperio: maximizar la relación coste-valor de la campaña original.

Además, se utilizaba también otro repertorio de técnicas intrusivas para reforzar cada acuerdo diplomático y aumentar su duración efectiva. Eran habituales las subvenciones anuales de conveniencia, destinadas a mantener en el poder a los reyes favoritos. Asimismo, los grupos particularmente beneficiados recibían también especiales privilegios comerciales. En general, sólo se permitía comerciar en unos pocos puntos establecidos en segmentos fronterizos, pero ocasionalmente el imperio dejaba una frontera abierta para suavizar el trato. Tras su derrota de los godos tervingios en el bajo Danubio a comienzos de la década de 330, por ejemplo, el emperador Constantino I abrió toda la extensión del sector que ocupaban en el bajo Da-

nubio para el comercio. Este acto fue llevado a cabo por el emperador desde una posición de fuerza, como algo planeado para dar a aquellos godos, o a sus caudillos que se beneficiarían de los peajes, un motivo real para mantener la paz.[19] También era costumbre tomar rehenes de alto estatus, normalmente hijos de reyes y príncipes, como baza para cualquier tratado de paz. Si las cosas iban mal, estos cautivos podían ser ejecutados, pero tan sólo se conoce un caso en el siglo IV. Por regla general, estos rehenes eran jóvenes, y educarlos en el entorno de la corte imperial tenía como objetivo imprimir en aquellos posibles futuros dirigentes de las tierras fronterizas con Roma el poder y el prestigio del imperio, algo que podía resultar disuasorio ante una futura mala conducta si los antiguos rehenes accedían finalmente al poder una vez alcanzada la edad adulta.[20]

También disponían de otras medidas menos positivas. Si las ambiciones de un determinado caudillo bárbaro amenazaban con destruir o perturbar los acuerdos de paz, entonces los generales imperiales recibían regularmente la orden de recurrir al secuestro o al asesinato. En los solamente veinte años que cubre la densa narración contemporánea del historiador romano tardío Amiano Marcelino (354-378), estas técnicas se desplegaron en no menos de cinco ocasiones independientes.[21] Es discutible que todas estas tácticas conformasen una grandiosa estrategia, pero su existencia muestra que el bajo imperio operaba sobre algo más que un simple equilibrio defensivo. Al contrario, lo que emerge con diáfana claridad es que el bajo imperio convirtió a sus vecinos inmediatos en socios subordinados de un sistema romano mundial, ejerciendo el poder militar para ordenar sus asuntos del modo que mejor conviniese a los intereses imperiales. Los textos sugieren que cada intervención importante desembocaba en acuerdos diplomáticos con un lapso medio de vida de unos veinte a veinticinco años, más o menos una generación política. Por ejemplo, en el Rin los emperadores tetrárquicos organizaron una gigantesca intervención en la década de 290, Constantino llevó a cabo otra en la de 310, y parece que a partir de entonces hubo una considerable estabilidad hasta la década de 350. Los tetrarcas estuvieron de nuevo ocupados en el Danubio medio en la década posterior a 300 d. C.,

Constantino intervino con una gran campaña a comienzos de la década de 330, y a partir de aquel momento se impuso la paz hasta finales de la década de 350. El modelo en el bajo Danubio fue otra vez similar, con los tetrarcas y Constantino organizando campañas en la década de 300 y a comienzos de la de 330, pero esta vez el acuerdo de paz duró hasta mediados de la década de 360, quizá, entre otras razones, debido a los privilegios comerciales especiales concedidos a los godos tervingios.[22] No obstante, ello no supone un récord intachable de seguridad en las fronteras pero, sobre todo para un estado premoderno que operaba tan lentamente a tan grandes distancias, obtener de veinte a veinticinco años de paz en cada importante campaña representa un beneficio aceptable de las inversiones militares, y no es un mal resultado general en el mantenimiento de la seguridad en sus posesiones.

Sin embargo, para entender completamente las relaciones entre los bárbaros y los romanos, y para comprender la relación entre las políticas de frontera romanas y los procesos finales de la caída del imperio romano, es necesario explorar otra dimensión de la posición del imperio frente a la administración de clientes y la seguridad fronteriza. A corto plazo, cualquier serie de incursiones seguidas de diplomacia iba destinada a generar la máxima estabilidad posible en un determinado sector de la frontera. Mirándolas a largo plazo, y en el siglo IV estos ritmos de administración y gestión de las fronteras romanas habían estado en funcionamiento a lo largo del Rin y del Danubio durante casi 400 años, estas técnicas habían tenido poderosos efectos transformadores en los vecinos del otro lado de la frontera del imperio. Las subvenciones diplomáticas y los privilegios comerciales, respaldados por la interferencia diplomática imperial, como el hecho de proporcionar apoyo político y militar a los dirigentes bárbaros favoritos, tendían a poner dinero y poder en manos de determinados reyes. Desarrollado durante más de 400 años, el efecto a largo plazo de este enfoque fue, en general, ayudar a concentrar el poder en manos de una clase totalmente nueva de rey. El mundo germánico del siglo I d. C. estaba poblado por una cantidad de unidades sociopolíticas de pequeño tamaño. En las páginas de la *Germania* de Tácito,

que cubren la Europa central, aparecen más de cincuenta, mayoritariamente entre el Rin y el Vístula. En el siglo IV, esta multiplicidad de pequeñas unidades había dado paso a un reducido número de unidades más grandes, quizá no más de una docena. Eran sin duda supermonarquías confederadas, de manera que los cálculos del grado de revolución política que representan han de mantenerse dentro de unos límites rezonables. Pero mientras que en el período romano desaparecieron las grandes confederaciones con la derrota de sus caudillos, estos equivalentes del siglo IV pudieron sobrevivir incluso a importantes derrotas. Los inmediatos dirigentes de los alamanes de la frontera del alto Rin fueron una serie de reyes y príncipes cantonales. Sin embargo, periódicamente se unían bajo un superrey que gozaba de un determinado poder, especialmente cuando había una guerra expansionista en perspectiva (contra Roma o contra un vecino). Incluso después de aplastantes derrotas militares, como la de Estrasburgo en 357, que derribó al rey alamano Cnodomario, la confederación conservó su cohesión y pudo reformarse rápidamente bajo el liderazgo de nuevos superreyes, a los que Roma se enfrentó en el curso del siglo IV. La durabilidad de las grandes estructuras políticas del siglo IV las distingue de sus primitivos equivalentes.[23]

Cabe destacar que la naturaleza del poder político había cambiado hasta ser del todo irreconocible. Un elemento hereditario mucho más fuerte había invadido el extremo superior de la política. Entre los alamanes la monarquía no solía ser hereditaria, en particular porque la política romana iba encaminada a eliminar la sucesión de quienes ejercían el poder. Pero los reyes cantonales parece que fueron hereditarios, mientras que el estatus de realeza entre los primeros germánicos (no todos reconocían a los reyes) era personal y no podía ser transmitido fácilmente a un heredero. Entre los godos tervingios, más al este, incluso la posición del caudillo de la confederación parece que fue hereditaria, y se transmitió a lo largo de tres generaciones de la misma familia.[24] Totalmente concomitante con esta evolución, una nueva ideología de la realeza hizo aparición en el mundo germánico entre el primer y último período romano. En el siglo IV, todos los términos vigentes entonces para la denominación de «rey» eran

extensiones de palabras con el significado de comandante militar. En el primer período romano, en cambio, el liderazgo militar solía estar separado de la realeza.[25]

Una serie de evidencias acerca de la importancia de los séquitos militares en el período romano tardío sugiere que fue precisamente este papel militar tan preponderante el que subyacía en el centro del poder hereditario de estos nuevos reyes. En el siglo IV, los reyes mantenían el apoyo militar personal en forma de servidores profesionales. Amiano Marcelino menciona que Cnodomario tenía su propia fuerza de 200 hombres, y se han excavado testimonios arqueológicos de una banda guerrera destruida también de unos 200 hombres en Ejsbøl Mose, donde las armas del grupo derrotado fueron enterradas ritualmente. Esta clase de fuerzas militares profesionales fueron nuevas en el mundo germánico a partir del siglo III, y los reyes las empleaban no sólo para combatir en las guerras sino también como ejecutoras de sus políticas.[26]

No hay duda de que esta transformación fundamental del poder político reflejaba en parte el impacto a largo plazo de toda la riqueza que el imperio había desviado hacia determinados príncipes y reyes entre sus vecinos inmediatos a lo largo de los muchos siglos de existencia del imperio. Esta nueva riqueza no fue sólo al mundo germánico, ni tampoco fue recibida pasivamente. Su llegada desencadenó luchas por el poder entre las élites políticas germánicas cuyas consecuencias se muestran sobre todo en evidencias de disturbios políticos internos a partir del siglo III. En esta era, depósitos rituales de armas, como el que se encontró en Ejsbøl Mose, pasaron repentinamente a ser bastante comunes, y los grupos germánicos exteriores empezaron a extender su poder hacia la frontera romana, precisamente para apoderarse de parte de la riqueza allí concentrada.[27]

Evidentemente, hubo otras transformaciones que también desempeñaron un importante papel dentro de esta amplia revolución. Los primeros siglos de nuestra era fueron testigos de la llegada de nuevos sistemas de cultivo a la Europa central dominada por los germánicos, que generaron un gran incremento en la producción de alimentos y por consiguiente de la población. El poder general del

mundo germánico, por lo menos en términos demográficos, aumentó claramente con relación a su vecino imperial, y los nuevos reyes presumiblemente utilizaron parte de este excedente alimenticio para mantener a sus séquitos. Una vez más, parece que las demandas económicas romanas y las transferencias de conocimientos técnicos romanos desempeñaron un papel significativo en esta revolución agrícola, y en las subsiguientes expansiones económicas en algunos ámbitos de la manufactura y el comercio.[28] Por mi parte, estoy convencido de que la naturaleza generalmente agresiva, por no decir humillante, de la aproximación romana incluso a sus reyes clientes beneficiados —en la que, después de la actuación exhibida por el príncipe sármata Zizais en presencia de Constancio II en 358, la postración y los lastimeros sollozos mientras imploraba merced se habían convertido en el protocolo general favorito de los reyes bárbaros en presencia imperial—[29] desempeñó también un importante papel en la habilidad de la nueva clase de reyes militares hereditarios para incrementar su control. Si este escenario parece inverosímil, no hay más que recordar que parte de la política fronteriza romana consistía en quemar los pueblos de sus vecinos una vez por generación, y que varios de los príncipes apresados y convertidos en rehenes a su regreso no se mostraban demasiado enamorados de los modos romanos.[30] En realidad, una ventaja que podía obtenerse a cambio de pagar las cuotas necesarias para mantener los séquitos militares de los nuevos reyes era sin duda la esperanza de que pertenecer a una poderosa confederación de esta nueva clase podía ayudar a esquivar los peores efectos de la intrusión imperial romana. En pocas palabras, todas las diferentes clases de relaciones, positiva y negativa, política y económica, diplomática y militar, que habían surgido de forma natural entre el imperio y sus vecinos originariamente mucho menos desarrollados, se combinaron y aceleraron los procesos de transformación que convirtieron a la infinidad de pequeñas unidades sociopolíticas que ocupaban el territorio interno imperial en el siglo I d. C. en el reducido número de unidades más poderosas que en el siglo IV las habían sustituido. Lo que dotó a estas relaciones de un poder tan transformador fue el hecho de que cada una impulsó su propia respuesta au-

tónoma entre los germánicos. No fue únicamente que la Roma imperial hiciera cosas que transformaron la sociedad germánica, aunque sin duda lo hizo, sino que elementos de dentro de la sociedad germánica aprovecharon al máximo las nuevas oportunidades que emergieron de las nuevas y distintas relaciones con el imperio para crear nuevas estructuras políticas dinámicas.

A mediados del siglo IV, la difusión general de estas transformaciones todavía no había alcanzado proporciones obviamente peligrosas. Ninguna de las nuevas unidades entonces existentes constituía amenaza alguna para la integridad general del imperio. Como mucho, incluso el rey militar bárbaro más ambicioso del siglo IV no podía esperar más que muy limitadas ganancias territoriales del imperio o, lo más habitual, limitar el intrusismo económico romano o sus exigencias diplomáticas. Cnodomario estaba trabajando en la década de 350 para anexionarse una franja de territorio romano de aproximadamente unos 50 km de ancho junto con parte del Rin, mientras los reyes tervingios más poderosos trataban de limitar la cuantía de reclutas que los emperadores romanos les podían reclamar para sus guerras, y de resistirse a las exigencias de que los misioneros cristianos del ahora imperio cristiano pudiesen andar sueltos por sus tierras. Nada de esto amenazaba la supervivencia imperial.[31] De hecho, tener un número más pequeño de socios diplomáticos con los que negociar quizá simplificaba la operación de las técnicas de gestión de las fronteras romanas, puesto que había menos exigencias políticas en juego para compensar a ambos lados de la frontera. Sin embargo, el nuevo orden que la propia Roma había generado inadvertidamente en sus fronteras europeas se convirtió finalmente en un problema en el momento en que una fuerza externa confirió una nueva unidad involuntaria a un gran número de estas nuevas unidades sociopolíticas germánicas más amplias.

A finales del siglo IV y comienzos del V, los hunos, un grupo de nómadas euroasiáticos que probablemente fueron atraídos hacia el oeste por la cantidad de riqueza que podían conseguir de los clientes fronterizos de Roma, revolucionaron la situación estratégica general de las fronteras europeas de Roma. En dos fases diferenciadas sepa-

radas por una generación, establecieron por primera vez su dominio al norte del mar Negro en la década de 370, y después convirtieron la Gran Llanura Húngara en su centro de operaciones en el corazón de Europa en torno al año 410. El primer efecto de cada uno de estos movimientos de emigración a gran escala fue el de expulsar hacia territorio imperial a varios de los grupos germánicos más numerosos que se habían generado en la región fronteriza al otro lado del límite con Roma. Estos acontecimientos están explícitamente documentados en el caso del primer movimiento de los hunos en la región septentrional del mar Negro, que empujó a dos grandes grupos diferentes de godos, los tervingios y los greutungos, y a una serie de grupos más pequeños al otro lado de la frontera romana del bajo Danubio. El segundo movimiento de los hunos, hacia la Gran Llanura Húngara, fue precedido de otro gran éxodo de clientes de Roma de aquella región precisamente: otro gran grupo gótico acaudillado por un tal Radagaiso, que se dirigió hacia Italia, una gran coalición que incluía a dos grupos distintos de vándalos junto con alanos y suevos, que atravesaron el Rin, y otra fuerza de burgundios que los seguían en la misma dirección. Las fuentes no especifican que fueran los hunos quienes provocasen el segundo éxodo. Pero éstos aparecen en la región desalojada por estos grupos migratorios inmediatamente después, y la explicación más verosímil de esta convulsión demográfica sin precedentes es que fuera una repetición del escenario de la década de 370, pero esta vez ocurrido en las fronteras romanas del Danubio medio y bajo a medida que los hunos avanzaban hacia el oeste.[32] Efectivamente, los hunos compartían un objetivo unitario con las decenas de miles de invasores, por lo tanto es difícil imaginar que ocurriese de otro modo. Y fue precisamente la aparición simultánea de estas agrupaciones bárbaras políticamente distintas lo que impidió que el imperio romano pudiera derrotarlas: como bien intentó, y como sin duda habría podido hacerlo de no haber llegado tantas a la vez.[33]

El alcance del desastre estratégico resultante fue todavía mucho peor, desde el punto de vista romano, por el hecho de que los intentos de contraataques militares del imperio provocaron otra fase de

alianzas entre los emigrantes. Así pues, de una media docena más o menos de unidades diferentes que entraron en el imperio en 376-380 y 405-408, surgieron dos unidades mucho más grandes. Los visigodos, que finalmente se establecieron en el sur de la Galia en 418, estaban formados por los tervingios y greutungos de la primera fase, unidos a los godos supervivientes del ataque de Radagaiso en Italia en la segunda fase. La fuerza vándala, que finalmente se apoderó de las tierras económicamente vitales del norte de África, el granero del imperio occidental, en la década de 430 (después de un prolongado interludio en España) se creó asimismo por la unificación total de grupos vándalos y alanos, que al principio les superaban en número.[34] El punto crucial es que estas reconfiguraciones políticas crearon grupos lo bastante grandes como para resistir incluso a ingentes ejércitos romanos de campo. Por consiguiente, los nuevos grupos a la larga pudieron sobrevivir en suelo romano, en particular porque los intrusivos hunos unieron a varios de los otros grupos germánicos fronterizos bajo su control al otro lado de la frontera y empezaron a organizar campañas, lo cual significaba que no se podía desplegar la máxima fuerza romana posible contra los emigrantes originales, ahora reorganizados.[35] Y a pesar de que el imperio de los hunos resultó ser un destartalado fenómeno temporal, su caída no hizo más que aumentar los problemas de las autoridades imperiales, pues provocó que otros grupos germánicos comparables en escala a las alianzas de visigodos y vándalos, en particular los burgundios y los ostrogodos, terminasen también en suelo romano occidental.

La amenaza general a la supervivencia del imperio planteada por estos incontenibles inmigrantes era simple y evidente. El estado romano sufragaba sus ejércitos y demás actividades estatales básicamente con los tributos territoriales sobre la producción agrícola. Cuando las recién ampliadas coaliciones bárbaras formadas en territorio romano resultaron imposibles de desmantelar, estos tributos quedaron mermados al tomar el control de las provincias, con o sin el consentimiento imperial. Los visigodos, por ejemplo, al principio estaban establecidos en zonas limitadas del sur de la Galia (como los burgundios) con el consentimiento imperial, mientras que los vándalos se

apoderaron por la fuerza de las provincias más ricas del norte de África. Estas zonas anexionadas no ingresaban nada a las arcas imperiales. Al mismo tiempo, el consentimiento imperial de estos asentamientos se obtenía siempre a punta de espada, lo cual significaba que las considerables franjas de tierra que permanecían en manos imperiales sufrían graves daños y por consiguiente su capacidad de pago de los habituales impuestos había quedado mermada. Tradicionalmente parece que los emperadores concedían a las tierras que habían sufrido daños una reducción tributaria de seis séptimas partes. Así pues, estos asentamientos bárbaros empujaron rápidamente a las autoridades centrales del estado imperial occidental hacia un círculo vicioso de decadencia. Las pérdidas de tierras y de ingresos socavaron la capacidad del estado para mantener a sus fuerzas armadas y con ello su capacidad de resistir las exigencias de los invasores bárbaros, tanto de aquellos que ya se encontraban en suelo romano como de los nuevos en el exterior. Incluso los visigodos, antiguos aliados imperiales, no tardaron en aprovechar la oportunidad de expandir su propia zona de dominio, especialmente bajo Eurico, que emprendió guerras de conquista después de 468, que situaron gran parte de España y de la Galia bajo gobierno gótico. A medida que este proceso se iba desarrollando por sí solo, tanto los romanos como los bárbaros se dieron cuenta finalmente de que el estado romano central ya no era el protagonista principal de la política de la Europa occidental, y no es de extrañar que el acto final de disolución imperial, la deposición del último emperador occidental Rómulo Augústulo, se produjese cuando no se pudo pagar el importe de los salarios de lo que quedaba del ejército romano en Italia.[36]

La importancia de esta historia para el mundo moderno remite inmediatamente al proceso de la caída del imperio. El mundo occidental desarrollado tiene una marcada tendencia a abordar los problemas estratégicos en términos de sus propias políticas, de lo que ha hecho o no ha hecho o podría hacer en el futuro, como si las otras partes de cualquier relación no tuvieran voz en la cadena final de acontecimientos. En los enfoques tradicionales de la caída del imperio romano se pone de manifiesto una actitud similar que se centra en

gran medida en dilucidar si las estrategias fronterizas de los romanos fueron lo bastante inteligentes o suficientes para combatir la amenaza exterior. No obstante, una panorámica general de las pautas que se estaban desarrollando en cuanto a organización económica, social y política en la Europa central del período romano pone de relieve que es igualmente importante centrarse en lo que los llamados bárbaros estaban haciendo. Muy a menudo los historiadores, normalmente siguiendo a los propios comentaristas romanos, debaten el destino final de la frontera en términos de si Roma, en distintos momentos de su historia, encontró o perdió el cálculo estratégico mágico, cuando en realidad, dadas las condiciones que se estaban desarrollando sobre el terreno, el destino del imperio dependía fundamentalmente de lo que sucedía al otro lado de la frontera. Roma era en el fondo un imperio ubicado en el Mediterráneo, que utilizaba aquellos recursos para ejercer su dominio sobre extensas zonas de la Europa septentrional. La causa última de la caída del imperio, y de que un estado ubicado en el Mediterráneo nunca desde entonces haya sido dominante en la historia del Occidente euroasiático, reside en el hecho de que el primer milenio marca un hito crucial en el desarrollo de Europa en general. Las nuevas técnicas agrícolas generaron poblaciones mucho más numerosas, que a continuación fueron impulsadas por estructuras políticas mucho más sofisticadas. El resultado fue un desplazamiento fundamental en el equilibrio estratégico de poder que significaba que los recursos mediterráneos ya no proporcionaban una base suficiente de poder desde la cual fuera posible ejercer el dominio europeo. El accidente de la intrusión de los hunos pudo haber dictado exactamente cómo y cuándo cayó el imperio, pero fue la liberación de las fuerzas de desarrollo en la Europa de los bárbaros lo que sentenció su caída tarde o temprano y, lo que es más, sin retorno posible.

Pero quizá todavía sea más importante, en mi opinión, lo que esta historia tiene que decirnos acerca de las fuerzas dinámicas desatadas cuando economías y estructuras políticas originariamente menos desarrolladas entraron en contacto, a muy distintos niveles, con los vecinos imperiales a gran escala. Gran parte de la transformación que generó estructuras políticas y socioeconómicas más amplias

y poderosas en los confines del mundo romano en la primera mitad del primer milenio d. C. puede ser rastreada hasta las consecuencias de los contactos sin precedentes entre la Europa imperial y la de los bárbaros: militares, económicos, políticos e incluso culturales. Una vez más, no se trata solamente de la historia del imperio actuando, sino de los bárbaros reaccionando con inteligencia y determinación ante las oportunidades y los peligros que presentaban las políticas imperiales. De hecho, el desarrollo del mundo germánico es sólo un ejemplo de un fenómeno mucho más general. En respuesta a las oportunidades positivas que presentaban semejantes contactos y al factor negativo de explotación agresiva que por lo general ejercen los imperios sobre sus vecinos originalmente más débiles, dichas sociedades suelen mostrar una acusada tendencia a desarrollarse y reorganizarse de tal manera que llegan a invertir las primitivas desigualdades de poder. Entre las sociedades eslavas de los confines de la Europa imperial de los francos en la segunda mitad del milenio pueden observarse, por ejemplo, pautas de desarrollo prácticamente análogas.[37] Y yo argumentaría que esta pauta también se mantiene vigente en gran medida en contextos más modernos, donde el dominio económico, político e incluso militar del Occidente desarrollado, tan evidente en todo el globo en el siglo XX, está siendo rápidamente trastocado por las estructuras políticas externas, los bárbaros modernos, si se quiere, que aquél antes explotaba, pero que se han aprovechado al máximo de sus peligros y oportunidades para reorganizarse. En resumen, lo que todos estos ejemplos me sugieren es que a menudo actúa una especie de tercera ley de Newton de los imperios. El ejercicio del dominio político y la explotación económica imperiales impulsará a la larga una serie de reacciones que convierten a los vecinos inicialmente más débiles en sociedades mucho más capaces de resistir o incluso de derrocar al imperialismo agresivo que desencadenó todas aquellas reacciones.

Notas

I. Desde Persia con amor

1. *Crónica de Nabónido*, col. ii, p. 15. El propio Ciro entró en Babilonia dos semanas y media más tarde.

2. Jeremías 28: 14.

3. Ezequiel 32: 23.

4. Cilindro de Ciro 20. Los títulos utilizados por los reyes persas no eran originales propios sino que procedían de una variedad de reinos del Próximo Oriente, incluida Babilonia.

5. Esquilo, *Los persas*, pp. 104-105.

6. Cilindro de Ciro 16.

7. Heródoto 1.214.

8. Isaías 45: 1-3.

9. Heráclito, citado por Diógenes Laercio, *The Lives and Doctrines of the Eminent Philosophers*, trad. R. D. Hicks, 2 vols., Loeb Classical Library n.º 184 (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1925), 1.21. (Hay trad. cast.: *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, Barcelona, Teorema, 1982.)

10. Para una concisa introducción a las fuentes que permiten reconstruir los acontecimientos de 522, así como de las propias fuentes, véase el capítulo «From Cambyses to Darius I», en Amélie Kuhrt, *The Persian Empire: A Corpus of Sources from the Achaemenid Period* (Londres, Routledge, 2007), vol. I.

11. Inscripción de Behistún 63.

12. Una fecha más bien probable que segura.

13. Focílides, frag. 4. A pesar de la referencia asiria, el poema es casi con toda seguridad un reflejo del aumento del poder persa.

14. Tirteo 7.31-32.

15. Citado por Tim Blanning en *The Pursuit of Glory: Europe 1648-1815* (Nueva York, Viking, 2007), p. 626.

16. Heródoto 6.116.

17. Heródoto 8.24.

18. Heródoto 9.62.

19. Licurgo, *Contra Leócrates* 81.

2. Pericles, Tucídides y la defensa del imperio

1. Tucídides 1.97.1.

2. Tucídides 3.10.5.

3. Tucídides 1.99.2-3.

4. Meritt B. D., Wade-Gery H. T. y McGregor M. F, *The Athenian Tribute Lists*, vol. 2 (Princeton, HJ, Princeton University Press, 1949), p. 69.

5. Tucídides 5.105.

6. Focílides, frag. 5.

7. Pseudo-Jenofonte *Respublica Atheniensium* 2.7-8. La obra fue erróneamente atribuida al historiador Jenofonte, y se desconoce su verdadero autor. Generalmente se alude a él como «el Viejo Oligarca» por las opiniones antidemocráticas de esta obra, pero ignoramos su edad y el propósito de su composición, que está fechada por evidencias internas en la década de 420.

8. Hermipo en Ateneo 1.27e-28a.

9. Pseudo-Jenofonte, *Respublica Atheniensium* 1.18.

10. Diodoro Sículo 12.4.5-6.

11. Raphael Sealey, «The Entry of Pericles into History», *Hermes* 84 (1956), p. 247.

12. Eduard Meyer, *Forschungen zur alten Geschichte,* vol. 2 (Halle, Max Niemeyer, 1899), pp. 19-20.

13. Plutarco, *Pericles* 17.1.

14. Algunos estudiosos dudan de la autenticidad del decreto del Congreso, tal como se le denomina. Para un buen análisis, véase Russel Meiggs, *The Athenian Empire* (Oxford, Oxford University Press, 1972), pp. 151-152, 512-515. Plutarco no ofrece fecha alguna para el decreto, pero la secuencia adoptada aquí es la elegida por aquellos que aceptan su realidad.

15. Pericles 12.2.
16. Pericles 12:3-4.
17. Tucídides 2.8.4.
18. Tucídides 1.75.3-5.
19. Tucídides 1.76.2.
20. Tucídides 2.63.1-2.
21. Tucídides 2.38.
22. Tucídides 2.43.1.
23. Tucídides 2.64.3-6.
24. Pseudo-Jenofonte 1.2-3.
25. Pseudo-Jenofonte 2.4-6, 11-13.
26. Tucídides 1.4-19.
27. Pericles 1.143.4.
28. Pericles 2.62.1-2.
29. Pericles 143.4-5.
30. Pericles 1.143.5.
31. Tucídides 6.18.2.
32. Tucídides 6.18.7.
33. Tucídides 1.70.

3. ¿Por qué perduran las fortificaciones?

Agradezco a mi amigo Matthew B. Kohut la lectura y los comentarios de varios borradores de este ensayo.

1. R. E. Wycherley, en *The Stones of Athens* (Princeton, NJ, Princeton University Press, 1978), escribe (7):

> La historia de las murallas de Atenas es la historia de la expansión y contracción de la ciudad en sus sucesivas fases de crecimiento y declive, en la victoria, el desastre y la recuperación. Éste fue un rasgo dominante de la ciudad en sus días de gloria, un objeto de inmenso gasto de esfuerzo y recursos por parte del *demos* ateniense, un símbolo del poder de Atenas, y un destacado ejemplo de arquitectura militar griega; y, por supuesto con repetidas reparaciones y reconstrucciones, continuó más o menos existiendo durante dieciséis siglos con irregular fortuna, y fue erigida una y otra vez tras graves deterioros.

En un contexto no ateniense, un suceso quizá relacionado con el descrito por Heródoto (1.168), Anacreonte escribió (frag. 100 [Bruno Gentili, *Anacreon* (Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1958); Bergk 72; Diehl 67, p. 391]): «Ahora la corona de la ciudad ha sido destruida». El escoliasta de Píndaro, *Olímpicas* 8.42c, explica la referencia citando este verso de la poesía de Anacreonte, añadiendo que «las murallas de las ciudades son como una corona». Mogens Herman Hansen en *Polis: An Introduction to the Ancient Greek City-State* (Oxford, Oxford University Press, 2006) describe el propósito general de la muralla de una polis griega (104):

> En contraste [es decir, con la Edad Media], en la antigua *polis* griega la muralla de la ciudad servía solamente a propósitos militares, y no se recaudaban peajes en las puertas de la ciudad. Por supuesto, en tiempos de guerra las murallas y las puertas estaban custodiadas, pero en tiempos de paz cualquiera podía cruzar las puertas a la luz del día. Es posible que se cerrasen por la noche, pero no estaban custodiadas, y la gente podía entrar y salir de la ciudad. En la *polis* las murallas no se consideraban una barrera entre la ciudad y el campo, sino más bien un monumento del que los ciudadanos se sentían orgullosos.

2. Antes de la invasión persa, la Acrópolis ateniense estaba custodiada por la muralla pelásgica. Además de esta muralla, algunos estudiosos postulan que la ciudad estaba fortificada por un muro circundante. Wycherley, *The Stones of Athens*, 9 (véase también n.º 4), centra la atención en la disputa relativa a la existencia de una muralla anterior a las guerras persas. Los antiguos testimonios literarios sobre la existencia de la muralla son ambiguos y no hay las evidencias arqueológicas de su trazado. Sin embargo, E. Vanderpool («The Date of the Pre-Persian City-Wall of Athens», en Φόροζ: *Tribute to Benjamin Dean Meritt,* ed. D. W. Bradeen y M. F. McGregor, pp. 156-160 [Locust Valley, NY, J. J. Augustin, 1974]) concluye que sí había una muralla previa a los persas en la ciudad de Atenas con un *terminus post quem* de 566 a. C.

3. Fornara 55, *GHI* 23. La traducción es de Charles W. Fornara, *Archaic Times to the End of the Peloponnesian War*, vol. 1 de *Translated Documents of Greece and Rome*, 2.ª ed. (Cambridge, Cambridge University Press, 1983), pp. 53-55. La inscripción que recoge este decreto es de fecha posterior; por esta razón, abogar por su autenticidad es cuestionable. Fornara proporciona referencias tanto a favor como en contra de su autenticidad en la p. 54. Véanse también Heródoto 8.41 y Demóstenes 19.303.

4. Heródoto 8.50.

5. Heródoto 8.51. Las traducciones de Heródoto son de Andrea L. Purvis, *The Landmark Herodotus: The Histories*, ed. Robert B. Strassler (Nueva York, Pantheon Books, 2007).

6. Véase Heródoto 7.141.3.

7. Para el debate sobre los preparativos de Temístocles para la invasión persa y la consiguiente evacuación de los atenienses del Ática, véase Barry Strauss, *The Battle of Salamis: The Naval Encounter That Saved Greece - and Western Civilization* (Nueva York, Simon &Schuster, 2004), pp. 61-72.

8. Heródoto 8.53.

9. Heródoto 9.3. La cita es de 9.13.2.

10. John M. Camp, *The Archaeology of Athens* (New Haven, CT, Yale University Press, 2001), pp. 56-58.

11. Tucídides 1.89.3.

12. En este contexto es interesante comparar la construcción de las murallas de Atenas con la construcción de la Torre de la Libertad de la ciudad de Nueva York. Véase el comentario de Nicolai Ouroussoff, crítico de arquitectura para el *New York Times*, en «A Tower That Sends a Message of Anxiety, Not Ambition», 19 de febrero, 2007, y «Medieval Modern: Design Strikes a Defensive Posture», 4 de marzo, 2007:

> Cuatro años después de la invasión americana de Iraq, este estado de sitio empieza a parecerse cada vez más a una realidad permanente, que se pone de manifiesto en un estilo arquitectónico al que podríamos calificar de medievalismo del siglo XXI. Igual que sus homólogos de los siglos XIII al XV, los arquitectos contemporáneos son reclutados para crear no sólo importantes hitos civiles, sino líneas de defensa civil, con rasgos estéticamente agradables como barreras elegantemente esculpidas alrededor de plazas públicas o decorativos revestimientos para voluminosos muros protectores de hormigón... El ejemplo más escalofriante del nuevo medievalismo es la Torre de la Libertad de Nueva York, que en un principio se promocionó como un símbolo de ilustración. Diseñada por David Childs de Skidmore, Owings & Merrill, descansa sobre una base fortificada de hormigón de 20 pisos de altura sin ventanas decorada con paneles de cristal prismático en un grotesco intento por disfrazar la paranoia subyacente. Y la amenazadora parte superior en forma de obelisco es más una expresión de arrogancia americana que de libertad.

13. Diodoro 11.29.3.

14. La traducción es de C. H. Oldfather en la Loeb Classical Library. Véanse también Tod, *GHI* 2.204, pp. 21-51; Licurgo, *Contra Leocrates*, pp. 80-81. Contra: Teopompo, *FGrHist* 115 F153. Russell Meiggs, *The Athenian Empire* (Oxford: Oxford University Press, 1972), pp. 504-507, acepta la validez del juramento de Platea, mientras que P. J. Rhodes, *CAH* 5^2.34, duda de la existencia de una cláusula que exigiera que los templos permaneciesen en ruinas.

15. Jeffrey M. Hurwit, *The Athenian Acropolis: History, Mythology, and Archaeology from the Neolithic Era to the Present* (Cambridge, Cambridge University Press, 1999), pp. 135-142. Los testimonios arqueológicos del saqueo persa de Atenas, y del Ágora en particular, se presentan en T. Leslie Shear Jr., «The Persian Destruction of Athens», *Hesperia* 62 (1993), pp. 383-482. Véase también Homer A. Thompson, «Athens Faces Adversity», *Hesperia* 50 (1981), pp. 343-355. Escribe (p. 346): «Resumiendo: sus triunfos en las guerras persas sin duda alguna estimularon a los atenienses en algunos de sus logros más importantes en el campo del arte, la literatura y los asuntos exteriores. Pero la evidencia de las excavaciones nos recuerda que el saqueo de 480-479 a. C. provocó una prolongada y angustiosa desazón en la vida doméstica, civil y religiosa de la ciudad».

16. Simon Hornblower (*A Commentary on Thucydides*, I [Oxford, Clarendon Press, 1991], s.v. 1.89.3-1.93.2, p. 135) cita a R. A. McNeal («Historical Methods and Thucydides 1.103.1», *Historia* 19, [1970], pp. 306-325) sobre la importancia de las murallas en Tucídides. McNeal escribe (p. 312): «En la elaborada teoría de Tucídides sobre el poder, una flota facilita el comercio, el comercio aporta ingresos, los ingresos crean tesoro, el tesoro significa estabilidad y murallas, y las murallas permiten el dominio político de estados más débiles. Para Tucídides la muralla es el máximo símbolo de poder». Véase también el comentario de Hornblower en 1.2.2, donde cita de Yvon Garlan («Fortifications et histoire grecque», en *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, ed. Jean-Pierre Vernant, pp. 245-260 [París, Mouton, 1968], cita en p. 255) que «la notion d'enceinte urbaine est inséparable du concept de cité».

El autor de la *Athenaion Politeia* atribuye tanto a Temístocles como a Arístides la construcción de las murallas de recinto (23.3-4, trad. P. J. Rhodes [Aristóteles, *The Athenian Constitution* (Londres, Penguin Books, 1984)]):

(3) Los paladines del pueblo en aquella época eran Arístides, hijo de Lisímaco, y Temístocles, hijo de Neocles: Temístocles practicaba las artes milita-

res, mientras que Arístides era hábil en las artes políticas y destacaba por encima de sus contemporáneos por su honradez, por consiguiente los atenienses utilizaron al primero como general y al segundo como consejero. (4) Ambos se responsabilizaron conjuntamente de la reconstrucción de las murallas, a pesar de ser adversarios personales; y fue Arístides quien se percató de que los espartanos se habían granjeado una mala reputación a causa de Pausanias e instaron a los jonios a que se desvinculasen de la alianza espartana.

Para un debate sobre este fragmento, véase P. J. Rhodes, *A Commentary on the Aristotelian* Athenaion Politeia (Oxford, Oxford University Press, 1981), pp. 292-295.

Véase Diodoro 11.39-40 (incorrectamente fechado 478-477 a. C.). Plutarco también hace hincapié en la hábil manera en que los atenienses emprendieron su ambiciosa búsqueda del imperio (*Temístocles* 19):

Una vez alcanzados estos propósitos, se lanzó inmediatamente a la reconstrucción y fortificación de Atenas; según el relato de Teopompo, sobornó a los éforos espartanos para que no se opusieran a su plan, pero la mayoría de autores coincide en que los burló. Planificó una visita a Esparta, otorgándose a sí mismo el título de embajador, y entonces los espartanos le expresaron sus quejas de que los atenienses estaban fortificando su ciudad, mientras Poliarco era enviado expresamente desde Egina para enfrentarlo a esta acusación. No obstante, Temístocles lo negó y les dijo que enviaran hombres a Atenas para que lo vieran ellos mismos; este retraso, según calculó, daría tiempo a los atenienses para construir las fortificaciones, y estaba también inquieto por su propia seguridad por si los atenienses retenían a los enviados en calidad de rehenes. Así fue como sucedieron las cosas. Cuando los espartanos descubrieron la verdad, no tomaron represalias contra él, sino que ocultaron su resentimiento y lo expulsaron.

17. Tucídides 1.90.1-3.

18. Tucídides 1.93.1-2.

19. John M. Camp, *The Archaeology of Athens* (New Haven, CT, Yale University Press, 2001), pp. 59-60; Gomme, *HCT,* s.v. 1.93.2, pp. 260-261; Hornblower, *A. Commentary on Thucydides,* I, s.v. 1.93.2, pp. 137-138.

20. Para una descripción de estas murallas, véase Wycherley, *The Stones of Athens,* 13. Los atenienses colocaron ladrillos sin cocer sobre un zócalo

de piedra que estaba «compuesto por varias hiladas de grandes ladrillos bien formados en ambas caras de un núcleo de piedra más tosca. El material era caliza porosa o más dura, con un uso cada vez más acentuado de conglomerado en fases posteriores».

21. Gomme, *HCT*, s.v. 1.92, p. 260.

22. Véase T. 1.1.1: «Los preparativos de ambos contendientes alcanzaron en todos los ámbitos el máximo grado de perfección; y él [Tucídides] pudo ver al resto de la raza helénica tomando partido en la disputa; aquellos que no lo hicieron enseguida, tampoco lo descartaban» (1.18.3):

> Por un breve tiempo la liga [la Liga Helénica de 481] se mantuvo unida, hasta que los espartanos y los atenienses se pelearon y libraron una guerra uno contra el otro con sus aliados, un duelo al que los helenos se vieron arrastrados tarde o temprano, aunque algunos al principio permanecieron neutrales. De manera que todo el período que va desde la contienda contra los melios hasta ésta, con algunos intervalos de paz, transcurrió en guerra por parte de ambos bandos, bien con su rival, o con sus propios aliados sublevados; esto les proporcionaba una constante práctica en asuntos militares, y la experiencia que se aprende en la escuela del peligro.

23. Hansen, en *Polis*, escribe (pp. 95-96):

> Ya en el Período Arcaico, las murallas eran un aspecto importante en la percepción griega de lo que era una *polis*, y una visión general de las murallas que se han conservado sólo sirve para reforzar este punto... En las fuentes escritas, un total de 222 *poleis* se citan como amuralladas en los períodos Arcaico y Clásico, y solamente en diecinueve casos se menciona explícitamente que una ciudad no está amurallada; hay tan sólo cuatro *poleis* de las que sabemos positivamente que no tenían murallas al final del Período Clásico: a saber, Delfos, Delos, Gortina y Esparta.

24. Platón, *Leyes* 778d-779b (trad. del inglés de A. E. Taylor):

> Por lo que respecta a las murallas, Megilo, soy de la misma opinión que vuestra Esparta. Las dejaría dormir pacíficamente en la tierra sin despertarlas, y éstas son mis razones. Tal como felizmente expresa el a menudo citado verso del poeta, las murallas de una ciudad tendrían que ser de bronce y hierro, no de piedra, y nosotros en particular nos cubriremos de merecido ridícu-

lo si nos encerramos detrás de una muralla, después de conducir a nuestros jóvenes en procesión anual a campo abierto para bloquear el camino de un enemigo mediante zanjas, trincheras y edificios de diversa índole, todo ello, si quieres, con la idea de mantener al enemigo fuera de nuestras fronteras. En primer lugar, una muralla dista de ser buena para la salud de la vida ciudadana y, lo que es más, normalmente produce cierta debilidad del alma en sus habitantes; invita a los ciudadanos a buscar refugio en su interior y a no presentar batalla al enemigo, los predispone a descuidar su liberación, que consiste en no relajar la guardia ni de día ni de noche, y a imaginar que encontrarán el camino hacia la verdadera seguridad encerrándose en la ciudad y yendo a dormir tras los muros y las trancas como si hubieran nacido para eludir el esfuerzo, y no supieran que la verdadera tranquilidad proviene de éste, mientras que la tranquilidad deshonrosa y la pereza generan trabajo duro y problemas, o estoy muy equivocado.

25. Victor Davis Hanson, *The Soul of Battle: From Ancient Times to the Present Day. How Three Great Liberators Vanquished Tyranny* (Nueva York, Free Press, 1999), pp. 72-104. En pp. 101-102, escribe:

> Los modernos estudiantes de historia griega, para comprender plenamente la visión contemporánea real de la cultura espartana, han de visitar las ruinas de Mesene, Megalópolis y Mantinea. El hecho de que estos inmensos circuitos pudieran surgir tan rápidamente tras la derrota espartana en Leuctra y la posterior invasión de Laconia deberían ilustrarnos exactamente sobre lo que los vecinos de Esparta pensaban de la sociedad espartana. Las estructuras defensivas —el muro de Berlín y las actuales fortificaciones que se realizan en la frontera entre México y Estados Unidos son buenos ejemplos— a menudo proporcionan testimonios más fidedignos que las fuentes literarias y las declaraciones gubernamentales sobre las respectivas aprensiones, temores e ideologías de las culturas de ambos lados de las murallas. Igual que las convulsiones de la Unión Soviética provocaron la caída del muro en Alemania, también la contención que Epaminondas infligió a Esparta hizo que inmediatamente salieran al campo del Peloponeso a miles para cortar y obtener piedra mientras todavía tenían ocasión de hacerlo.

26. Aristóteles, *Política* 2.8 (1267b22-30). Véanse R. E. Wycherley, *CAH* 5².203-208 y M. Ostwald, *CAH* 5².315.

27. Tucídides 1.93.3-7.

28. Véanse también los comentarios de Plutarco sobre el impacto de esta política para los atenienses (*Temístocles* 19):

> Después de esto procedió a desarrollar El Pireo como puerto, porque ya se había dado cuenta de las ventajas naturales de sus accesos y su ambición era unir la ciudad entera con el mar. Con ello en cierta medida estaba invirtiendo la política de los antiguos reyes del Ática, puesto que según dicen intentaban alejar del mar a los ciudadanos y acostumbrarlos a vivir no de la navegación sino del trabajo y cultivo de la tierra. Fueron ellos los que difundieron la leyenda de Atenea, de cómo hizo brotar, cuando ella y Poseidón competían por la posesión del país, el olivo sagrado de la Acrópolis ante los jueces y obtener así el veredicto. No obstante, Temístocles no «amasó El Pireo con la ciudad», como lo expresa el poeta cómico Aristófanes; al contrario, unió la ciudad a El Pireo e hizo que la población terrestre dependiera del mar. El resultado incrementaría la influencia del pueblo a expensas de la nobleza y le daría confianza, puesto que el control de la política pasaría ahora a manos de los marineros, contramaestres y pilotos. Por este motivo la tribuna de la Asamblea del pueblo en Pnyx, que se había construido de manera que mirase hacia el mar, fue más tarde girada por los Treinta Tiranos, para que mirase tierra adentro, porque creían que el imperio naval de Atenas había demostrado ser la madre de la democracia y que una oligarquía era más fácilmente aceptada por los hombres que cultivaban la tierra.

29. Véase el nuevo estudio de las Murallas Largas de David H. Conwell, *Connecting a City to the Sea: The History of the Athenian Long Walls*, *Mnemosyne Supplements*, vol. 293 (Leiden, Brill, 2008). Después de describir las características físicas de las murallas, la nomenclatura y la topografía local donde estaban ubicadas, Conwell ofrece una narración cronológica de la construcción y objetivo de las murallas durante cuatro fases. Concluye con un análisis estratégico de las Murallas Largas en la historia ateniense desde el inicio de su construcción hasta el final del siglo IV.

30. Tucídides 1.107,108.2. Conwell conjetura que la construcción se empezó ya en 462-461 y se terminó en 458-457. Su argumentación (*Connecting a City to the Sea*, pp. 39-54), que intenta confirmar la implicación de Cimón en el proyecto y con ello corroborar una observación de Plutarco (*Cimón* 13.5-7), es decir, en contradicción con la reconocida cronología imprecisa de Tucídides, proponiendo al mismo tiempo una fecha temprana para el inicio de la construcción, no consigue abordar de forma adecuada el

empuje democrático de esta iniciativa. El compromiso de los atenienses en la construcción de las Murallas Largas reforzó la confianza de la polis en las masas de ciudadanos que prestaban servicio en la flota. Para Cimón favorecer a este segmento del cuerpo ciudadano ateniense era incoherente con sus criterios políticos. Cimón, que había padecido recientemente el deshonor a raíz de sus políticas proespartanas, no gozaba del suficiente crédito respecto a sus conciudadanos como para sugerir un proyecto que precisaba de gran parte de los recursos de la ciudad. Su implicación en la construcción de las murallas, que requería arrojar «ingentes cantidades de escombros y piedras pesadas a los pantanos» a sus expensas, puede representar, como escribe Conwell, poco más que el desesperado intento de un político «tratando de evitar su extinción política» (p. 49). Fue condenado al ostracismo y excluido de Atenas en 461 a. C.

31. Platón, *Gorgias* 455d-e. Nuestras fuentes escritas sólo nos permiten fechar esta muralla a partir de 452-431. Conwell (pp. 64-78) conjetura que su construcción tuvo lugar en torno a 443-442.

32. Conwell, *Connecting a City to the Sea*, escribe (p. 60):

> Dada su finalidad, las Murallas Largas (Ia) eran al mismo tiempo convencionales y radicales. Por un lado, a pesar de lo impresionante de sus dimensiones, las estructuras simplemente aseguraban la orientación marítima típica de las ciudades de la Grecia clásica. Por otro lado, mientras que muchas fortificaciones eran sencillamente barreras pasivas que defendían una zona urbana contra la invasión, las Murallas Largas tenían una función mucho más ambiciosa. Construidas para defender la conexión entre Atenas y sus barcos, eran estructuras orientadas hacia tierra con un propósito decididamente marítimo.

33. Donald Kagan, *The Peloponnesian War* (Nueva York, Viking, 2003), p. 51. (Hay trad. cast.: *Guerra del Peloponeso,* Edhasa, Barcelona, 2009.) Véase también el capítulo 2 de este libro, donde esboza los objetivos de la política exterior ateniense. Las murallas de Atenas facilitaron el desarrollo de una estrategia naval destinada a alcanzar dichos objetivos.

34. Kagan, *The Peloponnesian War*, pp. 53-54. Kagan escribe (p. 52):

> Este plan se adecuaba mejor a los atenienses que el tradicional método de confrontación entre falanges de infantería, pero contenía graves defectos, y confiar en él contribuyó al fracaso de la estrategia diplomática de disuasión de

Pericles ... Los atenienses, por ejemplo, tendrían que tolerar los insultos y acusaciones de cobardía que el enemigo les lanzaría desde el otro lado de las murallas. Aquello representaría una violación de toda la experiencia cultural griega, la tradición heroica que consideraba el coraje en combate la mayor de las virtudes griegas. Además, la mayoría de atenienses vivía en el campo, y tendría que contemplar pasivamente desde la protección de las murallas de la ciudad cómo el enemigo destruía sus cosechas, estropeaba sus árboles y sus vides, y saqueaba y prendía fuego a sus hogares. Ningún griego que tuviera la oportunidad de resistir habría estado dispuesto a hacer esto, y poco más de una década antes los atenienses habían salido a luchar antes que permitir tal devastación.

35. También se habían construido largas murallas antes de la guerra, las más importantes en Megara y en el Corinto oligárquico.

36. Tucídides 5.82.1-2.

37. Véanse Jenofonte 2.1.17-32; Diodoro 13.104.8-106.8. En la batalla de Egospótamos, los victoriosos espartanos, bajo el liderazgo de Lisandro y Eteonico, destruyeron o capturaron a 170 de las 180 trirremes atenienses y ejecutaron quizá a unos tres mil quinientos prisioneros atenienses. Véase Barry S. Strauss, «Aegospotami Reexamined», *AJP* 104 (1983): pp. 24-35, esp. 32-34. Donald Kagan describe la apremiante situación de los atenienses (*The Fall of the Athenian Empire* [Ithaca, NY, Cornell University Press, 1987], p. 393): «Los recursos de los atenienses estaban agotados: no podían volver a construir una flota para reemplazar a la que habían perdido en Egospótamos. Los atenienses habían perdido la guerra, y las únicas cuestiones pendientes eran cuánto tiempo resistirían antes de rendirse y qué condiciones podrían conseguir.»

38. Jenofonte 2.2.3, 10. A menos que se indique lo contrario, todas las referencias a Jenofonte son de *Helénicas*. La traducción utilizada en todo momento es la de Rex Warner, *A History of My Times* (Harmondsworth, UK: Penguin, 1966).

39. Jenofonte 2.2.11.

40. Jenofonte (2.2.15) menciona que una propuesta anterior de los espartanos, cuyo origen y fecha no están claros, transmitida por el embajador ateniense Arquestrato, que exigía que los atenienses derribasen las Murallas Largas, fue airadamente rechazada en la *ecclesia*. La *ecclesia* encarceló a Arquestrato y aprobó una ley que prohibía volver a mencionar semejante condición.

41. Jenofonte 2.2.19-20. Véanse también Diodoro 13.107.4, 14.3.2; Plutarco, *Lisandro* 14.4; Andócides 3.11-12, 39; Lisias 13.14. Contra el testimonio de Jenofonte, el autor de *Athenaion Politeia* declara (34.3):

> Las condiciones de paz especificaban que los atenienses tendrían que estar gobernados por su constitución ancestral (*patrios politeia*); ante esta situación, los demócratas intentaron conservar la democracia, mientras que los nobles que pertenecían a los clubes políticos y los exiliados que habían regresado tras la paz querían una oligarquía ... Lisandro apoyó a los oligarcas, intimidó al pueblo y lo forzó a votar a una oligarquía que ejerciese el poder a propuesta de Dracóntides de Afidna.

La traducción es de J. M. Moore, *Aristotle and Xenophon on Democracy and Oligarchy* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1975). De acuerdo con *Athenaion Politeia*: Diodoro 14.3.2-3 y Justino 5.8.5. Los atenienses discutieron la definición de «constitución ancestral», y la interpretación del término enfrentó a los defensores de la democracia contra los defensores de la oligarquía. Lisandro, a quien los espartanos llamaron de nuevo desde el Egeo oriental a Atenas, fue fundamental para zanjar la disputa de momento nombrando a Teramenes y a los Treinta. Para un excelente estudio de la política de Lisandro, véase Charles D. Hamilton, «Spartan Politics and Policy, 405-401 BC.», *AJP* 91 (1970), pp. 294-314.

42. Jenofonte 2.2.23.

43. J. K. Davis (*Democracy and Classical Greece*, 2.ª ed. [Cambridge, MA, Harvard University Press, 1993], p. 129) argumenta en contra de considerar el final de la guerra del Peloponeso como un momento fundamental en la estabilidad de la política interestatal griega: «Las dos primeras fases (es decir, 431-421, 421-413) son similares, pero en los años 413-411 hay una interrupción muy real, cuando la superioridad ateniense fue desbaratada, Persia entró en la guerra y Esparta se convirtió en una potencia naval. A partir de entonces, la nueva configuración de la política internacional permaneció estable durante una generación hasta la década de 370, y los verdaderos finales de las guerras en 404 y 386 fueron comparativamente poco importantes». Véase también p. 147: «La política griega después de 413 conservó la misma configuración durante una generación». En mi opinión, la interpretación de Davis no reconoce que el período que se extiende desde el final de la guerra del Peloponeso hasta la paz del Rey (y los trata-

dos que concluyeron aquellos conflictos) constituye una transición de la estructura del sistema interestatal de la bipolaridad a la multipolaridad. Además, me resulta difícil negar la importancia del tratado que terminó con la guerra en 404, que supuso formalmente el fin del imperio ateniense, o el tratado de 387-386 que constituyó la cúspide la hegemonía espartana. Kagan, *The Fall of the Athenian Empire*, p. 416:

> A pesar de su resultado aparentemente decisivo, la guerra no estableció un equilibrio de poder estable que reemplazase el incómodo equilibrio que se había instalado tras el fin de la guerra persa. La gran guerra del Peloponeso no fue el tipo de conflicto que, a pesar de sus costes, crea un nuevo orden que permite una paz general durante una generación o más. El tratado de paz de 404 reflejaba un aumento temporal de la influencia espartana mucho más allá de su fuerza normal.

44. Los restos de las fortificaciones a lo largo de la frontera del Ática se remontan principalmente a la primera mitad del siglo IV a. C., no obstante, es probable que algunas estructuras defensivas se hubieran levantado antes, en el siglo anterior.

45. Véanse mi tesis doctoral de la Universidad de Yale de 2001, «The Struggle for Hegemony: Greek Interstate Politics and Foreign Policy, 404-371 BC», y Arthur Eckstein, *Mediterranean Anarchy, Interstate War, and Rise of Rome* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2007), cap. 2.

46. La suposición general es la de que Atenas fue terriblemente devastada después de la guerra (por ejemplo, H. Bengston, *Griechische Geschichte* [Múnich, Beck, 1960], p. 259, y Claude Mossé, *Athens in Decline: 404-486 B.C.*, trad. Jean Stewart [Londres, Routledge y Keagan Paul, 1973], pp. 12-17). La reciente comunidad académica respalda la idea de que la recuperación de Atenas, tanto económica como política, se produjo más rápidamente de lo que antes se creía (por ejemplo, G. E. M. de Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient World form the Archaic Age to the Arab Conquests* [Londres, Duckworth, 1981], pp. 291-292). Barry S. Strauss (*Athens After the Peloponnesian War: Class, Faction and Policy, 404-386 B.C.* [Londres, Croon Helm, 1986], *passim*) ofrece un análisis detallado de las condiciones sociales y económicas después de la guerra del Peloponeso. Sin embargo, en 395, Atenas se encontraba en una situación mucho más comprometida que durante el período de su imperio del siglo V.

47. Para los testimonios completos de las actividades de Conón (397-396 a 394-393), véase Harding pp. 12, 22-26. En la segunda mitad de siglo IV, los atenienses consideraban las victorias militares de Conón contra Esparta como victorias para Grecia, aunque él fuera un ateniense al servicio de Persia. Véase, por ejemplo, Dinarco, 1.14 [fechado 323], trad. Ian Worthington, *A Historical Commentary on Dinarcus: Rhetoric and Conspiracy in Later Fourth-Century Athens* (Ann Arbor, University of Michigan Press, 1992), p. 87:

> Atenienses, no tuvisteis en cuenta las acciones de Timoteo, que navegó alrededor del Peloponeso y derrotó a los espartanos en una batalla naval en la costa de Corcira. Era hijo de Conón que liberó a los griegos, y tomó Samos, Metone, Pidna, Potidea y otras veinte ciudades más. No tuvisteis en cuenta estas hazañas ni en su juicio ni para los juramentos que confirmaron los votos que depositasteis, sino que lo multasteis con cien talentos porque Aristófanes dijo que él había cogido dinero de Quíos y Rodas.

Véase también 3.17.

48. Jenofonte 4.8.7-11; Diodoro 14.84.4ss.

49. Jenofonte 4.8.9-10.

50. Isócrates 4.154, 5.63-64, 7-12, 65, 9.52s; Demóstenes 20.68; Dinarco 1.14,75, 3.17; Diodoro 14.39.3; Nepos, *Conón* 2.1, 5.1s; Justino 6.3.4. Robin Seager aborda de forma excelente el tema del imperialismo ateniense durante la guerra de Corinto en «Thrasybulus, Conon and Athenian Imperialism, 396-386 B.C.» *JHS* 87 (1967): pp. 95-115. Resumiendo los resultados de su investigación, Seager escribe (p. 115):

> Así pues, parece que el factor constante determinante de la política ateniense entre la restauración de la democracia y la paz de Antálcidas es la negativa de las masas atenienses a aceptar el hecho de que se había perdido el imperio y su deseo de intentar recrearlo en cuanto llegase el momento propicio o incluso antes ... Fue este anhelo del imperio por parte del pueblo lo que determinó las acciones de Atenas a lo largo de este período, no las opiniones divergentes de los estadistas individuales o grupos políticos, que no trataban más que de contener o alentar al pueblo según los dictados del patriotismo o de las ventajas personales.

Seager está en lo cierto al minimizar los efectos ejercidos por los políticos de Atenas en el debate sobre la política exterior ateniense. La cuestión

del imperio era de interés general para todos los atenienses durante aquellos años, y la capacidad de volver a colocar a Atenas en una posición prominente estaba en gran medida en manos de actores externos en un escenario interestatal.

51. Sin embargo, los atenienses quedaron recelosos de la guerra con Esparta. El historiador de Oxirrinco, en la descripción del asunto Deméneto de 396, señala que el temor a Esparta unió las facciones de la sociedad ateniense que habitualmente estaban divididas respecto a asuntos de política exterior (John Wickersham y Gerald Verbrugghe, *Greek Historical Documents: The Fourth Century B. C.: Hellenic Oxyrhynchia* [Toronto, Hakkert, 1973], § 6):

> Haciéndose a la mar en una nave, él [Deméneto] se alejó de los muelles y se dirigió a Conón. Se produjo un tumulto, y los políticos prominentes de las clases altas se enfurecieron. Acusaron al Consejo de empujar a la ciudad a una guerra contra Esparta; los consejeros estaban atemorizados y convocaron una asamblea ... Los atenienses acomodados y respetables no estaban dispuestos a desbaratar las cosas de ninguna manera, pero incluso las masas y los demagogos estaban en aquella ocasión tan asustados que siguieron el consejo. Enviaron emisarios a Milón, el harmosta de Egina, pidiéndole que castigase a Deméneto, puesto que estaba actuando sin autorización. Previamente, las masas y los demagogos se habían pasado todo el tiempo provocando problemas e instigando a los espartanos de muchas maneras.

52. *IG* II^2 1656-64. Además, véase el comentario sobre inscripciones escogidas de El Pireo fechadas en este período de Franz Georg Maier, *Griechische Mauerbauinschriften*, vol. 1 (Heidelberg, Quelle y Meyer, 1959), pp. 15-36. Jenofonte 4.8.10. Conwell (*Connecting a City to the Sea*, pp. 109-122, 130-131) sitúa esta fase de construcción en los años 395-390.

53. Para una definición y explicación del poder blando, véanse Joseph S. Nye Jr., *The Paradox of American Power: Why the World's Only Superpower Can't Go It Alone* (Oxford, Oxford University Press, 2002) e *idem*, *Soft Power: The Means to Success in World Politics* (Nueva York, Perseus, 2005).

54. Andócides, 3.37, trad. Douglas M. MacDowell, *Antiphon and Andocides* (Austin, University of Texas Press, 1998), p. 157: «Atenienses, hubo un tiempo en que no teníamos ni murallas ni barcos, pero cuando los conseguimos nuestros triunfos comenzaron. Por lo tanto, si queréis triunfar de nuevo, eso es lo que debéis tener. Con esta base nuestros padres for-

jaron para Atenas el mayor poder que haya podido tener jamás una ciudad». Véase también R. Seager, «Thrasybulus, Conon and Athenian Imperialism 396-386 B.C.», *JHS* 87 (1967): pp. 95-115.

55. Antes de la ratificación de la paz del Rey, Atenas había honrado a los clazomenienses por su buena voluntad para con ellos: *IG* II[2] 28 (Tod 114; Harding 26, 40-41).

56. R. J. Seager y C. J. Tuplin («The Freedom of the Greeks in Asia: On the Origins of a Concept and the Creation of a Slogan», *JHS* 100 [1980]: pp. 145ss.) sostienen que esta disposición de la paz del Rey es vital para el establecimiento del concepto de los griegos del Asia Menor como una sola comunidad, con el consiguiente valor como lema propagandístico.

57. Alfonso Moreno, *Feeding the Democracy: The Athenian Grain Supply in the Fifth and Fourth Centuries BC* (Oxford, Oxford University Press, 2007).

58. Simon Hornblower, *OCD*[3], s.v. «autonomía» (p. 224):

> En asuntos internos significa la situación en la que una comunidad es responsable de sus propias leyes; en este sentido se opone a tiranía (Hdt. 1.96.1) y significa autodeterminación, mientras que libertad (*eleutheria*) significa ausencia de coacción externa. Pero *autonomia* se utiliza también normalmente en el contexto de relaciones interestatales, donde indica una independencia limitada que una potencia más fuerte permite a otra más débil.

59. Los términos exactos de la paz del Rey se desconocen. Para una reconstrucción especulativa generalmente admitida, véase G. L.Cawkwell, «The King's Peace», *CQ* 31 (1981): pp. 69-83. Véase también Robert K. Sinclair, «The King's Peace and the Employment of Military and Naval Forces 387-378», *Chiron* 8 (1978), pp. 29-37. En síntesis, escribe (p. 37):

> A pesar de que la paz del Rey podría ser criticada por sus vaguedades y «deficiencias» en la formulación, éstas pueden haber sido debidas en parte a la novedad de una *koine eirene*, pero han de relacionarse especialmente con los objetivos de los persas y de los espartanos, que podían explotar más efectivamente un asentamiento que no estuviera definido con demasiada exactitud. Los demás estados griegos reconocieron las realidades de la situación y en particular la posición dominante de Esparta, y sus reacciones en la década siguiente pueden explicarse adecuadamente en términos de este reconocimiento sin invocar a disposiciones específicas en la paz de 387-386.

60. Jenofonte 5.1.36.

61. Robin Seager, «The King's Peace and the Balance of Power in Greece, 386-362 B.C.», *Athenaeum* 52 (1974): pp. 36-63, esp. 38-39:

> La prescripción real no asignó a Esparta ni a ninguna otra ciudad el papel de *protectora* de la paz [n.º 9, Jenofonte, *Helénicas* 5.1.31]. El propio rey aparecía como único garante de la paz y autonombrado líder de aquellos que luchaban para hacerla realidad [n.º 10, se hace claramente hincapié en el período anterior al establecimiento de la paz; véase Hampl, *Staatsverträge*, 11]. Sin embargo, Persia se mostró preparada y dispuesta a dejar que Esparta asumiese la *prostasia* del tratado, porque aquellas implicaciones de la paz que enseguida vinieron a ocupar el primer plano y que necesitaban un *protector* para hacerlas cumplir eran de vital importancia para Esparta, pero no incumbían directamente al rey, que de este modo no tenía motivos para implicarse [véase S. Accame, *La lega ateniese del secolo IV a. C.*, p. 6] ... Esparta consiguió, pues, explotar las condiciones de paz con gran efecto antes de que en realidad se firmase. La había utilizado de manera totalmente retrospectiva. Su propósito era poner fin al resurgimiento del imperialismo ateniense, al control tebano de Beocia y al dominio argivo sobre Corinto, contra los que Esparta no había podido hacer nada durante la guerra de Corinto. En este sentido era sin duda cierto, como afirma Jenofonte, que aunque Esparta provocó la guerra, ganó la paz [n.º 16, Jenofonte, *Helénicas* 5.1.36].

62. Ryder, *Koine Eirene: General Peace and Local Independence in Ancient Greece* (Oxford, Oxford University Press para la Universidad de Hull, 1965).

63. La excepción más flagrante encontrada en la paz del Rey hace referencia a la cuestión de la autonomía. Véase la crítica de J. A. O. Larsen de *Koine Eirene* (*Gnomon* 38 [1966]: pp. 256-260): «Aunque R[yder] hace referencia al destino de las ciudades griegas de Asia, y también de Lemnos, Imbros y Sciros, declara sin embargo que "por primera vez la autonomía de todas las ciudades ... ha sido reconocida en un tratado ratificado por los principales estados y por el rey" (p. 41). Eran casi todas las ciudades *excepto aquellas a las que alguna gran potencia quería mantener sometidas*» (la cursiva es mía). Más adelante Larsen escribe: «No obstante debería servir de advertencia para cualquiera que tratase de idealizar el movimiento, que los tratados a veces incluían una cláusula que limitaba la aplicación de la libertad proclamada en el tratado. Esto se pone de manifiesto en la paz del Rey,

donde, al parecer, las excepciones se enumeraron antes de proclamar la autonomía de las otras *poleis* (Jen. Hel. 5,1,31)».

64. Véase la crítica de Ryder en la reseña de W. G. Forrest de *Koine Eirene, CR* 19/83 (1969): pp. 211-212:

> Y lo que es más importante, la incapacidad de hacer entender a la fuerza (no de afirmar, porque quién podría no afirmarlo) que la paz de 387 fue un acuerdo mediante el cual Esparta se hacía con el control de Grecia. Agesilao lo dijo: *pros ton eiponta tous Lakedaimonius medizein ... apekrinato mallon tous Medous lakonizein*, y teniendo en cuenta las circunstancias del comportamiento espartano en los años que siguieron, «autonomía» y palabras similares han de ser tratadas como lemas vacíos, lo mismo ocurre con *koine eirene*.

65. Las principales obras dedicadas a la segunda Liga Ateniense son: F. W. Marshall, *The Second Athenian Confederacy* (Cambridge, Cambridge University Press, 1905); S. Accame, *La lege Atheniese del secolo IV a. C.* (Roma: Signorelli, 1940); y Jack Cargill, *The Second Athenian League: Empire or Free Alliance?* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1981). La cronología relativa de la fundación de la segunda Liga Ateniense y el ataque de Esfodrias es harto polémica. La *communis opinion* (y la que se adopta en esta obra) es que Atenas respondió al ataque de Esfodrias con la formación de la segunda Liga Ateniense. Sostienen este punto de vista Ryder, *Koine Eirene*, pp. 53-55; D. G. Rice, «Xenophon, Diodorus and the Year 379-378 B.C.», *YCS* 24 (1975): pp. 112-127; Robert K. Sinclair, «The King's Peace and the Employment of Military and Naval Forces 387-378», *Chiron* 8 (1978), pp. 52-54; John Buckler, *The Theban Hegemony, 371-362 B.C.* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1980), p. 17; Charles D. Hamilton, *Agesilaus and the Failure of Spartan Hegemony* (Ithaca, NY, Cornell University Press, 1991), pp. 167-174, esp. 173; Ernst Badian, «The Ghost of Empire», pp. 89-90, n.os 33-34. En contra: G. L. Cawkwell, «The Foundation of the Second Athenian Confederacy», *CQ* 23 (1973), pp. 47-60; Raphael Sealey, *A History of the Greek City-States, ca. 700-338 B.C.* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1976), pp. 410-412; Cargill, *Second Athenian Empire*; Robert Morstein Kalet-Marx, «Athens, Thebes, and the Foundation of the Second Athenian League», *CA* n.º 4 (1985), pp. 127-151; Robin Seager, *CAH*^{2} 6.166s.

66. Diodoro 15.28.2; véase Plutarco, *Pelópidas* 14.1. Véase *IG* II^2 43 (Tod 123, pp. 59-70; Harding 35, pp. 48-52; *SV* 2.257, pp. 207-211), que

reiteraba el motivo de la formación de la Liga (ll. 7-12): «Aristóteles *hizo el movimiento*: Para la buena *fortuna* de los A | tenienses y *de los aliados* de los atenie | nses, para que (los) Laced[emo]nios permitan a los hele || nos vivir | en paz, libres y autónomos, manteniendo segura la [tierra] (que es) *su | ya* [propia]».

67. Calístrato de Afidna propuso sustituir el término «contribuciones» (*syntaxeis*) por «tributo» (*phoroi*); véase Harpocratio, *Lexicon*, s.v. «sintaxis» (Teopompo, *FGrHist* 115F98).

68. Para Tebas, esto comportaba el alistamiento en una alianza cuyos intereses estratégicos eran muy diferentes de los suyos. Buckler mantiene que la necesidad de reforzarse respecto a Esparta anuló todos los demás intereses tebanos. Para Atenas y para Tebas era suficiente compartir un enemigo común. Escribe: (*The Theban Hegemony, 371-362 B.C.* [Cambridge, MA, Harvard University Press, 1980], pp. 17-18): «No obstante, el apoyo militar de Atenas era tan esencial para Tebas que sumergirse en la confederación era un pequeño precio que se debía pagar por este apoyo ... Una vez ambos estados hubieron alcanzado un cierto grado de seguridad, los objetivos y preocupaciones dispares de las dos potencias les separarían».

69. Para explicaciones detalladas de las fortificaciones fronterizas del Ática, véanse los destacados estudios de J. R. McCredie, *Fortified Military Camps in Attica, Hesperia,* Supl. 11 (Princeton, NJ, Princeton University Press, 1966); Josiah Ober, *Fortress Attica: Defense of the Athenian Land Frontier, 404-322 B.C.* (Leiden, Brill, 1982); y Mark H. Munn, *The Defense of Attica: The Dema Wall and the Boiotian War of 378-375 B.C.* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1993). La inversión que hicieron los atenienses en fortificaciones es probable que fuese más allá de meros cálculos económicos. Victor Hanson, en una próxima crítica de Jurgen Brauer y Hubert VanTuyll, *Castles, Battles, and Bombs: How Economics Explains Military History* (Chicago, University of Chicago Press, 2008), escribe (correo electrónico al autor antes de la publicación):

> ¿Invirtieron los atenienses en fortines en la frontera del Ática en el siglo IV a. C. porque era la forma más económica de proteger el territorio ateniense, y era más rentable que los ejércitos hoplitas, la caballería y las refriegas con armas ligeras o barcos? ¿O como perdedores de una guerra del Peloponeso de siete años de duración estaban tan traumatizados por la invasión terrestre que las fortificaciones parecían ser las tácticas más tranquilizadoras para mantener a raya a cualquier otro ejército que avanzase desde Beocia y el Peloponeso?

70. Para los problemas de datación de murallas en general, véase, por ejemplo, la detallada obra de Robert Lorentz Scranton, *Greek Walls* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1941).

71. El intento de Munn de fechar con precisión la construcción de la muralla Dema en la primavera de 378 B.C. por el general ateniense Chabrias es una excepción. Véanse las reseñas de Munn por parte de Josiah Ober en *AJA* 98 (1994), pp. 374-375, y de Victor Davis Hanson en *AHR* 99 (1994), pp. 1662-1663.

72. Josiah Ober, *Fortress Attica: Defense of the Athenian Land Frontier, 404-322 B.C.* (Leiden: Brill, 1982), pp. 64-65: «El rechazo de la estrategia de defensa de la ciudad de Pericles, el temor a la invasión, la determinación de proteger el Ática y la reticencia a enviar ejércitos de ciudadanos a lejanos escenarios de guerra son los principales componentes de la mentalidad defensiva que se desarrolló en la Atenas del siglo IV. Fue precisamente esta mentalidad la que determinó el derrotero de la política defensiva de Atenas en el período entre las guerras del Peloponeso y Lamiaca». Véase también el capítulo cuarto, «The Theory of Defense», pp. 69-86. Véanse el artículo crítico de P. Harding sobre Ober, «Athenian Defensive Strategy in the Fourth Century», *Phoenix* 42 (1988), pp. 61-71; la respuesta de Ober, *Pheonix* 43 (1989), pp. 294-301; y la respuesta de Harding a Ober, *Phoenix* 44 (1990), pp. 377-380. Munn también discrepa de Ober (véase esp. pp. 18-25), esgrimiendo (p. 25): «Dada la inverosimilitud inherente del sistema hipotético junto con el silencio de los oradores, el silencio de Jenofonte, el silencio de Platón y de todas las demás fuentes, hemos de concluir que Ober y sus predecesores han creado *e silentio* una estructura fabulosa. El "sistema exclusivo de defensa" de Ober nunca existió excepto como producto moderno de la imaginación». Véase también su crítica de *Fortress Attica* en *AJA* 90 (1986), pp. 363-365. Victor Davis Hanson, «The Status of Ancient Military History: Traditional Work, Recent Research, and On-going Controversies», *The Journal of Military History* 63 (1999), escribe (p. 25):

> *Fortress Attica* de J. Ober es un soberbio catálogo del sistema de fortines y torres construidos en las fronteras del Ática en el siglo IV como parte de una política de respuesta más flexible que sustituyó la exclusividad de los hoplitas. M. Munn, *The Defense of Attica*, cuestiona algunas de las interpretaciones de Ober de estos fortines, pero su útil volumen auxiliar es realmente más complementario que revisionista, haciendo también hincapié en el énfasis de los grie-

gos en la defensa fronteriza durante el siglo IV a. C., a menudo preferible a las batallas hoplitas en campo abierto.

73. Véase Y. Garlan (*CAH*[2] 6.678-92), que apunta a un aumento en el uso de soldados mercenarios y también a un profesionalismo de las operaciones militares (p. 679):

> Porque aunque el resultado final frecuentemente quedaba determinado por las batallas campales en campo abierto, a partir de entonces éstas constituían solamente un elemento de la estrategia que era mucho más compleja que lo que había sido en el pasado, siendo a la vez diferenciada y progresiva, apuntaba a establecer el control no sólo sobre un territorio útil sino también sobre ciudades amurálladas y zonas fronterizas cada vez mejor fortificadas. Por consiguiente, evolucionaron tácticas más sofisticadas y variadas que requerían el uso combinado de fuerzas especializadas (integradas en el modelo del cuerpo humano) y basadas en un concepto de liderazgo y destreza militar profesional.

74. Aristóteles, *Política*, 1330b-1331, trad. y ed. Ernest Barker, en *The Politics of Aristotle* (Oxford, Clarendon Press, 1946).

75. David Whitehead, *Aineias the Tactician: How to Survive under Siege. A Historical Commentary, with Translation and Introduction*, 2.ª ed. (Londres, Bristol Classical Press, 2001). Véanse sus observaciones en la «Introducción», pp. 25-33.

76. E. W. Marsden, *Greek and Roman Artillery: Historical Development* (Oxford, Clarendon Press, 1969); A. W. McNicoll, *Hellenistic Fortifications from the Aegean to the Euphrates* (Oxford, Clarendon Press, 1997).

77. Edward Wong y David S. Cloud, «U.S. Erects Baghdad Wall to Keep Sects Apart», *New York Times*, 21 de abril, 2007.

78. Alissa J. Rubin, Stephen Farrell y Erica Goode, «As Fears Ease, Baghdad Sees Walls Tumble», *New York Times*, 9 de octubre, 2008.

79. Nótese que en la primera guerra del Golfo, Saddam Hussein protegió a sus tropas en el campo mediante enormes búnkeres de arena, y en la segunda guerra de Iraq (2003) utilizó canales de petróleo ardiendo para cubrir Bagdad con humo protector. En la guerra de Yom Kippur de 1973, los comandos egipcios invasores emplearon cañones de agua para derribar las altas fortificaciones de arena que los israelíes habían construido para bloquear los ataques desde el canal de Suez. La reciente invasión y ocupa-

ción rusa de Georgia fue seguida casi inmediatamente de la erección de murallas que rodeaban los territorios anexionados de Osetia.

4. Epaminondas el Tebano y la doctrina de la guerra preventiva

1. Véase Alfredo Bonadeo, «Montaigne on War», *Journal of the History of Ideas* 46, n.º 3 (julio-septiembre, 1985): pp. 421-422. Cicerón, *Tusculanae Disputationes* 1.2.4; Éforo (en Diodoro 15.88.2-4). Hay que señalar que el joven estudiante general George Patton admiraba a Epaminondas como modelo de excelencia ética y militar: «Epaminondas fue sin duda el mejor y uno de los griegos más grandes que han existido, sin ambición, con gran talento, gran bondad y gran patriotismo; para la época en que vivió fue un hombre casi perfecto». Véase Victor Davis Hanson, *The Soul of Battle* (Nueva York, Anchor Paperbacks, 2001), p. 283.

2. No hay todavía biografías de Epaminondas en inglés, una situación comprensible a la luz de la pérdida de *Epaminondas* de Plutarco, el relativo descuido de Beocia en nuestras fuentes, y nuestra dependencia para la historia griega del siglo IV de *Helénicas* y *Agesilao* de Jenofonte, que a menudo obvian a Epaminondas. Pero pueden encontrarse dos narraciones bien documentadas que reúnen casi todas las citas literarias antiguas dispersas en torno a su vida en M. Fortina, *Epaminonda* (Turín, Società Editrice Internazional, 1958); y H. Swoboda, s.v. «Epameinondas», en *Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft: Neue Bearbeitung*, ed. A. Pauly, G. Wissowa, W. Kroll, K. Witte, K. Mittelhaus y K. Ziegler, vol. 10 (Stuttgart, J. B. Metzler, 1984-1980), pp. 2674-2707.

3. Sobre la naturaleza del igualitarismo agrario en la Beocia rural clásica anterior al establecimiento en el siglo IV de la democracia más radical de Epaminondas y Pelópidas, véase Victor Hanson, *The Other Greeks* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1998), pp. 207-210.

4. Hay varios relatos del auge de la hegemonía tebana tras la ruptura de los beocios con Esparta a raíz de su fructuosa alianza contra Atenas en la guerra del Peloponeso. Puede encontrarse un relato de los acontecimientos en J. Buckler, *The Theban Hegemony* (Cambridge, MA, Cambridge University Press, 1980), especialmente su recapitulación en pp. 220-227. Véase también D. M. Lewis, J. Boardman, S. Hornblower y M. Ostwald, *The Cambridge Ancient History: The Fourth Century B.C.*, vol. 4

(Cambridge, Cambridge University Press, 1994), pp. 187-208 (J. Roy). Hay que recordar que Tebas fue desleal en la guerra persa, luchando contra los griegos en la batalla de Platea. En la escena ateniense, solía asociarse a Tebas con una mitología macabra, como atestiguan el incesto, la automutilación, el fratricidio, el suicidio y el sacrilegio de los muertos en el ciclo edípico.

5. Sobre algunos de los acontecimientos de este período, véase J. T. Hooker, *The Ancient Spartans* (Londres, Dent, 1980), pp. 22-211. Tebas había pedido a Esparta la autonomía de sus aliados peloponesios subordinados, pero se resistió a las mismas peticiones por parte de los espartanos de permitir que las ciudades de Beocia fueran independientes de Tebas, de acuerdo con la lógica algo forzada de que ya eran democráticas y por consiguiente libres y, como socios, los beocios parece que necesitaban la solidaridad del grupo para resistir las amenazas oligárquicas y extranjeras.

6. Para las invasiones espartanas de Beocia y las diversas reacciones a estos ataques espartanos en serie, véanse M. Munn, *The Defense of Attica* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1993), pp. 129-183, y especialmente Paul Cartledge, *Agesilaos and the Crisis of Sparta* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1987), pp. 228-232.

7. Para un buen relato de la batalla de Leuctra y sus ramificaciones estratégicas, véase J. K. Anderson, *Military Theory and Practice in the Age of Xenophon* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1993), pp. 193-202; C. Hamilton, *Agesilaus and the Failure of Spartan Hegemony* (Ithaca, NY, Cornell University Press, 1991), pp. 211-214.

J. Buckler, *Aegean Greece in the Fourth Century* (Leiden, Brill, 2003), p. 293, n.º 56, contiene una nota polémica sobre mis críticas a su anterior, y todavía creo que errónea, reconstrucción de Leuctra (Victor Hanson, «Epameinondas, the Battle of Leuktra [371 BC], and the 'Revolution' in Greek Battle Tactics», *Classical Antiquity* 7 [1988], pp. 190-207). Buckler no alcanza a comprender que demostrar que ninguna de las tácticas de Epaminondas en Leuctra eran originales *per se* (el uso combinado de la caballería y la infantería, una supuesta fuerza hoplita de reserva, un avance oblicuo, la ubicación de los mejores contingentes a la izquierda, o el uso de una falange profunda) no es lo mismo que negar la perspicacia y genio militar de Epaminondas al combinar en Leuctra innovaciones militares *anteriormente conocidas*.

8. Para detalles de la invasión, véanse Buckler, *Theban Hegemony*, pp. 71-90; Hanson, *Soul of Battle*, pp. 72-94; y D. R. Shipley, *Plutarch's Life of*

Agesilaos: Response to Sources in the Presentation of Character (Oxford, Clarendon Press, 1997), pp. 336-349. Los principales relatos antiguos de la invasión de 370-369 se encuentran en Jenofonte, *Helénicas* 6.5.25-32; *Agesilao* 2.24; Plutarco, *Agesilao* pp. 31-32; *Pelópidas* 24; Diodoro 15.62-65; y Pausanias 4.26-7, 9.13-15. Véase Hamilton, *Agesilaus and the Failure of Spartan Hegemony*, pp. 220-231.

9. El tamaño de la fuerza dirigida por los tebanos y la duración de la invasión constituyen un tema polémico; véanse los debates en Swoboda, *Epameinondas*, 2687, 40. Los cálculos antiguos abarcan desde 50.000 a 70.000 tropas, tanto de infantería pesada como de infantería ligera junto con auxiliares: una de las formaciones más numerosas de la historia de la ciudad-estado griega. Para el número de ilotas, véanse T. Figueira, «The Demography of the Spartan Helots», en *Helots and Their Masters in Laconia and Messenia: Histories, Ideologies, Structures*, ed. Nino Luraghi y Susan E. Alcock (Cambridge, MA, Harvard University Press, 2003), pp. 193-239, y en el mismo volumen, W. Scheidel, «Helot Numbers: A Simplified Model», pp. 240-247. El problema está agravado por la existencia de ilotas tanto en Mesenia como en Laconia, por la parquedad de las referencias históricas, y por la disputa sobre los modelos de producción agrícola. Los cálculos más antiguos que proponen unos 250.000 ilotas mesenos son probablemente demasiado elevados.

10. Para B. H. Liddell Hart (*Strategy* [Nueva York, Praeger, 1967], pp. 34-37), la invasión de Mesenia por parte de Epaminondas fue uno de los primeros ejemplos de la historia de lo que él denominó «aproximación indirecta». Para Hart, la manera elegida de llevar a cabo una táctica triunfal era la de evitar pérdidas catastróficas en batallas campales y a menudo continuas flanqueando los ejércitos enemigos y atacando su infraestructura en la retaguardia.

11. Para una descripción de la liberación de los ilotas y de la fundación de la nueva ciudadela fortificada en Mesenia, véase la reciente obra de Nino Luraghi, *The Ancient Messenians: Constructions of Ethnicity and Memory* (Cambridge, Cambridge University Press 2008), pp. 209-252. Luraghi señala que posiblemente los mesenios no fueran étnica ni lingüísticamente tan distintos de los espartanos, y es muy probable que establecieran el concepto de una identidad mesenia históricamente distinta justo antes y después de su liberación por parte de Epaminondas.

12. Para más ideas sobre el grado de planificación y premeditación que implicaba la decisión de Epaminondas de proseguir hacia Mesene tras la

imposibilidad de cruzar el Eurotas y asaltar la acrópolis espartana, véanse H. Delbrück, *History of the Art of War* (traducción inglesa de Walter J. Renfroe de *Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der politischen Geschichte*), 4 vols. (Lincoln, University of Nebraska Press, 1990), 1:165-170; G. Roloff, *Problem aus der griechischen Kriegsgeschichte* (Berlín, E. Ebering, 1903); y Hanson, *Soul of Battle*, pp. 72-94.

13. Para un buen análisis de la ambigüedad de Jenofonte sobre el genio de su contemporáneo Epaminondas, véase H. D. Westlake, «Individuals in Xenophon's *Hellenica*», en *Essays on the Greek Historians and Greek History*, pp. 213-216 (Manchester, R. U., Manchester University Press, 1969).

14. Tucídides 6.18.3, en *The Landmark Thucydides*, ed. R. Strassler, trad. Richard Crawley (Nueva York, Touchstone, 1996). Nótese que el líder democrático de Siracusa, Atenágoras, por temor a los rumores de una inminente invasión ateniense de Sicilia, trató en vano de concentrar a los siracusanos para adelantarse: «Es preciso castigar a un enemigo, no sólo por lo que hace, sino de antemano por lo que pretende hacer, si ser el primero en relajar las precauciones no significase también ser el primero en sufrir» (6.39.5).

15. Un ataque preventivo lo inicia un bando porque percibe la amenaza de un ataque inminente por parte de otro bando. El iniciador cree que atacando antes obtendrá una ventaja, o por lo menos que es preferible lanzar la ofensiva primero a rendirse ante la iniciativa del enemigo. Véanse D. Reiter, «Exploding the Powder Keg Myth: Preemptive Wars Almost Never Happen», *International Security* 20, n.º 2 (otoño de 1995), pp. 6-7. Véase también J. S. Levy, «Declining Power and the Preemptive Motivation for War», *World Politics* 40, n.º 1 (octubre de 1987), p. 90; R. Schweller, «Domestic Structure and Preventive War: Are Democracies More Pacific?», *World Politics* 44, n.º 2 (enero de 1992), p. 247; y G. H. Quester, «200 Years of Preemption», *Naval War College Review* 60, n.º 4 (otoño de 2007), p. 16. Hay una buena reseña histórica de las estrategias en S. Van Evera, «Offense, Defense, and the Causes of War», *International Security* 22, n.º 4 (primavera de 1998), p. 9.

16. Tucídides 1.118.2, 4.92.5. Una vez más, las guerras preventivas se llevan a cabo porque se vislumbra un ataque inminente; las guerras anticipatorias se basan en la expectativa del relativo declive de la posición de un estado. Aparte de la cuestión de la proximidad temporal del desafío, las amenazas preventivas se basan en las capacidades reales del adversario; las amenazas anticipatorias residen en los futuros recursos del adversario. Y mientras que

el estado que lleva a cabo la anticipación es a menudo el estado más fuerte, el que ejerce la prevención suele ser el más débil.

17. Tucídides 2.2 (ataque tebano a Platea), 4.92.5 (llamamiento de Pagondas de atacar primero). Para la trágica historia de Tespia, véase Victor Hanson, «Hoplite Obliteration: The Case of the Town of Thespiai», en *Ancient Warfare: Archaeological Perspectives,* eds. John Carmen y Anthony Harding (Londres, Stroud, 1999), pp. 203-218.

18. Sobre el debate doméstico de si realizar un ataque preventivo o no, y los incentivos económicos ofrecidos por los peloponesios, véase Buckler, *Theban Hegemony*, pp. 70-76, y J. Roy, «Arcadia and Boeotia in Peloponnesian Affairs, 370-361 B.C.», *Historia* 20 (1971), pp. 569-599; y en general, Jenofonte, *Helénicas* 6.5.9-20 y véase 4.7.11; Diodoro 62-63; Plutarco, *Agesilao* 30.1; *Pelópidas* 24.1-2; y Pausanias 9.14.2.

19. Se desconoce en qué preciso momento se convirtió la llegada de Epaminondas a Mantinea, en invierno de 369, para ayudar a los arcadios en una posterior campaña hacia el sur para atacar territorio espartano y, después, al no poder realizar el asalto de la acrópolis espartana, penetrar en Mesenia para liberar a los ilotas y fundar Mesene. A pesar de que nuestras fuentes parecen indicar una toma de decisiones *ad hoc*, y una conferencia formal de aliados en Mantinea (por ejemplo, Jenofonte, *Helénicas* 6.5.22-23; Diodoro 15.62.4-5; Plutarco, *Agesilao* 31.1-2) en la que los tebanos abandonaron sus preocupaciones iniciales sobre las dificultades físicas para penetrar en Laconia, es probable que los tebanos tuvieran alguna noción antes de entrar en el Peloponeso de que su estancia sería larga y trascendería su objetivo inicial de garantizar la seguridad de la recién fundada fortaleza en Mantinea.

20. Tenemos muy poca información antigua sobre la ruta, la naturaleza de la marcha o el número de aliados que avanzaron hacia Mesenia. Sobre la fundación de la ciudad en 369 a. C., véanse Carlo A. Roebuck, *A History of Messenia from 369 to 146 B.C.* (Chicago, University of Chicago Press, 1941), pp. 31-40; y Christian Habicht, *Pausanias' Guide to Ancient Greece* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1985), pp. 36-63.

21. Sobre la actitud liberal de Epaminondas de permitir que algunos estados aliados peloponesios mantuvieran sus oligarquías, y su preferencia de no crear ni guarniciones ni una liga formal de aliados democráticos pro-tebanos, véase John Buckler y Hans Beck, *Central Greece and the Politics of Power in the Fourth Century BC* (Cambridge, Cambridge University Press, 2008), pp. 137-139.

22. La batalla sin lágrimas: Plutarco, *Agesilao* 33.3-5. Para la evolución de la historia espartana, su inexorable decadencia tras la liberación de los ilotas mesenios y las deserciones entre los *perioikoi* y los ilotas, véase Cartledge, *Agesilao*, pp. 384-385, 395-431.

23. Véanse Jenofonte, *Helénicas* 7.5.27; y Diodoro 15.88.4.

24. A pesar de que la destrucción de la acrópolis espartana o de su ejército hubieran sido beneficiosas para Tebas, probablemente sólo hubieran acelerado un proceso que ya estaba en marcha: iniciado en Leuctra, espoleado por las invasiones de Laconia y Mantinea, y coronado por la nueva derrota del ejército espartano en Mantinea.

25. Hay una gran polémica sobre el grado de implicación tebana en la creación de Mantinea y de Megalópolis (aunque no de Mesene), que entrañan discrepancias en nuestras fuentes antiguas y el examen arqueológico de los restos de las fortificaciones. Véanse Hanson, *Soul of Battle,* pp. 424-425, n.º 3; y en particular J. Roy, «Arcadia y Boeotia in Peloponnesian Affairs, 370-362 B.C.», *Historia* 20, n.os 5-6 (4.ª parte, 1971), pp. 569-599.

26. Sobre la contemporánea comparación entre Iraq y Sicilia, y Tucídides, véase Victor Hanson, *A War Like None Other: How the Athenians and Spartans Fought the Peloponnesian War* (Nueva York, Random House, 2005), p. 324, n.º 1.

27. Tucídides acerca de la culpa del desastre de Sicilia: «Fracasó no tanto por un error de cálculo del poder de aquellos contra los que combatían, sino debido a un error de los atacantes por no adoptar las mejores medidas para ayudar, después, a aquellos que habían partido, prefiriendo en cambio ocuparse en disputas privadas por el liderazgo del pueblo, paralizando con ello no sólo las operaciones en el campo, sino también introduciendo la discordia civil en casa» (traducción de Crawley); el reproche de Pericles a los atenienses por su inconstante apoyo a la guerra: «Yo soy el mismo hombre y no cambio, sois vosotros quienes cambiáis, puesto que de hecho aceptasteis mi consejo mientras resultabais ilesos, y esperasteis la desgracia para arrepentiros» (2.61.2).

28. Sobre la influencia de los pitagóricos en Tebas y sobre Epaminondas en particular: Nepos, *Epaminondas* 15.2.2; Diodoro 15.39.2; Plutarco, *Pelópidas* 5.3; Jenofonte, *Agesilao* 25 (oposición interna a los planes agresivos de Pelópidas y Epaminondas). Véase Nancy H. Demand, *Thebes in the Fifth Century: Heracles Resurgent* (Londres, Routledge, 1982), pp. 70-76, 132-135. En opinion del historiador Éforo, la hegemonía de Tebas fue debida en gran medida a las carreras de Epaminondas y Pelópidas (Diodo-

ro 15.79.2, 15.88.4) y se desvaneció con sus muertes. Sobre los pretendidos lazos entre los neoconservadores y el presidente George Bush, véase en general Jacob Heilbrunn, *They Knew They Were Right: The Rise of the Neocons* (Nueva York, Doubleday, 2008).

29. Deberíamos recordar la supuesta inscripción en la estatua de Epaminondas erigida en Tebas que terminaba así: «Y toda Grecia fue independiente y libre» (Pausanias 9.15.6). Hay todo un *corpus* de antiguos fragmentos que atestiguan los logros, tanto morales como militares, de Epaminondas, y la relación de la hegemonía tebana con su singular liderazgo: por ejemplo, Eliano, *Varia Historia* 12.3; Nepos, *Epaminondas* 15.10.3; Plutarco, *Moralia* 194C; Estrabón 9.2.2. Para un análisis de los resultados de las invasiones de Epaminondas en el Peloponeso, véase Hanson, *Soul of Battle*, pp. 105-120. Hay controversia sobre los objetivos finales de Epaminondas, que posiblemente fueran panhelénicos y trascendían los simples intereses tebanos. Véase George L. Cawkwell, «Epaminondas and Thebes», *The Classical Quarterly*, s.e. 22, n.º 2 (noviembre de 1972): pp. 254-278.

30. Véase la valoración de Buckler (*Theban Hegemony*, 227) sobre las campañas de Epaminondas: «Incluso después de Mantinea, Epaminondas y Pelópidas hicieron de Tebas la principal potencia de Grecia, elevaron su tierra natal a cimas que nunca había alcanzado antes y que nunca después volvería a ver; y la historia de la hegemonía tebana es, en gran medida, la historia de Epaminondas y de Pelópidas».

5. Alejandro Magno, la construcción de una nación y la creación y el mantenimiento del imperio

1. Diodoro 17.17.2; Justino 11.5.10.

2. Sobre las reformas en el ejército de Filipo, véase Ian Worthington, *Philip II of Macedonia* (New Haven, CT, Yale University Press, 2008), pp. 26-32; sobre el ejército de Alejandro, véase A. B. Bosworth, *Conquest and Empire: The Reign of Alexander the Great* (Cambridge, Cambridge University Press, 1988), pp. 266-277.

3. Aristóbulo, *FGrH* 139 F7 (Arriano 2.3.7); Plutarco, *Alejandro* 18.4.

4. Cf. Plutarco, *Alejandro* 27.3-6.

5. Diodoro 17.70.

6. Plutarco, *Alejandro* 38.6-7.

7. Q. Curcio Rufo 6.2.15-16.

8. Nótese que Arriano 3.3.2 sugiere que Alejandro realizó el largo y arduo viaje a Siwa en Egipto para emular a sus ancestros Perseo y Heracles.

9. Diodoro 17.77.7; Q. Curcio Rufo 6.6.9-12.

10. Para una revalorización de Darío, véase Ernst Badian, «Darius III», *HSCP* 100 (2000), pp. 241-268.

11. Véase Ernst Badian, «The Administration of the Empire», *G&R2* 12 (1965), pp. 166-182 y W. E. Higgins, «Aspects of Alexander's Imperial Administration: Some Modern Methods and Views Reviewed», *Athenaeum* 58 (1980), pp. 29-52.

12. Sobre los nombramientos y organización de las satrapías, véase con más detalle Bosworth, *Conquest and Empire*, pp. 229-241 y Badian, «Administration of the Empire», pp. 166-182. Sobre las disposiciones indias, véase A. B. Bosworth, «The Indian Satrapies under Alexander the Great», *Antichthon* 17 (1983), pp. 37-46.

13. Arriano 1.23.6.

14. Arriano 6.30.2-3.

15. Sobre la administración económica de Alejandro, véase con más detalle Bosworth, *Conquest and Empire*, pp. 241-245.

16. Arriano 4.22.3.

17. Diodoro 18.4.4.

18. Cf. Diodoro 17.111.6.

19. Sobre las ciudades de Alejandro, véase P. M. Fraser, *Cities of Alexander the Great* (Oxford, Oxford University Press, 1996), que argumenta que excluyendo a Alejandría, en Egipto, Alejandro solamente fundó ocho ciudades.

20. Véase también A. S. Bosworth, «Philip II and Upper Macedonia», *CQ2* 21 (1971), pp. 93-105.

21. Justino 12.5.13 dice que Alejandro fundó doce ciudades en Bactria y Sogdiana, pero no las nombra.

22. Véase Arriano 4.1.3-4 sobre el potencial de Alejandría Eschate (Alejandría en el Yaxartes, la moderna Leninabad) como seguridad contra futuros ataques escintios.

23. Se ha escrito mucho sobre este tema, pero para unos excelentes argumentos en contra de la unidad de la humanidad, véase Ernst Badian, «Alexander the Great and the Unity of Mankind», *Historia* 7 (1958): pp. 425-444 y A. B. Bosworth, «Alexander and the Iranians», *JHS* 100 (1980), pp. 1-21, que cita la bibliografía anterior.

24. Véase Bosworth, *Conquest and Empire*, pp. 271-273.

25. Plutarco, *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro* 338d.

26. Metz, *Epítome* 70.

27. Plutarco, *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro* 329b. Sobre lo que constituyó el helenismo, unido al hecho de hablar griego, véase Heródoto 8.1442 y Tucídides 2.68.5, con J. M. Hall, *Hellenicity: Between Ethnicity and Culture* (Chicago, University of Chicago Press, 2002), pp. 189-198.

28. Véase Ernst Badian, «Alexander the Great and the Scientific Exploration of the Oriental Part of His Empire», *Ancient Society* 22 (1991), pp. 127-138.

29. Plutarco, *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro* 328b.

30. Véase, por ejemplo, Heródoto 3.32.4 sobre el matrimonio de Cambises con su hermana; Estrabón 15.3.20 sobre el matrimonio de hijos con sus madres. Véase A. M. Schwarts, «The Old Eastern Iranian World View According to the Avesta», en *Cambridge History of Iran*, ed. I. Gershevitch, vol. 2 (Cambridge, Cambridge University Press, 1985), p. 656.

31. Sacrificio de los padres ancianos: Heródoto 1.126; el aprovechamiento de los cadáveres: Heródoto 4.64.1-65.

32. Onesícrito, *FGrH* 134 F 5 (Estrabón 11.11.3).

33. Véase C. B. Welles, «Alexander's Historical Achievement», *G&R* 2 12 (1965), pp. 216-228; cita en p. 228.

34. Cf. Arriano 7.19.6.

35. Cf. Bosworth, «Alexander and the Iranians», p. 6.

6. Guerra urbana en el mundo griego clásico

1. La historia de Platea se narra en Tucídides 2.1-5.

2. Para una visión general de los últimos trabajos de erudición sobre la guerra griega, véase Sabin, Van Wees y Whitby, *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare.*

3. Heródoto 5.100-101.

4. Jenofonte, *Anábasis* 5.2.7-27.

5. Diodoro Sículo 11.67.5-11.68.5, 11.73, 11.76, etc.

6. Para una visión general útil de la historia de la guerra urbana, véanse Ashworth, *War and the City*; Dufour, *La guerre*; Antal y Gericke, *City Fights.*

7. Sobre la urbanización y el futuro de la guerra urbana, véanse Desch, *Soldiers in Cities*, pp. 3-5; Glenn *et al.*, «People Make the City», xiii; Joes, *Urban Guerrilla Warfare*, pp. 2-3.

8. Para los ataques sorpresa a las ciudades, véase Rusch, «Poliorcetic Assault», pp. 824-832.

9. Para la arqueología del campo de batalla de Olinto, véase Lee, «Urban Combat at Olynthos».

10. Sobre la *stasis*, véanse Lintott, *Violence, Civil Strife, and Revolution*; y Gehrke, *Stasis.*

11. Tucídides 3.70-85, 4.46-48.

12. Diodoro Sículo 13.104, 15.57; *Helénicas de Oxirrinco* 15.2.

13. Arriano 1.7.1.

14. Tucídides 3.72-76.

15. Tucídides 3.34.

16. Diodoro Sículo 11.73-76.

17. Plutarco, *Agesilao* 32.

18. Hansen y Nielsen, *Inventory of Archaic and Classical Poleis*, pp. 4-153, ofrecen una excelente visión general de la polis y sus características.

19. Tucídides 4.69; Jenofonte, *Helénicas* 5.3.1.

20. Hansen y Nielsen, *Inventory*, pp. 667-668.

21. Sobre las murallas griegas y la polis, véanse Camp, «Walls and the *Polis*»; y Hansen y Nielsen, *Inventory*, pp. 135-137.

22. Tucídides 2.4.5.

23. Jenofonte, *Helénicas* 6.5.9.

24. Sobre Mounichia, véanse Aristóteles, *Athenaion Politeia* 19.2, y Garland, *Piraeus*, pp. 35-36; sobre Mouseion, véase Camp, *Archaeology of Athens*, pp. 166-167, 265. Para ciudades con múltiples puntos fuertes, véase Aristóteles, *Política* 1330b5.

25. Plutarco, *Dión* 41.

26. Heródoto 5.72.

27. Heródoto 5.101.

28. Arriano 1.7.1, 1.7.10.

29. Sobre los muros en cruz (*diateichismata*), véanse Lawrence, *Greek Aims*, pp. 148-155; y Sokolicek, «Zum Phänomen».

30. Diodoro Sículo 16.11.12.

31. Para el ágora como la clave de una ciudad, véanse Eneas el Táctico 2.1, 3.5, 22.2; Arriano 1.8.6-7; Polieno 5.5.1.

32. Heródoto 5.100-101.

33. Arriano 1.8.7.

34. Diodoro Sículo 13.104; *Helénicas de Oxirrinco* 15.2.

35. Jenofonte, *Helénicas* 3.2.27-29.

36. Eneas el Táctico 30.1-2.
37. Jenofonte, *Helénicas* 3.3.7.
38. Eneas el Táctico 29.6.
39. Tucídides 3.27.
40. Eneas el Táctico 3.5.
41. Jenofonte, *Helénicas* 2.4.24, 2.4.33.
42. Jenofonte, *Helénicas* 5.4.8.
43. Jenofonte, *Helénicas* 2.4.27.
44. Tucídides 4.48.
45. Jenofonte, *Helénicas* 6.5.9.
46. Diodoro Sículo 16.19.4.
47. Sobre el urbanismo de ciudades griegas, véanse Martin, *L'urbansime*; y Hoepfner y Schwandner, *Haus und Stadt.*
48. Hoepfner y Schwandner, *Haus und Stadt*, pp. 19-20; Cahill, *Household and City Organization*, pp. 21-2; Gill, «Hippodamus», pp. 7-8.
49. Aristóteles, *Política* 1330b6.
50. Aristóteles, *Política* 1330b7. Para más información sobre la planificación hipodámica y las recomendaciones de Aristóteles, véase Cahill, *Household and City Organization*, pp. 15-18.
51. Tucídides 2.3; Eneas el Táctico 2.1-6.
52. Jenofonte, *Helénicas* 2.4.11.
53. Jenofonte, *Helénicas* 2.4.12-19.
54. Cahill, *Household and City Organization*, p. 75.
55. Para una perspectiva general de la arquitectura doméstica, véase Hoepfner y Schwandner, *Haus und Stadt*; Cahill, *Household and City Organization.*
56. Barry, «Roof Tiles», proporciona un minucioso análisis del uso de las tejas en el combate urbano.
57. Jenofonte, *Helénicas* 7.1.19.
58. Jenofonte, *Anábasis* 6.5.26-27.
59. Jenofonte, *Helénicas* 4.4.12.
60. Lee, «Urban Combat at Olynthos», pp. 19-20.
61. Arriano 1.8.7-8; Diodoro Sículo 17.13.
62. Diodoro Sículo 16.20.3-4.
63. Isserlin y Du Plat Taylor, *Motya*, pp. 91-92.
64. Diodoro Sículo 16.76.2-3.
65. Platón, *Las leyes* 779B.
66. Cahill, *Household and City Organization*, p. 29.

67. Sobre la topografía de Esparta, véanse Raftopoulou, «New Finds from Sparta», p. 127; Shipley, «Lakedaimon», p. 592; Waywell, «Sparta». Para el ataque de 370-369, véase Jenofonte, *Helénicas* 6.5.27-31. Sobre el centro de la ciudad, véase Eneas el Táctico 2.2. Plutarco, *Agesilao* 31, describe erróneamente a Esparta como si estuviera amurallada en el siglo IV a. C.

68. Sobre estos edificios espartanos, véase Pausanias 3.14.6, 3.16.2, 3.20.2.

69. Eneas el Táctico 2.2.

70. Jenofonte, *Helénicas* 7.5.11.

71. Sobre la disciplina, véase Van Wees, *Greek Warfare*, pp. 108-113. Sobre los hoplitas en las ciudades, véase también Ober, «Hoplites and Obstacles».

72. Plutarco, *Cleómenes* 21.

73. Lee, «Urban Combat at Olynthos», pp. 15-16.

74. Jenofonte 2.4.10-20. Sobre esta batalla, véanse también Diodoro Sículo 14.33.1-4; y Krentz, *Thirty at Athens*, pp. 90-92, 99-100.

75. Jenofonte, *Helénicas* 2.4.10.

76. Arriano 1.8.7.

77. Acción de la caballería ateniense: Pausanias 1.15.1. Véase también Habicht, *Athens from Alexander to Antony*, pp. 74-75.

78. Plutarco, *Pirro* 32.

79. Camp, «Walls and the Polis», p. 47.

80. «Murallas de bronce y hierro»: Platón, *Las leyes* 779b. Aristóteles (*Política* 1330b10) escribió: «afirmar que las ciudades no merecen tener murallas a su alrededor ... es como no tener muros en las casas privadas alegando que los habitantes dejarán por ello de ser viriles».

81. Krentz, «Strategic Culture», pp. 62-65.

82. Krentz, «Strategic Culture», pp. 168-170; Rusch, «Poliorcetic Assault».

83. Plutarco, *Agesilao* 31.

84. Polieno 4.2.18.

85. Gehrke, *Stasis*, pp. 243-244; Polieno 8.68-70.

86. Tucídides 3.74.

87. Sobre la idea de la venganza, véase Tritle, *From Melos to My Lai*, pp. 121-122, 131.

88. Jenofonte, *Helénicas* 2.4.11.

89. Jenofonte, *Helénicas* 7.5.11.

90. Plutarco, *Dión* 45.

91. Para la obra de Eneas en una perspectiva histórica más amplia, véase Dufour, *La guerre*, pp. 63-64.

92. Para una traducción y comentarios, véase Whitehead, *Aineias the Tactician: How to Survive Under Siege.*

93. Eneas el Táctico 19.1, 22.15.

94. Eneas el Táctico 1.9, 2.2, 3.5, 22.2-4.

95. Eneas el Táctico 39.1-2.

96. Sobre Mogadiscio, véase Bowden, *Black Hawk Down.*

97. Lintott, *Violence*, p. 261.

98. Tucídides 1.22.

7. Contrainsurgencia y los enemigos de Roma

1. Sobre población, véase el trabajo más reciente de Walter Scheidel, «Demography», en *The Cambridge Economic History of the Greco-Roman World*, ed. Walter Scheidel, Ian Morris y Richard Saller (Cambridge, Cambridge University Press, 2007), pp. 45-49. Sobre el tamaño del ejército, véase, para un resumen de argumentos, Susan P. Mattern, *Rome and the Enemy: Imperial Strategy in the Principate* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1999), pp. 82-83. Sobre los impuestos como una fracción del PIB, véase, para un resumen de argumentos, Elio Lo Cascio, «The Early Roman Empire: The State and the Economy», en Scheidel *et al.*, *The Cambridge Economic History*, pp. 622-625. Sobre los niveles de subsistencia y renta per cápita, Jongman esgrime que la renta global per cápita era relativamente alta de acuerdo con los parámetros de la Antigüedad, aunque muy baja según los parámetros modernos (Willem M. Jongman, «The Early Roman Empire: Consumption», en Scheidel *et al.*, *The Cambridge Economic History*, pp. 592-619); no obstante, los salarios de los obreros no cualificados apenas superaban, o no alcanzaban, los niveles de subsistencia para una familia, a pesar de que las mujeres y los niños también trabajaban (Walter Scheidel, «Real Wages in Early Economies: Evidence for Living Standards from 2000 BCE to 1300 CE», Versión 1.0, marzo de 2008, Princeton/Stanford Working Papers in Classics).

2. El estudio clásico de Ramsay MacMullen, *Soldier and Civilian in the Later Roman Empire* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1963), sigue siendo importante. Véanse también Benjamin Isaac, *The Limits of*

Empire: The Roman Army in the East, 2.ª ed. (Oxford, Clarendon, 1992), caps. 3 y 6; y Richard Alston, *Soldier and Society in Roman Egypt: A Social History* (Londres, Routledge, 1995), cap. 5.

3. Sobre el difícil tema de la romanización, véanse Greg Woolf, *Becoming Roman: The Origins of Provincial Civilization in Gaul* (Cambridge, Cambridge University Press, 1998); y Ramsay MacMullen, *Romanization in the Time of Augustus* (New Haven, CT, Yale University Press, 2000) (para la cifra 200.000, p. 231); y véase Alston, *Soldier*, cap. 3.

4. Sobre la envergadura del gobierno romano, véase J. E. Lendon, *Empire of Honour: The Art of Government in the Roman World* (Oxford, Clarendon, 1997), pp. 2-4.

5. Keith Hopkins, «Taxes and Trade in the Roman Empire (200 B.C - A.D. 400)», *Journal of Roman Studies* 70 (1980), pp. 101-125; Woolf, *Becoming Roman*; Clifford Ando, *Imperial Ideology and Provincial Loyalty in the Roman Empire* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2000).

6. Sobre este último punto, véase Mattern, *Rome*, cap. 3.

7. Thomas Pekáry, «*Seditio.* Unruhen und Revolten im römischen Reich von Augustus bis Commodus», *Ancient Society* 18 (1987), pp. 135-150.

8. Brent Shaw, «Bandits in the Roman Empire», *Past and Present* 105 (1984), pp. 3-52, debatido más adelante.

9. El estudio más influyente de la revuelta judía sigue siendo el de Martin Goodman, *The Ruling Class of Judaea: The Origins of the Jewish Revolt against Rome, A.D. 66-70* (Nueva York, Cambridge University Press, 1987).

10. Sobre las revueltas, véase Mattern, *Rome*, pp. 100-104 y 191-194 con referencias. El consenso académico sitúa ahora la batalla de Teutoburgo en Kalkreise, en la Baja Sajonia. Sobre este muy estudiado acontecimiento, véase recientemente Adrian Murdoch, *Rome's Greatest Defeat: Massacre in the Teutoburg Forest* (Gloucestershire, UK, Sutton, 2006).

11. Isaac, *Limits*, cap. 2; Stephen Dyson, «Native Revolts in the Roman Empire», *Historia* 20 (1971), pp. 239-274; véase también Woolf, *Becoming Roman*, pp. 30-33. Sobre las protestas formales romanas, véase Greg Woolf, «Roman Peace», en *War and Society in the Roman World*, eds. J. Rich y G. Shipley, pp. 171-194 (Londres, Routledge, 1993).

12. Stephen Dyson, «Native Revolt Patterns in the Roman Empire», en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II. 3, pp. 138-175.

13. Sobre los falsos Nerones, véase Pekáry, «*Seditio*», en los años 69, 79-81 y 88-89 CE. Edicto de Trajano: *Cartas* de Plinio el Joven, 10.34 y véase 10.117. Cristianos: *Cartas* de Plinio el Joven, 10.96.

14. Sobre genocidio, véase Mattern, *Rome*, pp. 120-121, 192-194 para referencias. Sobre las guerras de venganza de Tiberio y Germánico, véase *ibid*, pp. 90, 120, 189.

15. Mutilación: Dión Casio 53.29 (Hispania). Deportación: Dión Casio 53.29 (Hispania). La revuelta Bar-Kokhba: Dión Casio 69.14.1 y véase Mattern, *Rome*, pp. 193-194, para más referencias. Discurso de Calgaco: Tácito, *Agrícola* 30. Polibio acerca de cómo saqueaban los romanos las ciudades: 10.15-17. Josefo, sobre la invencibilidad de los romanos: *Guerra de los judíos*, 2.365-87.

16. Sobre el tamaño del ejército romano y la implicación de las tropas, véase Mattern, *Rome*, pp. 81-109.

17. Véase Richard A. Horsley, «The Sicarii: Ancient Jewish 'Terrorists'», *Journal of Religion* 59 (1979), pp. 435-458, cita en p. 440.

18. Horsley, «Sicarii», pp. 442-444; Josefo, *Guerra de los judíos*, 7.253-55.

19. Para lo que sigue, véase Shaw, «Bandits», pp. 3-52. Este y otros estudios sobre el bandolerismo en la era romana están profundamente influenciados por la obra clásica de Eric J. Hobsbawm, *Bandits*, publicada por primera vez en 1969 (4.ª ed., Nueva York, New Press, 2000), y su descripción del «bandido social». (Hay trad. cast.: *Bandidos*, Crítica, Barcelona, 2003.)

20. Sobre el bandolerismo en Judea, véase Isaac, *Limits*, 77-89, e *idem*, «Bandits in Judaea and Arabia», *Harvard Studies in Classical Philology* 88 (1984), pp. 171-203. Isaac argumenta sutilmente desde la evidencia rabínica que gran parte del bandolerismo judío tenía un elemento ideológico o político de resistencia a Roma. Sobre las cuevas, véase Isaac, *Limits*, pp. 84-85. También sobre el bandolerismo en Judea, véase Brent D. Shaw, «Tyrants, Bandits and Kings: Personal Power in Josephus», *Journal of Jewish Studies* 49 (1993), pp. 176-204. Sobre Isauria, véase *idem*, «Bandit Highlands and Lowland Peace», *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 33, n.º 2 (1990), pp. 199-233, y 33, n.º 3 (1990), pp. 237-270. Sobre el bandolerismo en Egipto, incluyendo los *boukoloi*, véase Alston, *Soldier*, pp. 81-86.

21. Hunting: por ejemplo, Dión Casio 75.2.4 (Shaw, «Bandits», 43), y véase la nota siguiente.

22. Véase Frontón, *A Antonino Pío* 8 (debatido en Shaw, «Bandits», pp. 10-12) para Julio Sexto, un amigo digno de mención por su «celo militar en la caza y represión de bandidos» al que Frontón llevará consigo a su provincia de Asia; véase también *Digest* 1.18.13 (debatido en Shaw, «Bandits», 14) sobre el deber de cazar bandidos de un gobernador; sobre asesinos a sueldo, véase Shaw, «Bandits», pp. 16-18 con n. 35.

23. Shaw, «Bandits», p. 19.

24. Shaw, «Bandits», pp. 37-38.

25. Suetonio *Augusto* 32 y *Tiberio* 37; Shaw, «Bandits», pp. 33-34.

26. Carreteras: Isaac, *Limits*, pp. 102-115; Alston, *Soldier*, pp. 81-83. Sistemas fronterizos: Shaw, «Bandits», 12 con n. 26, y véase Mattern, *Rome*, pp. 113-114 para más referencias. Frontera interna cilicia: Shaw, «Bandit Highlands», pp. 237-238.

27. Shaw, «Bandits», pp. 12-14 y n. 26 para referencias a los mandos militares contra los bandidos. Las campañas de Cicerón están documentadas en sus cartas; para referencias y debate, Shaw, «Bandits», 14; *idem*, «Bandit Highlands», pp. 223-226. Tácito, *Anales* 6.41, 12.55; Shaw, «Bandit Highlands», p. 230.

28. Sobre la contratación, véase Shaw, «Tyrants», pp. 199-200, para un caso documentado en Josefo; sobre el reclutamiento, véase Shaw, «Bandits», pp. 34-35.

29. Tarkontidmotos: Shaw, «Bandit Highlands», p. 226 para referencias. Sobre el término «amistad ritual», base de gran parte de la diplomacia premoderna, véase G. Herman, *Ritualized Friendship and the Greek City* (Cambridge, Cambridge University Press, 1987). Shaw, «Tyrants», demuestra cómo las distintas formas de amistad ritual mediaban las relaciones entre romanos, Herodes, bandidos, dinastas insignificantes y otros representantes del poder en la Judea de finales del siglo I a. C.

30. Sobre Mauritania, véase Brent D. Shaw, «Autonomy and Tribute: Mountain and Plain in Mauretania Tingitana», en *Désert et montagne au Maghreb: Hommage à Jean Dresch* (*Revue de l'Occident musulman et de la Méditerranée* 41-42, 1986, pp. 66-89; *idem*, *At the Edge of Corrupting Sea : The Twenty-Third J.L. Myres Memorial Lecture* (University of Oxford, 2006).

31. Sobre el ejército romano como fuerza de ocupación, véase Isaac, *Limits*, cap. 3; Mattern, *Rome*, pp. 101-104. Véase también Alston, *Soldier*, cap. 5; argumenta que el ejército no era muy bueno reprimiendo revueltas y que se dedicaba principalmente a patrullar contra el bandolerismo y otras

amenazas a pequeña escala. Alston sugiere también de manera convincente que en Egipto el ejército sirvió de equilibrio estratégico frente a la ingente fuerza siria, con el propósito de frenar la revuelta de esta última provincia. Por lo que yo sé, Alston es el primer estudioso en argumentar que la posibilidad de revuelta en provincias fuertemente armadas determinó la disposición estratégica del ejército en otras provincias, lo cual parece muy posible.

32. Sobre el ejército de Judea, véase Isaac, *Limits*, pp. 105-107; sobre Mauritania, véase Shaw, «Autonomy» y «On the Edge».

33. Sobre reclutamiento, para referencias véase Mattern, *Rome*, p. 85; también Yann Le Bohec, *The Imperial Roman Army* (Nueva York, Hippocrene, y Londres, Batsford, 1994) (= *L'Armée romaine sous le Haut-Empire* [París, Picard, 1989]), pp. 68-102. (Hay trad. cast.: *El ejército romano: instrumento para la conquista de un imperio*, Ariel, Barcelona, 2004.); Alston, *Soldier*, cap. 3, subraya que la guarnición de Egipto fue reclutada de todas las provincias occidentales en todos los períodos (aunque después del siglo I predominaron los reclutas de África) y que las evidencias egipcias contradicen la creencia de que el ejército era una casta cerrada con poca interacción con la población nativa. Sobre el tamaño del ejército auxiliar, véase P. A. Holder, *Studies in the Auxilia of the Roman Army from Augustus to Trajan*, British Archaeological Reports (Oxford, 1980); A. R. Birley, «The Economic Effects of Roman Frontier Policy», en *The Roman West in the Third Century*, ed. A. King y M. Henic, British Archaeological Reports (Oxford, 1981), 1: pp. 39-43.

34. Para lo que sigue, véase Jonathan Roth, «Jewish Military Forces in the Roman Service», ponencia pronunciada en el encuentro anual de la Society for Biblical Literature, San Antonio, Texas, 23 de noviembre, 2004 (www.josephus.yorku.ca/Roth%20Jewish%20Forces.pdf, consultada el 15 de agosto, 2008).

35. Woolf, *Becoming Roman*, pp. 240-241.

36. Sobre el Oriente griego, el estudio que sienta la bases es la obra maestra en dos volúmens de Erich S. Gruen, *The Hellenistic World and the Coming of Rome* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1984). Ésta es quizá la única obra académica hasta la fecha que tiene muy en cuenta el papel de la política y las instituciones indígenas en el imperialismo romano. Yo añadiría que mecanismos similares a los que Gruen describe también funcionaron en períodos posteriores.

37. Shaw, «Tyrants», p. 196.

38. Para un sutil análisis de lo que sigue y del funcionamiento del poder personal y «amistad ritual», véase Shaw, «Tyrants». Sobre los mecanismos a través de los cuales operaba el poder personal, Lendon, *Empire*, resulta una contribución clave.

39. Para una historia concisa del dominio romano sobre los judíos a partir de la muerte de Herodes, véase Martin Goodman, *Rome and Jerusalem: The Clash of Ancient Civilizations* (Nueva York, Knopf, 2007), pp. 379-423.

40. Una buena historia introductoria de Sicilia bajo la república es la de R. J. A. Wilson, *Sicily under the Roman Empire: The Archaeology of a Roman Province, 36 B.C. –A.D. 535* (Warminster, R. U., Aris y Phillips, 1990), pp. 17-32. Sobre tributación en Sicilia, Cicerón *Contra Verres* 2.3.13-15; véase también Christopher Schäfer, «Steuerpacht und Steuerpächter in Sizilien zur Zeit des Verres», *Münstersche Beiträge zur antiken Handelsgeschichte* II (1992), pp. 23-38, con bibliografía completa. Cicerón normalmente menciona a los recaudadores locales de impuestos con el nombre de *decumani* (por ejemplo, 2.3.21, 66, 75), llamados así porque recaudaban el 10 por 100 del impuesto de cereales de Hierón; también los denomina *publicani* (por ejemplo, 2.3.77). Cicerón hace referencia a un representante de la compañía iltaliana que recaudaba el tributo de pastos en Sicilia, llamado Carpinatius (2.2.169ss, 2.3.167), pero no hay evidencias de un aparato burocrático exportado por las corporaciones italianas aparte de este individuo.

41. Claudi Marcelli y Cicerón: Cicerón *Contra Verres* 2.2.8, 2.1.16-17, 2.2.122. *Socii atque i amici populi Romani, mei autem necessarii*: 2.1.15. Segesta y los Escipiones: 2.4.79-80. Siracusa y los Marcelli: 2.2.36, pp. 50-51. Mesana y Verres: 2.4.17-26.

42. *Hospitium* entre los aristócratas romanos y la élite siciliana: Cicerón *Contra Verres*, 2.2.24, 83, 96, 2.3.18, 2.4.25, 49 y muchas otras referencias. Sobre *hospitium*, véase también Koenraad Verboven, *The Economy of Friends: Economic Aspects of* Amicitia *and Patronage in the Late Republic*, Colección Latomus 269 (Bruselas, Éditions Latomus, 2002), pp. 51, 58. Heius de Mesana: Cicerón *Contra Verres* 2.4.18-19. Stenius de Thermae: Cicerón *Contra Verres* 2.2.110; véase también 2.2.113, donde Stenius es absuelto por Pompeyo, otro antiguo huésped; Stenius es el propio *hospes* de Cicerón, 2.2.227.

43. Cicerón los denomina *Venerii*; por ejemplo, *Contra Verres* 2.3.61, 62, 65 y otras muchas referencias. Sobre el culto, véase Wilson, *Sicily*, pp. 282-284. A pesar de que no había ningún ejército «romano» en Sicilia, había una pequeña flota siciliana: Cicerón *Contra Verres* 1.13, 2.3.186.

44. Para los aristócratas que procesaban a sus enemigos, véanse los casos de Sopater (Cicerón *Contra Verres* 2.2.68-75) y Stenius (2.2.83-118).

45. Para ciudades que enviaban delegaciones al Senado o a un protector, véase, por ejemplo, Cicerón *Contra Verres* 2.2.10-11, 2.2.122.

46. Véase, por ejemplo, Cicerón *Contra Verres*, 2.2.8, 2.3.67.

47. Sobre tribus nómadas y sus relaciones con el imperio romano existe una amplia obra académica. Véanse especialmente, Isaac, *Limits*, pp. 68-77; Brent D. Shaw, «Fear and Loathing: The Nomad Menace and Roman North Africa», en *L'Afrique romaine: Les Conférences Vanier 1980*, ed. C. M. Wells, pp. 29-50 (Ottawa, University of Ottawa Press, 1982); y D. Graf, «Rome and the Saracens: Reassessing the Nomad Menace», en *L'Arabie préislamique et son environment historique et culturel*, ed. T. Fahd, pp. 341-400 (Estrasburgo, Université des Sciences Humaines de Strasbourg, 1989).

48. Recientemente, Cullen Murphy, *Are we Rome? The Fall of an Empire and the Fate of America* (Nueva York, Houghton Mifflin, 2007); Thomas Madden, *Empires of Trust: How Rome Built – and America is Building – a New World* (Nueva York, Duttton, 2008).

49. En una ponencia presentada en la conferencia titulada «Invasion: The Use and Abuse of Comparative History», Universidad de Michigan, Ann Arbor, 21 de noviembre, 2008.

8. Guerras de esclavos en Grecia y Roma

1. Para esta terminología, véase Yvon Garlan, *Slavery in Ancient Greece*, ed. rev., trad. Janet Lloyd (Ithaca, NY, Cornel University Press, 1988), pp. 24, 87.

2. Sobre este tema, véase Karl-Wilhem Welwei, *Unfreie in antiken Kriegsdienst*, 3 vols. (Wiesbaden, Alemania, Steiner, 1974-1988); Garlan, *Slavery in Ancient Greece*, pp. 163-176; y Peter Hunt, *Slaves, Warfare and Ideology in the Greek Historians* (Cambridge, Cambridge University Press, 1998).

3. Aristóteles, *Política* 1269a36-b6.

4. Para una introducción, véanse Paul Cartledge, *The Spartans: The World of the Warrior-Heroes of Ancient Greece, from Utopia to Crisis to Collapse* (Woodstock, NY, Overlook Press, 2003), y su más detallada obra *Sparta and Lakonia: A Regional History 1300-362 BC*, 2.ª ed. (Londres, Routledge, 2001); Nino Luraghi y Susan E. Alcock, eds., *Helots and Their*

Masters in Laconia and Messenia: Histories, Ideologies, Structures (Washington, DC, Center for Hellenic Studies and the Trustees for Harvard University, 2003); y Nino Luraghi, *The Ancient Messenians: Constructions of Ethnicity and Memory* (Cambridge, Cambridge University Press, 2008).

5. Tucídides 7.27.5.

6. Tucídides, *Helénicas de Oxirrinco* 17.4.

7. Para una visión general de la era de las guerras de esclavos entre 140 y 70 a. C., véase Brent D. Shaw, *Spartacus and the Slave Wars* (Boston, Bedford/St. Martins, 2001), pp. 2-14; para un relato más detallado, véase K. R. Bradley, *Slavery and Rebellion in the Roman World, 140 B.C.-70 B.C.* (Bloomington, Indiana University Press, 1989).

8. Apiano, *Guerras civiles* 1.9.36.

9. Véanse J. Vogt, *Ancient Slavery and the Ideal of Man*, trad. T. Wiedemann (Oxford, Balckwell, 1975), p. 40; Bradley, *Slavery and Rebellion*, pp. 1-15; Garnsey, *Ideas of Slavery form Aristotle to Augustine* (Cambridge, Cambridge University Press, 1996), pp. 75-86.

10. Constantino, Porfirogeneta, Extracto 4, p. 384 (Diodoro Sículo 34.2.38).

11. Apiano, *Guerras civiles* 1.116.539.

12. Estrabón 14.1.138, 34-35.2.26. Véase Kyung-Hyun Kim, «On the Nature of Aristonicus's Movement», en *Forms of Control and Subordination in Antiquity,* ed. Toru Yogi y Masaoki Doi, pp. 159-163 (Leiden, Brill, 1986).

13. Diodoro Sículo 2.55-60.

14. Véase la reciente argumentación de Theresa Urbainczyk, *Slave Revolts in Antiquity* (Stocksfield, R. U., Acumen Publishing, 2008), pp. 31-34, 75-80.

15. Sobre los aspectos mesiánicos de las revueltas de esclavos romanos, véanse N. A. Mashkin, «Eschatology and Messianism in the Final Period of the Roman Republic», *Philosophy and Phenomenological Research* 10, n.º 2 (1949), pp. 206-228, y P. Masiello, «L'ideologia messianica e le Rivolte Servili», *Annali della Facoltà di lettere e filosofia* II (1966), pp. 179-196.

16. Ateneo, *Deipnosophistai* 6.266d. La única fuente antigua son los chismes de Ateneo, *Deipnosophistai* 6.265d-66d. Para un relato moderno, véase Alexander Fuks, «Slave Wars and Slave Troubles in Chios in the Third Century BC», *Athenaeum* 46 (1968), pp. 102-111.

17. Diodoro Sículo 34.2.46, 36.4.4, con Jean Christian Dumont, *Servus: Rome et l'esclavage sous la république*, Collection de l'École Française de

Rome 103 (Roma, École Française de Rome, Palais Farnèse, 1987), pp. 263-264.

18. «Enorme fuerza y espíritu»: Salustio, *Historias*, frag. 3.90 (la traducción es mía).

19. Esposa o novia: Plutarco, *Vida de Craso* 8.4.

20. Plutarco, *Vida de Craso* 8.4.

21. Claudiano, *Sobre la guerra gótica*, pp. 155-156.

22. Aulo Gelio, *Noches áticas*, 5.6.20, trad. Shaw, *Spartacus and the Slave Wars*, p. 164.

23. Dependemos en gran medida de los resúmenes bizantinos de los siglos IX y X del relato de Diodoro de Sicilia, que a su vez se basó considerablemente en el filósofo estoico Posidonio; véase Thomas Wiedemann, *Greek and Roman Slavery* (Londres, Routledge, 1981), pp. 199-200. Para la teoría de la rebelión nacionalista, véase G. P. Verbrugghe, «Sicily 210-70 B.C.: Livy, Cicero and Diodorus», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 103 (1972), pp. 535-559, e *idem,* «Slave Rebellion or Sicily in Revolt?», *Kokalos* 20 (1974), pp. 46-60.

24. Constantino, Porfirogeneta, Extracto 4, p. 384s. (Diodoro Sículo 34.2.38) (traducción de Loeb).

25. Fotius, *Bibliotheca* 388 (Diodoro Sículo 36.6.1) (traducción de Loeb).

26. Apiano, *Guerras civiles* 1.116.540 (la traducción es mía).

27. Revuelta de Selouros en Sicilia: Estrabón, *Geografía* 6.2.7; incipiente rebelión de esclavos en el sur de Italia en 24 d. C.: Tácito, *Anales* 4.27; posible revuelta de esclavos bajo Bulla Felix en Italia en 206-207 d. C.: Casio Dión, *Historias* 77.10.1-7.

28. Augusto, *Res Gestae* 25.

9. Julio César y el general como estado

1. Suetonio, *César* 30.4.

2. Plinio, *Historia natural* 7.92.

3. Cicerón, *Cartas a Ático* 7.11.

4. Plutarco, *Sila* 38.

5. Para un debate sobre los inicios de la carrera de César, véase Adrian Goldsworthy, *Caesar: The Life of a Colossus* (New Haven, CT, Yale University Press, 2006), pp. 65-66, 148-150, 185. (Hay trad. cast.: *César: la bio-*

grafía definitiva, Esfera, Madrid, 2008.); Christian Meier, *Caesar*, trad. David McLintock (Nueva York, Basic Books, 1996), pp. 99-189; y Mattias Gelzer, *Caesar*, trad. Peter Needham (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1968), pp. 21-24, 28-29, 61-63.

6. Salustio, *Catilina* 54.4.

7. Peter Wiseman, «The Publication of the *De Bello Gallico*», en *Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instruments*, ed. Kathryn Welch y Anton Powell, pp. 1-9 (Londres, Duckworth and the Classical Press of Wales, 1998).

8. Para la importancia de los ríos, véase David Braund, «River Frontiers in the Environmental Psychology of the Roman World», en *The Roman Army in the East*, ed. David Kennedy, *JRA Supplementary Series* 18 (1996), pp. 43-47.

9. César, *Guerra de las Galias* 4.38.

10. Plutarco, *Catón el Joven* 51; Suetonio, *Julio César* 24.3; con Gelzer, *Caesar*, pp. 130-132, y Meier, *Caesar*, pp. 282-284.

11. Sobre la diplomacia de César, véase el debate en Goldsworthy, *Caesar*, pp. 315-317.

12. Véase, por ejemplo, la carrera y final ejecución del jefe Acón, César, *La guerra de las Galias* 6.4, 44.

13. Dión 40.41.1,3.

14. César, *La guerra de las Galias* 8.49.

15. Para los rumores, véase, por ejemplo, el informe de Caelio a Cicerón, en Cicerón, *Cartas a sus amigos* 8.14.

16. Sobre el ejército en este período, véanse F. E. Adcock, *The Roman Art of War under the Republic*, Martin Classical Lectures (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1940); Peter A. Brunt, *Italian Manpower, 225 BC-AD 14* (Oxford, Oxford University Press, 1971); Peter Connolly, *Greece and Rome at War* (Englewood Cliffs, HJ, Prentice-Hall, 1981); Emilio Gabba, *The Roman Republic, the Army and the Allies,* trad. P. J. Cuff (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1976); Lawrence Keppie, *The Making of the Roman Army* (Londres, Batsford; Totowa, NJ: Rowman and Littlefield, 1984); Jacques Harmand, *L'armée et le soldat à Rome de 107 à 50 avant notre ère* (París, A. et J. Picard, 1967); y Richard Edwin Smith, *Service in the Post-Marian Roman Army* (Manchester, R. U., University of Manchester Press, 1958).

17. Sobre la disciplina, véase Suetonio, *César* 65, 67; Plutarco, *César* 17; sobre la importancia del general como testigo del comportamiento, véase

Adrian K. Goldsworthy, *The Roman Army at War 100 BC-AD 200* (Oxford, Clarendon Press, 1996), pp. 162-163.

18. Véase, por ejemplo, el caso del cliente de Cicerón, Trebatio, en Cicerón, *Cartas a sus amigos* 7.5, cartas a Trebatio, *Cartas a sus amigos* 7.6-19; Cicerón, *Cartas a su hermano Quinto* 2.15a, 3 para la cita; véase también Gelzer, *Caesar*, pp. 138-139; sobre saqueo, véase Cátulo 29.

19. Suetonio, *César* 24.

20. Sobre los ascensos de los centuriones por valentía, véanse *Guerra de las Galias* 6.40; Suetonio, *César* 65.1; sobre el estilo de mando de los centuriones y las abundantes bajas, véanse Goldsworthy, *The Roman Army at War*, pp. 257-258; César, *Guerra de las Galias* 7.51, *Guerra civil* 3.99; sobre la competencia para mostrar gran valor y obtener un ascenso o recompensa, véanse *Guerra de las Galias* 5.44, 7.47, 50; *Guerra civil* 3.91.

21. El portador del águila de la Décima: César, *Guerra de las Galias* 4.25; el Sambre: véase César, *Guerra de las Galias* 2.25.

22. Sobre Scaeva, véanse Suetonio, *César* 68.3-4; Apiano, *Guerra civil* 2.60; Dión menciona a Scaevio que sirvió con César en Hispania en 61 a. C. (Dión 38.53.3). Para el *ala Scaevae CIL* 10.6011 y comentarios en J. Spaul, *ALA*[2] (1994), pp. 20-21. Sobre el estatus social y nivel cultural de los centuriones, véase J. N. Adams, «The Poets of Bu Njem: Language, Culture and the Centurionate», *Journal of Roman Studies* 89 (1999), pp. 109-134.

23. Ronald Syme, *The Roman Revolution* (Oxford, Clarendon Press, 1939), pp. 70, 78-79; sobre la ejecución de los soldados indisciplinados, véase Dión 43.24.3-4.

24. Suetonio, *César* 77, 86.

10. Resistiendo al enemigo

1. Edward N. Luttwak, *The Gran Strategy of the Roman Empire from the First Century A.D. to the Third* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1976).

2. Amiano Marcelino 28.5, con más comentarios en Peter J. Heather, *The Fall of the Roman Empire: A New History* (Londres, Macmillan, 2005), pp. 67-68. (Hay trad. cast.: *La caída del imperio romano*, Crítica, Barcelona, 2006.)

3. Amiano 28.2, 29.6; Temistio, *Orationes* 10. Estos momentos se ponen de manifiesto en la arqueología: James Lander, *Roman Stone Fortifica-*

tions from the First Century A.D. to the Fourth, B.A.R. International Series 206 (Oxford, 1984); Sandor Soproni, *Der spätrömische Limes zwischen Esztergom und Szentendre* (Budapest, Akademiai Kiado, 1978); Constantin Scorpan, *Limes Scythiae: Topographical and Stratigraphical Research on the Late Roman Fortifications on the Lower Danube*, B.A.R. International Series 88 (Oxford, 1980).

4. Amiano 26.5, 27.1.

5. John Drinkwater, *The Alamanni and Rome 213-496* (Oxford, Oxford University Press, 2007), ha argumentado recientemente que todas las operaciones romanas en la frontera del alto Rin fueron llevadas a cabo por las necesidades de prestigio de los diferentes emperadores más que por necesidad militar, pero esto es exagerar el tema. Es verdad que los alamanes no suponían por sí mismos una amenaza (véase más adelante) a la existencia general del imperio, pero fueron responsables de importantes ataques (véase nota 20) y en ocasiones amenazaron las anexiones locales de territorio romano: en la década de 350, por ejemplo, una franja de cincuenta kilómetros de ancho en el valle del Rin. Para críticas generales más limitadas, y en mi opinión más convincentes, del enfoque «racional» de Luttwak, véase J. C. Mann, «Power, Force and Frontiers of the Empire», *Journal of Roman Studies* 69 (1979), pp. 175-183; C. R. Whittaker, *Frontiers of the Roman Empire: A Social and Economic Study* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1994).

6. Mann, «Power, Force»; véase esp. Benjamin H. Isaac, *The Limits of Empire: The Roman Army in the East*, 2.ª ed. rev. (Oxford, Oxford University Press, 1993), ix. Para más comentarios, véase Heather, *The Fall of the Roman Empire*, cap. 2. (Hay trad. cast.: *La caída del imperio romano*, Crítica, Barcelona, 2006.)

7. L. Michael Whitby, *Rome at War AD 293-696* (Oxford, Oxford University Press, 2002), proporciona una excelente introducción a los temas de preparación y movilidad; véase John F. Matthews, *The Journey of Theophanes: Travel, Business, and Daily Life in the Roman East* (New Haven, CT, Yale University Press, 2006), sobre las limitadas velocidades incluso para los viajeros con asistencia oficial.

8. Las campañas de los tetrarcas han de ser reconstruidas en gran medida a partir de las fuentes narrativas fragmentadas y de la evidencia de las victorias que se adjudicaban: véase Timothy D. Barnes, *The New Empire of Diocletian and Constantine* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1982). Las fuentes principales para mediados del siglo IV son la primera

parte del Anónimo Valesiano y después la completa narración contemporánea de Amiano Marcelino para los años 354-378. Un comentario general y una argumentación más detallada del modelo pueden encontrarse en Peter J. Heather, «The Late Roman Art of Client Management and the Grand Strategy Debate», en *Transformation of Frontiers from Late Antiquity to the Carolingians: Proceedings of the Second Plenary Conference, European Science Foundation Transformation of the Roman World Project*, ed. Walter Pohl, Ian N. Wood y Helmut Reinitz, pp. 15-68 (Leiden, Brill, 2000).

9. Compárense, por ejemplo, las campañas de César Juliano en la frontera del Rin y la de Augusto Constancio en el Danubio medio, ambas en la década de 350: Amiano 17.1, 6, 10, 18.2 (Juliano); 17.12-13 (Constancio). Pero la pauta fue la misma con Valentiniano en el Rin en las décadas de 360 y 370 (Amiano 27.2, 10, 29.4) y Valente en el bajo Danubio en la de 360 (Amiano 27.5).

10. Maureen Carroll, *Romans, Celts and Germans: The German Provinces of Rome* (Stroud, R. U., 2001), es excelente en el tema de los efectos económicamente debilitantes de las constantes campañas imperiales contra grupos germánicos del Weser en los siglos I y II. Drinkwater, *Alamanni*, p. 9, muestra que los alamanes presentaban marcados signos de desarrollo económico en el siglo V después de que cesaran las incursiones romanas.

11. Maximiano: *Panegíricos latinos* 2 [10].7-10. Juliano: Amiano 17.1.12-13, 17.10, 18.2.15-19. Constancio: Amiano 17.12.9-21.

12. Véase más argumentación en Heather, «Client Management».

13. Amiano 17.12.9ss. Sobre subvenciones, véase Heather, «Client Management», y sobre la historia a largo plazo, Johannes Klose, *Roms Klientel-Randstaaten am Rhein un an der Donau: Beitrage zu ihrer Geschichte und rechtlichen Stellung in 1. Und 2. Jhdt. N. Chr.* (Breslau, Marcus, 1934).

14. Algunos ejemplos de reclutamiento forzoso de soldados: Amiano 17.13.3, 28.5.4, 30.6.1, 31.10.17.

15. *Panegíricos latinos* 7 [6].10.1-7; véase Amiano 27.2.9 para otro ejemplo del año 366.

16. Por ejemplo, Amiano 17.1.12-13, 10.8-9, 18.2.19.

17. Limigantes: Amiano 17.13. Los tetrarcas organizaron importantes reasentamientos, especialmente de francos y carpos; véanse Erich Zollner, *Geschichte der Franken bis zur Mitte des sechsten Jahrhunderts* (Múnich, Beck, 1970) y Gh. Bichir, *The Archaeology and History of the Carpi*, trad. Nubar Hampartumian, B.A.R. Supplementary Series 16 (Oxford, 1976). Constantino reasentó a más sármatas en el imperio en la década de 330: Anóni-

mo Valesiano 6.32. Sobre las condiciones de estos asentamientos, véase Peter J. Heather, *Goths and Romans 332-489* (Oxford, 1991), p. 4. A pesar de todas las precauciones, en ocasiones los reasentamientos podían salir francamente mal: Amiano 19.11.

18. Informe detallado: *Die Alamannenbeute aus dem Rhein bei Neupotz*, ed. Ernst Küunzl, 4 vols. (Maguncia, Verlag des Römisch-Germanischen Zentralmuseums, 1993). Una breve síntesis en inglés puede encontrarse en K. Painter, «Booty from a Roman Villa Found in the Rhine», *Minerva* 5 (1994), pp. 22-27.

19. Heather, *Goths and Romans*, p. 3. E. A. Thompson, *The Early Germans* (Oxford, Oxford University Press, 1965), muestra lo insólito que era este acuerdo de frontera económicamente abierta.

20. Sobre la ejecución de rehenes, obsérvense los lamentos de los alamanes documentados en Amiano 28.2.8-9. David C. Braund, *Rome and the Friendly King: The Character of Client Kingship* (Londres, Macmillan, 1984), explora la diplomacia cultural romana de forma más general. No siempre funcionó. El rehén real godo apresado por Constantino en 332 parece que reaccionó negativamente a la experiencia, aconsejando a su hijo que no tuviera tratos con los romanos: Amiano 27.5.9, con Herwig Wolfram, *History of the Goths* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1988), pp. 62ss. Por otro lado, Amiano recibió ayuda de un exrehén que acabó amando el conocimiento clásico cuando se encontraba en una misión de espionaje en el frente persa: Amiano 18.6.17ss.

21. Marciano: Amiano 29.4.2-5; Vadomario: Amiano 21.4.1-6 (véase también 21.3.5; 26.8.2); Viticabio: Amiano 27.10.3-4; Gabino: Amiano 29.6.3-5; liderazgo de los godos tervingios: Amiano 31.5.5-8.

22. Para más detalle, véase Heather, «Client Management».

23. Véase Peter J. Heather, *Empires and Barbarians: Migration, Development and the Creation of Europe* (Londres, Macmillan, 2009), cap. 2. (Hay trad, cast.: *Emperadores y bárbaros*, Crítica, Barcelona, 2010.)

24. Wolfram, *Goths*, pp. 62ss.

25. D. H. Green, *Language and History in the Early Germanic World* (Cambridge, Cambridge University Press, 1998).

26. Cnodomario: Amiano 16.12.60. Sobre el grupo guerrero excavado en Ejsbøl Mose, véase Mogens Ørsnes, «The Weapon Find in Ejsbøl Mose at Haderlev: Preliminary Report», *Acta Archaeologica* 34 (1963), pp. 232-248. Para un ejemplo de séquito y cumplimiento de la ley, véase Peter Heather y John Matthews, trads., *The Goths in the Fourth Century*,

Translated Texts for Historians (Liverpool, Liverpool University Press, 1991), p. 5.

27. Heather, *Empires and Barbarians*, p. 3.

28. Para una introducción, véanse L. Hedeager, «The Evolution of Germanic Society 1-400 AD», en *First Millennium Papers: Western Europe in the First Millennium*, ed. R. F. J. Jones, J. H. F. Bloemers, S. L. Dyson, y M. Biddle, pp. 129-144, B. A. R. International Series 401 (Oxford, 1988).

29. Amiano 17.12.9-11; compárese el famoso ataque apoplético del emperador Valentiniano I cuando los enviados no le mostraron suficiente respeto: Amiano 30.6.8.

30. Véase nota 20.

31. Drinkwater, *Alamanni*, ha argumentado recientemente que los alamanes no suponían amenaza alguna, pero esto es ir de un extremo al otro. Sobre las agendas de los godos tervingios, véase más detalladamente Heather, *Goths and Romans*, p. 3.

32. Los acontecimientos de 376 están bien documentados, entre otras fuentes, en Amiano 31.3ss. Los acontecimientos de 405-410 han de reconstruirse pero, una vez más, la reconstrucción más plausible es que un segundo desplazamiento de los hunos hacia el oeste fuese la causa fundamental del éxodo a suelo romano: Heather, *Fall of the Roman Empire,* pp. 4-5, con Peter J. Heather, «Why Did the Barbarian Cross the Rhine?», *Journal of Late Antiquity* (próxima publicación en 2009), respondiendo a los argumentos de aquellos que han tratado, en este intervalo, de elaborar explicaciones alternativas de las invasiones del occidente romano en el período de 405-408.

33. Como queda demostrado, por ejemplo, en las derrotas de 386 y 405 de dos caudillos godos refugiados, Odoteo y Radagaiso, que intentaron abrirse camino a través de la frontera romana por su cuenta. Estos ejemplos, y la agresiva respuesta imperial a las invasiones más densas y fructuosas, muestran que este período no presentaba cambios fundamentales en las políticas romanas frente a los intrusos, como bien esgrimió Walter Goffart, «Rome, Constantinople, and the Barbarian in Late Antiquity», *American Historical Review* 76 (1981), pp. 275-306.

34. Visigodos: Heather, *Goths and Romans,* p. 6. Alianza vándalo-alana: Heather, *Fall of the Roman Empire*, pp. 5-6.

35. Para introducciones al imperio de los hunos y sus actividades, véanse Otto J. Maenchen-Helfen, *The World of the Huns*, ed. Max Knight (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1973), y E. A.

Thompson, *The Huns*, ed. rev., People of Europe Series (Oxford, Blackwell, 1995).

36. El proceso se examina más detalladamente en Heather, *Fall of the Roman Empire*, caps. 9-10.

37. Heather, *Empires and Barbarians*, en especial caps. 2, 10 y 11.

Bibliografía

1. Desde Persia con amor

El *fons et origo* de la información sobre las guerras médicas es, por supuesto, Heródoto, el primero y más interesante de los historiadores. La traducción al inglés más fluida es la edición Everyman; la mejor comentada es *The Landmark Herodotus* (Nueva York, Pantheon, 2007). Otra fuente clave es la obra de Esquilo *Los persas*, con su célebre descripción de Salamina, escrita por un veterano de las guerras médicas; una edición útil es la de Edith Hall (Warminster, R. U., Aris and Phillips, 1996). Diodoro y Plutarco proporcionan valiosa información complementaria, aunque tardía.

No se conoce ningún persa que mencionase siquiera la invasión de Grecia. No obstante, ello no significa que no haya fuentes relevantes de este período procedentes del bando persa. La colección definitiva es la de Amélie Kuhrt, publicada en dos volúmenes con el título de *The Persian Empire: A Corpus of Sources from the Achaemenid Period* (Londres, Routledge, 2007). El libro definitivo sobre el imperio persa, y una estupenda obra erudita, es el de Pierre Briant, traducido al inglés por Peter T. Daniels con el título de *From Cyrus to Alexander: A History of the Persian Empire* (Winona Lake, IN, Eisenbrauns, 2002). Otros excelentes estudios recientes incluyen *Ancient Persia,* de Josef Wiesehöfer (Londres, Tauris, 2001) (hay trad. cast.: *Antigua Persia*, Acento Editorial, Madrid, 2003), y *The Persian Empire*, de Lindsay Allen (Chicago, University of Chicago Press, 2005). El catálogo de una reciente exposición en el Museo Británico, *Forgotten Empire: The World of Ancient Persia*, editado por John Curtis y Nigel Tallis (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2005), está suntuosamente ilustrado.

Para la participación persa en Iraq, véase la colección de ensayos editados por John Curtis, *Mesopotamia and Iran in the Persian Period: Conquest and Imperialism. Proceedings of a Seminar in Memory of Vladimir G. Lukonin* (Londres, British Museum Press, 1997). Para Lidia y Jonia, véase *Aspects of Empire in Achaemenid Sardis*, de Elspeth R. M. Dusinberre (Cambridge, Cambridge University Press, 2003), y *Sparda by the Bitter Sea: Imperial Interaction in Western Anatolia*, de Jack Martin Balcer (Chicago, University of Chicago Press, 1984). Balcer es también autor de un fascinante estudio del acceso de Darío al poder, *Herodotus and Bisitun: Problems in Ancient Persian Historiography* (Stuttgart, Franz Steiner, 1987). El mejor estudio de este notorio atolladero académico que es la religión persa es el de Jean Kellens, una colección de ensayos traducidos al inglés con el título *Essays on Zarathustra and Zoroastrianism* (Costa Mesa, CA, Mazda, 2000). Para temas específicos de guerra persa, véase *Shadows in the Desert: Ancient Persia at War*, de Kaveh Farrokh (Oxford, Osprey, 2007). Para una valiosa perspectiva general de las relaciones greco-persas desde la conquista de Jonia hasta Alejandro, véase *The Greek Wars: The Failure of Persia*, de George Cawkwell (Oxford, Oxford University Press, 2005).

La literatura sobre las guerras médicas es voluminosa. Entre los estudios fundamentales cabe señalar *Persia and the Greeks: The Defence of the West*, 2.ª ed. (Londres, Duckworth, 1984), de A. R. Burns, y la obra maravillosamente escrita de Peter Green, *The Greco-Persian Wars* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1970). El mejor estudio militar es el de J. F. Lazenby, *The Defence of Greece 490-479 BC* (Warminster, R. U., Aris and Phillips, 1993). Las obras más recientes sobre batallas individuales incluyen *Thermopylae: The Battle That Changed the World*, de Paul Cartledge (Londres, Overlook Press, 2006) (hay trad. cast.: *Termópilas: la batalla que cambió el mundo*, Ariel, Barcelona, 2008), y *Salamis: The Greatest Naval Battle of the Ancient World, 480 BC*, de Barry Strauss (Nueva York, Simon & Schuster, 2004). Sobre el duradero impacto de las guerras sobre el imaginario popular, véase *Cultural Responses to the Persian Wars: Antiquity to the Third Millennium*, editado por Emma Bridges, Edith Hall y P. J. Rhodes (Nueva York, Oxford University Press, 2007). Por supuesto, la modestia me impide recomendar mi propia obra *Persian Fire: The First World Empire and the Battle for the West* (Londres, Time Warner Books, 2005) (hay trad. cast.: *Fuego persa: el primer imperio mundial y la batalla por Occidente*, Planeta, Barcelona, 2007).

2. Pericles, Tucídides y la defensa del imperio

La naturaleza y los elementos del imperio ateniense están muy bien perfilados en el estudio clásico de Russel Meiggs, *The Athenian Empire* (Oxford, Oxford University Press, 1972), actualizado por Malcolm McGregor, *The Athenians and Their Empire* (Vancouver, University of British Columbia Press, 1987), y P. J. Rhodes y la Asociación Clásica, *The Athenian Empire* (Oxford, Oxford University Press, 1985). La polémica surge en torno a la cuestión de si los atenienses eran imperialistas explotadores o demócratas ilustrados que protegían a los pobres del extranjero con su defensa de un gobierno popular. Argumentos a favor de ambas posturas están perfectamente expuestos en Loren J. Samons II, *The Empire of the Owl: Athenian Imperial Finance* (New Haven, CT, Yale University Press, 2000) y Donald W. Bradeen, «The Popularity of the Athenian Empire», *Historia 9* (1960), pp. 257-269. G. E. M. de Ste. Croix propuso convincentemente la argumentación de Atenas como protectora bienintencionada de las clases inferiores; véase «The Character of the Athenian Empire», *Historia 3* (1954), pp. 1-41, que debería leerse junto con el relato clásico de las finanzas imperiales atenienses de M. I. Finley, «The Fifth-Century Athenian Empire: A Balance Sheet», en *Imperialism in the Ancient World*, ed. P. D. A. Garnsey y C. R. Whittaker, pp. 103-126 (Cambridge, Cambridge University Press, 1978).

3. ¿Por qué perduran las fortificaciones?

Para la historia de Atenas y de sus murallas, las historias de Heródoto y de Tucídides son esenciales. Además, el texto del escritor del siglo IV a. C. Eneas el Táctico ha sido traducido al inglés y comentado por David Whitehead, *Aineias the Tactician: How to Survive Under Siege, A Historical Commentary, with Translation and introduction*, 2.ª ed. (Londres, Bristol Classical Press, 2001).

Quizá debido a su omnipresencia en todo el mundo griego, las murallas y las fortificaciones han recibido mucha atención por parte de los estudiosos. Además de numerosos artículos e informes arqueológicos, varias importantes monografías abordan el tema de las fortificaciones y la defensa civil a lo largo de las distintas fases de la historia griega. El desafío de identificar y trazar el desarrollo cronológico de las diferentes técnicas de mam-

postería y tipos de construcción está argumentado en Robert Lorentz Scranton, *Greek Walls* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1941). F. E. Winter, *Greek Fortifications* (Londres, Routledge & Keagan Paul, 1971), y A. W. Lawrence, *Greek Aims in Fortification* (Oxford, Clarendon Press, 1979), proporcionan ambos una valiosa visión general de las fortificaciones en Grecia. Y. Garlan, *Recherches de poliorcétique grecque,* fasc. 223, (París: Bibliothèque des Écoles françaises d'Athènes et de Rome, 1974) es esencial para comprender el papel de las murallas en la defensa municipal de la Grecia clásica. J.-P. Adam, *L'architecture militaire grecque* (París, J. Picard, 1982), ofrece excelentes fotografías y detallados dibujos de fortificaciones del mundo griego antiguo. La creciente complejidad de estas construcciones refleja también los progresos en las tácticas ofensivas utilizadas para superarlas, y sobre este tema véase E. W. Marsden, *Greek and Roman Artillery: Historical Development* (Oxford, Clarendon Press, 1969). Para el período de la guerra del Peloponeso, Victor Hanson dedica un capítulo (cap. 6, «Walls [Sieges (431-415)]», pp. 163-199) al tema de las fortificaciones y al arte del asedio en *A War Like No Other: How the Athenians and Spartans Fought the Peloponnesian War* (Nueva York, Random House, 2005).

Volviendo concretamente a Atenas, los restos arqueológicos de las murallas de la ciudad son analizados por R. E. Wycherley, *The Stones of Athens* (Princeton: Princeton University Press, 1978); véase especialmente el cap. 1, «The Walls», pp. 7-26. Más recientemente, John Camp publicó un excelente estudio de la arqueología de la construcción civil ateniense en *The Archaeology of Athens* (New Haven, Yale University Press, 2001). No se ha emprendido ningún estudio completo de las Murallas Largas hasta hace bien poco. David H. Conwell ha realizado un admirable trabajo de recopilación de toda la información relevante, tanto literaria como epigráfica y arqueológica, en *Connecting a City to the Sea: The History of the Athenian Long Walls,* Suplementos Mnemosine, vol. 293 (Leiden, Brill, 2008). Traspasando las murallas del centro urbano y avanzando hacia las llanuras del Ática, tres importantes estudios examinan la historia de las defensas rurales atenienses: J. R. McCredie, *Fortified Military Camps in Attica,* Suplemento Hesperia II (Princeton University Press, 1966); Josiah Ober, *Fortress Attica: Defense of the Atenian Land Frontier, 404-322 a. C.* (Leiden: E. J. Brill, 1982), y Mark H. Munn, *The Defense of Attica: The Dema Wall and the Boiotian War of 378-375 a. C.* (Berkeley, University of California Press, 1993). Las dos últimas obras han provocado un vivo intercambio de opi-

niones entre los autores acerca de la fecha, el propósito y la eficacia del antiguo sistema ateniense de fortificaciones rurales.

4. Epaminondas el Tebano y la doctrina de la guerra preventiva

Lo poco que sabemos acerca de la carrera de Epaminondas y su ataque preventivo de 370-369 en el Peloponeso se encuentra en *Helénicas* y *Agesilao* de Jenofonte, en la historia de Diodoro, y en *Pelópidas* y *Agesilao* de Plutarco, complementado con información en Pausanias y Nepos (véanse las notas para referencias específicas). John Buckler argumenta en varias obras el auge de Beocia bajo Epaminondas; véase J. Buckler y H. Beck, *Central Greece and the Politics of Power in the Fourth Century BC* (Cambridge, Gambridge University Press, 2008); J. Buckler, *Aegean Greece in the Fourth Century* (Leiden, Brill, 2003), e *idem*, *The Theban Hegemony* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1980).

Para la carrera de Epaminondas como libertador democrático, véase Victor Hanson, *The Soul of Battle* (Nueva York, Anchor Paperbacks, 2001). Hay una buena descripción de Leuctra con referencias a las principales fuentes primarias y secundarias en J. K. Anderson, *Military Theory and Practice in the Age of Xenophon* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1993). La figura de Epaminondas se discute exhaustivamente desde una perspectiva espartana en P. Cartledge, *Agesilaos and the Crisis of Sparta* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1987), y C. Hamilton, *Agesilaus and the Failure of Spartan Hegemony* (Ithaca, NY, Cornell University Press, 1991). Para una narración más extensa de los acontecimientos que rodearon la década de la hegemonía tebana, véase también D. M. Lewis, J. Boardman, S. Hornblower y M. Ostwald, *The Cambridge Ancient History: The Fourth Century B.C.*, vol. 6 (Cambridge, Cambridge University Press, 1994), pp. 187-208 (J. Roy).

Para especialistas, casi todas las evidencias antiguas relativas a Epaminondas están recopiladas (en italiano) por M. Fortina, *Epaminonda* (Turín, Società Editrice Internazional, 1958) y (en alemán) por Swoboda, s.v. «Epameinondas», en A. Pauly, G. Wissowa, W. Kroll, K. Witte, K. Mittelhaus y K. Ziegler, eds., *Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft: Neue Bearbeitung* (Stuttgart, J. B. Metzler, 1894-1980), 10:2674-707.

5. Alejandro Magno, la construcción de una nación y la creación y el mantenimiento del imperio

Durante la vida de Alejandro y poco después de su muerte (las llamadas fuentes primarias) se escribieron docenas de relatos sobre su reinado, pero tan sólo se han conservado algunos fragmentos. Las narraciones existentes sobre el reinado de Alejandro y que tenemos a nuestra disposición (fuentes secundarias) fueron escritas siglos después de su muerte, empezando por Diodoro Sículo, en el siglo I a. C.; Quinto Curcio Rufo, entre mediados y finales del siglo I d. C.; Arriano, en el siglo II d. C., y el epítome de Justino de una obra anterior de Pompeyo Trogo (hoy perdida), que copió en el siglo II o III d. C. De éstas, Arriano se acepta como la fuente más fiable, principalmente debido a su aproximación equilibrada y crítica a las fuentes primarias y a su confianza en el relato testimonial de Ptolomeo. A estas fuentes tardías puede añadirse la biografía de Alejandro de Plutarco (siglo II d. C.) y su tratado *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro*, aunque se trata de una obra retórica, no histórica. Ian Worthington, *Alexander the Great: A Reader* (Londres, Routledge, 2003), incluye una amplia selección de fuentes primarias traducidas, y Waldemar Heckel y J. Yardley, *Alexander the Great: Historical Sources in Translation* (Malden, MA, Blackwell, 2003), contiene una selección de fuentes mayoritariamente secundarias traducidas.

Hay una gran abundancia de libros modernos sobre Alejandro, desde biografías eruditas hasta libros satinados ilustrados de divulgación. Michael Wood, *In the Footsteps of Alexander* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1997), se recomienda como introducción general a Alejandro y sobre todo por sus fotografías de las zonas por las que pasó, puesto que el propio Wood siguió su ruta. Biografías más recientes que cabe destacar son Peter Green, *Alexander of Macedon 356-323 B.C.: A Historical Biography* (Harmondswworth, R. U., Penguin, 1974); Robin Lane Fox, *Alexander the Great* (Londres, Penguin, 1973) (hay trad. cast.: *Alejandro Magno: conquistador del mundo*, El Acantilado, Barcelona, 2009.); A. B. Bosworth, *Conquest and Empire: The Reign of Alexander the Great* (Cambridge, Cambridge University Press, 1988), la mejor biografía académica, junto con su *Alexander and the East* (Oxford, Oxford University Press, 1996); el teniente general J. F. C. Fuller, *The Generalship of Alexander the Great* (New Brunswick, NJ, Rutgers University Press, 1960); N. G. L. Hammond, *Alexander the Great: King, Commander and Statesman* (Bristol, Bristol Press,

1989), preferible a su última *The Genius of Alexander the Great* (Londres, Duckworth, 1997) (hay trad. cast.: *El genio de Alejandro Magno*, Ediciones B, Barcelona, 2007); Paul Cartledge, *Alexander the Great: The Hunt for a New Past* (Londres, Routledge, 2003) (hay trad. cast.: *Alejandro Magno: la búsqueda de un pasado desconocido*, Ariel, Barcelona, 2008); e Ian Worthington, *Alexander the Great: Man and God*, ed. rev. (Londres, Pearson, 2004). Algunas colecciones de artículos académicos que tratan de los diferentes aspectos del reinado de Alejandro son A. B. Bosworth y E. J. Baynham, eds., *Alexander the Great in Fact and Fiction* (Oxford, Oxford University Press, 2000); Guy T. Griffith, ed., *Alexander the Great: The Main Problems* (Cambridge, Cambridge University Press, 1966); Joseph Roisman, ed., *Brill's Companion to Alexander the Great* (Leiden, Brill, 2003); Waldemar Heckel y Lawrence A. Tritle, eds., *Crossroads of History: The Age of Alexander* (Claremont, CA, Regina Books, 2003); y Worthington, *Alexander the Great: A Reader*. Para el imperio persa, el mejor libro sigue siendo Pierre Briant, *From Cyrus to Alexander: A History of the Persian Empire*, trad. Peter D. Daniels (Winona Lake, IN, Eisenbrauns, 2002).

6. Guerra urbana en el mundo griego clásico

Lecturas adicionales

Los lectores que quieran saber más acerca de las antiguas guerras urbanas podrían empezar con Eneas el Táctico; para una traducción y comentarios véase Whitehead, *Aineias the Tactician* (1990). Para Tucídides y Heródoto pueden consultarse las excelentes ediciones Landmark de Strassler, *The Landmark Thucydides* (1996) y *The Landmark Herodotus* (2007). Ober, «Hoplites and Obstacles» (1991), y Lee, «Urban Combat at Olynthos» (2001), analizan la mecánica del antiguo combate en ciudades. Lintott (1982) ofrece una visión general de la lucha civil (*stasis*) en la ciudad clásica. Para más información acerca de los ejércitos griegos clásicos, véase Sabin, Van Wees y Whitby, *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare* (2007). Ashworth, *War and the City* (1991), Desch, *Soldiers in Cities* (2001), y Dufour, *La guerre, la ville et le soldat* (2002), proporcionan perspectivas a largo plazo sobre la historia de la guerra urbana. Para el combate urbano en el contexto global moderno, véanse Kaldor, «New and Old Wars» (2007), y Thornton, *Asymmetric Warfare* (2007).

Antal, John, y Bradley Gericke, eds., *City Fights: Selected Histories of Urban Combat from World War II to Vietman*, Nueva York, Presidio Press, 2003.

Ashworth, J. G., *War and the City*, Londres, Routledge, 1991.

Barry, W. D., «Roof Tiles and Urban Violence in the Ancient World», *Greek, Roman, and Byzantine Studies* 37, n.º 1 (1996), pp. 55-74.

Bowden, Mark, *Black Hawk Down: A Story of Modern War*, Nueva York, Penguin, 1999.

Cahill, Nicholas, *Household and City Organization at Olynthus*, New Haven, CT, Yale University Press, 2002.

Camp, John, «Walls and the *polis*», en *Polis and Politics: Studies in Ancient Greek History Presented to M.H. Hansen*, eds. P. Flensted-Jensen, Thomas Heine Nielsen y Lene Rubinstein, pp. 41-57, Copenhague, Museum Tusculanum Press, 2000.

—, *The Archaeology of Athens*, New Haven, CT, Yale University Press, 2001.

Desch, Michael C. (ed.), *Soldiers in Cities: Military Operations on Urban Terrain*, Carlisle, PA, Strategic Studies Institute, U.S. Army War College Command, 2001.

Dufour, Jean-Louis, *La guerre, la ville et le soldat*, París, Odile Jacob, 2002.

Garlan, Yvon, *Recherches de poliorcétique grecque*, París: E. de Boccard, 1974.

Garland, Robert, *The Piraeus from the Fifth to the First Century BC*, 2.ª ed., Londres, Duckworth, 2001.

Gehrke, Hans-Joachim, *Stasis: Untersuchungen zu den inneren Kriegen in den griechischen Staaten des 5. und 4. Jahrhunderts v. Chr.*, Múnich, Beck, 1985.

Gill, David, «Hippodamus and the Piraeus», *Historia* 55, n.º 1 (2006): pp. 1-15.

Glenn, Russell, Christopher Paul, Todd Helmus y Paul Steinberg, «*People Make the City*», *Executive Summary: Joint Urban Operations Observations and Insights from Afghanistan and Iraq*, Santa Mónica, CA: RAND Corporation, 2007.

Habicht, Christian, *Athens from Alexander to Anthony*, trad. Deborah Lucas Schneider, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1997.

Hansen, Mogens, y Thomas Heine Nielsen (eds.), *An Inventory of Archaic and Classical Poleis*, Oxford, Oxford University Press, 2004.

Hoepfner, Wolfram, y Ernst-Ludwig Schwander, *Haus und Stadt im klassischen Griechenland*, Múnich, Deutscher Kunstverlag, 1994.
Isserlin, B. S. J., y J. du Plat Taylor, *Motya: A Phoenician and Carthaginian City in Sicily*, Leiden, Brill, 1974.
Joes, Anthony James, *Urban Guerrilla Warfare*, Lexington, University Press of Kentucky, 2007.
Kaldor, Mary, *New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era*, 2.ª ed., Stanford, Stanford University Press, 2007. (Hay trad. cast.: *Las nuevas guerras: violencia organizada en la era global*, Tusquets, Barcelona, 2001.)
Krentz, Peter, *The Thirty at Athens*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1982.
—, «The Strategic Culture of the Periclean Athens», en *Polis and Polemos: Essays on Politics, War, and History in Ancient Greece in Honor of Donald Kagan*, eds. Charles Hamilton y Peter Krentz, pp. 55-72, Claremont, CA, Regina Books, 1997.
Lawrence, A. W., *Greek Aims in Fortification*, Oxford, Oxford University Press, 1979.
Lee, John W. I., «Urban Combat at Olynthos, 348 BC», en *Fields of Conflict: Progress and Prospect in Battlefield Archaeology*, eds. P. W. M. Freeman y A. Pollard, pp. 11-22, Oxford, B.A.R. International Series 958, 2012.
Lintott, Andrew, *Violence, Civil Strife, and Revolution in the Classical City*. Londres, Croom Helm, 1982.
Martin, Roland, *L'urbanisme dans la Grèce antique*, 2.ª ed., París, A. & J. Picard, 1974.
McNicoll, A. W., y N. P. Milner, *Hellenistic Fortifications from the Aegean to the Euphrates*, Oxford, Oxford University Press, 1997.
Ober, Josiah, «Hoplites and Obstacles», en *Hoplites: The Classical Greek Battle Experience*, ed. Victor Davis Hanson, pp. 173-196, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1991.
Raftopoulou, S., «New Finds from Sparta», en *Sparta in Laconia: Proceedings of the 19th British Museum Classical Colloquium held with the British School at Athens and Kings'and University Colleges, London (6-8 December, 1995)*, eds. W. G. Cavanagh y S. E. C. Walker, Londres, British School at Athens, 1998.
Rawlings, Louis, «Alternative Agonies: Hoplite Martial and Combat Experiences Beyond the Phalanx», en *War and Violence in Ancient Greece*,

ed. Hans van Wees, pp. 233-259, Londres, Duckworth and the Classical Press of Wales, 2000.
Roy, James, «The Threat from the Piraeus» en *Kosmos: Essays in Order, Conflict and Community in Classical Athens*, eds. Paul Cartledge, Paul Millett y Sitta von Reden, pp. 191-202, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
Rusch, Scott Michael, «Poliorcetic Assault in the Peloponnesian War». tesis doctoral, University of Pennsylvania, 1997.
Sabin, Philip, Hans van Wees y Michael Whitby (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.
Shipley, Graham, «Lakedaimon» en *An Inventory of Archaic and Classical Poleis,* eds. Mogens Hansen y Thomas Nielsen, pp. 569-598, Oxford, Oxford University Press, 2004.
Sokolicek, Alexander, «Zum Phänomen des Diateichisma im griechischen Städtebau«, *Forum Archaeologiae*, 27 de junio de 2003 (http://farch.net).
Strassler, Robert, *The Landmark Thucydides,* Nueva York, Free Press, 1996.
—, *The Landmark Herodotus*, Nueva York, Pantheon, 2007.
Thornton, Rod, *Asymmetric Warfare: Threat and Response in the Twenty-First Century*, Malden, MA, Polity Press, 2007.
Tritle, Lawrence, *From Melos to My Lai: War and Survival,* Londres, Routledge, 2000.
Van Wees, Hans, *Greek Warfare: Myths and Realities*, Londres, Duckworth, 2004.
Waywell, Geoffrey, «Sparta and Its Topography», *BICS* 43 (1999): pp. 1-26.
Whitehead, David, *Aineias the Tactician: How to Survive Under Siege*, Oxford, Clarendon Press, 1990.
Winter, F. E., *Greek Fortifications*, Toronto, University of Toronto Press, 1971.

7. Contrainsurgencia y los enemigos de Roma

El tema de la revuelta y la insurgencia no ha recibido la debida atención por parte de los estudiosos. No obstante, son importantes dos artículos de Stephen Dyson, «Native Revolts in the Roman Empire» (*Historia* n.º 20 [1971], pp. 239-274) y «Native Revolt Patterns in the Roman Empire» (*Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* [Berlín, Walter de Gruyter,

1975], 2, 3, pp. 138-75). Sobre bandolerismo, la obra de Brent D. Shaw, en especial su clásico «Bandits in the Roman Empire» (*Past and Present* 105 [1984], pp. 3-52) es harto influyente. Benjamin Isaac ha realizado una gran labor para atraer la atención sobre la función del ejército de Roma como fuerza de ocupación, de control de la población y patrullando contra el bandolerismo y otras amenazas a pequeña escala: *The Limits of Empire: The Roman Army in the East,* 2.ª ed. (Oxford, Clarendon, 1992). Sobre la revuelta judía, el estudio más influyente es el de Martin Goodman, *The Ruling Class of Judea: The Origins of the Jewish Revolt against Rome, A.D. 66-70* (Nueva York, Cambridge University Press, 1987); véase también su obra más general, *Rome and Jerusalem: The Clash of Ancient Civilizations* (Nueva York, Knopf, 2007). Sobre el poder personal en el imperio romano, las obras importantes son: Richard P. Saller, *Personal Patronage under the Early Empire* (Cambridge, Cambridge University Press, 1982); Brent D. Shaw, «Tyrants, Bandits and Kings: Personal Power in Josephus» (*Journal of Jewish Studies* 49 [1993], pp. 176-204); los ensayos recopilados en *Patronage in Ancient Society,* ed. Andrew Wallace-Hadrill (Londres, Routledge, 1898); y Fergus Millar, *The Emperor in the Roman World*, 2.ª ed. (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1992). J. E. Lendon, *Empire of Honour: The Art of Government in the Roman World* (Oxford, Clarendon, 1997), es fundamental para comprender cómo operaba el poder personal.

Erich S. Gruen, *The Hellenistic World and the Coming of Rome*, 2 vols. (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1984), revolucionó nuestra comprensión del imperialismo romano centrando la atención en las instituciones y las luchas políticas de sus futuros súbditos, al mostrar que sólo un profundo entendimiento de las mismas puede explicar cómo se implicaba Roma en una región y la forma que adoptaba su dominio. Otras obras importantes sobre aspectos no militares del control imperial romano son Greg Woolf, *Becoming Roman: The Origins of Provincial Civilization in Gaul* (Cambridge, Cambridge University Press, 1998), y Clifford Ando, *Imperial Ideology and Provincial Loyalty in the Roman Empire* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2000).

8. Guerras de esclavos en Grecia y Roma

Un excelente punto de partida es Brent D. Shaw, *Spartacus and the Slave Wars: A Brief History with Documents* (Boston, Bedford/St. Martins,

2001). Theresa Urbainczyk, *Slave Revolts in Antiquity* (Stocksfield, R. U., Acumen Publishing, 2008), ofrece un buena perspectiva general. Para rebeliones de esclavos en la antigua Grecia, véase Yvon Garlan, *Slavery in Ancient Greece*, ed. rev., trad. Janet Lloyd (Ithaca, NY, Cornel University Press, 1988), pp. 176-200; para las de la antigua Roma, véase Keith Bradley, *Slavery and Rebellion in the Roman World, 140 B.C.-70 B.C.* (Bloomington, Indiana University Press, 1989).

Entre los libros más importantes sobre la antigua esclavitud figuran M. I. Finley, *Ancient Slavery and Modern Ideology* (Princeton, NJ, Markus Wiener Publishers, 1998); Joseph Vogt, *Ancient Slavery and the Ideal of Man*, trad. Thomas Wiedemann (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1975); Keith Hopkins, *Conquerors and Slaves* (Cambridge, Cambridge University Press, 1978) (hay trad. cast.: *Conquistadores y esclavos*, Edicions 62, Barcelona, 1981); Peter Garnsey, *Ideas of Slavery form Aristotle to Augustine* (Cambridge, Cambridge University Press, 1996); F. H. Thompson, *The Archaeology of Greek and Roman Slavery* (Londres, Duckworth, 2003); Thomas Grünewald, *Bandits in the Roman Empire: Myth and Reality*, trad. John Drinkwater (Londres, Routledge, 2004); Niall Mc Keown, *The Invention of Ancient Slavery?* (Londres, Duckworth, 2007); y la colección de documentos editados por Thomas Wiedemann, *Greek and Roman Slavery* (Londres, Routledge, 1981).

Los estudios de temas particulares incluyen a Karl-Wilhem Welwei, *Unfreie in antiken Kriegsdienst*, 3 vols. (Wiesbaden, Alemania: Steiner, 1974-1988); Peter Hunt, *Slaves, Warfare and Ideology in the Greek Historians* (Cambridge, Cambridge University Press, 1998); Paul Cartledge, *The Spartans: The World of the Warrior-Heroes of Ancient Greece, from Utopia to Crisis to Collapse* (Woodstock, NY, Overlook Press, 2003), y su más detallada obra *Sparta and Lakonia: A Regional History 1300-362 BC*, 2ª ed. (Londres, Routledge, 2002); Nino Luraghi y Susan E. Alcock (eds.), *Helots and Their Masters in Laconia and Messenia: Histories, Ideologies, Structures* (Washington, DC, Center for Hellenic Studies and the Trustees for Harvard University, 2003); Nino Luraghi, *The Ancient Messenians: Constructions of Ethnicity and Memory* (Cambridge, Cambridge University Press, 2008); Alexander Fuks, «Slave Wars and Slave Troubles in Chios in the Third Century BC», *Athenaeum Forms of Control and Subordination in Antiquity*, eds. Toru Yogi y Masaoki Doi, pp. 159-163 (Leiden, Brill, 1986); Jean Christian Dumont, *Servus: Rome et l'esclavage sous la république*, Collection de l'École Française de Rome 103 (Roma, École Française de

Rome, Palais Farnèse, 1987); J. A. North, «Religious Toleration in Republican Rome», *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 25 (1979), pp. 85-103; P. Green, «The First Sicilian Slave War», *Past and Present* 20 (1961), pp. 10-29, con objeciones por parte de W. G. C. Forrest y T. C. W. Stinton, «The First Sicilian War», *Past and Present* 22 (1962), pp. 87-93; G. P. Verbrugghe, «Sicily 210-70 B.C.: Livy, Cicero and Diodorus», *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 103 (1972), pp. 535-559, e *idem,* «Slave Rebellion or Sicily in Revolt?», *Kokalos* 20 (1974), pp. 46-60; N. A. Mashkin, «Eschatology and Messianism in the Final Period of the Roman Republic», *Philosophy and Phenomenological Research* 10, n.º 2 (1949), pp. 206-228; P. Masiello, «L'ideologia messianica e le Rivolte Servili», *Annali della Facoltà di lettere e filosofia* II (1966), pp. 179-196; y Barry Strauss, *The Spartacus War* (Nueva York, Simon & Schuster; Londres, Weidenfeld & Nicholson, 2009) (hay trad. cast.: *La guerra de Espartaco*, Edhasa, Barcelona, 2010).

9. Julio César y el general como estado

Las fuentes primarias para la carrera y las campañas de César han de empezar por sus propios *Comentarios* sobre los conflictos en las Galias y la guerra civil. Los libros adicionales (el libro ocho de la *Guerra de las Galias* y la *Guerra de Alejandría*, la *Guerra de África*, y la *Guerra de Hispania*, que completan la *Guerra civil*) proporcionan una perspectiva ligeramente diferente sobre su conducta. La extensa obra de Cicerón ofrece abundante material sobre César y sobre las actitudes respecto a su conducta. Las biografías de Plutarco y Suetonio contienen mucho material que no se menciona en otros lugares, y Dión y Apiano complementan estas obras. Todas estas fuentes han de ser utilizadas con cierta precaución, puesto que César fue una figura altamente controvertida mientras vivió e incluso después.

La literatura moderna sobre César es muy extensa. Un buen punto de partida lo ofrecen Mattias Gelzer, *Caesar*, trad. Peter Needham (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1968), Christian Meier, *Caesar*, trad. D. McLintock (Nueva York, Basic Books, 1996), y Adrian Goldsworthy, *Caesar: The Life of a Colossus* (New Haven, CT, Yale University Press, 2006) (hay trad. cast.: *César: la biografía definitiva*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008). Casi un siglo después de su publicación, la obra de

T. Rice Holmes *Caesar's Conquest of Gaul*, 2.ª ed. (1922) sigue siendo uno de los estudios más profundos de las guerras de las Galias.

Lawrence J. F. Keppie, *The Making of the Roman Army* (Londres, Batsford; Totowa, NJ, Rowman and Littlefield, 1984), es uno de los mejores y más accessibles análisis de los acontecimientos de este período. También es interesante Emilio Gabba, *The Roman Republic, the Army and the Allies*, trad. P. J. Cuff (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1976); Jacques Harmand, *L'armée et le soldat à Rome de 107 à 50 avant notre ère* (París, A. et J. Picard, 1967); y Richard Edwin Smith, *Service in the Post-Marian Roman Army* (Manchester, R. U., University of Manchester Press, 1958). Nathan S. Rosenstein, *Imperatores Victi: Military Defeat and Aristocratic Competition in the Middle and Late Republic* (Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1993), es útil acerca del comportamiento que se esperaba de un comandante romano en el campo de batalla, y hay todavía más debate al respecto en Adrian Goldsworthy, *The Roman Army at War 100 BC-AD 200* (Oxford, Clarendon Press, 1996), pp. 116-170. La serie de disertaciones en *Julius Caesar as Artful Reporter: The War Commentaries as Political Instruments*, eds. Kathryn Welch y Anton Powell (Londres, Duckworth and the Classical Press of Wales, 1998) incluye abundantes y útiles debates acerca de la presentación que hace César de sus campañas en los *Comentarii*.

10. Resistiendo al enemigo

La obra individual más importante sobre la defensa de las fronteras romanas sigue siendo la de Edward N. Luttwak, *The Grand Strategy of the Roman Empire from the First Century A.D. to the Third* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1976). Luttwak no es un historiador de la Antigüedad, sino un analista de estrategias que aplicó su pericia a las evidencias arqueológicas de las fortificaciones fronterizas romanas y despliegues de tropas. Su convincente análisis, que sugiere que el imperio pasó deliberadamente del ataque a la defensa en profundidad a finales del siglo II d. C., actualizó la agenda de todos los trabajos posteriores, a pesar de que sus conclusiones se han modificado sustancialmente. Entre otros títulos destacables hay tres obras que demuestran que las agendas políticas internas a menudo afectan negativamente al funcionamiento de una política exterior verdaderamente racional, y que las limitaciones de mando y control hicie-

ron sumamente improbable que los emperadores pudieran llevar a cabo la clase de visión estratégica general que requieren las hipótesis de Luttwak: J. C. Mann, «Power, Force and Frontiers of the Empire», *Journal of Roman Studies* 69 (1979), pp. 175-183; C. R. Whittaker, *Frontiers of the Roman Empire: A Social and Economic Study* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1994); y B. Isaac, *The Limits of Empire: The Roman Army in the East*, 2.ª ed. rev. (Oxford, Oxford University Press, 1993).

La obra de Whittaker ha contribuido también a una segunda crítica, junto con prolongadas investigaciones arqueológicas convenientemente sintetizadas en estudios como L. Hedeager, «The Evolution of Germanic Society 1-400 AD» en *First Millennium Papers: Western Europe in the First Millennium*, eds. R. F. Jones, J. H. F. Bloehmers, S. L. Dyson, y M. Biddle, pp. 129-144, B.A.R. International Series 401 (Oxford, 1988), y Maureen Carroll, *Romans, Celts and Germans: The German Provinces of Rome* (Stroud, R.U., 2001). Estas obras demuestran hasta qué punto el mundo más allá de las fronteras se transformó a causa de la prolongada interacción económica con el imperio. Mi propia obra, en particular «The Late Roman Art of Client Management and the Grand Strategy Debate», en *Transformation of Frontiers from Late Antiquity to the Carolingians: Proceedings of the Second Plenary Conference, European Science Foundation Transformation of the Roman World Project*, eds. Walter Pohl, Ian N. Wood y Helmut Reinitz, pp. 15-68 (Leiden, Brill, 2000), recurre a la evidencia histórica (poco explorada por Luttwak) para demostrar que Roma en realidad no pasó al plano defensivo, como él suponía, y que las actividades romanas militares y diplomáticas, junto con las interacciones económicas, desempeñaron un papel fundamental en la creación de estructuras políticas más amplias y coherentes en las vecinas sociedades bárbaras. Para la argumentación de que fue esta transformación del norte y del este lo que finalmente impidió que un estado ubicado en el Mediterráneo extendiera su dominio por Europa, véase Peter J. Heather, *Empires and Barbarians: Migration, Development and the Creation of Europe* (Londres, Macmillan, 2009) (hay trad., cast.: *Emperadores y bárbaros*, Crítica, Barcelona, 2010).

Notas biográficas

Victor Davis Hanson es profesor residente de la Fundación Martin e Illie Anderson de Historia Clásica y Militar en la Institución Hoover de la Universidad de Stanford, y profesor emérito de Estudios Clásicos en la Universidad Estatal de California, Fresno. Es también Miembro Destacado de Historia de Wayne & Marcia Buske, en Hillsdale College, donde imparte cursos de historia militar y cultura clásica. Es autor de numerosos libros, entre ellos *A War Like No Other: How the Athenians and Spartans Fought the Peloponnesian War*, Random House, 2005; *Carnage and Culture: Landmark Battles in the Rise of Western Power*, Doubleday, 2001 (hay trad. cast.: *Matanza y cultura: batallas decisivas en el auge de la dominación occidental*, Madrid, Turner, 2004); *The Soul of Battle: From Ancient Times to the Present Day, How Three Great Liberators Vanquished Tyranny*, Free Press, 1999; *Hoplites: The Classical Greek Battle Experience*, Routledge, 1993; *The Western Way of War: Infantry Battle in Classical Greece*, Knopf, 1989; *Other Greeks: The Family Farm and the Agrarian Roots of Western Civilization*, Free Press, 1995; y *Warfare and Agriculture in Classical Greece*, University of California Press, 1983.

David L. Berkey es profesor adjunto en el Departamento de Historia en la Universidad Estatal de California, Fresno. Obtuvo el doctorado en Clásicas e Historia Antigua en 2001 en la Universidad de Yale, y la licenciatura en estudios internacionales en la Universidad Johns Hopkins en 1989.

Adrian Goldsworthy se formó en St. John's College, Oxford, y actualmente es profesor visitante en la Universidad de Newcastle. Su tesis doctoral se publicó en las series monográficas de Oxford bajo el título de *The*

Roman Army at War, 100 BC-AD 200. Fue profesor de investigación en la Universidad de Cardiff y posteriormente profesor ayudante en la Universidad de Notre Dame de Londres. En la actualidad escribe a tiempo completo. Sus libros más recientes son *Caesar: The Life of a Colossus*, Yale University Press, 2006 (hay trad. cast.: *César: la biografía definitiva*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008) y *How Rome Fell: The Death of a Superpower*, Yale University Press, 2009.

Peter J. Heather es profesor de Historia europea medieval en King's College de Londres. Nació en Londonderry, Irlanda del Norte, y se educó en la Escuela Primaria Maidstone y en el New College de Oxford. Le fue otorgado un grado posdoctoral en la Facultad de Historia de la Universidad de Oxford. Desde entonces imparte clases en el University College de Londres, en la Universidad de Yale y en el Worcester College de Oxford.

Tom Holland es autor de obras históricas muy valoradas. La primera, *Rubicón: auge y caída de la República romana*, ganó el Premio Hessel-Tiltman de Historia y fue preseleccionada para el premio Samuel Johnson. Su libro sobre las guerras médicas, *Fuego persa: el primer imperio mundial y la batalla por Occidente*, ganó el premio Runciman de la Liga Anglo-Helénica en 2006. Su obra más reciente, *The Forge of Christendom: The End of Days and the Epic Rise of the West* fue publicada en la primavera de 2009. Ha adaptado a Homero, Heródoto, Tucídides y Virgilio para la BBC. Actualmente está trabajando en una traducción de Heródoto para Penguin Classics. En 2007 fue galardonado con el premio Classical Association 2007, otorgado a «la persona que más ha contribuido a fomentar el estudio de la lengua la literatura y la civilización de la Antigua Grecia y Roma».

Donald Kagan es profesor Sterling de Clásicas e Historia en la Universidad de Yale. Ha ganado premios de docencia en la Universidad de Cornell y de Yale, y fue galardonado con la Medalla Nacional de Humanidades en 2002. Fue nombrado catedrático Jefferson por la Dotación Nacional para las Humanidades en 2004. Entre sus publicaciones figura una historia de la guerra del Peloponeso en cuatro volúmenes, *Pericles of Athens and the Birth of Democracy*, y *Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz*. Es también coautor de *The Western Heritage* y *The Heritage of World Civilizations*.

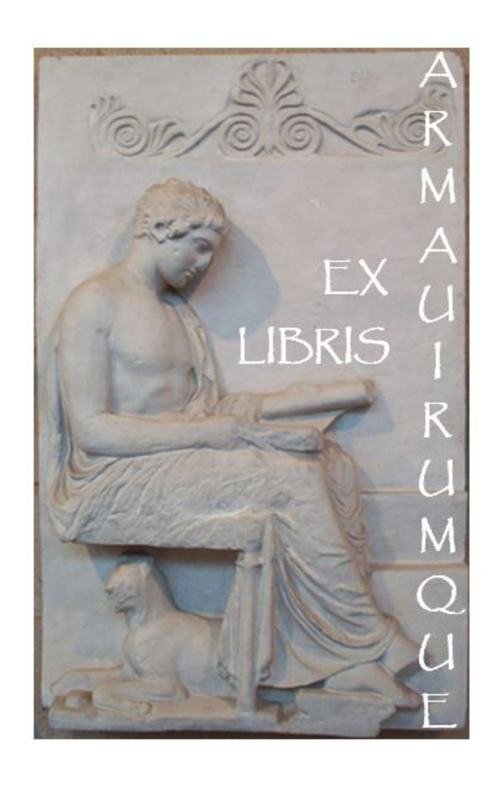
John W. I. Lee es profesor adjunto de Historia en la Universidad de California, Santa Bárbara. Obtuvo su doctorado en Historia en la Universidad de Cornell. Es autor de *A Greek Army on the March: Soldiers and Survival in Xenophon's Anabasis*, Cambridge University Press, 2007. Ha publicado también sobre las mujeres en los antiguos ejércitos griegos, sobre el ejército persa en Heródoto y sobre memorias de antiguos soldados. Actualmente, Lee está trabajando en un nuevo libro que estudia la guerra y la cultura en el Egeo oriental y a lo largo de la costa occidental de Anatolia, desde la rebelión jonia (499-494 a. C) hasta el siglo IV a. C.

Susan. P. Mattern es profesora de Historia en la Universidad de Georgia. Su último libro es *Galen and the Rhetoric of Healing*, Johns Hopkins University Press, 2008, un estudio de la medicina practicada por el antiguo médico Galeno, basado en sus historias sobre sus pacientes. También es autora de *Rome and the Enemy: Imperial Strategy in the Principate*, University of California Press, 1999; ahora en edición rústica) y coautora de *The Ancient Mediterranean World from the Stone Age to A.D. 600*, Oxford University Press, 2004. Actualmente está trabajando en una biografía de Galeno.

Barry Strauss es profesor de Clásicas e Historia y catedrático del Departamento de Historia en la Universidad de Cornell, y también director del Programa sobre Libertad y Sociedades Libres. Es autor de seis libros, entre ellos *La batalla de Salamina*, nominado como uno de los mejores libros de 2004 por el *Washington Post*, y *La guerra de Troya*, una importante selección del Club del Libro de Historia. Su obra más reciente, *La guerra de Espartaco*, apareció en marzo de 2009. Es editor de series de Historia del Mundo Antiguo de Princeton y miembro de los consejos editoriales de *MHQ: The Quarterly Journal of Military History*, *Historically Speaking: The Bulletin of the Historical Society*, y del *International Journal of the Classical Tradition*. Está en posesión de la beca de investigación Heinrich Schliemann de la Escuela Americana de Estudios Clásicos en Atenas, de una beca de Dotación Nacional para las Humanidades para Profesores Universitarios, y del Premio Cornell's Clark por Excelencia en la Docencia.

Ian Worthington es profesor Frederick A. Middlebush de Historia en la Universidad de Misuri. Anteriormente impartió clases durante diez años en el Departamento de Clásicas de la Universidad en Nueva Inglaterra y en la Universidad de Tasmania, Australia. Es autor o editor de catorce libros y

de más de ochenta artículos. Sus publicaciones más recientes incluyen las biografías de *Alexander the Great: Man and God*, Pearson, 2004, y *Philip II of Macedonia*, Yale University Press, 2008, y el *Blackwell Companion to Greek Rhetoric*, Oxford University Press, 2006. Actualmente está escribiendo un libro sobre Demóstenes, editando el *Blackwell Companion to Ancient Macedonia*, y ejerciendo de redactor jefe de *Brill's New Jacoby.* En 2005 ganó el Chancellor's Award for Outstanding Research and Creativity en Humanidades y en 2007 el Student-Athlete Advisory Council Most Inspiring Professor Award, ambos en la Universidad de Misuri.



Agradecimientos

Quisiera agradecer a mis compañeros colaboradores su profesionalidad y habilidad, que han facilitado la confección del presente volumen, así como su interés compartido en hacer accesible el conocimiento del mundo antiguo al mundo moderno. Roberto Tempio, editor de clásicos en Princeton University Press, fue el primero que me sugirió que reflexionase acerca de la posibilidad de editar una precuela de las ya consagradas ediciones de *Makers of Modern Strategy* de Princeton, y ha sido él en gran medida el responsable de la concepción de este volumen. Deborah Tegarden, de Princeton, realizó una encomiable labor como editora, revisando el manuscrito y preparando los ensayos para su publicación. Tobiah Waldron compiló un excelente índice. Mi ayudante Jennifer Heyne colaboró en la revisión editorial y la corrección de la prueba final.

Por último, quiero agradecer de todo corazón a Bill y Nancy Myers, y a sus hijos, Mary Myers Kauppila y George Myers, su apoyo económico en la preparación de este volumen. Además de su interés por las humanidades en la Institución Hoover de la Universidad de Stanford, los miembros de la familia Myers han demostrado desde hace tiempo su aprecio por el conocimiento de la cultura clásica, especialmente en su aplicación a la historia contemporánea.

Índice alfabético

Índice